LIBROdot.com



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Andre Cayatté,padre de esta aventura

e inspirador de este libro, se lo dedico con mi amistad.

A Estela, mi Elea

Mi bien amada, mi abandonada, perdida, te he dejado allí, a lo lejos en el fondo del mundo, he vuelto a mi habitación de hombre de ciudad, con sus muebles familiares sobre los cuales tantas veces he posado mis manos cariñosas, con sus libros que me han nutrido, con su vieja cama de madera de cerezo silvestre donde he dormido mi infancia, y donde esta noche, en vano he buscado el suelo. Y todo este ambiente que me ha visto crecer, dar un estirón, hacerme yo, me parece hoy extraño, imposible. Este mundo que no es el tuyo se ha tornado un mundo falso, en el cual mi lugar nunca existió.

Sin embargo es mi país, lo he conocido...

Será preciso reconocerlo, volver a aprender a respirar en él, a hacer mi trabajo de hombre en medio de los hombres. ¿Seré capaz?

Llegué anoche por el jet australiano. En el aeropuerto de Paris-Nord, una jauría de periodistas me esperaba, con sus micrófonos, sus cámaras fotográficas, sus innumerables preguntas. ¿Qué podía contestar?

A ti todos te conocían, hablan notado el color de tus ojos sobre su pantalla, la increíble distancia de tu mirada, las formas turbadoras de tu cara y de tu cuerpo. Aún quienes no te habían visto mas que una sola vez, no te podían olvidar. Yo los sentía, detrás de sus reflejos de curiosidad profesional, secretamente emocionados, destrozados, heridos... Pero puede ser que fuese mi propia pena que yo proyectaba sobre sus rostros, mi propia herida que sangraba cuando ellos pronunciaban tu nombre...

He vuelto a mi cuarto. No lo he reconocido. La noche ha pasado. No he dormido. Detrás de la pared de vidrio, el cielo que era negro se ha vuelto desconocido, las treinta torres de la defensa se tiñen de rosa. La torre Eiffel y la torre Montparnasse hunden sus bases en la bruma. El Sacre-coeur parece una maqueta de yeso posada sobre algodón. Bajo esta bruma intoxicado por sus fatigas de ayer, millones de hombres se despiertan, ya extenuados de antemano.

Del lado de Courbevoie, una chimenea alta despide un humo negro que la noche trata de retener. Sobre el Sena, un remolcador pega su grito de monstruo triste. Siento un escalofrío. Nunca, nunca más tendré calor en mi sangre y en mi carne...

El doctor Simon, con las manos en los bolsillos, la frente apoyada sobre la pared de vidrio de su cuarto, observa París, en el cual comienza a despuntar el día. Es un hombre de treinta y dos años, alto, delgado, moreno. Está vestido con un pullover grueso de cuello volcado, color pan tostado, un poco deformado, gastado en los codos, y un pantalón de terciopelo negro. Sus pies están descalzos sobre la alfombra. Los rulos de una barba corta, castaña ocultan parte de su

rostro; es la barba de alguien que la dejó crecer por necesidad. Debido a los anteojos que ha usado durante el verano polar, el hueco de sus ojos es claro y frágil, vulnerable como la piel cicatrizada de una herida. Sus frente ancha, un poco disimulada por los primeros mechones de su pelo corto, es ligeramente convexa sobre los ojos, y atravesada por una profunda arruga de sol. Sus párpados están hinchados, el blanco de los ojos tiene pequeñas estrías rojas.

No puede dormir, ya no puede llorar más, no puede olvidar, es imposible...

La aventura comenzó por una misión de las más banales, la rutina, lo cotidiano, lo ordinario. Hacia años que el trabajo sobre el continente antártico no era ya asunto de intrépidos, sino de sensatos organizadores. Se tenía todo el material que hacía falta para luchar contra los inconvenientes del clima y de la distancia, para conocer lo que se buscaba aprender, para asegurar a los investigadores un confort que hubiese merecido por lo menos tres estrellas, y personal necesario completo poseyendo todos los conocimientos indispensables. Cuando el viento soplaba demasiado fuerte, uno se encerraba y lo dejaba soplar; cuando se calmaba, volvía a salir y cada cual ejecutaba lo que debía hacer. Se había recortado el continente sobre el mapa, como si fueran trozos de melón, y la misión francesa se había instalado de manera permanente en la base Paul-Emile Victor, había dividido su trozo en pequeños rectángulos y trapecios que exploraba sistemáticamente el uno después del otro. Ella sabia que allí no se podía encontrar más que hielo, nieve y viento, viento, hielo y nieve. Y por debajo, rocas y tierra como en todas partes. Ello no tenía nada de exaltante, pero sin embargo era apasionante, porque se estaba lejos del óxido de carbono y de los atascamientos, y además uno se hacia la ilusión de ser un pequeño héroe explorador, desafiando horribles peligros; y también porque se estaba entre amigotes.

La misión acababa de terminar la investigación del trapecio 381, el expediente estaba cerrado, un duplicado enviado a la Sede de París, y había que pasar a la segunda parte. Burocráticamente debería seguirse del 381 al 382, pero sin embargo no se hacia así. Intervenían las circunstancias, los imponderables, y la necesidad de un mínimum de variedad.

La misión acababa precisamente de recibir un nuevo aparato de sondeo subglacial de concepción revolucionaria, cuyo constructor, pretendía será capaz de detectar los mínimos detalles del suelo bajo un espesor de varios kilómetros de hielo. Louis Grey, el glaciólogo, de treinta y siete años, catedrático de geografía, estaba ansioso de probarlo comparando su trabajo con el de los sondeadora clásicos. Se decidió, por lo tanto, que un grupo iría al cuadrado 612 a levantar un plano del suelo subglacial, que estaba situado apenas a un centenar de kilómetros del Polo Sur.

En dos viajes, el pesado helicóptero depositó sobre el lugar de operación a los hombres, sus vehículos y todo el material.

El sitio ya había sido sondeado a "grosso modo" con los métodos y aparatos habituales. Se sabía que profundidades de 800 a 1.000 metros de hielo estaban cercanas a abismos de más de 4.000 metros. A los ojos de Louis Grey, ello constituía un campo de experiencia ideal para probar el nuevo aparato. Era esto pensaba él, lo que había motivado su elección. Hoy en día, nadie se anima a creerlo. Con todo lo que se ha relevado desde entonces, fue una casualidad, lo que hizo venir a estos hombres a este punto preciso del continente, antes que a otro lugar cualquiera de este desierto de hielo, más grande que Europa y los Estados Unidos juntos?

Muchos espíritus serios piensan ahora que Louis Grey y sus compañeros fueron "llamados". ¿Por qué procedimiento? Esto nunca ha sido aclarado. Ni se ha discutido semejante

cosa. Había problemas mucho mayores y más urgentes por elucidar. La verdad es que Louis Grey, once hombres y tres snowdogs se posaron exactamente en el sitio donde hacía falta.

Y dos días después, todos estos hombres sabían que habían ido al encuentro de un acontecimiento inimaginable. Dos días... ¿Cómo hablar aquí de días y noches? Se estaba a principios de diciembre, es decir en pleno verano austral. El sol no se ponía jamás. Daba vueltas alrededor de los hombres y los camiones, sobre el borde de su mundo redondo, como para vigilarlos de lejos y por todos lados. Pasaba hacia las nueve de la noche detrás de un montaña de hielo, reaparecía hacia las 10 a su otro extremo, y hacia medianoche parecía a punto de sucumbir y desaparecer bajo el horizonte que comenzaba a tragarlo. Se defendía hinchándose, deformándose, se volvía rojo, ganaba la batalla y retomaba lentamente sus distancias y su ronda de centinela. Recortaba alrededor de la misión un inmenso disco blanco y azul de frío y soledad. Del otro lado, más allá de esos bordes lejanos sobre los cuales montaba guardia, detrás de él, estaba la Tierra, las ciudades y las muchedumbres, y los campos con vacas, pasto, árboles y pájaros que cantaban.

El doctor Simon tenía la nostalgia de ello. No hubiera debido encontrarse allí. Terminaba una estadía de tres años, casi ininterrumpida, en las distintas bases francesas de la Antártida, y se sentía más que cansado. Hubiera debido tomar el avión a Sidney. Se había quedado a pedido de su amigo Louis Grey, para acompasar la misión, pues el doctor Jaillon, su reemplazante, estaba ocupado en la base con una epidemia de rubeola.

Esta rubeola era increíble. Casi nunca hay enfermos en la Antártida. Se diría que los microbios temen al frío. Los médicos rara vez atienden sino a accidentados. Y a veces los congelamientos de los recién llegados que todavía no saben evitar las imprudencias. Por otra parte, la rubeola ha desaparecido casi completamente de la faz de la tierra después del perfeccionamiento de la vacuna bucal que los bebés toman en sus primeras mamaderas.

A pesar de estas evidencias, había rubeola en la Base Víctor. Aproximadamente, uno de cada cuatro hombres, tiritaba de fiebre en la cama, su piel trasformada en un género a pintas.

Louis Grey tomó un puñado de sobrevivientes, entre los cuales se hallaba el doctor Simon y los embarcó apresuradamente hacia el punto 612, deseando que el virus no los siguiera.

Si no hubiese habido rubeola...

Si ese día en vez de tomar el helicóptero, me hubiese subido con mis pertenencias al avión para Sydney, si desde lo alto de su despegue vertical, antes de que se alzara rugiendo hacia las tierras cálidas, hubiese dicho adiós para siempre a la base, al hielo, al monstruoso continente frío, ¿qué hubiese acontecido?

¿Quién hubiese estado cerca de ti, mi bienamada, en el momento terrible? ¿Quién habría visto en mi lugar? ¿Quién habría sabido?

¿Ese ser hubiera gritado, aullado el nombre? Yo no he dicho nada. Nada...

Y todo se cumplió...

Desde entonces, me repito a mí mismo que era demasiado tarde, que si hubiese gritado, no hubiese cambiado nada, que simplemente estaría agobiado bajo el peso de una desesperación

inexplicable. Durante esos segundos, no habría habido bastante horror en el mundo para llenar tu corazón.

Es eso que repito sin cesar, desde ese día, desde esa hora: "Demasiado tarde... Demasiado tarde... Demasiado tarde..."

Pero puede ser que sea una mentira que yo mastico y rumeo, de la cual trato de nutrirme para intentar vivir...

Sentado sobre una oruga del snowdog, el doctor Simon soñaba con una media luna mojada en la taza de un café-crema. Mojada, jugosa, ablandada, comida a sorbos, a la manera de un hombre tosco. Pero de un tosco, parado frente a un mostrador parisiense, con los pies en la ranura, codo contra codo con los rezongones de la mañana, compartiendo con ellos el primer placer del día, quizá el más grande, el de despertarse totalmente, en este lugar del primer encuentro con los otros hombres, en la tibieza y las corrientes de aire y el maravilloso olor del café express.

Ya no podía más con todo este hielo y ese viento; ese viento, ese viento que no cesaba nunca de presionar sobre ellos, sobre todos los hombres de la Antártida, siempre del mismo lado, con sus manos empapadas en un frío de infierno, que los empujaba a todos incesantemente, a ellos y sus barracas, y sus antenas y sus camiones, para que se fueran y despejaran al continente y lo dejaran solo, él y su hielo mortífero, consumar eternamente en la soledad sus monstruosas bodas congeladas

Era necesario ser verdaderamente testarudo para resistir a su obstinación. Simon había llegado al fin de la suya. Antes de sentarse, había posado una cobija doblada en cuatro sobre la oruga del snowdog, para que la piel de sus nalgas no se quedara adherida allí con su slip, su calzoncillo de lana y su pantalón.

Estaba de cara al sol y se rascaba las mejillas en el fondo de su barba, persuadiéndose a sí mismo que el sol lo calentaba a pesar de que le dispensaba más o menos tantas calorías como una linterna a kerosén colgada a tres kilómetros.

El viento trataba de doblarle la nariz hacia la oreja izquierda. Dio vuelta la cabeza para recibir el viento del otro lado. Pensaba en la brisa del mar, de noche en Colbiller, tan tibia, y que uno encuentra tan fresca porque ha hecho mucho calor durante el día. Pensaba en el increíble placer de desvestirse y de sumergirse en agua sin trasformarse en un témpano, de estirarse sobre los cantos rodados hirvientes... ¡Hirvientes!... Le pareció tan inverosímil que se rió burlonamente.

- ¿Ahora te ríes solo? - dijo Brivaux-. No estás mejor... ¿Estás encubando la rubeola?

Brivaux había llegado detrás suyo, con la sonda apoyada sobre su vientre y colgada de una larga correa que pasaba por detrás del cuello de su chaqueta en piel de lobo.

- Estaba pensando que hay lugares en el mundo donde hace calor - dijo Simon.

- No es rubeola, es meningitis... No te quedes sentado así, te vas a helar el bazo... Mira, ven un poco a ver esto...

Le señalaba el cuadrante de la sonda, con su hoja registradora ya en parte enrollada. Era el modelo corriente con el cual acababa de hacer una prospección del sector que le habían destinado.

Simon se levantó y miré. No era muy conocedor de la técnica. El mecanismo del cuerpo humano, le era más familiar que el de un simple encendedor de gas. Pero había tenido tiempo en tres años de familiarizarse con los dibujos que trazaba, sobre el papel magnético, el interruptor automático de grafito de las sondas portátiles. Se parecía en general, al corte de un terreno sin delineamiento, o a un deslizamiento, o a cualquier cosa que no se parece a nada.

Ahora bien, lo que le mostraba Brivaux, se parecía a alguna cosa...

¿A qué?

A nada conocido, a nada familiar, pero...

Su espíritu habituado a hacer la síntesis de los síntomas para extraer de ellos un diagnóstico, comprendió de golpe lo que había de insólito en ese levantamiento del suelo glaciar. La línea recta no existe en la naturaleza virgen. Tampoco la línea curva regular. El suelo brutalizado, maltratado, mezclado por las formidables fuerzas de la Tierra, por todos lados es totalmente irregular. Ahora bien, lo que la sonda de Brivaux había inscripto en el papel, era una sucesión de curvas y de rectas. Interrumpidas y rotas, pero perfectamente regulares. Que el suelo pudiera presentar semejante perfil, era completamente improbable, y aun imposible. Simon sacó la conclusión evidente:

- Hay algo atrancado en este chisme...

- Y tú, ¿tienes algo de atrancado ahí dentro?

Brivaux se golpeaba la frente con la punta de su índice enguantado.

- Este chirimbolo funciona al pelo. Yo quisiera funcionar tan bien como él hasta mi último día. Es ahí abajo donde hay algo que. no marcha... Golpeó la superficie del hielo con el taco de su bota forrada.

- Un perfil semejante, no es posible - dijo Simon.

- Ya sé, no tiene el aspecto de ser verdadero.

- Y los otros, ¿qué han encontrado?

- No sé nada. Les voy a dar un toque de trompeta...

Se subió al snowdog- laboratorio, y tres segundos más tarde, la sirena aullaba, llamando a los miembros de la misión a juntarse en el campamento.

Estaban de todos modos comenzando a regresar. Primero lo dos equipos de a pie, con sus sondas clásicas. Después el snowdog que llevaba adelante, en una armazón metálica entre sus dos orugas, el emisor receptor de la nueva sonda. Un cable rojo lo enlazaba al puesto de mando y al registrador, en el interior del vehículo. Estaban igualmente dentro del vehículo, Eloi el

mecánico, Louis Grey, impaciente por conocer los resultados del nuevo instrumento, y el ingeniero de usina que había llegado con él para mostrarle su funcionamiento.

Era un muchacho alto, delgado, más bien rubio, de modales muy finos. Daba la impresión, por su elegancia natural, de haber hecho confeccionar su vestimenta polar en la casa Lanvin. Los antiguos no podían dejar de sonreír, mirándolo. Eloi lo había apodado "Comexquis", lo que le iba perfectamente.

Se bajó del snowdog en silencio, escuchando con un aire reservado las apreciaciones de Grey sobre su "utensilio". Según el glaciólogo, la nueva sonda desvariaba completamente. Él no había visto nunca ni la más antigua chatarra dibujar un perfil semejante.

- No has vuelto de tu sorpresa... - dijo Brivaux, que esperaba cerca del snowdog-laboratorio.

- ¿Eres tú el que ha llamado?

- Soy yo, papá...

- ¿Qué pasa?

- Entra, ya verás...

Y vieron...

Ellos vieron los cuatro relevamientos, los cuatro perfiles, todos distintos, y todos parecidos. El de la sonda nueva estaba inscripto sobre un film de 3 mm, Grey lo había seguido sobre la pantalla de control. Los otros miembros de la misión lo descubrieron sobre la pantalla del laboratorio.

Aquello que las tres otras sondas habían dejado suponer, el aparato nuevo lo demostraba con la evidencia. Hacía desfilar sobre la pantalla, con una claridad que no dejaba lugar a dudas, perfiles de escaleras derribadas, de paredes rotas, de cúpulas hundidas, de balaustradas helicoidales torcidas, todos los detalles de una arquitectura que una mano gigantesca parecía haber dislocado y triturado.

- Ruinas. - dijo Brivaux.

- No es posible... - respondió Grey con una voz que apena! osaba hacerse oír.

- ¿Y por qué? - preguntó Brivaux, tranquilamente.

Brivaux era hijo de un paisano montañés de la Saboya, el último de su pueblito que continuaba criando vacas, en vez de ordeñar a los turistas parisienses amontonados de a diez por metro cuadrado de nieve o de hierba pelada. Brivaux padre, había rodeado su trozo de montaña de un alambre tejido y postes "Prohibido entrar". En esta prisión vivía en libertad.

Su hijo había heredado de él los ojos azul claro, los cabellos negros y la barba rojiza, su humor parejo y su equilibrio. Veía las ruinas, como todos los que estaban ahí y que sabían interpretar un perfil, y que sin embargo no creían en ellas. Él sí creía porque las veía. Si hubiese

visto a su propio padre bajo el hielo, se hubiese sorprendido un segundo, luego habría dicho: "¡Vaya es papá...."

Pero los miembros de la misión no podían dejar de rendirse a la evidencia. Los cuatro relevamientos se recortaban y se confirmaban los unos a los otros.

El dibujante Bernard fue el encargado de hacer una síntesis. Una hora más tarde, presentaba su primer bosquejo. No se parecía a nada conocido. Era enorme, extraño, desquiciado. Era una arquitectura titánica destrozada por algo más grande todavía.

- ¿A qué profundidad están estos chismes? - preguntó Eloi.

- ¡Entre 900 y 1.000 metros! - dijo Grey con un aire furioso, como si hubiese sido el responsable de la enormidad de la información.

- ¿Quiere decir que están ahí desde hace cuánto tiempo?

- No se puede saber... Nunca hemos perforado tan hondo.

- Pero los americanos lo han hecho - dijo sosegadamente Brivaux.

- Si... Los rusos también...

- ¿Han podido fechar sus muestras? - preguntó Simon.

- Siempre se puede... Eso no quiere decir que sea exacto.

- Exacto o no, ¿cuánto han calculado?

Grey se encogió de hombros de antemano, por lo absurdo de lo que iba a decir.

- Alrededor de 900.000 años, con unos siglos de aproximación...

Hubieron exclamaciones, luego un silencio estupefacto. Los hombres reunidos en el camión miraban sucesivamente el bosquejo de Bernard y las últimas líneas del perfil, inmóviles sobre la pantalla. De golpe acababan de comprender la inmensidad de su ignorancia.

- Es imposible - dijo Eloi-. ¿Son hombres los que han fabricado eso? Hace 900.000 años, no habla hombres, no habla más que monos.

- ¿Quién te ha dicho eso, tu dedo meñique? - dijo Brivaux.

- Lo que sabemos de la historia de los hombres y de la evolución de la vida sobre la tierra - dijo Simon-, no es mayor que el tamaño de un excremento de pulga sobre la plaza de la Concorde...

- ¿Y bueno? - dijo Eloi.

- Señor Lancieux, pido disculpas a su aparato - dijo Grey.

Lancieux, "Comexquis". Nadie tenia ganas de llamarlo así, aun mentalmente. No cabían más en la cabeza de esos hombres las bromas de colegiales que de costumbre los ayudaban a soportar el frío y la largura del tiempo.

El mismo Lancieux ya no se parecía más a su sobrenombre. Estaba ojeroso, las mejillas ásperas, aspiraba un cigarrillo apagado y torcido, y al escuchar a Grey, meneaba la cabeza con aire ausente.

- Es una mecánica sensacional - decía el glaciólogo-. pero hay otra cosa... No le prestan atención. Muéstresela... Y dígales lo que piensa de ella...

Lancieux apoyó sobre un botón de rebobinaje, luego sobre el botón rojo, y la pantalla se iluminó, mostrando de nuevo el lento desfile del perfil de las ruinas.

- Es ahí que hay que mirar - dijo Grey.

Su dedo mostraba, en la parte superior de la pantalla, arriba del trazado desigual del subsuelo, una línea rectilínea apenas visible, finamente ondulada, de una regularidad perfecta.

Efectivamente, nadie le había prestado atención, pensando que quizá fuera una línea de referencia, una marca o cualquier cosa, pero nada significativo.

- Dígales... - repetía Grey-. Dígales lo que usted me ha dicho. A esta altura de las cosas...

- Preferiría - dijo Lancieux, con voz molesta-, hacer primero una nueva prueba. Ninguna de las otras sondas lo ha registrado...

Grey le cortó la palabra:

- ¡No son lo bastante sensibles.

- Puede ser - dijo Lancieux, con voz suave-. Pero no es seguro... Quizá sea solamente porque no están regulados sobre la frecuencia exacta...

Se lanzó con Brivaux, en una discusión en la cual intervinieron pronto los otros técnicos del grupo, cada uno sugiriendo las modificaciones que convenía hacerle a las sondas, según su opinión.

El doctor Simon llenó su pipa y salió.

No soy un técnico. No mido mis enfermos. Trato más bien de comprenderlos. Pero hay que poder hacerlo. Soy un privilegiado...

Mi padre que era médico en Puteaux, veía desfilar en su consultorio a más de cincuenta clientes por día. ¿Cómo poder saber lo que son, lo que tienen? Sólo cinco minutos de examen, la pinza para perforar la tarjeta, la máquina de diagnóstico, la receta impresa, la hoja S.S. la estampilla que paga, el sello que se coloca y se acabó, váyase a vestir, que entre el siguiente. Odiaba su profesión, tal como el y sus colegas se veían obligados a ejercerla. Cuando se me presentó la ocasión de venir aquí, me presionó con toda energía. ¡Vete! ¡Vete! Tendrás un puñado de hombres para cuidar. ¡Una aldea! Podrás conocerlos a todos...

Se murió el año pasado, agotado. Su corazón le falló. No tuve ni siquiera el tiempo de llegar. Sin duda nunca se le ocurrió perforar su pequeña tarjeta personal, y deslizarla en la ranura de su médico electrónico. Pero había pensado en enseñarme ciertas cosas que había aprendido de su padre, a su vez médico en Auvernia. Por ejemplo, tomar el pulso, mirar una lengua, y el blanco de una córnea. Es prodigioso lo que un pulso puede revelar sobre el interior de un hombre. No solamente el estado momentáneo de su salud, sino sobre sus tendencias habituales, su temperamento y aun su carácter, sea este superficial o profundo, agresivo o imposible de provocar, recto o ladino, pacífico o combativo, suave o áspero, según pase de largo o que se dé aires. Existen pulsos distintos: del sano y del enfermo, del jabalí y del conejo.

Tengo también, por supuesto, como todos los médicos, un aparato de diagnostico y pequeñas tarjetas. ¿Qué médico no lo tiene? Sin embargo no lo uso sino para tranquilizar a aquellos que sienten más confianza en la máquina que en el hombre. Acá, felizmente, no son numerosos. Acá, es el hombre quien cuenta.

Cuando Brivaux dejó la chacra de su padre para ir a Grenoble a seguir unos estudios que lo entusiasmaban, tranquilamente había trastornado los programas y había quemado las etapas. Egresado el primero de la escuela de electrónica habiendo ganado un año, habría podido trasformar su diploma de ingeniero en un puente de oro. Porque, le explicaba al doctor Simon, su amigo: "hacer electrónica acá, es entretenidísimo... Se está a dos dedos del polo magnético, en pleno vaivén de partículas ionizadas, en pleno soplo del viento solar, y una cantidad de cosas extrañas que todavía no se conocen. Eso hace una ensalada interesante. Uno se puede ingeniar..."

Extendía los brazos en posición horizontal y agitaba los dedos, como para invitar a las corrientes misteriosas de la Creación a penetrar en su cuerpo y recorrerle. Simon Sonreía, imaginándolo como el Neptuno de la electrónica, de pie en el polo, sus cabellos plantados en las tinieblas del cielo, su barba rojiza hundida en las llamas de la Tierra, sus brazos tendidos en el viento perpetuo de los electrones, distribuyendo a la naturaleza los flujos e influjos vivientes del planeta-madre. Pero era en los trabajos menudos donde manifestaba ser una especie de genio. Sus dedos gordos y velludos eran increíblemente hábiles, y su ciencia asociada a un instinto infalible, le decía exactamente lo que había que hacer. Él sentía la corriente como los animales perciben el agua. Y sus dedos, inmediatamente, le fabricaban una trampa eficaz. Tres cabos de hilo, un circuito, y él torcía, reunía, pegaba, soldaba, un soplo de humo, un olor a resina, y ya estaba; un dial comenzaba a animarse, un arabesco palpitaba sobre la superficie de la pantalla.

El problema que le planteó Lancieux, para él no era tal. En menos de una hora había manipulado las tres sondas clásicas, y los equipos volvían a funcionar. Lo que ellas iban a buscar era tan pasmoso que seguramente volverían sin solución. Salvo Lancieux que conocía bien su aparato, todo el mundo pensaba que la pequeña línea ondulada era efecto del capricho de la nueva sonda. Un "fantasma" como dice la gente de televisión.

Cuando ellos volvieron, el sol se dejaba cortar por la montaña de hielo. Todo era azul, el cielo, las nubes, el hielo, el vaho que despedían sus narices, sus caras. El anorak de Bernard era color ciruela. No volvían con las manos vacías. La línea ondulada se había inscripto sobre sus bandas registradoras, bajo la forma de una línea recta. Menos "detallada", había perdido su pequeño rizado. Pero estaba ahí. Habían encontrado bien lo que fueron a buscar.

Comparando sus relevamientos con el de Lancieux, Grey había podido localizar un punto preciso del suelo subglaciar. Lo proyectó sobre la pantalla del snowdog. Parecía representar un gigantesco pedazo de escalera, volcado y roto.

- Mis hijos - dijo Grey con una voz sin timbre-, ahí... hay ahí...

Tenía en su mano izquierda un papel que temblaba. Calló, carraspeo. Su voz quedó opaca. Golpeó la pantalla con el folleto arrugado.

Tragó saliva, y explotó:

- ¡Gran Dios, mierda! ¡Es pura locura! ¡Pero existe! ¡Las sondas no pueden volverse idiotas, las cuatro! ¡No solamente hay ruinas de no se qué, pero en medio de este guijarral, ahí, en ese lugar, justo ahí, hay un transmisor de ultrasonidos que funciona!

Era eso, la pequeña línea misteriosa, era el registro de la señal emitida por este transmisor que funcionaba, con la lógica, desde hacía más de 900.000 años... Era demasiado enorme para ser creíble, nos remontábamos más allá de la historia y de la prehistoria, se derribaban todas las teorías científicas, ya no estábamos a Ia escala de lo que estos hombres sabían. El único que aceptaba el acontecimiento con placidez, era evidentemente Brivaux. El único que había nacido y se había criado en el campo. Los otros en las ciudades, habían crecido en medio de lo provisorio, de lo efímero, de lo que se edifica, se incendia, se derrumba, cambia, se destruye. Él, en la vecindad de las rocas Alpinas, había aprendido a calcular a lo grande, y a encarar la duración.

- Todos nos van a tomar por locos - dijo Grey.

Llamó a la base por radio y pidió el helicóptero para llevar al grupo de vuelta con urgencia.

Pero se había olvidado de la rubeola. El último piloto disponible acababa de caer en cama.

- Está André que anda mejor - dijo el radiotelegrafista de la base, dentro de tres o cuatro días se lo podremos mandar. Pero ¿por qué quieren volver? ¿Qué pasa? ¿Hay fuego en la banquisa?

Grey cortó. Esta broma estúpida, había sido demasiado utilizada.

Diez minutos más tarde, el jefe de la base, Pontailler Mismo, volvía a llamar muy inquieto. Quería saber por qué la misión deseaba volver. Grey lo tranquilizó, pero se rehusé a decirle cosa alguna.

- No basta con que te lo diga, es preciso que te lo muestre - dijo-, sino pensarás que todos nos hemos trastornado; mándanos buscar en cuanto puedas.

Y colgó.

Cuando el helicóptero llegó al punto 612, cinco días más tarde, Pontailler estaba adentro, y fue el primero en saltar a tierra.

Los hombres de Grey habían pasado esos cinco días en una excitación y una alegría crecientes. Pasada la estupefacción del primer momento, habían aceptado las ruinas, aceptado el transmisor, los habían hechos suyos. Su mismo misterio y su inverosimilitud los exaltaba como niños que entran en un bosque donde las hadas existen verdaderamente. Y ellos habían acumulado los relevamientos y las grabaciones. Bernard, sobre las coordenadas suministradas por el aparato, trabajaba en una especie de plan audaz, lleno de incógnitas y de espacios en

blanco, pero que ya tomaba e! aspecto de un paisaje fantástico, mineral, desierto, destrozado, desconocido, pero Humano.

Brivaux se había agenciado un magnetófono y lo había acoplado a la nueva sonda. Obtuvo una banda magnética y convidó a sus amigos a venir a escucharla. No oyeron nada, luego nada, y todavía nada.

- Hay clavos sobre tu aparato - gruñó Eloi...

Brivaux sonrió.

- Todo Estaré en silencio - dijo-. Ustedes no pueden oír los ultrasonidos pero están ahí, se los garantizo. Para oírlos, se precisaría un reductor de frecuencia. Yo no lo tengo. No lo hay en la base. Habrá que ir a París.

Habrá que ir a París. Fue igualmente la conclusión de Pontailler, cuando lo pusieron al corriente; al principio rehusé y después lo aceptó frente a la evidencia del descubrimiento. No se podía hablar de esto ni por radio, con todos los oídos del mundo escuchando día y noche los secretos y las charlas. Había que llevar los documentos a la sede de París. El jefe de Expediciones Polares decidiría a quién o qué comunicaría. Mientras tanto, cada uno debía callarse. Como decía Eloi "esto corría el riesgo de ser una cosa sensacional".

He tomado el avión de Sydney. Con dos semanas de retraso y con el deseo de volver muy pronto. Ya no estaba aguijoneado por el anhelo del café-crema. Realmente no había allá, bajo el hielo, algo mucho más excitante que el olor del café y de los parisienses mal lavados en la mañana temprana.

El avión subió sobre su soplo, como una pelotita de plástico sobre un chorro de agua, y dio un poco vuelta sobre sí mismo a la búsqueda de su rumbo, luego lanzó un rugido y saltó hacia el norte y hacia arriba, en una pendiente de 50 grados. A pesar de los asientos reclinables y rellenos como una nodriza, produce un efecto extraño el subir a una inclinación y a una aceleración semejantes. Pero es un avión que no transporta sino a veteranos aguerridos, y que no corre el riesgo de romper vidrios con sus "Bangs". Luego los pilotos se dan el gusto de demostrar atrevimiento.

Me transportaba con mis baulitos metálicos y mi portafolio, este último conteniendo, además de mi cepillo de dientes y mis pijamas, los microfilms de los relevamientos y del plan audaz de Bernard, la banda magnética y cartas de Grey y de Pontailler autenticando todo eso.

Llevaba también sin darme cuenta el virus de la rubeola, que iba a dar la vuelta al mundo bajo el nombre de rubeola australiana. Los laboratorios farmacéuticos han fabricado a toda prisa una nueva vacuna. Han ganado mucho dinero.

No he llegado a París sino dos días después. Ignoraba que se había hecho muy difícil atravesar los océanos.

En nuestro aislamiento de hielo habíamos olvidado los odios miserables y estúpidos del mundo. Éstos se habían inflado y endurecido más aún en estos tres años. La monstruosa imbecilidad de los hombres evocaba en mí la imagen de perros enormes encadenados los unos frente a los otros, cada uno tirando de su cadena, gruñendo de furia y no pensando más que en

romperla para ir a degollar el perro de enfrente. Sin razón. Simplemente porque es otro perro. 0 quizá porque le tiene miedo...

Leí los diarios australianos. Había pequeños incendios bien alimentados en el mundo, un poco por todos lados. Habían crecido desde mi partida para la Antártida. Y se habían multiplicado. Sobre todas las fronteras, a medida que se levantaban las barreras aduaneras, las barreras policiales las reemplazaban. Desembarcado en el aeródromo de Sydney, no fui autorizado ni a salir de él, ni a reembarcarme. Faltaba no sé qué visación militar en mi pasaporte. Necesité treinta y seis horas de gestiones furiosas para poder tomar al fin el jet con destino a París. Temblaba que metieran las narices en mis microfilms. ¿Qué hubieran podido imaginarse? Pero nadie me pidió que abriera mi portafolio. Lo mismo hubiera podido transportar planos de bases atómicas. No les interesaba. Era necesaria la visación. Era la consigna. Era estúpido. Era el mundo organizado.

En cuanto Simon hubo desempaquetado el contenido de su portafolio, Rochefoux, el jefe de Expediciones Polares Francesas, tomó el asunto con su energía habitual. Tenía cerca de ochenta años, lo que no le impedía pasar todos los años algunas semanas en la proximidad de uno o del otro polo.

Su cara color ladrillo, coronada de cabellos cortos de un blanco resplandeciente, sus ojos azul cielo, su sonrisa optimista, lo hacían idealmente fotogénico en la televisión, que no perdía una ocasión de hacerle entrevistas, de preferencia con primeros planos.

Ese día, convocó a todas, las del mundo entero, y toda la prensa al finalizar la reunión de la Comisión de la Unesco. Había decidido que el secreto había durado bastante, y tenía la intención de sacudir la Unesco, como un foxterrier sacude una pata, para obtener toda la ayuda necesaria, y en el acto.

En una gran oficina del séptimo piso, organizadores del Centro Nacional de Investigaciones Científicas acababan de instalar aparatos bajo la dirección de un ingeniero. Rochefaux y Simon de pie frente al gran ventanal miraban a dos oficiales trotar sobre caballos color tostado, en la perspectiva rectangular del patio del Colegio Militar.

La plaza Fontenoy estaba llena de jugadores de petanca que soplaban sus dedos antes de recoger sus bochas.

Rochefaux gruñó y se dio vuelta. No le gustaban ni los ociosos ni los militares. El ingeniero le informó que tole estaba listo. Los miembros de la Comisión empezaron a llegar y a tomar su lugar a lo largo de la mesa, frente a los instrumentos.

Eran once, dos negros, dos amarillos, cuatro blancos, y tres cuyo color iba del café con leche al aceite de oliva. Pero sus once sangres mezcladas en una copa no hubiesen hecho más que una sola sangre roja. En cuanto Rochefoux comenzó a hablar, su atención y su emoción fueron únicas.

Dos horas más tarde, sabían todo, habían visto todo, le habían hecho cien preguntas a Simon, y Rochefoux sacaba deducciones, mostrando en una pantalla un punto del mapa que estaba proyectado ahí:

- Acá, en el punto 612 del Continente Antártico, sobre el paralelo 88, bajo 980 metros de hielo, hay restos de algo que ha sido construido por una inteligencia, y ese algo emite una señal. Desde hace 900.000 años, esta señal dice: "Estoy aquí, los llamo, vengan..." Por primera vez, los hombres acaban de oírla. ¿Vamos a titubear, Hemos salvado los templos del valle del Nilo. El agua que subía, en el dique de Assuan, nos empujaba desde atrás. Acá, evidentemente no hay necesidad no hay urgencia. Pero hay una cosa más grande: está el deber. El deber de conocer; de saber. Nos llaman. Hay que ir. Esto exige recursos considerables. Francia no puede hacerlo todo. Ella hará su parte. Les pide a las otras naciones de unirse a ella.

El delegado norteamericano deseaba mayor precisión. Rochefoux le pidió que tuviera paciencia, y continué:

- Esta señal, ustedes la han visto baje la forma de una Simple línea inscripta sobre un cuadriculado. Ahora, gracias a mis amigos del C.N.R.S. que la han auscultado de todas las formas posibles, se las voy a hacer oír...

Le hizo una señal al ingeniero, que conectó un nuevo circuito.

Sobre la pantalla del osciloscopio, hubo primero una línea tendida como la cuerda mi de un violín, mientras que estallaba un silbido sobreagudo que le provocó una mueca a Simon. El negro más blanco pasó su lengua rosada sobre sus labios agrietados. El blanco más rubio puso el auricular derecho en su oreja y lo agitó violentamente. Los dos amarillos cerraban completamente las ranuras de sus ojos. El ingeniero del C.N.R.S. dio vuelta lentamente un botón. El sonido sobreagudo se volvió agudo. Los músculos se distendieron. Las mandíbulas se descrisparon. El agudo bajó maullando, el silbido se hizo un trino. La concurrencia empezó a toser y carraspear. Sobre la pantalla del osciloscopio, la línea recta era ahora ondulada.

Lentamente, lentamente, la mano del ingeniero hacía bajar la señal, del agudo al grave, toda la escala de las frecuencias. Cuando llegó al límite de los infrasonidos, fue como una maza de fieltro golpeando cada cuatro segundos el cuero de un tambor gigantesco. Y cada golpe hacía temblar los huesos, la carne, los muebles, las paredes de la Unesco hasta sus fundamentos. Era igual al latido de un corazón enorme, el corazón de una bestia inimaginable, el corazón de la Tierra misma.

Títulos de la prensa francesa: "El descubrimiento más grande todos los tiempos", "Una civilización congelada", "La Unesco va a derretir el Polo Sur".

Título de un diario inglés: "¿Quién o qué?"

Una familia francesa cenando: los Vignont. El padre, la madre, el hijo y la hija están sentados del mismo lado de la mesa en semicírculo. La pantalla de televisión, colgada de la pared, frente a ellos, difunde el diario televisado. Los padres son gerentes de una tienda de ventas de la Unión Europea de Zapatos. La hija sigue los cursos de la Escuela de Arte Decorativo. El hijo va rezagado entre el segundo y tercer año de bachillerato.

La pantalla difunde la entrevista a una etnóloga rusa, trasmitida directamente por satélite. Ella habla en ruso. Traducción inmediata.

- Señora, usted ha pedido formar parte de la expedición encargada de elucidar lo que llaman el misterio del Polo Sur. ¿Espera entonces encontrar rastros humanos bajo 1.000 metros de hielo?

La etnóloga sonríe.

- Si hay una ciudad no ha sido edificada por pingüinos... No hay pingüinos tan al Sur, no hay más que pájaros bobos. Pero una etnóloga no está obligada a saberlo.

Entrevista al secretario general de la Unesco. Anuncia que los Estados Unidos, la U.R.S.S., Inglaterra, China, Japón, la: Unión Africana, Italia, Alemania, y otras naciones, han hecho saber que aportarán su pleno concurso material a la empresa de descongelar el punto 612. Los preparativos van a ser acelerados. Todo estará en el lugar de la obra para el principio del próximo verano polar.

Entrevistas a los que caminan por los Champs Elysées:

- ¿Sabe dónde queda el Polo Sur?

- Bueno... hum...

- ¿Y usted?

- Bueno... es por allá...

- ¿Y usted?

- Es al Sur

- Bravo. ¿Le gustaría ir?

- Este... No, por supuesto.

- ¿Por qué?

- Bueno, hace demasiado frío.

En la mesa en semicírculo, la madre Vignont menea la cabeza:

- ¡Lo que pueden ser de tontos para hacer semejantes preguntas - dice ella.

Reflexiona un segundo y agrega:

- Sobre todo que no debe hacer mucho calor... Vignont padre observa:

- ¡Lo que va a costar de dineros... Harían mejor en construir playas de estacionamiento...

La pantalla proyecta el plan audaz de Bernard..

- Sin embargo, es curioso encontrar eso en ese lugar - dice la madre.

- No es nuevo - dice, la hija-, es precolombino...

El hijo no mira. Está comiendo y leyendo las aventuras en dibujitos de Billy Bud. Su hermana lo sacude.

- ¡Mira un poco! Es divertido y con todo, ¿no?

- Son idioteces - contesta él.

Una máquina monstruosa se hundía en el flanco de la montaña de hielo, proyectando detrás suyo una nube de pedazos trasparentes que el sol atravesaba con un arco iris.

La montaña ya estaba perforada todo alrededor por unas treinta galerías en las cuales habían sido instalados, en pleno corazón del hielo, los almacenes y las emisoras de radio TV de la Expedición Internacional Polar, en siglas EPI. Era un nombre bello. La ciudad en la montaña se llamaba EPI 1 y la que estaba cobijada bajo el hielo de la planicie 612 se denominaba EPI 2.

EPI 2 comprendía todas las otras instalaciones, y la pila atómica que suministraba la fuerza, la luz y el calor a las dos ciudades protegidas, y a EPI 3, la ciudad de. la superficie, compuesta de hangares, de vehículos y de las máquinas que atacaban el hielo en todas las formas que la técnica había podido imaginar. Nunca una empresa internacional de una amplitud tal, había sido realizada. Parecía que los hombres, aliviados, hubiesen encontrado la ocasión deseada para olvidar los odios, y fraternizar en un esfuerzo totalmente desinteresado.

Francia era la potencia invitante, el francés había sido elegido como idioma de trabajo. Pero para hacer las relaciones más fáciles, el Japón había instalado en EPI 2, una Traductora universal de onda corta. Ésta traducía inmediatamente los discursos y diálogos que le eran trasmitidos, y emitía la traducción en diecisiete idiomas y diecisiete largos de ondas diferentes. Cada sabio, cada jefe de equipo y técnico importante había recibido un receptor no más grande que un poroto, ajustado al largo de onda de su lengua materna, que guardaba permanentemente en su oído, y una emisora alfiler que llevaba prendida sobre el pecho o sobre el hombro. Un manipulador de bolsillo, chato como una moneda, le permitía aislarse de la algarabía de las mil conversaciones, cuyas diecisiete traducciones se entrecruzaban en el éter como un plato de espaghetti de Babel, a la vez que no recibía sino el diálogo en el cual él tomaba parte.

La pila atómica era americana, los helicópteros pesados eran rusos, la ropa de abrigo acolchada era china, las botas finlandesas, el whisky irlandés y la cocina francesa. Había máquinas y aparatos ingleses, alemanes, italianos, canadienses, carne de la Argentina y fruta de Israel. El acondicionamiento de aire y el confort en el interior del EPI 1 y 2 eran americanos, y tan perfectos que se habla podido aceptar la presencia de las mujeres.

El pozo

Estaba cavado en el hielo traslúcido, en la vertical del punto donde había sido localizada la señal de la emisora. Tenía once metros de diámetro. Una torre de hierro parecida a un derrik lo dominaba, trepidante de motores, humeante de vapores, que el viento trasformaba en echarpes de nieve. Dos ascensores llevaban a los hombres y el material hacia las profundidades del corte, que se internaban un poco más cada día hacia el corazón del misterio.

A menos de 917 metros, los mineros del frío encontraron en el hielo a un pájaro.

Era rojo, con el vientre blanco, las patas color coral, un penacho del mismo color, despeinado, el pico amarillo, achaparrado, entreabierto, los ojos rojizos y negros brillantes. Con sus alas a medio desplegar, distorsionadas, su cola levantada en abanico, sus patas endurecidas como frenando, tenia el aspecto de debatirse en un vendaval de viento que venía desde atrás. Estaba erizado como una llama.

Recortaron alrededor suyo un cubo de hielo y lo mandaron a la superficie. El comité director de la expedición decidió dejarlo en su embalaje natural. Fue puesto en una refrigeradora trasparente, y los sabios empezaron a discutir sobre su sexo y su especie. La TV propaló su imagen en el mundo entero.

Quince días después, en plumas, en felpa, en seda, en lana, en duvet, en plástico, en madera, en cualquier cosa, había invadido la moda y las tiendas de juguetes.

En el fondo del pozo, las perforadoras de hielo acababan de alcanzar las ruinas.

El profesor Joao de Aguiar, delegado del Brasil, presidente en ejercicio de la Unesco, subió a la tribuna frente a la concurrencia. Estaba vestido de frac. En la gran sala de conferencias, se hallaban esa noche no sólo los sabios, los diplomáticos y los periodistas, sino también el "Tout Paris" muy parisiense y el "Tout Paris" internacional.

Por encima de la cabeza del profesor Aguiar, la pantalla de televisión más grande del mundo ocupaba casi toda la pared del fondo. Iba a recibir y mostrar en relieve holográfico la emisión trasmitida desde el fondo del Pozo, emitida por la antena de EPI 1, y relanzada por el satélite Trio.

La pantalla se iluminó. El busto gigantesco del presidente apareció, en colores. suaves, un poco favorecido, y en perfecto relieve.

Los dos presidentes, el pequeño en carne y hueso, y su imagen grande, levantaron la mano derecha en un gesto amistoso y hablaron. Esto duró siete minutos. He aquí el final:

"... Así que una sala ha podido ser tallada en el hielo, en el centro mismo de las ruinas extraordinarias que éste tiene aún prisioneras. Salvo algunos de los heroicos pioneros de la ciencia humana que han cavado el Pozo con su técnica y su coraje, nadie en el mundo las ha visto todavía. Y en un momento, el mundo entero, va a descubrirlas. Cuando yo apoye sobre este botón, gracias al milagro de las ondas, allá, en el otro extremo de la tierra, los proyectores se iluminarán, y la imagen revelada, de la que fue quizá la primera civilización del mundo, volará hacia los hogares de la civilización de hoy en día... Es con una profunda emoción..."

En su pequeña cabina, el supervisor vigilaba sobre la pantalla de control la imagen del presidente. Ambas bajaron el pulgar al mismo tiempo.

En el extremo del mundo, la sala de hielo se iluminó.

Lo primero que vieron todos los espectadores de la Tierra fue un caballo blanco. Estaba de pie, justo bajo la superficie del hielo. Se le vela delgado, grande, estirado. Parecía estarse cayendo de costado, relinchando de miedo, los labios estirados sobre los dientes. Su crin y su cola flotando, inmóviles, desde hacía 900.000 años.

El tronco quebrado de un árbol gigantesco estaba tirado al través, detrás suyo. Entre la palma de su follaje, al fondo de la sala, aparecían las fauces abiertas de un tiburón. Un tramo de enorme escaleras, o de gradas amarillas bajando de la oscuridad, se hundían en la noche.

En frente, una flor resplandeciente, grande como un rosetón de catedral, desplegaba las tres cuarto partes de la carnadura de sus pétalos purpúreos.

Sobre su derecha, se levantaba un tramo de tabique destrozado, color verde pasto, de una materia desconocida, no completamente opaca. Se abría en ella una especie de puerta o de ventana, a través de la cual estaban proyectados, inmóviles, un pequeño roedor con la cola como un pincel, con las patas en el aire, una bandada de erizos azules. más abajo, comenzaba la cúspide de una larga pista helicoidal hecha con un metal que se parecía al acero, situada en la bruma lechosa de un mundo helado.

La segunda operación comenzó. Un tubo de aire fue dirigido hacia el tabique que contenía el trozo de pared. A Ios ojos del mundo entero, el primer fragmento del pasado enterrado iba a ser liberado.

El aire caliente surgió y se estrelló contra el hielo que comenzó a chorrear. Una chupadora aspiraba el vaho, otra absorbía el agua de la licuefacción mandándola a

la superficie.

La pared de hielo se derritió, retrocedió, se acercó el muro verde y lo alcanzó. Sobre las pantallas, la imagen combada, deformada por las pequeñas lentejuelas relucientes de las cámaras blindadas, mostró este fenómeno increíble: la pared se fundía al mismo tiempo que el hielo...

Los erizos y el roedor-de-patas-en-el-aire se derritieron y desaparecieron.

El aire caliente había invadido toda la sala. Todas las paredes chorreaban agua. Del techo, cataratas caían sobre los hombres con escafandra. Las palmas del árbol se fundieron, las fauces del tiburón se fundieron como un chocolate helado. Dos patas del caballo y su costado se fundieron. El interior de su cuerpo apareció, rojo y fresco. La flor púrpura chorreó agua ensangrentada. El aire tibio alcanzó el tope de la pista helicoidal de acero, y el acero se fundió.

Títulos en los diarios: "La más grande desilusión del siglo", "La ciudad enterrada no era más que un fantasma", "Millares gastados en un espejismo".

Una entrevista televisada a Rochefoux puso las cosas en su punto. Él explicó que la enorme presión soportada durante milenios había disociado los cuerpos más duros, hasta en sus moléculas. Pero el hielo mantenía en sus formas primitivas el polvo impalpable en el cual se habían convertido. Derritiéndose éste, los liberaba y el agua los disociaba y los arrastraba.

- Vamos a adoptar una nueva técnica, - agregó Rochefoux-. Recortaremos el hielo con los objetos que contiene. No renunciamos a descubrir los secretos de esta civilización que nos viene de. El transmisor de ultrasonidos continúa emitiendo su señal. Seguiremos bajando hacia él...

A 978 metros debajo de la superficie de hielo, el Pozo alcanzó el suelo del continente. La señal provenía del subsuelo.

Después de haberse hundido en el hielo, el Pozo se hundió en la tierra y después en la roca. En seguida esta última apareció dura, vitrificada, como cocida y comprimida, y fue endureciéndose de más en más. Pronto, su consistencia desconcertó a los geólogos. Presentaba una dureza, una compacidad desconocida en todos los otros puntos del globo. Era una especie de granito, pero las moléculas que lo componían parecían haber estado "ordenadas" y acomodadas para ocupar un mínimum de espacio y ofrecer una cohesión máxima. Después de haber quebrado una cantidad de útiles mecánicos, vencieron a la roca, y a 107 metros debajo del hielo, se llegó a la arena. Esa arena era un contrasentido geológico. No debería de haberse encontrado allí. Rochefoux, siempre optimista, dedujo que entonces había sido llevada a ese sitio. Era la prueba de que se estaba sobre la buena pista.

La señal seguía llamando, siempre más abajo. Había que continuar el descenso.

Se continuó.

Desde que habían llegado a este punto, estaban obligados a encofrar el pozo aun antes de cavarlo, hundiendo una camisa metálica en la arena, tan seca y blanda como la de un reloj de arena, y que fluía como agua.

A diecisiete metros por debajo de la roca, un minero se puso a hacer gestos frenéticos y a gritar alguna cosa que su máscara contra la tierra hacía incomprensible. Lo que quería decir, es que sentía algo duro bajo los pies.

La chupadora hundida en la arena se puso de pronto a chillar y vibrar, y su tubo se aplastó.

Higgins, el ingeniero que vigilaba desde lo alto de una plataforma, paró el motor. Se reunió con los mineros, y comenzó a quitar los escombros con precaución por medio de una pala, luego con la mano, después con la escoba.

Cuando Rochefoux bajó, acompañado por Simon y Brivaux, la encantadora antropóloga Leonova, jefa de la delegación rusa, y el químico Hoover, jefe de la delegación americana, encontraron en el fondo del Pozo, despejado de la arena fina, una superficie metálica ligeramente convexa, lisa, de color amarillo.

Hoover pidió que pararan todos los motores, hasta la ventilación, y que cada uno se abstuviera de hablar o de moverse.

Hubo entonces un silencio extraordinario, protegido de los ruidos de la tierra por cien metros de roca y un kilómetro de hielo.

Hoover se arrodilló. Se oyó crujir su rodilla izquierda. Con el índice doblado golpeó la superficie de metal. No hubo más que un ruido blando: el de la carne frágil de un hombre confrontado con un obstáculo masivo. Sacó de su maletín un martillo de cobre y golpeó el metal, primero levemente, luego a grandes golpes. No hubo ninguna resonancia.

Hoover gruñó, se inclinó para examinar la superficie. Esta no guardaba ningún rastro de los golpes. Trató de sacar una muestra. Pero su tijera de acero al tungsteno resbaló sobre la superficie y no consiguió hacerle mella.

Derramó entonces encima diferentes ácidos que examinó después con un espectroscopio portátil. Se levantó. Estaba perplejo.

- No comprendo qué lo vuelve tan duro - dijo-. Es prácticamente puro.

- ¿Lo?, ¿qué lo? ¿Cuál es ese metal? preguntó Leonova exasperada.

Hoover era un gigante de pelo colorado, barrigón y bonachón, de movimientos lentos. Leonova era delgada, morena y nerviosa. Era la mujer más bonita de la expedición. Hoover la miró sonriendo.

- ¡Qué! ¿Usted no lo ha reconocido? ¿Usted, una mujer?... ¡Es oro!...

Brivaux había puesto en marcha su aparato registrador. El papel se desenrollaba. La delgada línea familiar se inscribía sin una curva, sin una interrupción.

La señal venía del interior del oro.

Fue despejada una superficie mayor. En todas direcciones continuaba hundiéndose en la arena. Parecía que el pozo había llegado a una gran esfera, no exactamente en su parte superior, sino un poco al costado.

Se despejó el punto alto de la esfera y se la sobrepasó. Fue justo entonces que se hizo el primer descubrimiento revelador. En el metal aparecían una serie de círculos concéntricos; el más grande medía alrededor de tres metros de diámetro. Esos círculos estaban compuestos de una hilera de dientes agudos y grandes, inclinados como para atacar en el sentido de una rotación.

- Se parece a la extremidad de una excavadora - dijo Hoover-. ¡Para hacer un agujero ¡Para salir de adentro!...

- ¿Usted cree que es hueco, y que hay alguien? - dijo Leonova.

Hoover hizo una mueca.

- Ha habido... - Y agregó:

- Antes de pensar en salir, hacía falta que entraran. ¡Debe haber una puerta por algún lado!...

Dos semanas después del primer contacto con el objeto de oro, los diversos instrumentos de sondaje habían proporcionado bastantes datos para que se pudieran sacar de ellos conclusiones provisorias:

El objeto parecía ser una esfera colocada sobre un pedestal, el todo dispuesto en un bolsón lleno de arena cavado en la roca artificialmente endurecida. La finalidad de la arena era sin duda la de aislar la cosa de las sacudidas sísmicas y de todos los movimientos del terreno.

La esfera y su pedestal parecían ser solidarios y no formar más que un solo bloque. La esfera tenía 27,42 metros de diámetro. Era hueca. El espesor de su pared era de 2,92 metros.

Emprendieron la tarea de despejar la arena y variar el bolsón rocoso, para liberar el objeto de oro por lo menos hasta la mitad.

Para materializar lo que representan los 27 metros de diámetro de la Esfera, hay que decir que es la altura de una casa de 10 pisos. Y considerando el espesor de su pared, había todavía lugar en su interior como para una casa de 8 pisos.

En cuanto descubrieron la puerta, un piso provisorio fue colocado para acoger a los sabios y técnicos que bajaron en una jaula guiada.

Brivaux paseó un pequeño aparato con un cuadrante a lo largo de toda la circunferencia.

- Está completamente soldado - dijo-, en todo su espesor.

- Denos usted el espesor del centro - pidió Leonova. Él posó su aparato en el centro del círculo y leyó un número sobre el cuadrante: 2,92 metros.

Era el espesor general de la pared de la Esfera.

- Una vez la olla llena, han soldado la tapa - dijo Hoover-. Tiene más la apariencia de una tumba que de un refugio.

- ¿Y la perforadora? - dijo Leonova-, es para hacer salir ¿qué? ¿El gato?

- Seguramente no había gatos en esa época, mi linda - dijo Hoover.

Con su cordial mala educación americana que se había agravado con los numerosos años vividos en París, en el Barrio Latino y en Montparnasse, quiso pasarle el índice debajo del mentón. Su índice tenía las dimensiones y el color de una salchicha, con pecas y pelos dorados.

Furiosa, Leonova pegó a la mano que se dirigía hacia su cara.

- ¡Ella me mordería! - dijo Hoover sonriendo-. Vamos, linda, subamos. Pase usted primero...

La jaula podía contener dos personas, pero Hoover contaba por tres. Levantó a Leonova como si fuera un ramo de flores y la posó sobre el asiento de hierro. Gritó:

- ¡Suban!- La jaula comenzó en seguida a subir. Hubo un estrépito y gritos. Algo golpeó a Hoover. Cayó hacia atrás y su cabeza pegó contra un obstáculo duro y rugoso. Oyó un crujido dentro de su cráneo y se desvaneció.

Despertó en una cama de enfermería. Simon, inclinado sobre él, lo miraba con una sonrisa optimista.

Hoover pestañeó dos o tres veces para liberarse de una especie de inconsciencia y preguntó bruscamente:

- ¿La chica?

Simon meneó la cabeza con una mueca tranquilizadora.

- ¿Qué pasó? - preguntó Hoover.

- Un desmoronamiento... toda la pared por encima del corredor se ha caído.

- ¿Hay heridos?

- Dos muertos...

Simon había pronunciado esas palabras en voz baja, como si tuviera vergüenza.

Los dos primeros muertos de la expedición... Un minero de la Isla de la Reunión, y un carpintero francés. Compañeros del deber, que trabajaban en el encofrado.

Había también cuatro heridos de los cuales un electricista japonés en grave estado.

El Corredor estaba señalado en el croquis con la letra D.

En la pared de roca, éste dibujaba una abertura que debía haber sido rectangular, y estaba llena con una mezcla caótica de restos de rocas, con una especie de cemento y de moldes metálicos retorcidos y vueltos a su origen mineral. Entre esta abertura y la puerta de la Esfera, se habían encontrado, mezclados en la arena, la misma clase de restos, que se empaquetaron cuidadosamente y fueron enviados a la superficie con fines de examen y de análisis.

El Corredor había sido nombrado así porque los sabios pensaban que era la terminación de un pasaje, pero sus proporciones hacían pensar más bien en el perfil de una sala de dimensiones bastante grandes. Sea lo que fuere, era a partir de ahí, que los hombres del pasado -si se trataba de hombres ¿pero de qué otra cosa podía tratarse?- habían excavado y endurecido la roca, traído la arena, y construido la Esfera. Era el cordón umbilical a partir del cual ésta se había desarrollado en su placenta rocosa. El Corredor venía de alguna parte, y podía llevar allí. Lo iban a despejar, introducirse en él e ir a ver...

¿Pero después la Esfera? Explorar la Esfera primero, había decidido la asamblea de los sabios.

- Y yo, ¿qué tengo?

Hoover quiso palparse el cráneo, pero sus dedos no llegaron hasta su cabeza. Había entre ellos y ella el espesor de un apósito.

- ¿Está rajada? - preguntó.

- No, el cuero cabelludo está abierto, el hueso magullado, y un pedacito de granito hundido en el occipital. Se lo he sacado. No había perforado el hueso. Todo anda bien.

- Brurrush - dijo Hoover.

Se distendió y se recostó con satisfacción sobre la almohada.

Al día siguiente asistía a una reunión de información en la Sala de Conferencias.

Cuando subió sobre el podio para tomar su lugar en la mesa del Comité directivo del EPI, hubo primero una oleada de risas. Se había levantado de la cama para venir, y se había puesto únicamente su robe de chambre. Era de color frambuesa, con un sembrado de medias lunas azules y verdes. Su voluminoso vientre le levantaba el cinturón, cuya extremidad colgaba hasta sus botas de entrecasa, en piel de oso blanco.

Su apósito redondo, en forma de turbante, remataba su aire de mamamouchi del enfermo imaginario, puesto en escena en Greenwich Village.

Rochefoux, que presidía, se levantó y lo abrazó. Un estallido de aplausos cubrió la oleada de risas. Todos querían mucho a Hoover, y le agradecían que fuera divertido en medio del drama.

La sala estaba llena. Además de los sabios y los técnicos venidos de todas las fronteras, había ahí, una docena de periodistas representando a las grandes agencias del mundo, que en la Tribuna de la Prensa, disponían de cascos traductores.

Sobre una gran pantalla, detrás del podio apareció una vista general del bolsón rocoso, iluminado por los reflectores.

Unos treinta hombres se ajetreaban, en vestimenta anaranjada o roja, un casco sobre la cabeza y una máscara colgando del cuello, lista para ser utilizada inmediatamente.

La mitad superior de la Esfera, emergiendo de la arena y de sus bases, brillaba suavemente, enorme y tranquila, amenazadora también, por su masa, por su misterio, por lo desconocido que ocultaba.

Con voz cantarina, un poco monótona, Leonova explicó los trabajos, y la traductor se puso a cuchichear en todos los oídos, en diecisiete idiomas distintos. Leonova calló, se quedó un momento soñadora, y continuó:

- No sé lo que les sugiere la vista de esta Esfera, pero a mí... me hace pensar en una semilla. En la primavera, la semilla debe germinar. " perforadora telescópica, es el tallo que tiene que desarrollara, y perforará el camino hasta la luz, y el "pedestal" hueco está ahí para recibir los escombros... Pero la primavera no vino... Y el invierno dura desde hace 900.000 años... Sin embargo no quiero, yo no puedo creer que la semilla esté muerta...

Casi gritó:

- ¡Está la señal!

Un periodista se levantó y preguntó con el mismo modo vehemente:

- ¿Entonces, qué esperan ustedes para abrir la puerta?

Leonova, sorprendida, lo miró y contestó en un tono que se había vuelto helado:

- No la abriremos.

Un murmullo de sorpresa recorrió a la concurrencia. Rochefoux se levantó -sonriendo- y puso las cosas en su punto.

- No abriremos la puerta - dijo-, porque es posible que un dispositivo de defensa o de destrucción esté adherido a ella. Abriremos aquí.

Con una varilla de bambú tocó sobre la imagen, un emplazamiento en el tope de la esfera.

- Pero hay una dificultad. Nuestras perforadoras con cabeza de brillante han roto los dientes sobre este metal. Y no se funde con el soplete oxídrico, o mejor dicho se funde pero se vuelve a cerrar nuevamente. Como si se hendiera una carne con un escalpelo, y que la carne se cicatrizara inmediatamente detrás de la hoja. Es un fenómeno cuyo mecanismo no comprendemos, pero que sucede a escala molecular. Para hacer un rumbo en este metal, debemos atacar a nivel de las moléculas, y disasociarlas. Esperamos un soplete nuevo que utilice a la vez el láser y el plasma. En cuanto lo hayamos recibido, emprenderemos la operación Apertura.

El pozo de hielo y de roca se prolonga en un pozo de oro. Un agujero de dos metros de diámetro se hunde en la corteza de la Esfera. En el fondo del agujero, en una luz dorada, un caballero blanco ataca el metal con una lanza de luz. Vestido de amianto, con máscara de vidrio y de acero, es el ingeniero inglés Lister, armado de su plaser. Una voz explica que la palabra plaser ha sido formada por la conjunción de dos palabras: plasma y laser, y que el maravilloso soplete que se ve aquí trabajando, se debe a la colaboración de las industrias inglesas y japonesas.

Sobre la pantalla de televisión la imagen retrocede, descubriendo la parte superior del pozo de oro. Sobre la plataforma que lo rodea, técnicos anaranjados y rojos sostienen los cables, dirigen las cámaras o los reflectores. El calor que sube del pozo hace chorrear el sudor sobre sus rostros.

La pantalla es plegadiza, suspendida bajo una sombrilla al borde de una piscina en Miami. Un hombre gordo y congestionado, vestido con un bikini sintético, repantigado en una hamaca al soplo de un ventilador, suspira y pasa sobre su pecho una toalla esponja. Le parece inhumano mostrar semejante espectáculo a alguien que ya tiene tanto calor.

El comentarista recuerda las dificultades con las cuales han tropezado los sabios del EPI, en particular las dificultades climáticas. En ese momento he aquí el estado del tiempo que reina en la superficie, por encima de la cantera.

Sobre la pantalla, una terrible tormenta barre el EPI 3. Vehículos fantasmas trasladan de un edificio al otro, sus siluetas amarillas, borrosa a causa de la nieve que el viento lleva en línea horizontal a 240 km. por hora. El termómetro marca 52 grados bajo cero. El hombre gordo congestionado se ha vuelto lívido, y castañeteándole los dientes, se arrebuja con su toalla.

En una casa japonesa, la pantalla ha reemplazado sobre el tabique de papel, a la tradicional estampa. La dueña de casa arrodillada, sirve el té. El comentarista habla quedo. Dice que en el fondo del Pozo ya no hay más que algunos centímetros de espesor y que un agujero va a ser horadado para permitir introducir en el interior, una cámara de televisión. Dentro de algunos instantes, los honorables espectadores del mundo entero van a penetrar dentro de la Esfera con la cámara, y conocer por fin su misterio.

Leonova, en buzo de amianto, se ha reunido con Lister en el fondo del Pozo. Hoover, demasiado voluminoso, ha debido quedarse arriba con los técnicos. Se ha acostado sobre su vientre al borde del foso y grita sus recomendaciones a Leonova que no le oye.

Ella está arrodillada al lado de Lister. Una especie de escudo blindado colocado frente a sus muslos los protege. El vástago de llama rosa penetra dentro del oro, que hierve y se desvanece en olas de luz.

De pronto estalla un aullido sobreagudo. La llama, la chispas, el humo, son violentamente aspirados desde abajo. El pesado escudo cae sobre el suelo de oro, Leonova se desploma, Hoover grita y maldice, Lister se sujeta al plaser. Un técnico ya ha cortado la corriente. El aullido se vuelve un silbido que pasa del agudo al grave y luego se detiene. Leonova se levanta, se quita la máscara y habla en su altoparlante. Anuncia con calma que la Esfera está perforada. Contrariamente a lo que se hubiese podido creer, debe hacer más frío en el interior que en el exterior, lo que ha provocado una violenta succión de aire. Ahora el equilibrio está restablecido. Se va a redondear el agujero y bajar la cámara fotográfica.

Simon está sobre la Esfera, al lado de Hoover y de Lanson, el ingeniero inglés de la TV que dirige la bajada con un grueso cable. La extremidad de éste se encuentra perforada con dos lentejuelas superpuestas: la del reflector miniatura, y la de la minicámara.

En el fondo del Pozo, Leonova agarra el cable con sus dos manos enguantadas, y lo introduce en el agujero negro. Cuando ha penetrado más o menos un metro, ella levanta los brazos. Lanson interrumpe la progresión del cable.

- Todo está listo - le dice a Hoover.

- Espérenme - dice Leonova.

Vuelve a subir sobre la plataforma, para mirar con todos los hombres presentes, la pantalla del receptor de control, colocada al borde del Pozo.

- Adelante - dice Hoover.

Lanson se vuelve hacia el técnico.

- ¡Luz!...

Sobre el piso de oro, el ojo del reflector se enciende, el de la cámara mira.

La imagen sube a lo largo del cable, atraviesa la tormenta, brota desde lo alto de la antena de EPI 1 hacia Trío inmóvil en el vacío negro del espacio, rebota hacia los otros satélites, y cae como lluvia hacia todas las pantallas del mundo.

La imagen aparece sobre la pantalla de control. No hay nada.

Nada más que un lento remolino grisáceo que trata en vano de atravesar la luz del minireflector. Se parece al esfuerzo inútil de un faro de automóvil en una sábana de niebla londinense.

- ¡Tierra! - grita Hoover-. ¡Horrible tierra!...

Son los torbellinos provocados por la succión de aire que han provocado estos remolinos... Pero ¿cómo ha podido la maldita tierra penetrar en esta bendita Esfera tan herméticamente cerrada?

Un difusor le contesta. Es Rochefoux que habla desde la Sala de Conferencias.

- Haga saltar rápidamente el fondo de la caja - dijo-. Y vaya a ver...

El fondo del Pozo estaba abierto. Sobre la plataforma, el equipo de avanzada estaba listo a bajar. Comprendía a Higgins, Hoover, Leonova, Lanson y su cámara sin película, el africano Shanga, el chino Lao, el japonés Hoi-To, el alemán Henckel y Simon.

Resultaba peligroso que hubiese demasiada gente. Pero se tuvo que dar satisfacción a las susceptibilidades de las delegaciones.

Rochefoux, que se sentía muy cansado, había cedido su lugar a Simon. - La presencia de un médico, por otra parte podía ser muy útil.

Siendo el más joven Simon, solicitó y obtuvo el favor de ser el primero en descender. Estaba vestido con un mameluco de color limón, con calefacción, botas de fieltro gris y gorro de astracán. Un termómetro explorador había revelado en el interior 37 grados bajo cero. El médico llevaba una lámpara frontal, una máscara de oxígeno colgando del cuello, y en la cintura un revólver 9mm que había querido rehusar, pero que Rochefoux lo obligó a aceptar: No se sabía hacia qué, iba a bajar.

Una escalera metálica, que realizaba las veces de antena, estaba fija al borde del Pozo y colgaba sobre lo desconocido. Simon se puso el casco y se metió. Se le vio desaparecer en la luz dorada, luego en el negro.

- ¿Qué ves? - grito Hoover.

Hubo un silencio, luego el alto parlante dijo:

- ¡Estoy parado! Hay un piso...

- ¡Santo Dios! ¿Qué es lo que ve? - preguntó Hoover.

Nada... No hay nada que ver...

- ¡Ya voy! - dijo Hoover.

Se ubicó sobre la escalera metálica. Su mameluco era rosa. Llevaba un bonete tejido de lana gruesa verde, coronado de un pompón multicolor.

- ¡Va a hacer resquebrajarse todo! - dijo Leonova.

- No peso nada - contestó-. Soy como un copo grande de nieve...

Ajustó su máscara y bajó.

Lanson, sonriendo, dirigió hacia él su cámara.

Estaba de pie sobre el piso de oro, en la pieza redonda y vacía. Un leve polvo extendía sus velos a lo largo del muro circular de oro, ahuecado con millares de alvéolos que parecían hechos para contener algo, y no contenían nada.

Los otros bajaban, miraban, se callaban. El polvo casi invisible estorbaba el haz de luz de las lámparas frontales, y bordeaba con una aureola nuestras siluetas disfrazadas.

Luego vinieron los dos electricistas con sus reflectores a baterías. La gran claridad trasformó la pieza en lo que era: simplemente un cuarto vacío. En frente mío, una porción del muro era lisa, sin alvéolos. Tenía una forma trapezoidal, un poco más ancha abajo que arriba, con un ligero estrangulamiento a la mitad de la altura. Pensé que pudiera ser una puerta, avancé hacia ella.

Es así como di mis primeros pasos hacia ti.

No había ningún medio visible para abrir esta puerta, si es que era una. Ni manija, ni cerradura. Simon levantó su mano derecha enguantada, la posó sobre la puerta, cerca del borde, a la derecha, y empujó hacia adentro. El borde de la puerta se separó de la pared y se entreabrió. Simon quitó su mano. Sin ruido - y sin disparador- la puerta volvió exactamente a su lugar.

- Y bueno, ¿qué esperamos? - dijo Hoover. Vamos...

Por estar a la izquierda de Simon, espontáneamente levantó su mano izquierda y la posó sobre el borde de ese lado.

Y la puerta se abrió a la izquierda.

Sin demorarse en admirar esa puerta ambivalente, Hoover la empujó a fondo. Quedó abierta. Simon hizo señas a un electricista, que levantó su reflector, y lo dirigió hacia la abertura.

Era la de un corredor de varios metros de largo. El piso era de oro y las paredes de un material color verde que parecía poroso. Una puerta azul del mismo material cerraba el fondo del corredor. Otras dos estaban colocadas a la derecha, y una a la izquierda.

Simon entró, seguido por Hoover e Higgins, y detrás suyo los demás.

Cuando llegó a la primera puerta paró, levantó la mano y empujó.

Su mano enguantada se hundió en la puerta y pasó al través...

Hoover gruñó de sorpresa e hizo un movimiento para acercarse. Su mano enorme rozó a Higgins, que para guardar el equilibrio, se apoyó contra el muro.

Higgins pasó a través de la pared.

Gritó, y la traductora pegó el mismo grito en los auriculares. Hubo un ruido de choque sordo algunos metros más abajo, y la voz de Higgins calló.

El choque había desquiciado las paredes. Se les vio estremecer, doblarse, agobiarse, derrumbarse suavemente en masas blandas de tierra, descubriendo un abismo de oscuridad, atravesado por los reflectores, donde otras paredes caían sin ruido, revelando todo un mundo en

tren de desvanecerse, muebles, máquinas, animales inmóviles, siluetas vestidas, espejos, formas desconocidas, que se desarmaban, resbalaban a lo largo de sí mismas, caían en montones sobre pisos que se combaban y se deshacían a su vez.

Desde el fondo de la esfera donde se reunían todas estas caídas blandas, subían espirales grises y espesas como un cúmulo de tierra. Los sabios tuvieron justo el tiempo de ver a Higgins los brazos en cruz, el pecho atravesado por una estaca de oro. Luego la nube lo envolvió y continuó su ascenso.

- ¡Máscaras! - gritó Hoover.

Apenas se habían colocado las máscaras cuando la nube los alcanzó, los envolvió llenando la Esfera. Se inmovilizaron sobre ese sitio, no animándose a moverse más. No veían nada. Estaban sobre una pasarela sin parapeto a ocho pisos sobre el vacío, envueltos en una nube impenetrable.

- ¡Arrodíllense! ¡Despacito! - dijo Hoover-. En cuatro patas.

Es así como alcanzaron, lentamente, palpando los bordes de la pasarela, la sala redonda y luego el exterior de la Esfera. Emergieron uno a uno, llevándose consigo a jirones o echarpes de tierra. El pozo de oro humeaba.

Dos hombres con escafandras, y encordados, bajaron a buscar el cuerpo de Higgins. Un pastor celebró un oficio fúnebre en la iglesia bajo el hielo. Una cruz de luz se habría hacia el cielo, tallada en la bóveda traslúcida. Luego Higgins muerto, hizo hacia la Ciudad del Cabo, su país, el viaje aéreo a la inversa de lo que había hecho Higgins vivo.

La prensa se deleitó: "La Esfera maldita ha golpeado de nuevo", "La tumba del Polo Sur, ¿matará más sabios que la de Tutankamon?"

En el restaurante de EPI 2, los diarios, que acababan de llegar, por el último avión, pasaban de mano en mano, Leonova miraba con desprecio un semanario inglés con el encabezamiento: "¿Qué fantasma asesino monta guardia delante de la Esfera de Oro?"

- La prensa capitalista delira - dijo.

Hoover, sentado frente a ella, derramaba un litro de crema sobre un plato de choclo desgranado.

- Sabemos de sobra que los marxistas no creen en lo sobrenatural - contestó él-, pero espere un poco que el duende venga de noche a hacerle cosquillas en los pies...

Tragó una cucharada de choclo sin masticarlo, y prosiguió:

- Hay sin duda algo que ha expelido a Higgins al través de la pared, ¿no?

- Es el vientre de usted que lo empujó... ¿No tiene vergüenza de transportar semejante horror delante suyo? No es solamente inútil, sino peligroso...

Él se golpeó suavemente la panza.

Librodot

- Es toda mi inteligencia la que está ahí... Cuando adelgazo, me vuelvo triste y tan tonto como cualquiera... Estoy afligido por Higgins... No hubiera querido morir como él, sin haber visto la continuación...

Habían introducido en la Esfera una enorme manguera de aire, que aspiraba hacia fuera. El aire que echaba a la superficie se recibía en bolsas que lo tamizaban. El polvo recogido era enviado hacia los laboratorios que, en el mundo entero, trabajaban para la expedición.

Cuando las bolsas no recogieron nada más, el equipo puntero penetró de nuevo en la Esfera.

Los reflectores estaban dirigidos en todas direcciones, dentro de una atmósfera interior vuelta trasparente nuevamente. La luz reflejada, quebrada, irradiada en, todas partes por el mismo metal, inundaba de reflejos auríferos una arquitectura de oro abstracta y demente.

En el derrumbamiento del mundo cerrado, todo lo que estaba compuesto por la misma aleación que la externa, había subsistido. Pisos sin paredes... escaleras sin barandas, rampas que no llevaban a ninguna parte, puertas abriéndose en el vacío, cuartos cerrados suspendidos, unidos los unos a los otros, sostenidos, apuntalados por vigas caladas o por contrafuertes livianos como huesos de pájaros componían un esqueleto de oro, liviano, inimaginablemente bello.

Casi en el centro de la Esfera, una columna la atravesaba verticalmente de un lado al otro. Era, o contenía, la perforadora. En su base, apoyada contra ella, y parecía soldada a ella, se levantaba una construcción de nueve metros de alto, más o menos cerrada herméticamente, en forma de huevo, con la punta en el aire.

- Hemos abierto la semilla, este es el germen - murmuró Leonova.

Una escalera, cuyos escalones de oro parecían mantenerse solos en el aire, partía del emplazamiento de la puerta en la pared de la Esfera, atravesaba el aire como un sueño de arquitecto, y terminaba en el Huevo, a las tres cuartas partes de su altura. Lógicamente, en este emplazamiento debía situarse la abertura.

Desde pisos a pasarelas y escaleras, por caminos aéreos, los exploradores bajaron hacia el Huevo. Y encontraron la puerta en el lugar donde pensaban encontrarla. Era de forma ovoide, más ancha hacia abajo. Cerrada, por supuesto, y no presentando ningún dispositivo para su abertura. Pero no estaba soldada.

Resistió a todas las presiones. Simon, como un chiquillo, sacó un cortaplumas de su bolsillo, y trató de introducir la hoja en la ranura casi invisible.

La hoja resbaló sin penetrar. El cierre era de un hermetismo total. Hoover sacó su martillo de cobre y golpeó. Al igual que la pared de la Esfera, producía un sonido sordo.

Lo hicieron bajar a Brivaux con su aparato registrador, La línea de ultrasonidos se inscribió sobre el papel.

La señal provenía del interior del Huevo.

Desde la Sala de Conferencias, sabios y periodistas seguían, sobre la pantalla, el trabajo de los equipos en el interior de la Esfera. Carpinteros posaban pasarelas, y apuntalaban escaleras.

Hoover y Lanson, asistidos por electricistas, se ocupaban de la puerta del Huevo. Leonova y Simon acababan de llegar por medio de una escalera, a una sala de oro suspendida en el vacío.

La atmósfera estaba clara. Ya nadie usaba máscara. Con mil precauciones, Leonova empujó la puerta metálica de la sala redonda.

Se abrió lentamente. Leonova entró y se hizo a un lado para dejar pasar a Simon.

Se volvieron hacia el interior de la sala y miraron.

No estaba iluminada sino por los reflejos que dejaba pasar la puerta abierta. En esta penumbra de oro se encontraban seis seres humanos.

Dos estaban de pie y los miraban entrar. El de la derecha, en un gesto inmóvil, los invitaba a venir a sentarse en una especie de asiento horizontal del cual no se apercibía el soporte. El de la izquierda abría los brazos como para estrecharlos en un saludo de bienvenida.

Los dos estaban vestidos con un amplio y pesado ropaje color rojo que llegaba al suelo y ocultaba sus pies.

Un bonete chico igualmente rojo les cubría la cabeza. Los cabellos lisos, castaños en uno, rubios en el otro, les caían a ras de los hombros.

Detrás de ellos, dos hombres desnudos sentados faz a faz sobre una piel blanca se entrecruzaban los dedos de la mano izquierda y levantaban la derecha, con el índice tenso. Puede ser que fuera un juego.

Leonova enfocó su aparato fotográfico y disparó el doble fogonazo del flash laser. Toda la escena fue violentamente iluminada durante un milésimo de segundo. Simon tuvo el tiempo de adivinar otros dos personajes pero la imagen se borró en su retina. Y la escena se borró al mismo tiempo. Como si el choque de la luz hubiera sido demasiado violento para ellos, los trajes, luego la substancia de los personajes se descolgaron y resbalaron hecho polvo, y dejando al descubierto especies de motores y armazones metálicos. Después, a su vez estos esqueletos, Se derrumbaron suavemente. En unos segundos, no subsistió del grupo, en el polvo que se levantaba, sino algunos arabescos de hilos de oro, sosteniendo de aquí y de allá una plaqueta, un círculo, una espiral, suspendidos...

Leonova, y Simon se apresuraron en salir, y cerrar la puerta de la pieza con la nube de tierra que la llenaba. Se sentían frustrados, como cuando uno se despierta en medio de un sueño que se sabe no volverá a ver jamás.

De pie frente a la escalera de la puerta del Huevo, Hoover daba informaciones sobre los trabajos de su equipo. En la Sala de Conferencias, los periodistas observaban la pantalla grande y tomaban notas.

- ¡La hemos perforado! - dijo Hoover-. He aquí el agujero...

Su pulgar gordo se posó sobre la puerta, cerca de un orificio negro en el cual él podría haberse hundido.

- No ha habido movimiento de aire ni en un sentido ni en el otro. El equilibrio de las presiones internas y externas no puede ser efecto de la casualidad. En alguna parte hay un dispositivo que conoce la presión externa y actúa sobre la presión interna. ¿Dónde está? ¿Cómo funciona? ¿Les gustaría saberlo? A mí también...

Rochefoux habló en el micrófono de la mesa del Consejo.

- ¿Cuál es el espesor de la puerta?

- Ciento noventa y dos milímetros, compuestos de capas alternadas de metal y de otra materia que parece ser un aislante térmico. Hay por lo menos cincuenta capas.

- Es un verdadero "milhojas". Vamos a medir la temperatura interior.

Un técnico introdujo en el orificio un Irgo tubo metálico que se terminaba, en el exterior, por una esfera graduada. Hoover echó una mirada sobre esta última, bruscamente pareció interesado y no le quitó la vista.

- ¡Y bueno, mis hijos! ¡Esto baja!... ¡Baja!... todavía... todavía... Estamos a menos de 80... menos 100... 120...

Cesó de enumerar las cifras y se puso a silbar de asombro. La traductora habló dentro de los diecisiete auriculares.

- ¡Menos 180 grados centígrados! - dijo la imagen de Hoover en la pantalla grande-. ¡Es casi la temperatura del aire líquido!

Louis Deville, el representante de Europress, que fumaba un cigarro negro, largo y delgado como un espagueti, dijo con su bello acento meridional:

- ¡Qué divertidos! ¡E s un frigorífico! vamos a encontrar arvejas congeladas...

Hoover continuaba:

- Queríamos introducir una ganzúa de acero en ese agujero, y tirar de ésta para abrir la puerta. Pero con el frío que hace ahí dentro, la ganzúa se romperá como un fósforo. Va a ser necesario encontrar otra cosa...

Otra cosa, fueron tres ventosas neumáticas grandes como platos, aplicadas sobre la puerta y unidas a un gato- tractor, éste a su vez fijo en un armazón de vigas de hierro arbotantes alrededor del Huevo. Una bomba chupó el aire de las ventosa casi hasta el vacío... Estas hubieran soliviado una locomotora.

Hoover comenzó a hacer girar el volante del gato.

En la Sala de Conferencias, un periodista inglés preguntó a Rochefoux:

- ¿Usted no teme que haya un dispositivo destructor aquí?

- No lo había detrás de la puerta de la Esfera. Recién lo hemos sabido cuando estuvimos dentro. No hay motivo para que haya uno acá.

El Comité estaba reunido en su totalidad frente a la pantalla. La sala estaba llena y afiebrada. Aun los que tenían ocupaciones en otro lado venían a ver rápidamente en que se estaba, y volvían a su trabajo.

Sólo Leonova, demasiado impaciente para mirar de lejos, había acompañado a Hoover y sus técnicos. Simon estaba junto a ellos, con dos enfermeras, pronto a intervenir en caso de accidente.

Sobre la pantalla, la imagen de Hoover dio vuelta la cabeza hacia Sus colegas del Comité.

- He dado veinte vueltas al volante - dijo-. Eso representa 10 milímetros de tracción. La puerta no se ha movido ni un ápice. Si insisto ahora, se va a deformar romper.

- ¿Continúo?

- ¿Está seguro de que las ventosas no corren el riesgo de desprenderse? - preguntó Ionescu, el físico rumano.

- Arrancarían muy bien al Polo Sur - dijo la imagen de Hoover,

- Es necesario abrir esta puerta de un modo u otro - dijo Rochefoux.

Se dio vuelta hacia los miembros del Consejo.

- ¿Qué piensan ustedes? ¿Se vota?

- Hay que continuar - dijo Shanga levantando la mano. Todas las manos se levantaron.

Rochefoux le habló a la imagen.

- Proceda, Joe - le dijo.

- 0.K. - contestó Hoover.

Tomó con las dos manos el volante del gato.

En la cabina de TV, Lanson empalmó con la antena de emisión.

Detrás de un tabique de vidrio insonoro, un periodista alemán comentaba.

En la tribuna de la prensa, Louis Deville se levantó:

- ¿Puedo hacerle una pregunta a Mr. Hoover? - dijo.

- Acérquese - dijo Rochefoux.

Deville subió sobre el podio y se inclinó directamente sobre el micrófono.

- Señor Hoover, ¿me oye usted?

La imagen de Hoover asintió con la cabeza.

- Bueno - dijo Deville-. Ha hecho un boquete en el hielo, ha encontrado una semilla. Ha hecho un agujero en la semilla, ha encontrado un huevo. Ahora, según su parecer, ¿qué va a encontrar?

Hoover le hizo frente con una encantadora sonrisa sobre su cara gorda.

- ¿Nuts? - dijo.

Lo que la Traductora, con un millonésimo de segundo de titubeo, tradujo en los audífonos franceses por: "Clavos".

No hay que pedirle demasiado a un cerebro electrónico. Para conservar la imagen redonda, un cerebro de hombre hubiese quizá traducido "ciruelas".

Deville volvió a su lugar frotándose las manos. Tenía una buena crónica para esta noche, aun si...

- Atención- dijo Hoover-, creo que estamos...

Hubo bruscamente en el difusor un ruido parecido al de una tonelada de terciopelo que se rasga. Abajo, en la puerta apareció una rendija oscura.

- ¡Se abre por debajo! - dijo Hoover-. Despegue la 1 y la 2. ¡Pronto!

Las dos ventosas superiores, llenas de aire, cayeron al extremo de sus cadenas.

Quedaba solamente la ventosa de abajo. Hoover giraba el volante a toda velocidad. Hubo un arpegio desgarrador, como si todas las cuerdas de un piano se rompieran una tras otra. La puerta ya no resistió más.

En unos minutos, los accesos a la puerta fueron despejados.

Leonova y Simon se pusieron sus escafandras. Eran semejantes a los de los astronautas, únicos capaces de protegerlos contra el frío reinante dentro del Huevo. Los habían hecho traer por el jet desde Rockefeller Station, la base americana para la partida a la luna. Se esperaban otros de origen ruso y europeo. Por el momento no había más que esos dos. Hoover había tenido que desistir de introducirse dentro de uno de ellos. Por primera vez, desde que había sobrepasado los cien kilos, lamentaba su volumen. Fue él quien abrió la puerta. Se puso guantes de amianto, introdujo las manos en la rendija, al ras del último escalón de la escalera, y pegó un tirón.

La puerta se levantó como una tapa.

He entrado, y te he visto.

Y he sido preso de inmediato por el deseo furioso, mortal de echar, de destruir todos los que, aquí, detrás de mí, detrás de la puerta, en la esfera sobre el hielo, delante de las pantallas del mundo entero, esperaban saber y ver. Y que iban a "verte", como yo te veía.

Y sin embargo, yo quería también que te vieran. Deseaba que el mundo entero supiese cómo eras tú, maravillosamente, increíblemente, inimaginablemente bella.

Mostrarte a todo el universo, el tiempo de un relámpago, luego encerrarme contigo, solo, y mirarte por toda la eternidad.

Una luz azul provenía del interior del huevo. Simon entró el primero, y a causa de esta luz, no encendió su antorcha. La escalera exterior se continuaba en el interior y parecía interrumpirse en el vacío. Sus últimos escalones se recortaban en siluetas negras y terminaban, más o menos a la mitad de la altura del huevo. Abajo, un gran anillo metálico horizontal estaba suspendido en el vacío.

Era éste el que emitía esa luz diáfana, o mejor esa luminiscencia suficiente para alumbrar todo en torno suyo, a una organización de aparatos cuyas formas parecían extrañas, porque eran desconocidas. Fustes e hilos los ligaban entre sí, y todos estaban en cierto modo vueltos hacia el anillo, para recibir algo de este.

El gran anillo azul giraba. Estaba suspendido en el aire, sostenido por nada, en contacto con nada, Todo el resto estaba estrictamente inmóvil. Él giraba. Pero era tan liso y su movimiento tan perfectamente ejecutado sobre si mismo, que Simon lo adivinó más que verlo y no pudo darse cuenta si el anillo giraba muy lentamente o a una velocidad considerable.

Desde el exterior, Lanson que había bajado de la sala de conferencias para vigilar sus cámaras, encendió un reflector. Sus mil vatios absorbieron la luminiscencia azul, hicieron desaparecer la mecánica fantasmagórica y revelaron en su lugar una baldosa trasparente que, ahora reflejaba la Iuz fuerte y no dejaba discernir lo que había debajo suyo.

Simon seguía parado siempre sobre la escalera, a cinco escalones por encima del suelo trasparente, y Leonova a dos escalones más arriba que él.

Cesaron al mismo tiempo de mirar el suelo bajo sus pies, levantaron la cabeza y vieron lo que había frente a ellos.

La parte superior del huevo constituía una sala con cúpula. Sobre el piso, frente a la escalera, estaban colocados dos zócalos de oro de forma alargada. Sobre cada uno de esos zócalos descansaba un bloc de un material trasparente igual a un hielo extremadamente traslúcido. Y dentro de cada uno de esos bloques se encontraba un ser humano acostado, con los pies hacia la puerta.

Una mujer, a la izquierda. A la derecha, un hombre. No había lugar a dudas porque estaban desnudos. El sexo del hombre estaba erguido como un avión que levanta vuelo. Su puño izquierdo estaba posado sobre su pecho. Su mano derecha se levantaba oblicuamente, el índice tendido, en el mismo gesto que los jugadores de la sala redonda.

Las piernas de la mujer estaban cruzadas. Sus manos abiertas descansaban, la una sobre la otra, justo por debajo del pecho. Sus senos eran la imagen misma de la perfección del espacio ocupado por la curva y la carne. Las pendientes de sus caderas eran como las de una duna amada por el viento de arena, que ha tardado un siglo para construirla con su caricia. Sus muslos eran redondos y largos, y el suspiro de una mosca no hubiese encontrado lugar para deslizarse entre ellos. El nido discreto del sexo estaba hecho de rulos dorados, cortos y crespos. De sus hombros a sus pies parecidos a flores, su cuerpo era de una gran armonía donde cada nota, milagrosamente afinada, se encontraba en concordancia exacta con cada una de las demás y con todas.

No se veía su cara. Como la del hombre, estaba cubierta hasta el mentón, por un casco de oro de rasgos estilizado, de una belleza grave.

La materia trasparente que los envolvía, al uno y al otro era tan fría que el aire a su contacto se hacía líquido y chorreaba, haciendo a los dos bloques, como un encaje que bailaba, se despegaba, caía y se evaporaba antes de tocar el suelo.

Acostados en esos estuches de luz cambiante, estaban por su misma desnudez, revestidos de un esplendor de inocencia. Su piel, lisa y mate como una piedra pulida, tenía un color de madera cálida.

A pesar de que fuera menos perfecto que el de la mujer, el cuerpo del hombre daba la misma impresión extraordinaria de una juventud nunca vista. No era la juventud de un hombre y de una mujer, sino la de la especie. Esos dos seres eran nuevos, conservados intactos desde la infancia humana.

Simon, lentamente, tendió la mano hacia adelante.

Y entre los hombres que en ese mismo momento, miraban sobre sus pantallas la imagen de esta mujer, que veían esos suaves hombros rellenos, esos brazos redondos encerrando como en una canasta los frutos livianos de los senos, y la curva de esas caderas donde se vertía la belleza total de la creación, ¿cuántos no pudieron impedir a su mano el gesto de tenderse, para posarse allí?

Y entre las mujeres que miraban a ese hombre, ¿cuántas ardieron del deseo atrozmente irrealizable de acostarse sobre él, de plantarse y de morir ahí?

Hubo en el mundo entero un instante de estupor y de silencio. Hasta los viejos y los niños callaron. Luego las imágenes del punto 612 se apagaron, y la vida común empezó de nuevo, un poco más nerviosa, un poco más agria. La humanidad por medio de un poco más de ruido, se esforzaba por olvidar lo que acababa de comprender, mirando los dos Nacientes del Polo hasta qué punto era antigua, y cansada, aun en sus más bellos adolescentes.

Leonova cerró los ojos y sacudió la cabeza en su casco. Cuando levantó sus párpados, ella ya no miraba en dirección del hombre. Bajó, y empujó a Simon con su rodilla.

Sacó de su bolso un pequeño instrumento con un cuadrante, dio unos pasos y lo puso en contacto con el bloc que contenía a la mujer. Se quedó pegado. Ella miró el cuadrante, y dijo con voz neutra dentro de su micrófono de visera:

- Temperatura en la superficie del bloque: 272 grados centígrados, bajo cero.

Hubo murmullos de sorpresa entre los sabios reunidos en la Sala de Conferencias. Era casi el cero absoluto.

Louis Deville, olvidando su micrófono, se levantó para gritar su pregunta:

- ¿Puede preguntarle al doctor Simon, mientras que los mira, si como médico él piensa que pueden estar vivos?

- ¡No se queden cerca de los bloques - dijo la voz traducida de Hoover en los auriculares de Simon y de Leonova. ¡Retrocedan! ¡Más! ¡Sus escafandras no están hechas para semejante fríos!...

Recularon hacia el pie de la escalera. Simon recibió la presunta de Deville. Ese interrogante se lo formulaba a sí mismo, desde hacia un momento, con ansia. Primero no había tenido duda alguna: esta mujer estaba viva, ella no podía estar sino viva... pero era un deseo, no una convicción. Y buscaba ahora razones objetivas para creerlo, o para dudar de ello. Las enumeró en su micrófono, hablando sobre todo para sí mismo.

- Estaban vivos cuando el frío los tomó. El estado del hombre lo prueba.

Tendió su brazo acolchado en dirección del sexo oblicuo del hombre.

- Es un fenómeno que ya se había constatado en ciertos ahorcados. Demostraba una congestión brutal, y un reflujo de la corriente sanguínea hacia la parte baja del cuerpo. De ahí vino la leyenda de la mandrágora, esa raíz de forma humana, que nacía bajo las horcas, de la tierra sembrada por el esperma de los ahorcados. Podría ser que una congestión análoga se haya producido en el curso de un enfriamiento rápido. Ello no ha podido acontecer sino en un cuerpo todavía vivo. Pero es posible que un instante después haya sobrevenido la muerte. Y aun si esos dos seres estaban en un estado de vida detenida, pero de vida posible después de su congelación, ¿cómo podemos saber en qué estado se encuentran hoy después de 900.000 años?

El difusor de la Sala de Conferencias, que trasmitía directamente la voz de Simon, reveló en sus últimos palabras la angustia del joven médico, y calló.

El físico japonés Hoi-To, sentado en la mesa del Consejo, hizo notar:

- Habría que saber a qué temperatura se encontraban. Nuestra civilización no ha conseguido jamás obtener el cero absoluto. Pero parece que esa gente disponía de una técnica superior. Puede ser qué hayan llegado... el cero absoluto es la inmovilidad total de las moléculas. Es decir que ninguna modificación química es posible. Ninguna transformación aun infinitesimal... Ahora bien, la muerte es una transformación. Si en el centro de esos bloques, este hombre y esta mujer se encuentran en el mismo estado que en el momento en que fueron inmersos. Y podrían quedar así por toda la eternidad.

- Hay una manera muy sencilla de, saber si están muertos o vivos, - dijo la voz de Simon en el difusor-. Y como médico, estimo que es nuestro deber hacerlo: Hay que probar de reanimarlos...

Considerable fue la emoción en el mundo. Los diarios gritaban en enormes letras de color: "Despiértenlos", o bien: "Déjenlos dormir".

Según los unos o según los otros, se tenía el deber imperioso de tentar de traerlos a la vida, o si no, no se tenía, en absoluto, el deber de perturbar la paz en la cual reposaban desde un tiempo inverosímil.

A pedido del delegado de Panamá a la O.N.U., la Asamblea de las Naciones Unidas fue convocada para deliberar.

Escafandras espaciales habían llegado a 612, pero ninguna tenía las dimensiones de Hoover. Se encargó una sobre medida. Esperando su llegada, asistía impotente y furioso, desde lo alto de la escalera de oro, a los trabajos de sus colegas, y se desplazaba dentro del Huevo con torpeza, las piernas abiertas y los brazos rígidos. La humedad de la Esfera penetraba en el Huevo y se condensaba en una niebla compuesta de copos imperceptibles. Se había formado escarcha sobre toda la superficie interna de la pared, y una capa de nieve pulverizada, móvil como el polvo, recubría el suelo.

A pesar de sus escafandras, los hombres que bajaban dentro del Huevo no podían permanecer más que un tiempo muy corto, lo que volvía difícil la prosecución de las investigaciones. Se habla podido analizar la materia transparente que envolvía a los yacentes. Era helium sólido, es decir, un cuerpo que no solamente los físicos del frío no habían conseguido obtener nunca, pero que pensaban que teóricamente no podía existir.

La niebla helada que colmaba el Huevo ocultaba en parte al hombre y la mujer, desnudos de la mirada de los equipos que trabajaban a su lado. Parecían escudarse detrás de esta bruma, tomar nuevamente sus distancias, alejarse en el fondo de los tiempos, lejos de los hombres que habían querido reunirse con ellos.

Pero el mundo no los olvidaba.

Los paleontólogos aullaban. Lo que se había encontrado en el Polo no podía ser cierto. 0 entonces los laboratorios que habían hecho los cálculos de las fechas se equivocaban.

Se había examinado el barro del deshielo de las ruinas, los residuos de oro, la tierra de la Esfera. Por todos los métodos conocidos, se había determinado su antigüedad. Más de cien laboratorios de todos los continentes habían hecho cada uno más de cien medidas, llegando a más de 10.000 resultados concordantes, que confirmaban los 900.000 años aproximadamente de antigüedad del descubrimiento subglaciar.

Esta unanimidad no hacía mermar la convicción de los paleontólogos. Gritaban: superchería, error, distorsión de la verdad. Para ellos no había duda: menos de 900.000 años era más o menos el principio del Pleistoceno. En esa época todo lo que podía existir en materia de hombre era el Australopiteco, es decir, una especie de primate lamentable, al lado del cual un chimpancé hubiera hecho figura de civilizado distinguido.

Esas instalaciones y esos individuos que habían sido encontrados bajo el hielo, o era falso, o bien era reciente, o bien venía de otra parte y había sido colocado allí por impostores. No podía ser cierto. Era imposible. Contestaciones de transeúntes interrogados a la salida del subterráneo en Saint-Germain-en-laye:

El reporter de TV: ¿Usted piensa que es cierto o que no lo es?

Un señor bien vestido: ¿Que es cierto qué?

El reporter de TV: Los chirimbolos bajo el hielo, allá en el Polo...

El señor: ¡Oh!, sabe usted, yo... ¡Tendría que verlo!

El reporter de TV: ¿Y usted, señora?

Librodot

Una muy vieja señora, maravillada:

- ¡Son tan hermosos! ¡Son tan extraordinariamente hermosos! ¡Son seguramente verdaderos!

Un señor flaco, moreno, friolento, nervioso, se posesiona del micrófono.

- Yo digo: ¿Por qué los sabios quieren siempre que nuestros antepasados sean horrendos? Cro-Magnon y compañia tipo orangután. Los bisontes que uno ve en las grutas de Altamira o de Lascaux eran más bellos que la vaca normanda, ¿no? ¿Por qué nosotros no, también?

En la O.N.U. la Asamblea se desinteresé súbitamente de los dos seres cuya suerte había motivado la convocación.

El delegado de Pakistán acababa de subir a la tribuna e hizo una declaración sensacional.

Los expertos de su país habían calculado cuál debía ser la cantidad de oro que constituía la Esfera, su pedestal y sus instalaciones exteriores. Habían llegado a una cifra fantástica. ¡Había ahí, bajo el hielo, cerca de 200.000 toneladas de oro! Es decir, más que la suma de les, en todos oro contenida en todas las reservas nacionales individuales los bancos privados y en todas las cuentas y clandestinas. ¡Más que todo el oro del mundo!

¿Por qué se había Ocultado esto a la opinión? ¿Qué preparaban las grandes potencias? ¿Se habían puesto de acuerdo para dividir esta riqueza fabulosa, como ellas compartían todas las otras? Esta masa de oro era el fin de la miseria para la mitad humana que sufría todavía hambre y falta de todo. Las naciones pobres... las naciones hambrientas, exigían que este oro fuera troquelado, dividido y repartido entre ellos haciendo la prorrata según el número de su población.

Los negros, los amarillos, los verdes, los grises, y algunos blancos se irguieron y aplaudieron frenéticamente al Pakistaní. Las naciones pobres formaban en la O.N.U. una muy grande mayoría que la habilidad y el derecho de veto de las grandes potencias tenían a raya de más en más difícilmente.

El delegado de los Estados Unidos pidió la palabra y la obtuvo. Era un hombre alto y delgado, que llevaba con aire cansado la herencia distinguida de una de las más antiguas familias de Massachusetts.

Con una voz sin pasión, un poco velada, declaró que él comprendía la emoción de su colega, que los expertos de los Estados Unidos acababan de llegar a las mismas conclusiones que los de Pakistán, y que se preparaba justamente para hacer una declaración a ese respecto.

Pero, agregó, otros expertos examinando las muestras del oro del Polo habían llegado a otra conclusión: el oro no era oro natural, era un metal sintético, fabricado con un procedimiento del cual uno no se podía ni dar una idea. Nuestros físicos atomistas sabían también fabricar oro artificial, por transmutación de átomos. Pero difícilmente, en pequeña cantidad, y a un precio prohibitivo.

El verdadero tesoro enterrado bajo la nieve, no era entonces que tal o cual cantidad de oro fuera considerable, sino los conocimientos encerrados en el cerebro de este hombre o de esta

mujer, o quizá de los dos. Es decir, no solamente los secretos de la fabricación del oro, del cero absoluto, del motor perpetuo, pero sin duda una cantidad de otros todavía mucho más importantes.

Que se ha encontrado en el punto 612 - prosiguió el orador-, permite en efecto suponer que una civilización muy adelantada, sabiéndose amenazada por un cataclismo que corría el riesgo de destruirla enteramente, puso a buen recaudo, con un lujo de precauciones que quizá agotó todas sus riquezas, a un hombre y a una mujer susceptibles de hacer renacer la vida después del paso del azote.

No es lógico pensar que esta pareja fue elegida únicamente por sus cualidades físicas. El uno o el otro, o los dos, deben poseer suficiente ciencia para hacer renacer una civilización equivalente a aquella de la cual provienen. Es esta ciencia lo que el mundo de hoy debe pensar en compartir, antes que cualquier otra cosa. Para eso, hay que reanimar aquellos que la poseen y hacerles sitio entre nosotros.

- If they are still alive - dijo el delegado chino.

El delegado americano hizo un leve gesto con la mano izquierda, y esbozó una sonrisa, que agregado lo uno a lo otro, significaba muy cortésmente, pero con un total desprecio:

- La Universidad de Columbia está perfectamente equipada en sabios y en aparatos para realizar esta reanimación. Los Estados Unidos se proponen entonces, con vuestro acuerdo, ir a buscar al punto 612 al hombre y la mujer en sus bloques de hielo, trasportarlos con todas las precauciones necesarias y la mayor celeridad posible, hasta los laboratorios de Columbia; sacarlos de su largo sueño y acogerlos en nombre de la humanidad entera.

El delegado ruso se levantó sonriendo y dijo que él no dudaba ni de la buena voluntad americana ni de la competencia de sus sabios. Pero la U.R.S.S. poseía igualmente, en Akademgorodok, los técnicos, los teóricos y los aparejos necesarios. Ella podía, también, encargarse de la operación. Pero no se trataba en este momento capital para el porvenir de la humanidad, de hacer la sobrepuja científica y de disputarse una postura que pertenecía a todos los pueblos del mundo. La U.R.S.S. proponía entonces dividir la pareja, ella misma se hacía cargo de uno de los individuos, y los Estados Unidos se ocuparían del otro.

El delegado pakistaní explotó. ¡El complot de las grandes potencias se revelaba a plena luz! Desde el primer minuto habían decidido atribuirse el tesoro de 612, ya fuese un tesoro monetario o un tesoro científico. Y, compartiendo los secretos del pasado, compartirían también la supremacía del porvenir, como ellas ya poseían la del presente. Las naciones que se asegurarían el monopolio de los conocimientos enterrados bajo el punto 6I2 poseerían un dominio del mundo total e inconmovible. Ningún otro país podría jamás sustraerse a su hegemonía. Las naciones pobres debían oponerse con todas sus fuerzas a la realización de este abominable proyecto, aunque debiesen quedar, para siempre en su caparazón de helio esos dos seres humanos venidos del pasado.

El delegado francés, que había ido a telefonear a su gobierno, a su vez pidió la palabra. Hizo notar, tranquilamente, que el punto 612 se encontraba en el interior de la lonja del continente antártico que había sido atribuido a Francia. Es decir, en territorio francés. Y de ese hecho, todo lo que se podía descubrir allí era propiedad francesa...

Se armó un buen jaleo. Delegados de grandes y pequeñas naciones se encontraron esta vez de acuerdo para protestar, reír burlonamente o simplemente hacer un mohín divertido, según su grado de civilización.

El francés sonrió e hizo un gesto apaciguador. Cuando renació la calma, declaró que Francia, ante el interés universal del descubrimiento, renunciaba a sus derechos nacionales y aun a sus derechos de "inventor", y depositaba sobre el altar de las Naciones Unidas, todo lo que había sido encontrado o podría ser encontrado todavía en el punto 612.

Ahora eran aplausos corteses que su gesto se esforzaba en hacer cesar.

Pero... pero..., sin compartir los temores del Pakistán, Francia pensaba que había que hacer todo para impedir que ellos fueran justificados, tan poco como lo pudieron ser. No eran solamente Columbia Y Akademgorodok que estaban equipadas para la reanimación. Se podían encontrar especialistas eminentes en Yugoslavia, en Holanda, las Indias, sin hablar de la Universidad árabe y del muy competente equipo del doctor Labeau, del hospital Vaugirard en Paris.

Francia no descartaba por ello a los equipos rusos y americanos. Pedía solamente que la elección fuese hecha por la Asamblea toda entera, y sancionada por votación.

El delegado americano se adhirió en seguida a esta propuesta. Para dejar el tiempo necesario a estas candidaturas competentes de manifestarse, pidió un cuarto intermedio hasta mañana. Esto fue aprobado.

Los tratos secretos y los regateos iban a comenzar inmediatamente.

Por una vez, la TV funcionaba en sentido inverso. Trio, desde lo alto del éter, devolvía hacia la antena de EPI 1 las imágenes de la O.N.U. En la Sala de Conferencias, los sabios que no estaban ocupados con tareas más urgentes habían seguido los debates en compañía de los periodistas. Cuando estuvo terminado, Hoover, con un gesto del pulgar, apagó la pantalla grande, y miró a sus colegas con una pequeña mueca.

- Creo díjo- que nosotros también tenemos que deliberar.

Rogó a los periodistas de tener a bien de retirarse, y lanzó por los altoparlantes un llamado general a todos los sabios, técnicos, obreros y braceros de la expedición para una reunión inmediata.

Al día siguiente, en el momento que se abría la sesión de la Asamblea de la O.N.U., un comunicado proveniente del punto 612, fue remitido al presidente.

Al mismo tiempo se difundía Por todos los medios de información internacionales. Su texto era el siguiente:

"Los miembros de la Expedición Polar Internacional han decidido por unanimidad lo siguiente:

1. Niegan a toda nación, sea rica o pobre, el derecho de reivindicar para un fin lucrativo, el menor fragmento del oro de la Esfera y de sus accesorios.

Librodot

2. Sugieren, si ello puede ser útil a la humanidad, que una moneda internacional sea creada y garantizada por ese oro, con la condición de que quede donde está, considerando que no será más útil ni más "congelado" bajo un kilómetro de hielo, que en 103 Sótanos de los bancos nacionales.

3. No le reconocen competencia a la ONU, organismo político, en lo que concierne a tomar el asunto de la pareja en hibernación.

4. No confiará esa pareja a ninguna nación en particular.

5. Pondrán a disposición de la humanidad entera, el conjunto de las informaciones científicas o de cualquier otro orden que puedan ser recogidas por la Expedición.

6. Invitan a Forster, de Columbia, Moissov, de Akademgorodok, Zabrec, de Belgrado, Van Houcke, de La Haya, Haman, de Beyrouth, y Labeau, de París, a venir a reunirse urgentemente en SI punto 612, con todo el material necesario para proceder a la reanimación".

Fue como si hubieran dado un puntapié al avispero de la O.N.U. Los vidrios del palacio de vidrio temblaron hasta el último piso. El delegado de Pakistán estigmatizó en nombre de los niños que se morían de hambre el orgullo de los sabios que querían colocarse por encima de la humanidad, y no hacían más que excluirse. Habló de la "dictadura de los cerebros", declaró que era inadmisible, y pidió sanciones.

Después de un apasionado debate, la Asamblea votó el envío inmediato de un contingente de Cascos Azules al punto 612 para tomar posesión, en nombre de las naciones, de todo lo que allí se encontraba.

Dos horas más tarde, la antena de EPI 1 pedía y obtenía un corredor internacional. Todas las emisoras, privadas o nacionales, interrumpieron sus transmisiones para dar imágenes venidas del Polo. Fue la cara de Hoover la que apareció. El rostro de un hombre gordo, pronto a sonreír, cualquiera que fuese la emoción que trataba de expresar. Pero la gravedad de su mirada era tal que hizo olvidar sus mejillas rosadas y rubicundas y sus cabellos rojos peinados con los dedos. Dijo:

- Estamos emocionadísimos. Profundamente emocionados pero decididos.

Se dio vuelta hacia la derecha y la izquierda e hizo una señal.

La cámara retrocedió para permitir a los que se acercaban, de aparecer en la imagen. Era Leonova, Rochefoux, Shanga, Lao Tchang. Vinieron a colocarse al lado de Hoover, dándole la caución de su presencia. Y detrás de ellos la luz de los reflectores revelaba los rostros de los sabios de todas las asignaturas y todas las nacionalidades, que desde hacía meses luchaban con el hielo para arrancarle sus secretos. Hoover continuó:

- Ustedes ven, estamos todos aquí. Y todos decididos. No permitiremos jamás a las codicias particulares, nacionales o internacionales, de poner la mano sobre bienes de los cuales quizá depende la felicidad de los hombres de hoy y de mañana. De todos los hombres, y no solamente de algunos de tal o cual categoría.

No tenemos confianza en la O.N.U. No tenemos confianza en los Cascos Azules. Si desembarcan en 612, dejaremos caer la pila atómica en el Pozo, y lo haremos saltar...

Quedó un momento inmóvil, silencioso, para dejar a sus oyentes el tiempo de digerir la enormidad de la decisión tomada. Luego se eclipsó y dio la palabra a Leonova.

El mentón de ésta temblaba. Abrió la boca y no pudo hablar. Ia mano gorda de Hoover se posó sobre su hombro. Leonova cerró los ojos, respiró hondo, volvió a encontrar un poco de calma.

- Queremos trabajar aquí para todos los hombres - dijo-. Es fácil impedírnoslo. No disponemos de un tornillo ni de una miga de pan que no nos sea enviada por tal o cual nación. Basta con cortarnos los víveres. Nuestro éxito, hasta ahora, ha sido el resultado de un esfuerzo concertado y desinteresado de las naciones. Es necesario que este esfuerzo continúe con la misma intensidad. Ustedes pueden obtenerlo, ustedes que me escuchan. No es a los gobiernos, ni a los políticos que me dirijo. Es a los hombres, a las mujeres, a los pueblos, a todos los pueblos. Escriban a sus gobernantes, a sus jefes de Estado, a los ministros, a los soviets. ¡Escriban inmediatamente, escriban todos! ¡Pueden todavía salvarlo todo!

Ella transpiraba Ia cámara la enfocó más de cerca. Se veía el sudor como perlas sobre su cara.

Una mano entró dentro de la imagen, tendiéndole un pañuelo de color amarillo. Ella lo tomó, se palmoteó la frente y las alas de la nariz. Siguió hablando:

- Si debemos renunciar, no abandonaremos a quien sabe quién, las posibilidades de conocimientos, que mal empleados, podrían agobiar el mundo bajo una desgracia irreparable. Si nos obligan a irnos, no dejaremos nada detrás nuestro.

Se dio vuelta llevándose el pañuelo a los ojos. Lloraba.

En casi todas partes donde la televisión era un monopolio del Estado, la transmisión con la llamada de los sabios había sido cortada antes del final. Pero durante doce horas, la antena EPI 1 continuó bombardeando al satélite Trio con las imágenes grabadas de Hoover y de Leonova. Y Trio, objeto científico perfectamente desprovisto de opinión, las retrasmitió durante doce horas a sus gemelos y primos que circundaban el mundo.

Aproximadamente los dos tercios de éstos emitían con bastante potencia como para ser captados directamente por receptores particulares. Cada vez que las imágenes aparecían de nuevo, la Traductora cambiaba las palabras en un idioma diferente. Y al final aparecían los dos seres del pasado, en su belleza y su espera inmóvil, tales como la pantalla los había mostrado la primera vez.

La emisión se superponía a los programas previstos, mezclaba todo y terminaba pasando fragmentos, y era comprendida por quienes querían comprenderla.

En la media jornada siguiente, todas las estaciones se encontraron bárbaramente atascadas. En los más pequeños villorrios de Auvernia o de Beluchistán, los buzones desbordaban de cartas. A partir de los primeros centros de concentración, los sacos postales, las salas de recepción estaban llenas hasta el techo. Al nivel superior era la inundación total.

Los poderes públicos y las compañías privadas renunciaron a transportar ese correo más lejos. No era necesario leerlo. Su abundancia era su significado.

Por primera vez, los pueblos expresaban una voluntad común, por encima de sus idiomas, de sus fronteras, de sus diferencias y sus divisiones. Ningún gobierno podía ir en contra de un sentimiento de tal amplitud. Instrucciones nueva, fueron dados a los delegados de la O.N.U.

Una moción fue votada con entusiasmó y por unanimidad, anulando el envío de los Cascos Azules y expresando la confianza de las naciones en los sabios de EPI para llevar a cabo..., etc..., para el mayor bien..., fraternidad de los pueblos... etc. del presente y del pasado, punto final.

Los reanimadores, a quienes el comunicado de los sabios había hecho un llamado, llegaron con sus equipos y su material.

Sobre las indicaciones de Labeau, los contratistas del deber construyeron la sala de reanimación en el interior mismo de la Esfera, más arriba del Huevo.

Un grave problema se planteaba a los responsables: ¿Por quién empezar? ¿Por el hombre o por la mujer?

Con el primero que trataran, forzosamente, se iban a correr riesgos. En cierto modo "hacerse la mano". El segundo, al contrario, se beneficiaría de su experiencia. Había que comenzar por lo tanto con el menos valioso. Pero ¿cuál era?

Para el árabe, no habla duda: el único que contaba era el hombre. Para el americano, era con respecto a la mujer que se debían tomar las más respetuosa precauciones, aun arriesgando para ella la vida del hombre. El holandés no tenla opinión; el yugoslavo y el francés, a pesar de que se defendían de ello, negándolo, se inclinaban hacia la preponderancia masculina.

- Mis queridos colegas - dijo Labeau en el curso de una reunión-, ustedes lo saben como yo, los cerebros masculinos son superiores en volumen y en peso a los cerebros femeninos. Si es un cerebro lo que nos interesa, me parece entonces que es al hombre al que debemos reservar para la segunda intervención.

Pero, personalmente - agregó sonriendo-, después de haber visto a la mujer me inclinaría fácilmente a pensar que una belleza tal, tiene más importancia que el saber, por grande que éste sea.

- No hay razón - dijo Moissov-, para que tratemos uno antes del otro. Sus derechos son iguales. Propongo que formemos dos equipos y operemos al mismo tiempo sobre los dos.

Era generoso, pero imposible. No había bastante lugar, no había suficiente material. Y los conocimientos de los seis sabios no estarían demás sumándose, para aportar luces en los momentos difíciles.

En cuanto al raciocinio de Labeau, era válido para los cerebros de hoy. Pero ¿quién podía afirmar que en la época, de la cual provenían esos dos seres, existiese la diferencia de peso y de volumen? Y si existía, que no fuese en ese momento, al contrario, a favor de los cerebros femeninos? La máscara de oro que ocultaban las dos cabezas no permitían ni hacer una comparación aproximada de su volumen, y por deducción, de su contenido...

El holandés Van Houcke era un especialista notable en la hibernación de los leones del mar. Mantenía uno en hibernación desde hacía doce años. Lo calentaba y lo despertaba cada primavera, lo hacía disfrutar de algunos arenques y después de que había digerido, lo recongelaba.

Pero fuera de su especialidad, era un hombre muy ingenuo. Confió a los periodistas las incertidumbres de sus colegas y les pidió consejo.

Por intermedio de Trio, los periodistas, encantados, expusieron la situación a la opinión mundial, y le hicieron la pregunta: "¿Por quién se debe comenzar? ¿Por el hombre o la mujer?"

Hoover por fin había recibido su escafandra. Se la puso, y bajó dentro del Huevo. Desapareció en la niebla. Cuando volvió a subir, pidió al Consejo autorización para reunirse con los reanimadores.

- Hay que decidirse - dijo-. Los bloques de helio disminuyen... El mecanismo que fabricaba el frío continúa funcionando, pero nuestra intrusión en el Huevo le ha quitado parte de su eficacia. Si ustedes me lo permiten les voy a dar mi opinión. Vengo de mirar de cerca al hombre y la mujer... ¡Dios mío! ¡Qué bella es!... Pero ahí no está la cuestión. Ella me ha parecido estar en mejor estado que él. Él presenta sobre el pecho y en diferentes lugares del cuerpo, ligeras alteraciones de la piel, que son quizá signos de lesiones epidérmicas superficiales. 0 puede ser que no sea nada, no lo sé. Pero creo francamente, digo que creo - es una impresión, no una convicción-, que ella es más resistente que él, más capaz de aguantar vuestros pequeños errores, si los hacéis. Ustedes son médicos, mírenlos de nuevo, examinen al hombre pensando en lo que acabo de deciros, y decídanse. En mi opinión, es por la mujer que hay que comenzar.

Ellos ni bajaron dentro del Huevo. Había que comenzar por alguien. Se adhirieron a la opinión de Hoover.

Así, mientras la opinión pública se apasionaba, que la mitad macho y la mitad hembra de la humanidad se erguía una contra la otra, que las discusiones estallaban en todas las familias, entre las parejas; que los estudiantes y las estudiantes entablaban batallas campales, los seis reanimadores decidieron comenzar por la mujer.

¿Cómo habrían podido saber si cometían un error trágico, y que si al contrario hubiesen elegido de empezar por el hombre, todo habría sido diferente?

La manga de aire fue dirigida al bloque de la izquierda y comenzó a verter aire a la temperatura de la superficie, que estaba a 32 grados bajo cero. El bloque de helio se reabsorbió en algunos instantes. Pasó directamente del estado sólido al gaseoso y desapareció, dejando a la mujer intacta sobre su zócalo. Los cuatro hombres en escafandra que la miraban se estremecieron. Les parecía que ahora, completamente desnuda sobre el zócalo de metal, envuelta en los remolinos de la bruma glacial, ella debía sentir un frío mortal. Cuando al contrario, ya había entrado sensiblemente en calor.

Simon estaba entre los cuatro. Labeau le había pedido, en razón de sus conocimientos sobre problemas polares, y de todo lo que sabia ya sobre la Esfera, el Huevo y la pareja, que se juntara al equipo de reanimación.

Dio la vuelta al zócalo. Sostenía torpemente en sus guantes de astronauta, un par de grandes pinzas cortantes. Por una señal que le hizo Labeau, las tomó con las dos manos, se inclinó y cortó un tubo metálico que sujetaba la máscara de oro a la parte posterior del zócalo. Labeau con infinita suavidad, trató de levantar la máscara. No se movió. Parecía soldada a la cabeza de la mujer, a pesar de estar visiblemente separada por un espacio de al menos un centímetro.

Labeau se enderezó, hizo el gesto de que desistía, y se dirigió hacia la escalera de oro. Los otros lo siguieron.

No podían quedarse más tiempo allí. El frío penetraba en el interior de sus trajes protectores. No podían llevarse a la mujer. A la temperatura en que estaba todavía, corrían el riesgo de que se quebrase como vidrio.

La manga de aire, teledirigida desde la sala de reanimación, continuó pasando lentamente sobre ella, bailándola en un chorro de aire que hicieron calentar previamente a veinte grados bajo cero.

Algunas horas más tarde, los cuatro volvieron a descender. Sincronizando sus movimientos deslizaron sus manos enguantadas por debajo de la mujer helada y la separaron del zócalo. Labeau había temido que se pudiera quedar pegada al metal por el hielo, pero esto no sucedió y las ocho manos la levantaron, rígida como una estatua, y la llevaron a la altura de sus hombros. Luego los cuatro hombres se pusieron en marcha, lentamente, con el enorme temor de dar un paso en falso. La nieve polvorosa les golpeaba las pantorrillas y se abría frente a sus pasos como si fuera agua. Monstruosos y grotescos en sus escafandras, figuras medio borrosas a causa de la bruma, tenían el aspecto de personajes de pesadilla, llevando a otro mundo a la mujer en sueños. Subieron la escalera de oro y salieron por la abertura luminosa de la puerta.

La manga de aire fue retirada. El bloque trasparente que contenía al hombre, y que había disminuido mucho en el curso de la operación, dejó de reducirse.

Los cuatro entraron en la sala de operaciones y depositaron a la mujer sobre la mesa de reanimación en la cual ella se encastró.

Nada podía ahora detener el fatal desarrollo de los acontecimientos.

En la superficie, la entrada del Pozo había sido rodeada por un edificio construido de enormes bloques de hielo, que por su propio peso soldaba los unos a los otros. Una puerta pesada, sobre rieles, cerraba su acceso. Al interior se encontraban las instalaciones de sopladores, las estaciones de enlace de la TV, del teléfono, de la Traductora, de la corriente, de la luz y fuerza, los motores de los ascensores y montacargas, y la estación de partida, las baterías de acumuladores de socorro a electrólisis seca.

Delante de las puertas de los ascensores, Rochefoux enfrentaba a la jauría de periodistas. Había cerrado las puertas con llave y colocó las llaves en su bolsillo. Los periodistas protestaron violentamente en todos los idiomas. Querían ver a la mujer, asistir a su despertar. Rochefoux, sonriendo, les declaró que eso no era posible. Aparte del personal médico, nadie, ni él mismo, era admitido en la sala de operaciones.

Consiguió calmarlos prometiéndoles que verían todo por la TV interior, sobre la pantalla grande de la Sala de Conferencias.

Simon y los seis reanimadores, vestidos con guardapolvos de color verde con gorros de cirujano, la parte inferior de la cara cubierta por un bozal blanco, botas de algodón y de tela igualmente blancas, guantes de látex rosa, rodeaban la mesa de reanimación. Una innata termógena envolvía a la mujer hasta el ras del mentón. La máscara de oro aún cubría su cara. Por las aberturas de la cobija salían hilos multicolores que se conectaban a aparatos de medida, a las correas, los electrodos, las ventosas, las calibradoras aplicadas en diferentes lugares de su cuerpo helado.

Nueve técnicos, vestidos con guardapolvos amarillos y enmascarados como cirujanos, no sacaban los ojos dé encima de los cuadrantes de los aparatos. Cuatro enfermeros y tres enfermeras de azul se mantenían cada uno en la proximidad de un médico, listos a obedecer rápidamente.

Labeau, reconocible por sus enormes cejas grises, se inclinó sobre la mesa y nuevamente trató de sacar la cáscara. Consiguió moverla, pero ésta parecía sujeta por una especie de eje central.

- ¿Temperatura? - preguntó Labeau.

Un hombre de amarillo contestó:

- Cinco sobre cero.

- Soplador...

Una mujer de azul tendió la extremidad de un tubo flexible. Labeau lo introdujo entre la máscara y el mentón.

Presión cien gramos; temperatura más quince.

Un hombre de amarillo giró dos pequeños volantes y repitió las cifras.

- Mande - dijo Labeau.

Se oyó un ligero sonido silbante. Aire a quince grados fluía entre la máscara y el rostro de la mujer. Labeau se enderezó y miró a sus colegas. Su mirada era grave, al borde de la ansiedad. La mujer de azul, con una compresa de gasa le secó la frente mojada por gotas de sudor como perlas.

- ¡Pruebe! - dijo Forster.

- Unos minutos - dijo Labeau-. Atención al top... top.

Fueron minutos interminables. Los veintitrés hombres y mujeres presentes en la sala, esperando. Sentían "el corazón golpear en su tórax, y sentían el peso de su cuerpo endurecer sus pantorrillas como si fueran de piedra. La cámara 1 dirigida hacia la máscara de oro

trasmitía la imagen gigantesca sobre la pantalla grande.

Un silencio total reinaba en la Sala de Conferencias, nuevamente llena hasta reventar. El difusor trasmitía las respiraciones demasiado rápidas detrás de las máscaras de hilo, y el largo soplo debajo de la máscara de oro.

- ¿Cuánto? - dijo la voz de Labeau.

- Tres minutos y diecisiete segundos - dijo un hombre de amarillo.

- Pruebe - dijo Labeau.

Se inclinó nuevamente sobre la mujer, introdujo la punta de los dedos bajo la máscara, y apoyó suavemente sobre el mentón.

El mentón cedió lentamente. La boca, que no se podía ver, debía estar abierta. Labeau tomó la máscara con sus dos manos, y de nuevo, muy lentamente, trató de levantarla. Ya no hubo más resistencia...

Labeau suspiró, y bajo sus gruesas cejas sus ojos sonrieron. Con el mismo movimiento, sin apuro, consintió levantando la máscara.

- Era bien lo que pensábamos - dijo-, máscara de aire u oxígeno. Ella tenía un cabo dentro de la boca...

Levantó totalmente la máscara y la dio vuelta. Efectivamente, en el sitio de la boca se encontraba una protuberancia hueca, con un reborde, en material traslúcido que parecía elástico.

- ¿Ven ustedes? - dijo a sus colegas, mostrándoles él a todos el interior de la máscara-. Pero ninguno miró. Miraban la cara.

Primero vi tu boca abierta. El hueco oscuro de tu boca abierta, y el festón casi trasparente de los dientes delicados que se veían arriba y abajo, sobrepasando apenas el borde de tus labios pálidos. Comencé a temblar. He visto, en el hospital, demasiadas bocas así abiertas, las bocas de los cuerpos cuyas células acaban de abandonar de golpe el soplo de la vida, y que súbitamente no son más que carne vacía, Presa de la ley de gravedad.

Pero Moissov ha colocado su mano como una copa bajo tu mentón, ha cerrado suavemente tu boca, ha esperado un segundo, y ha retirado su mano.

Y tu boca permaneció cerrada.

Su boca cerrada -anacarada por el frío y la sangre que se había retirado- era como el borde de una concha frágil. Sus párpados eran como largas hojas cansadas, cuyas líneas de pestañas y cejas les dibujaban el contorno con un trazo de sombra dorada. Su nariz era delgada, derecha, con aletas ligeramente curvadas y bien abiertas. Su pelo castaño cálido parecía frotado con una luz de oro. Rodeaban su cabeza unas ondulaciones chicas con reflejos de sol, que cubrían en parte la frente y las mejillas y no dejaban aparecer de las orejas más que el lóbulo izquierdo, como un pétalo, en el hueco de un bucle.

Hubo un gran suspiro de hombre que trasmitió el micrófono, y con el cual la Traductora no supo qué hacer. Haman se inclinó, apartó el cabello y comenzó a colocar los electrodos del encefalógrafo.

El sótano del International Hotel de Londres a prueba de la bomba A, pero no de la H; de cenizas radioactivas, pero no de un impacto directos suficientemente sólido para dar satisfacción a una clientela rica que exigía la seguridad al mismo tiempo que el confort, visiblemente blindado como para asegurar la protección e inspirar confianza. El Sótano del Intemational Hotel de Londres, por su arquitectura, sus burletes y su hormigonado, reunía las condiciones ideales de volumen, de insonorización y de fealdad para convertirse en un "shaker".

Así es como llamaban a las salas de más en más vastas donde se reunían los jóvenes, chicas y muchachos de todas las clases sociales, de riqueza, y de todo grado de mentalidad, para entregarse en común a bailes frenéticos.

Ellos y ellas, llevados por su instinto hacia un nuevo alumbramiento, se encerraban, antes de la expulsión, dentro de matrices cálidas y semioscuras, donde, sacudidos por pulsaciones sonoras, perdían los últimos fragmentos de prejuicios y de convencionalismos que aún les quedaban adheridos aquí y allá en las articulaciones, en el sexo o en el cerebro.

El sótano del International, de Londres era el más vasto shaker de Europa y uno de los más "calientes".

Seis mil muchachos y chicas. Una sola orquesta, pero doce parlantes iónicos sin membrana que hacían vibrar en bloc el aire del sótano como si fuera el interior de un saxo-tenor. Y Yuni, el patrón, el animador, el gallo de Londres, 16 años, pelo cortado al ras, anteojos gruesos como un terrón de azúcar, un ojo bizco, otro desorbitado. Yuni, que había convencido al consejo de Administración del hotel que le alquilaran el sótano, estaba allí. Ni una nota llegaba hasta la clientela que comía o dormía en los pisos. Pero ella bajaba a veces para hacerse sacudir las tripas, y volvía maravillada y espantada por el espectáculo de esta juventud al estado de materia prima, en su efervescente gestación. Yuni de pie frente al teclado de la sonoridad, en el púlpito de aluminio colgado de la pared por encima de la orquesta, una oreja escondida por un enorme audífono como una coliflor, escuchaba todas las orquestas del éter, y cuando encontraba una animada, la conectaba sobre los altoparlantes en lugar de la orquesta de ellos. Con los ojos cerrados, escuchaba: con una oreja, el enorme ruido del sótano, con la otra, tres compases, veinte compases, dos compases recogidos del inasequible. De vez en cuando, sin abrir ni un ojo, daba un grito agudo y largo que chisporroteaba sobre el ruido de fondo como vinagre en una plancha de freír. De pronto, abrió desmesuradamente los ojos, cortó la sonoridad, y gritó:

- ¡Listen! ¡Listen!

La orquesta calló. Seis mil cuerpos sudorosos se reencontraron de pronto en el silencio y la inmovilidad. Mientras que tras el estupor, la conciencia comenzaba a renacerles. Yuni continuaba:

- ¡News of the frozen girl!

Silbidos, insultos. ¡Cállate! ¡Nos jodemos! Anda a calentarlas ¡Que revientes!

Yuni gritó:

- ¡Bandada de ratas! Escuchen.

Conectó la B.B.C. En los doce altoparlantes, la voz del locutor de turno.

Llenó el aire del sótano con una vibración muy elevada:

- Estamos difundiendo por segunda vez el documento que nos ha llegado del punto 612. Constituye ciertamente la noticia más importante del día... Escupidas. Silencio. El cielo entró en el sótano con el increíble frotar lejano de una multitud que camina descalza en la noche: el ruido de las estrellas...

Luego la voz de Hoover. Como jadeante. Quizá asma. 0 el corazón envuelto en demasiada grasa y emoción.

- Acá EPI, en el punto 612. Hoover habla. Soy feliz... muy feliz... de leerles el comunicado siguiente proveniente de la sala de operación.

El proceso de reanimación del sujeto femenino prosigue normalmente. Hoy, 17 de noviembre, a las 15 y 52, hora local, el corazón de la joven mujer ha recomenzado a latir...

El sótano estalló en un rugido. Yuni aulló más fuerte.

- ¡Cállense! ¡Ustedes no son más que prostitutos!

- ¿Dónde están sus almas? ¡Escuchen!

Le obedecieron. Obedecían A la voz como a la música. Con tal de que fuese fuerte. Silencio. La voz de Hoover.

-...primeros latidos del corazón de esta mujer han sido grabados. No había latido desde 900.000 años. Escúchenlo...

Esta vez, verdaderamente, los 6.000 callaron. Yuni cerré los ojos, la cara iluminada. Escuchaba la misma cosa en los oídos. Oía:

Silencio.

Un golpe sordo: Vum...

Uno sólo

Silencio Silencio Silencio...

Vum...

Silencio, Silencio

Vum...

Vum...

Vum... vum vum, vum, vum...

El baterista de la orquesta contestó, suavemente en contrapunto, con el pie, con su caja. Luego le incorporó la punta de los dedos. Yuni superpuso la orquesta y las ondas. El contrabajo

se agregó a la batería y al corazón. El clarinete gritó una larga nota, después prorrumpió en una alegre improvisación. Las seis guitarras eléctricas y los doce violines de acero se desencadenaron. El baterista golpeó sucesivamente sobre todos los tambores

Yuni gritó como desde un minarete:

- She's awaaake!... ivum! Ivum! ¡vum!

Los 6.000 cantaban:

- She's awake!... She’s awake!...

Los 6.000 cantaban, bailaban, al ritmo del corazón que acaba de nacer.

Así nació el wake, el baile del despertar. Que los que quieran, que bailen. Que los que pueden despertarse se despierten.

No. ella no estaba despierta. Sus largos párpados aún tos tenía bajos sobre un sueño interminable. Pero su corazón latía con un poderío tranquilo, sus pulmones respiraban con calma, su temperatura subía poco a poco hacia la de la vida.

- ¡Atención - dijo Labeau- inclinado sobre el encefalógrafo. Pulsaciones irregulares... está soñando!

¡Ella soñaba! Un sueño la había acompañado, acurrucado, helado en algún sitio de su cabeza, y ahora calentado, volvía a florecer. ¿Florecer en qué imágenes pasmosas? ¿Rosas o negras? ¿Sueño o pesadilla? Las pulsaciones del corazón subieron bruscamente de 30 a 45, la presión sanguínea dio un repunte, la respiración se aceleró y se hizo regular, la temperatura ascendió a 36 grados.

- ¡Atención! - dijo Labeau-. Pulsaciones de predespertar. ¡Ella sé va a despertar! ¡Se despierta! Retire el oxígeno.

Simon quitó el inhalador y se lo tendió a una enfermera. Los párpados de la mujer se estremecieron. Una delgada ranura sombreada apareció debajo de los párpados.

- ¡La vamos a asustar - dijo Simon.

Arrancó el bozal de cirujano que le ocultaba la parte inferior de la cara. Todos los médicos lo imitaron.

Lentamente, los párpados se levantaron. Los ojos aparecieron increíblemente grandes, El blanco era muy claro, muy puro. El iris dilatado, un poco eclipsado por el párpado superior, era de un azul de cielo de noche de verano, sembrado de lentejuelas de oro.

Los ojos permanecían fijos, miraban al techo que realmente no veían. Luego hubo una especie de crujido, ella frunció el ceño, sus ojos se movieron, miraron y vieron. Primero vieron a Simon, después a Moissov, Labeau, las enfermeras, todo el mundo. Una expresión de estupor invadió el rostro de la mujer. Trató de hablar, entreabrió la boca, pero no consiguió dominar los músculos de su lengua y de su garganta. Emitió una especie de tos. Hizo un enorme esfuerzo para levantar un poco la cabeza, y miró todo. Ella no comprendía dónde estaba y tenía miedo, y

Librodot

nadie podía hacer algo para tranquilizarla. Moissov le sonrió. Simon temblaba de emoción. Labeau comenzó a hablarle muy suavemente. Recitaba dos versos de Racine, las palabras más armoniosas que idioma alguno haya jamás reunido: "Ariana, mi hermana, de qué amor herida..."

Era la canción del verbo, perfecta y apaciguadora. Pero la mujer no la escuchaba. Se veía el horror que la sumergía. Trató nuevamente de hablar, sin conseguirlo. Su mentón se puso a temblar. Cerró otra vez los párpados y su cabeza rodó hacia atrás.

- ¡Oxígeno! - ordenó Labeau-. ¿El corazón?

- Con regularidad. Cincuenta y dos... - dijo un hombre de amarillo.

- Desvanecida... - dijo Van Houcke-. Le hemos dado un tremendo susto... - ¿Qué se esperaba encontrar?

- Es como si durmieran a su hija y que ésta se despertase en medio de una banda de brujos papúas... - dijo Forster.

Los médicos decidieron aprovechar su desvanecimiento para transportaría a la superficie, donde una sala más confortable la esperaba en la enfermería. Fue introducida en una especie de capullo de plástico trasparente con doble pared aislante, alimentado con aire por una bomba. Y cuatro hombres la llevaron al ascensor.

Todos los fotógrafos de la prensa abandonaron la sala del Consejo para precipitarse a su encuentro. Los periodistas estaban ya en las cabinas de radio telefoneando al mundo lo que habían visto y lo que no habían visto. La pantalla grande mostraba los hombres de amarillo secándose sus bozales, desconectando sus aparatos. Lanson borró la imagen de la sala de trabajo, y la reemplazó por la que mandaba la cámara de vigilancia del interior del Huevo.

Leonova se levantó bruscamente:

- ¡Miren! - dijo, apuntando a la pantalla con su dedo-. Señor Lanson, céntrela sobre el zócalo izquierdo.

La imagen del zócalo vacío giró sobre su eje, se agrandó y se dibujó detrás del ligero velo de bruma. Se vio entonces que uno de sus costados faltaba. Toda una pared vertical se había hundido en el suelo, dejando en descubierto una especie de estanterías metálicas sobre las cuales estaban posados objetos de formas desconocidas.

En la sala de operaciones, la mujer ya no estaba, pero los objetos encontrados en el zócalo la reemplazaban sobre la mesa de reanimación. Habían retomado una temperatura normal. Constituían, en cierta forma, el "equipaje" de la viajera dormida.

Ya no eran los médicos quienes rodeaban la mesa, sino los sabios más susceptibles por su especialidad, de comprender el uso y el funcionamiento de esos objetos.

Leonova tomó con precaución una cosa que parecía ser una vestimenta doblada y la desdobló. Era un rectángulo de una cosa que no era ni papel ni género, de color anaranjado, con motivos amarillos y rojos. El frío absoluto la había guardado en un estado de conservación perfecta. Era flexible, liviana, tenía "caída", y parecía resistente. Había varios; de colores, formas

dimensiones diferentes. Sin mangas, ni abertura de ninguna especie, ni botones ni broches, ni lazos, absolutamente ningún medio para "ponérselos" o sujetarlos.

Se pesaron, se midieron, se numeraron, se fotografiaron, se tomaron muestras microscópicas con fines de análisis, y se pasó al objeto siguiente.

Era un cubo de puntas redondeadas, de 22 centímetros de arista. Llevaba, adosado a una de sus caras, un tubo hueco colocado en diagonal. El todo era compacto, hecho de un material sólido y liviano, de un gris muy claro. Hoi-To, el físico, lo tomó en la mano, lo observó largamente, y luego miró otros objetos.

Había una caja sin tapa que contenía varillas octogonales de diferentes colores. Tomó una y la introdujo en el tubo hueco adosado al cubo. En seguida, una luz nació dentro del objeto, y lo iluminó suavemente.

Y el objeto suspiró...

Hoi-To tuvo una sonrisa forzada. Sus delicadas manos posan el tubo sobre la mesa blanca.

Ahora el objeto hablaba. Una voz femenina hablaba en voz baja en un idioma desconocido. Una música se oyó, como el soplo de un viento ligero en un bosque poblado de pájaros y arpas. Y sobre la cara superior del cubo, como proyectada desde el interior, una imagen apareció: el rostro de la mujer que hablaba. Se parecía a la que habían encontrado en el Huevo, pero no era ella.

Sonrió y se borró, reemplazada por una flor extraña, que se fundió a su vez en un color movedizo. La voz de la mujer continuaba. No era tina canción, no era un relato, era a la vez el uno y el otro, era simple y natural como el sonido de un arroyo o de la lluvia. Y todas las caras del cubo se iluminaron por turno o juntas, mostrando una mano, una flor, un sexo, un pájaro, un seno, un rostro, un objeto que cambiaba de forma y de color, una forma sin objeto, un color sin forma.

Todos miraban, escuchaban, embargados. Era desconocido, inesperado, y al mismo tiempo los afectaba profunda y personalmente, como si este conjunto de imágenes y de sonidos hubiera sido compuesto especialmente para cada cual, según sus aspiraciones secretas y profundas, al través de todas las conversaciones y barreras.

Hoover se agitó, carraspeo y tosió.

- Extrañó transistor - dijo-. Paren ese chirimbolo.

Hoi-To retiró la varilla del tubo. El cubo se apagó y calló.

En la pieza de la enfermería calentada a 30 grados, la mujer desnuda.

La mujer nuevamente desnuda estaba, tendida sobre una cama estrecha.

Electrodos, placas, brazaletes fijos en sus muñecas, en sus sienes, en sus pies, en sus brazos, la conectaban por espirales y zig-zags de hilos, a los aparatos de vigilancia.

Los masajistas masajeaban los músculos de sus muslos. Un masajista lo hacía con los músculos de sus mandíbulas. Una enfermera pasaba sobre su cuello un emisor de rayos infrarrojos. Van Houcke le palpaba suavemente la pared del vientre. Los médicos, las enfermeras, los técnicos, traspirando en la atmósfera recalentada, nerviosos por este desvanecimiento que se prolongaba, miraban, esperaban, daban su opinión en voz baja. Simon miraba a la mujer, miraba a los que la rodeaban que la tocaban. Apretaba los puños y las mandíbulas.

- Los músculos responden - dijo Van Houcken-. Se diría que está consciente...

Moissov vino a la cabecera de la cama, se inclinó sobre la mujer, levantó un párpado, el otro...

- ¡Está consciente! - dijo-. Cierra los ojos voluntariamente... Ya no está ni desvanecida ni dormida.

- ¿Por qué cierra los ojos? - preguntó Forster.

Simon explotó:

- ¡Porque tiene miedo! ¡Si queremos que deje de tener miedo, hay que dejar de tratarla como un animal de laboratorio!

Hizo un gesto como para borrar las cinco personas reunidas alrededor de la cama.

- Quítense de ahí. ¡Déjenla tranquila! - dijo.

Van Houcken protestó, Labeau dijo:

- Puede ser que tenga razón... Ha estudiado dos años psicoterapia con Perier... Quizá está más calificado que nosotros, ahora... Vamos, saquen todo eso...

Ya, Moissov sacaba los electrodos del encefalograma. Los enfermeros liberaban el cuerpo extendido de todos los otros hilos que partían hacia él como una presa en una telaraña. Simon tomó la sábana empujada hacia atrás y la subió delicadamente hasta los hombros de la mujer, dejando los brazos afuera. Ella tenía en el dedo del medio de la mano derecha, un pesado anillo cuyo chatón tenía la forma de una pirámide truncada. Simon tomó la otra mano entre las suyas, la mano izquierda, la mano sin anillo, y la retuvo en las suyas como se tiene un pájaro perdido que uno trata de tranquilizar.

Labeau, sin ruido, hizo salir los enfermeros, los masajistas y los técnicos.

Deslizó una silla cerca de Simon, retrocedió hasta la pared e hizo signos a los otros médicos de imitarlo. Van Houcken se encogió de hombros y salió.

Simon se sentó, descansó sobre la cama sus manos, que tenía siempre tomadas a la de la mujer, y comenzó a hablar. Muy suavemente, casi cuchicheando. Muy suavemente, muy cálidamente, muy tranquilamente, como a un niño enfermo al cual hay que llegar a través de los terrores del sufrimiento y de la fiebre.

- Nosotros somos sus amigos... - dijo él-. Usted no comprende lo que yo, le digo, pero comprende que le hablo como a un amigo... Somos sus amigos... Puede abrir los ojos... Puede mirar nuestras caras... No queremos sino su bien... Se puede despertar... Somos sus amigos... Queremos hacerla feliz... La queremos...

Ella abrió los ojos y lo miró.

Abajo, habían examinado, pesado, medido, fotografiado diversos objetos de los cuales habían comprendido o no su uso. Era ahora el turno de una especie de guante mitón de tres dedos, el pulgar, el índice y uno más grande para el dedo del medio, el anular y el auricular juntos. Hoover levantó el objeto.

- Guante para la mano izquierda - dijo, presentando el guante a la cámara registradora.

Buscó con la mirada el de la derecha. No había.

- Rectificación - dijo-. ¡Guante para manco!...

Empujó su mano izquierda al interior del mismo, quiso doblar los dedos. El índice quedó rígido, el pulgar giró, los otros tres dedos solidarios se replegaron hacia la palma. Hubo un choque amortiguado, luminoso y sonoro, y un aullido. El rumano Ionescu, que trabajaba frente a Hoover, volaba por los aires, los brazos abiertos, las piernas torcidas, como proyectado por una fuerza enorme, e iba a estrellarse contra aparatos que destrozó.

Hoover estupefacto, levantó su mano para mirarla. En un estrépito desgarrador, la parte superior del muro de enfrente y la mitad de techo fueron pulverizados.

¡Él tuvo justamente el reflejo acertado, justo antes de hacer volar el resto del techo y su propia cabeza, estiró los dedos...

El aire cesó de ser rojo.

- Well now!... - dijo Hoover. Tenía al extremo de su brazo estirado, como un objeto extraño y horrible, su mano izquierda enguantada.

Ésta temblaba.

- A weapon... - dijo.

La Traductora tradujo en diecisiete idiomas:

- Un arma...

Ella había vuelto a cerrar los ojos, pero ya no era para esconderse, era por lasitud. Parecía abrumada por un cansancio infinito.

- Habría que alimentarla - dijo Labeau-. ¿Pero cómo saber lo que comían?

- Ustedes la han visto todos bastante para saber que es mamífero - dijo Simon furioso.

- ¡Leche!

Se calló de golpe. Todos estuvieron atentos: ella hablaba.

Sus labios se movían. Hablaba con una voz muy débil.

Paraba. Volvía a empezar. Adivinaban que repetía la misma frase. Abrió sus ojos azules, y el cielo pareció haber llenado el cuarto. Miró a Simon y repitió su frase. Frente a la evidencia de que no tenía ninguna posibilidad de hacerse comprender, volvió a cerrar los ojos y calló.

Una enfermera trajo un bol con leche tibia. Simon la agarró, y tocó suavemente con su tibieza el dorso de la mano que descansaba sobre la sábana.

Ella lo miró. La enfermera le levantó el busto y la sostuvo. Quiso tomar el bol, pero los delicados músculos de sus manos no habían aún vuelto a encontrar su fuerza. Simon alzó el bol hacia ella. Cuando el olor de la leche llegó a su nariz, tuvo un sobresalto, una mueca de asco, y se echó hacia atrás.

Miraba alrededor suyo y repetía la misma frase. Buscaba visiblemente designar alguna cosa...

- ¡Es agua! ¡Quiere agua! - dijo Simon, súbitamente captado por la evidencia.

Era justamente lo que quería. Bebió un vaso y la mitad de otro,

Cuando se hubo acostado nuevamente, Simon puso su mano sobre su propio pecho y dijo suavemente su nombre:

Repitió dos veces el gesto y el nombre. Ella comprendió. Mirando a Simon, levantó la mano izquierda, la posó sobre su propia frente y dijo:

- Eléa.

Sin dejar de mirarlo, volvió a repetir su gesto y dijo suavemente:

- Eléa...

Los hombres. que habían retirado el cuerpo de Ionescu para llevárselo, tuvieron la impresión de recoger un sobre de caucho lleno de arena y pedregullo. Tenía justo un poco de sangre en las fosas nasales y en la comisura de los labios, pero todos sus huesos estaban quebrados, y el interior de su cuerpo reducido a una papilla.

Habían pasado varios días desde entonces, pero Hoover se sorprendía todavía mirándose furtivamente la mano izquierda, y doblando tres dedos hacia la palma, el índice y el pulgar tensos. Si entonces se encontraba en la proximidad de una botella de Bourbon, o en su defecto de una de scotch, o aún de un cognac cualquiera, se apresuraba en buscar allí un reconfortante, del cual tenía gran necesidad. Le era necesario todo su voluminoso optimismo para soportar la fatalidad que había hecho de él, dos veces, en pocas semanas, un asesino. Por supuesto que hasta entonces él no había muerto nadie, pero tampoco había muerto nada, ni un conejo en una cacería, ni un gobio pescando, ni una mosca, ni una pulga.

El arma y los objetos todavía no examinados habían sido prudentemente colocados en el zócalo donde habían sido encontrados. Los compañeros reconstruían la sala de reanimación y los

técnicos reparaban lo que podía serlo, pero varios aparatos estaban enteramente destruidos, y había que esperar que fuesen reemplazados para comenzar operaciones sobre el segundo ocupante del Huevo.

La mujer - Eléa- puesto que ese parecía ser su nombre rehusaba todos los alimentos. Se probó de introducirle una papilla en el estómago por medio de una sonda.

Ella se debatió tan violentamente que hubo que maniatarla. Pero no consiguieron abrir las mandíbulas. Hubo que hacer penetrar la sonda por la nariz. Apenas estuvo la papilla en su estómago, la vomitó.

Simon, en un principio, había protestado contra esas violencias, luego se había resignado. El resultado lo convenció que él había tenido razón y que ése no era el buen método. Mientras sus colegas llegaban a la conclusión que el sistema digestivo de la mujer del pasado no estaba hecho para digerir los alimentos del presente, y analizaban la papilla devuelta en la esperanza de encontrar algún dato sobre su jugo gástrico, él se repetía la única pregunta que, a su modo de ver, contaba:

- Cómo, cómo, ¿cómo comunicar?

Comunicarse, hablarle, escucharla, comprenderla, saber qué cosas le hacían falta. ¿Cómo, cómo hacer?

Oprimida en su chaleco de fuerza, los brazos y los muslos sujetos por correas, ella ya no reaccionaba más. Inmóvil, los párpados de nuevo cerrados, sobre el inmenso cielo de sus ojos, parecía haber llegado al límite del miedo y de la resignación. Una aguja hueca hundida en el pliegue del codo de su brazo derecho, dejaba fluir lentamente en sus venas el suero alimenticio contenido en una ampolla sostenida en el poste de la cama. Simon miró con odio este aparejo bárbaro, atroz, que era sin embargo el solo medio de retardar el momento en que moriría de hambre. Él no podía aguantar más. Había que...

Salió bruscamente del cuarto, luego de la enfermería.

Tallada en el interior del hielo, una vía de once metros de ancho por trescientos metros de largo servía de columna vertebral a EPI 2. Le habían puesto el nombre de Avenida Amundsen, en homenaje al primer hombre que llegó al Polo Sur. El primero por lo menos hasta aquí se creía. Calles cortas, y las puertas del edificio se abrían a la izquierda y a la derecha. Algunas pequeñas plataformas eléctricas, bajas, con gruesos neumáticos amarillos, servían para transportar el material, según la necesidad. Simon saltó sobre una de ellas, abandonada cerca de la puerta de la enfermería y apoyó sobre la palanca. El vehículo se puso en movimiento con un ronroneo de gato gordo saciado de lauchas. Pero no pasaban de quince kilómetros por hora. Simon saltó sobre la nieve áspera y se puso a correr. La Traductora estaba casi a la extremidad de la avenida. Luego estaba la Pila Atómica, después de un viraje de ciento veinte grados.

Penetró en el complejo de la Traductora, abrió seis puertas antes de encontrar la buena, respondiendo con un gesto de fastidio a los "¿Usted desea?" y al fin se detuvo dentro de una pieza estrecha cuya pared del fondo, la pared de la banquisa, estaba acolchada de espuma de goma y de plástico y cubierta de lana. Otra pared era de vidrio y otra de metal. Frente a éste se extendía una consola cubierta como de mosaicos con cuadrantes, botones, palancas, indicadores

Librodot

luminosos, micrófonos, pulsadores, tabletas extensibles. Frente a la con. sola, un sillón de ruedas, y sobre el asiento, Lukos, el filósofo turco.

Tenía Ia inteligencia de un genio en un cuerpo de estibador. Aún sentado, daba la impresión de una fuerza prodigiosa. El asiento desaparecía bajo la masa de músculos de sus nalgas. Parecía capaz de llevar sobre sus espaldas un caballo o un buey, o los dos a la vez.

Es él quien había concebido el cerebro de la Traductora. Los americanos no lo creyeron posible, los europeos no habían podido, los rusos habían desconfiado, los japoneses lo habían adoptado y le habían dado todos los medios necesarios. El ejemplar del EPI 2 era el décimo segundo que había sido puesto en servicio desde hacía tres años y era el más perfeccionado. Traducía a diez y siete idiomas, pero Lukos por su parte conocía unos diez, o quizás veinte veces más. Era un genio para el lenguaje como Mozart lo había sido para la música. Frente a una lengua nueva, le bastaba un documento, una referencia permitiendo una comparación, y algunas horas para adivinar y súbitamente comprender su estructura, y familiarizarse con su vocabulario. Y sin embargo luchaba en vano frente al de Eléa.

Disponía de dos elementos de trabajo que estaban ahí, colocados frente a él: el cubo cantante, y otro objeto, no más grande que un libro de bolsillo. Sobre uno de sus lados chatos se desenvolvía una banda luminosa cubierta de líneas regulares. Cada línea estaba compuesta de una seguidilla de signos que parecían constituir una escritura. Imágenes visibles en tres dimensiones, representando personas en acción, acaban de hacer de este objeto el equivalente de un libro ilustrado.

- ¿Entonces? - Preguntó Simon.

Lukos se encogió de hombros. Desde hacía dos días, dibujaba sobre la pantalla registradora de la Traductora unos grupos de signos que parecían no tener ninguna vinculación los unos con los otros. Este extraño idioma parecía compuesto de palabras todas diferentes y que no se repetían jamás.

- Hay algo que se me escapa - gruñó-. Y a ésta también. Palmeó con su pesada mano el metal de la consola, luego deslizó una varilla en el estuche del cubo musical. Esta vez fue una voz de hombre que se puso a hablar- cantar, y el rostro que apareció era el de un hombre, imberbe, con grandes ojos azul claro, y pelo negro cayéndole hasta los hombros.

Puede ser que la solución esté ahí, dijo Lukos. La máquina ha registrado todas las varillas. Hay 47. Cada una incluye miles de sonidos. La escritura tiene más de diez mil palabras diferentes. ¡Qué cantidad de palabras!...

- Cuando haya terminado de hacérselas tragar, tendrá que compararlas, una por una, y por grupos, con cada sonido y cada grupo de sonidos, hasta que ella encuentre una idea general, una regla, un camino, algo para seguir. La ayudaré, por supuesto, examinando las hipótesis y proponiéndole algunas. Y las imágenes nos ayudarán a los dos...

- ¿Dentro de cuánto tiempo piensa llegar a un resultado? - preguntó Simon con ansiedad.

- Puede ser algunos días... Algunas semanas si farfullamos.

Librodot

- ¡Ella se habrá muerto - grito Simon-, o vuelto loca! ¡Hay que acertar en seguida! ¡Hoy, mañana, dentro de algunas horas! Sacuda usted su máquinas ¡Movilice toda la base! ¡Hay bastantes técnicos, aquí!

Lukos lo miró como Menuhin lo haría si alguien le pidiese que sacuda su Estradivarius para hacerlo tocar más ligero un "prestissimo" de Paganini.

Mi máquina hace lo que ella sabe hacer - dijo-. No son técnicos lo que necesitaría. Tiene bastantes. Necesitaría cerebros...

- ¿Cerebros? ¡No hay un lugar del mundo donde los encontrará reunidos mejores que acá! Voy a pedirle al Consejo una reunión inmediata. Usted expondrá sus problemas...

- Son cerebros pequeños, doctor, pequeñísimos cerebros de hombres. Necesitarían siglos de discusiones antes de ponerse de acuerdo sobre el sentido de una coma... - Cuando digo cerebro, es al de ésta que pienso. Acarició nuevamente el borde de la consola, y agregó: - Y a sus semejantes.

Un nuevo S.0.S. partió de la antena EPI 1. Pedía la colaboración inmediata de los más grandes cerebros electrónicos del mundo.

Las contestaciones llegaron en seguida y de todos lados. Cada ordenador disponible fue puesto a la disposición de Lukos y de su equipo. Pero los que estaban disponibles no eran evidentemente ni los más grandes ni los mejores. Para éstos últimos se consiguieron promesas. En cuanto tuvieran un instante libre, entre dos programas, con el mayor gusto, se haría lo imposible, etc.

Simon hizo entrar tres cámaras en el cuarto de Eléa. Hizo apuntar una sobre el pliegue del codo donde se hundía la aguja dispensadora del suero del último recurso, la otra sobre los ojos cerrados, con las mejillas ahora hundidas, la tercera sobre el cuerpo de nuevo desnudo, y trágicamente enflaquecido.

Hizo mandar esas imágenes sobre la antena de EPI 1, hacia Trio, hacia los ojos y las orejas de los hombres. Y habló:

- Ella va a morir - dijo-. Va a morir porque no la comprendemos. Se muere de hambre, y la dejamos morir porque no la comprendemos cuando nos dice con qué la podríamos alimentar. Va a morir porque aquellos que podrían ayudarnos a comprenderla, no quieren distraer un minuto de tiempo de sus preciosos ordenadores, ocupados en comparar el precio de costo de un bulón de cabeza octogonal, con el de uno de cabeza hexagonal, o a calcular la mejor distribución de los controles de venta de pañuelos de papel según el sexo, la edad y el color de los habitantes.

- Mírenla, mírenla bien, no la verán más, va a morir... Nosotros los hombres de hoy, hemos movilizado un poderío enorme y las más grandes inteligencias de nuestro tiempo para ir a buscarla en su sueño en el fondo del hielo, y para matarla. ¡Deberíamos tener vergüenza!

Calló un momento, y repitió con voz queda y agobiada:

- Deberíamos tener vergüenza...

John Gartner, P.D.G. de la Mecánica y Electrónica Internacional, vio la emisión en su jet particular. Iba de Detroit a Bruselas. Daba instrucciones a los colaboradores que lo acompañaban y a los que recibían, de lejos, su conversación en código. Pasaba a 30.000 metros por encima de las Azores.

Estaba tomando su desayuno. Acababa de sorber con una pajita la yema de un huevo pasado por agua cocido en una envoltura esterilizada trasparente. Estaba ahora ocupado con el jugo de naranja y el whisky. Dijo:

- This boy is right. Vergüenza debemos tener si no hacemos nada.

Dio inmediatamente orden de poner a la disposición de EPI todas las grandes calculadoras del Trust. Había siete en América, nueve en Europa, tres en Asia y una en África.

Sus colaboradores enloquecidos le expusieron que iba a causar perturbaciones espantosas en todos los dominios de la actividad de la firma. Luego necesitarían meses para reponerse. Y habría estragos que no se podrían reparar.

- No importa - dijo-. Vergüenza debemos tener si no hacemos nada.

Era un hombre, y verdaderamente sentía vergüenza. Era igualmente un hombre eficaz, y un hombre de negocios. Dio instrucciones para que su decisión fuera llevada al conocimiento de todo el mundo por todos los medios, y en seguida los resultados fueron los siguientes:

En el dominio de los negocios, la popularidad y las ventas de la mecánica y electrónica intercontinental aumentaron el 17%.

En el dominio de la eficacia, la decisión de P.D.G. de la M.E.1 produjo una reacción en cadena. Todos los grandes trusts mundiales, los centros de investigación, las universidades, los ministros, el Pentágono mismo y el Buró Ruso de Balística hicieron saber a Lukos, en las horas siguientes, que sus cerebros electrónicos estaban a su disposición. Que tuviera a bien, solamente, si ello era posible, apurarse.

Era una recomendación irrisoria. Todos, en 612, sabían que luchaban contra la muerte. Eléa se debilitaba de llora en hora. Había aceptado de probar otros alimentos, pero su estómago, no los aceptaba. Y ella repetía todo el tiempo la misma seguidilla de sonidos que parecían componer dos palabras, quizás tres. Comprender esas tres palabras, la totalidad de la más sutil técnica de todas las naciones trabajaban para ello.

Del extremo de la Tierra, Lukos probó y con éxito la más fantástica asociación. Sobre sus indicaciones, todas las grandes calculadoras fueron enlazadas las unas con las otras, por hilo, sin hilo, ondas, imágenes, ondas sonoras, con relee, de todos los satélites estacionarios. Durante algunas horas, los grandes cerebros al servicio de firmas competidoras, de estados mayores enemigos, de ideologías opuestas, razas con odios, estuvieron unidas en una sola inmensa inteligencia que circundaba la Tierra entera y el cielo alrededor suyo, con la red de sus comunicaciones nerviosas, y que trabajaba con toda su capacidad inimaginable sobre el objetivo minúsculo y totalmente desinteresado de comprender tres palabras.

Para comprenderlas, era preciso saber todo el idioma desconocido. Extenuados, sucios, los ojos enrojecidos de sueño, los técnicos de la Traductora y los de las emisoras y receptoras de EPI

Librodot

1 luchaban contra los segundos y contra lo imposible. Sin parar, inyectaban en los circuitos del Cerebro Total, jornadas nuevas de datos y problemas, todos aquellos que la Traductora había examinado ya, y las nuevas hipótesis de Lukos. El cerebro genial de este último se había dilatado a la medida de su inmenso homólogo electrónico. Se comunicaba con él a una velocidad inverosímil, frenada únicamente por las exigencias de las emisoras y las estaciones de enlace contra las cuales se enfurecía. Le parecía que hubiera podido pasarse de ellas, entenderse directamente con el otro. Esas dos inteligencias extraordinarias, la que vivía y la que parecía viva, hacían algo más que comunicarse. Estaban en el mismo plano, por encima de los demás. Ellas se comprendían.

Simon iba de la enfermería a la Traductora, de la Traductora a la enfermería, impaciente, regalando a los técnicos extenuados que lo mandaban a pasear, y Lukos que ya ni le contestaba.

En fin, hubo un momento en que, bruscamente, todo se aclaró. Entre los millares de combinaciones, el cerebro encontró una lógica, sacó las conclusiones con la velocidad de la luz, las combinó y las probó, en menos de diecisiete segundos, entregó a la Traductora todos los secretos del idioma desconocido.

Luego se deshizo. A los relee se les cortó la corriente, los enlaces cayeron, la red nerviosa tejida alrededor del mundo se rompió y se reabsorbió. Del Gran Cerebro, no quedó más que sus ganglios independientes, vueltos a ser lo que eran antes, socialistas o capitalistas, comerciantes o militares, al servicio de intereses y de desconfianzas.

Entre las cuatro paredes de aluminio de la sala grande de la Traductora reinaba el más absoluto silencio. Los dos técnicos de servicio en las consolas registradoras, miraban a Lukos que posaba sobre la chapa receptora, la pequeña bobina donde estaban registradas las tres palabras de Eléa. Un micrófono las había recogido en su cuarto, tal como ella las pronunciaba, de menos en menos fuerte, de menos en menos a menudo...

Hubo un pequeño chasquido seco al colocarla en su lugar. Simon, con dos manos apoyadas sobre el respaldo de la silla de Lukos, se impacientaba una vez más.

- ¡Entonces!...

Lukos bajó el conmutador de arranque. La bobina parecía hacer un cuarto de vuelta, pero ella ya estaba vacía y empezaba a tabletear. Lukos extendió la mano y desprendió la hoja sobre la cual la Traductora acababa de entregar, en un micro- segundo, la traducción del misterio.

Le echó una ojeada mientras que Simon se la arrancaba de las manos. Simon leyó la traducción. francesa. Consternado, miraba a Lukos que meneé la cabeza. Éste había tenido tiempo de leer en albanés, inglés, alemán y árabe...

Retomó la hoja y leyó la continuación. Era la misma cosa. El mismo absurdo en diecisiete idiomas. No tenla más sentido en español que en ruso o chino. En francés daba: de comida-máquina.

Simon ya no tenía más la fuerza de hablar en voz alta.

- Vuestros cerebros... - dijo, su voz era casi un murmullo-, vuestros grandes cerebros... son mierda...

Librodot

La cabeza gacha, la espalda encorvada, arrastró los pies hacia la pared más próxima, se arrodilló, se acostó, volvió la espalda a la luz y se durmió, la nariz en el rincón de aluminio.

Durmió nueve minutos. Despertó bruscamente y se levantó gritando:

- ¡Lukos!...

Lukos estaba allí, ocupado inyectando en la Traductora pedazos del texto encontrados en el objeto "para leer", y descifrando las traducciones entregadas por la impresora.

Eran trozos de una historia de estilo sorprendente, desarrollándose en un mundo tan extraño que parecía fantástico.

- ¡Lukos! - dijo Simon-, ¿hemos hecho todo eso para nada?

- No - dijo Lukos-, mire...

Le tendió las hojas impresas.

- ¡Es texto, no es jeringonza! El Cerebro no era idiota, ni yo tampoco. Ha comprendido bien el idioma, y mi Traductora lo ha asimilado perfectamente. Usted ve ella traduce... fielmente... exactamente... de comida máquina.

- De comida máquina...

- Quiere decir algo... ¡Ella traduce palabras que quieren decir algo!...

- ¡No comprendemos porque somos nosotros los idiotas!

- Creo... yo creo... - dijo Simon-. Escucha...

Al renacer su esperanza se puso de pronto a tutearlo como un hermano...

- ¿Puedes conectar este, idioma con alguno de tus largos de onda?

- No tengo ninguno libre...

- ¡Libera uno! ¡Suprime una lengua!

- ¿Cuál?

- ¡No importa! ¡El coreano, el checo, el sudanés, el francés!

- Se pondrán furiosos.

- ¡Mala suerte, mala suerte, que se enfurezcan! ¿Tú crees que es el momento para preocuparse de una furia nacional?

- ¡lonescu!

- ¿Qué?

- lonescu... Está muerto... ¡Era el único que hablaba rumano!

- Suprimo el rumano y tomo su largo de onda. Lukos se levantó, su sillón gimió de felicidad.

- ¡Aló!

El gigante turco gritaba en un teléfono interno, separado por medio tabique:

- ¡Aló Hakal... Duermes, bendito Dios! Rugió y se puso a insultarlo en turco.

Una voz somnolienta le contestó. Lukos le dio las instrucciones en inglés, luego se dio vuelta hacia Simon.

- Dentro de dos minutos está listo...

Simon se precipitaba hacia la puerta.

- ¡Espera! - dijo Lukos.

Abrió un placard, tomó de un casillero un microemisor y un audífono con los colores rumanos, y se los tendió a Simon.

- Toma, para ella...

Simon tomó los dos aparatos minúsculos.

- Pon atención - dijo-, ¡que tu bendita máquina no se ponga a aullarle en el tímpanos!

- Lo prometo - dijo Lukos-. La vigilaré... Una suavidad... nada más que una suavidad...

Tomó en sus dos manos duras, como ladrillos articulados, las dos manos del que se había vuelto su amigo durante esas horas comunes de un monstruoso esfuerzo, y se las apretó afectuosamente.

- Te prometo... Anda.

Unos minutos más tarde, Simon entraba en el cuarto de Eléa, después de haber alertado a Labeau, quien alertaba a su vez a Hoover y Leonova.

La enfermera sentada a la cabecera de Eléa leía una novela de una colección sentimental. Se levantó al ver abrirse la puerta y le hizo a Simon señas de entrar en silencio. Tomó un aire profesionalmente preocupado al mirar la cara de Eléa. En realidad le importaba poco, estaba todavía absorbida en su libro, la confesión desgarradora de tina mujer abandonada por tercera vez, sangraba con ella y maldecía a los hombres, comprendido también al que acababa de llegar.

Simon se acercó hacia Eléa cuyo rostro hundido por la desnutrición había conservado su color cálido. Las aletas de la nariz se habían vuelto traslúcidas. Los ojos estaban cerrados. La respiración levantaba apenas el pecho. Él la llamó suavemente por su nombre.

- Eléa... Eléa...

Librodot

Los párpados se estremecieron ligeramente. Estaba consciente, ella lo oía.

Leonova entró seguida de Labeau y de Hoover que llevaba en la mano un fajo de ampliaciones fotográficas. Se las mostró de lejos a Simon. Este hizo con la cabeza un gesto de asentimiento, y concentras nuevamente toda su atención sobre Eléa. Posó la microemisora sobre la sábana azul muy cerca de la cara demacrada, levantó un bucle de cabellos sedosos, dejando al descubierto la oreja izquierda igual a una flor pálida, e introdujo delicadamente el audífono en la sombra rosada del conductor auditivo.

Eléa tuvo un principio de reflejo para sacudir la cabeza y rechazar lo que quizá fuera el comienzo de una nueva tortura, pero renunció, agotada.

Simon le habló en seguida, para tranquilizarla. Le dijo muy bajito, en francés:

- Usted me comprende... ahora me comprende...

Y en el oído de Eléa una voz masculina le cuchicheó en su idioma:

-...ahora usted me comprende...me comprende y yo puedo comprenderla...

Los que observaban vieron su respiración detenerse, luego continuar.

Leonova, llena de compasión, se acercó a la cama, tomó la mano de Eléa y comenzó a hablarle en ruso con todo el calor de su corazón.

Simon levantó la cabeza, la miró con ojos feroces y le hizo señas de que se retirara. Ella obedeció, un poco desconcertada. Simon tendió la mano hacia las fotos. Hoover se las entregó.

Hubo en el oído izquierdo de Eléa una ola de compasión soltada a toda velocidad por una voz femenina que ella comprendía: y en su oído derecho un torrente rocoso que ella no comprendía: Después un silencio. Luego la voz masculina siguió:

- ¿Puede usted abrir los ojos?... ¿Puede abrir los ojos?... Pruebe...

Él calló. Ellos la miraron. Sus párpados temblaban.

- Pruebe... Otra vez... Nosotros somos amigos suyos... Coraje...

Y los ojos se abrieron.

Uno no se acostumbraba. Uno no podía acostumbrarse. Nunca se habían visto ojos tan grandes, de un azul tan profundo. Se habían empalidecido un poco, ya no era el azul del fondo de la noche, pero el azul de después del crepúsculo, del lado de donde viene la noche, después de la tormenta, cuando el fuerte viento ha lavado el cielo con las olas. Y pescados de oro han quedado enganchados.

- ¡Mire!... ¡Mire!... - decía la voz-. ¿Dónde está la comida-máquina?

- Dormir... Olvidar... Morir...

- ¡No! ¡No cierre los ojos! ¡Mire!... ¡Mire!... todavía... Éstos son los objetos que han sido encontrados con usted... Uno de ellos debe ser la comida-máquina.

- ¡Mire! Se los voy a mostrar de nuevo... Si ve la comida-máquina, cierre los ojos, y vuélvalos a abrir...

A la sexta fotografía, ella cerró los ojos, y los volvió abrir.

- ¡Rápido! - dijo Simon.

Le alcanzó la foto a Hoover que se precipitó afuera con el peso y la velocidad de un ciclón.

Era uno de los objetos todavía no examinados, que habían colocado sobre el, zócalo, al lado del arma.

Conviene explicar rápidamente lo que hizo tan difícil el descifrar y comprender el idioma de Eléa. Es que en realidad, no es una lengua, sino dos: la lengua femenina y la masculina, totalmente distintas la una de la otra en su sintaxis como en su vocabulario. Por supuesto, los hombres y las mujeres comprenden una y otra pero los hombres hablan la lengua masculina, que tiene su masculino y su femenino, y las mujeres hablan la lengua femenina, que tiene igualmente su femenino y su masculino. Y en la escritura, es a veces la masculina, otras veces la femenina que se emplean, según la hora o la estación donde se desarrolla la acción, según el color, la temperatura, la agitación o la calma, según sea la montaña o el mar, etc. Y a veces las dos lenguas están mezcladas.

Es difícil dar un ejemplo entre la lengua "el" y la lengua "ella", puesto que dos términos equivalentes no pueden ser traducidos sino por la misma palabra, y el hombre diría: "que es necesario sea sin espinas", la mujer diría: "pétalos del sol poniente" y el uno y el otro comprenderían que se trata de la rosa. Es un ejemplo aproximativo: en tiempo de Eléa los hombres todavía no habían inventado la rosa.

"De comida-máquina". Eran bien tres palabras, pero, según la lógica del idioma de Eléa, era también una sola, lo que los dramáticos hubieran llamado un "sustantivo" y que servía para designar "lo-que-es-el-producto-de-la-comida-máquina".

La comida-máquina, era la-máquina-que-produce-lo-que-uno-come.

Estaba colocada sobre la cama, frente a Eléa, que habían sentado y que estaba sostenida por almohadas. Le habían dado la "vestimenta" encontrada en el zócalo, pero ella no había tenido la fuerza de ponérsela. Una enfermera había querido pasarle un pullover, pero ella había tenido un reflejo de retroceso, y en la cara una expresión tal de repulsión que no se había insistido. La habían dejado desnuda. Su busto enflaquecido, sus senos livianos vueltos hacia el cielo, eran de una belleza casi espiritual, sobrenatural. Para que no se enfriara, Simon había aumentado la temperatura del cuarto. Hoover transpiraba como un cubo de hielo sobre la parrilla. Ya había mojado su saco, pero las camisas de todos los otros estaban como para estrujar. Una enfermera distribuyó toallas blancas para a secarse las caras. Las cámaras estaban allí. Una de ellas irradió un plano grande de la comida-máquina. Era una especie de media esfera verde, salpicada con una gran cantidad de colores dispuestos en espiral desde su cúspide hasta su base, y que reproducían, en varios centenares de tonalidades diferentes, todos los colores del espectro.

En la cúspide había un botón blanco. La base descansaba en un zócalo en forma de cilindro corto. El todo tenía el volumen y el peso de la mitad de una sandía. Eléa trató de levantar su mano izquierda. No consiguió. Una enfermera quiso ayudarla. Simon la alejó y tomó la mano de Eléa en la de él.

Un primer plano de la mano de Simon sosteniendo la mano de Eléa y conduciéndola hacia la esfera comida-máquina.

Un primer plano de la cara de Eléa. De sus ojos. Lanson no podía desprenderse de ellos. Siempre una y otra de sus cámaras, obedeciendo a sus impulsos semiconscientes volvían a fijarse sobre la noche insondable de esos ojos de ultratiempo. No los enviaba a la antena. Los guardaba sobre una pantalla de control para él.

La mano de Eléa se posó sobre la cima de la esfera.

Simon la guiaba como un pájaro. Ella tenía voluntad, pero no fuerza. Él sentía donde ella quería ir, lo que quería hacer. Ella lo guiaba él la llevaba. El dedo mayor se asentó sobre el botón blanco, luego rozó las pinceladas de color, y de aquí y de allá, arriba, abajo, en el medio...

Hoover anotaba los colores en un sobre húmedo sacado de su bolsillo. Pero no tenía ningún nombre para diferenciar los tres matices de amarillo que ella tocó uno después del otro. Renunció.

Ella volvió sobre el botón blanco, se quiso apoyar, no pudo. Simon apoyó. El botón se hundió apenas, hubo un leve zumbido, el zócalo se abrió y por la abertura salió un pequeño plato de oro rectangular. Contenía cinco esférulas de materia traslúcida, vagamente rosa, y un minúsculo tenedor de oro, de dos dientes.

Simon tomó el tenedor y pinchó una de las pequeña esferas. Opuso una ligera resistencia, luego se dejó atravesar como una cereza. La llevó a los labios de Eléa...

Abrió la boca con esfuerzo. Le dio trabajo volver a cerrarla sobre el alimento. No hizo ningún movimiento de masticación. Se adivinaba que la esfera se derretía en su boca. Luego la laringe subió y bajó, visible en el cuello adelgazado.

Simon se esponjó la cara, y le tendió la segunda esférula...

Algunos minutos más tarde, ella utilizó sin ayuda la comida-máquina, rozó las distintas pinceladas, obtuvo esferas azules, las absorbió rápidamente, descansó unos minutos, luego accionó nuevamente la máquina.

Ella recuperaba sus fuerzas a una velocidad increíble. Parecía que pidiese a la máquina, más que la comida, lo que le hacía falta para sacarla inmediatamente del estado de agotamiento en el cual se encontraba. Ella rozaba cada vez pinceladas diferentes, obtenía cada vez un número diferente de esferas de distinto color. Las absorbía, tomaba agua, respiraba profundamente, descansaba algunos minutos, y volvía a comenzar.

Todos los que estaban en el cuarto, y los que seguían la escena sobre la pantalla en la Sala de Conferencias, velan literalmente cómo la vida renacía, veían su busto desarrollarse, sus

Librodot

mejillas rellenarse, sus ojos nuevamente adquirir el color oscuro.Comida-máquina era una máquina de comer. Era quizá también una máquina de curar.

Los sabios de todas las categorías hervían de impaciencia. Las dos muestras de la civilización antigua que habían visto manifestarse: el arma y la comida-máquina excitaban locamente su imaginación. Deseaban ardientemente Interrogar a Eléa y abrir esta máquina, la cual por lo menos, no era peligrosa.

En cuanto a los periodistas, después de la muerte de Ionescu, que les había provisto sensacionalismo para todas las ondas y todos los impresos, veían encantados, en la comida-máquina y sus efectos sobre Eléa, una nueva fuente de información no menos extraordinaria, pero esta vez más optimista. Siempre lo inesperado, blanco después del negro; esta expedición era decididamente un buen negocio periodístico.

Eléa, por fin apartó la máquina y miró a todos los que la rodeaban. Hizo un esfuerzo para hablar. Fue apenas audible. Volvió a empezar y cada uno entendió en su lengua:

- ¿Ustedes me comprenden?

- Oui, Yes, Da, Sí...

Meneaban la cabeza, sí, sí, sí, comprendían...

- ¿Quiénes son ustedes?

- Amigos - dijo Simon.

Pero Leonova no pudo más. Pensaba en una distribución general de comida-máquina a los pobres, a los niños hambrientos. Preguntó enérgicamente:

- ¿Cómo funciona eso? ¿Qué mete usted dentro?

Ella pareció no comprender o considerar esas preguntas como el ruido hecho por un niño. Siguió su propia idea. Preguntó:,

- Debíamos ser dos en el Refugio. ¿Estaba sola, yo?

- No - dijo Simon-, eran dos, usted y un hombre.

- ¿Dónde está? ¿Ha muerto?

- No. Todavía no lo hemos reanimado. Hemos comenzado por usted.

Eléa calló un momento. Parecía que la noticia, en vez de alegrarla, hubiera reavivado en ella alguna preocupación sombría. Respiró profundamente y dijo:

- Él es Coban. Yo, Eléa.

Y preguntó de nuevo:

- Ustedes... ¿Quiénes son?

Y Simon no encontró otra respuesta:

- Nosotros somos amigos...

De dónde vienen?

- Del mundo entero...

Esto pareció sorprenderla.

- ¿Del mundo entero? No comprendo. ¿Son de Gondawa?

- No.

- ¿D'Enisorai?

- No.

- ¿De dónde son?

- Yo de Francia, ella de Rusia, él de América, él de Francia, él de Holanda, él...

- No comprendo... ¿Es que ahora es la Paz?

- Hum - dijo Hoover.

- No - dijo Leonova-, los imperialistas...

- Cállese - ordenó Simon.

- Nosotros estamos obligados - dijo Hoover- a defendemos contra...

- Salgan - dijo Simon-. Salgan. Déjenos - solos acá a nosotros los médicos...

Hoover se disculpó.

- Somos estúpidos... Discúlpeme... Pero me quedo.

Simon se volvió hacia Eléa.

- Lo que han dicho no tiene significado - declaró-. SI, ahora es la Paz... Estamos en Paz. Usted está en Paz. No tiene nada que temer...

Eléa exhaló un suspiro profundo de alivio. Pero fue con una visible aprehensión que hizo la pregunta siguiente:

- ¿Tienen noticias... noticias de los Grandes Refugios? ¿Han resistido?

Simon contestó:

- No sabemos. No tenemos noticias.

Ella lo miro atentamente, para estar segura que él no mentía. Y Simon comprendió que no podría decirle nunca más otra cosa que no fuera verdad.

Eléa comenzó una sílaba, luego paró. Tenia una pregunta que hacer que no se animaba a hacer, por temor a la respuesta. Miró a todo el mundo, después de nuevo a Simon solamente. Le preguntó muy suavemente:

- ¿Paikan?

Hubo un corto silencio, luego un clic en los oídos, y la voz neutra de la Traductora - la que no era ni voz de hombre ni de mujer- habló en diecisiete idiomas en los diecisiete canales:

- La palabra Paikan no figura en el vocabulario que me ha sido inyectado, y no corresponde a ninguna posibilidad lógica de neologismo. Me permito suponer que se trata de un nombre.

Eléa lo oyó también en su lengua.

- Claro que es un nombre - dijo ella-. ¿Dónde está? ¿Tienen noticias de él?

Simon la miró muy serio.

- No tenemos noticias de él... ¿Cuánto tiempo cree usted haber dormido?

Ella lo miró, inquieta.

- ¿Algunos días? - dijo.

- Más... - contestó Simon.

Nuevamente la mirada de Eléa dio la vuelta de la decoración del ambiente y de los personajes que la rodeaban. Volvió a sentir la desorientación de su primer despertar, todo lo insólito, toda la pesadilla. Pero no podía aceptar la explicación inverosímil. Debía haber alguna otra. Trató de aferrarse a lo imposible.

He dormido, ¿cuánto?... ¿Semanas?... ¿Meses?...

La voz neutra de la Traductora intervino otra vez:

- Traduzco esto aproximativamente. Aparte del día y el año, las medidas que me han sido inyectadas son totalmente diferentes de las nuestras. Son igualmente distintas para los hombres y las mujeres, diferentes para el cálculo y para la vida corriente, diferentes Según las estaciones, diferentes según la vigilia y el sueño.

- Más... - dijo Simon-. Mucho más... Ha dormido durante...

- ¡Atención, Simon! - gritó Labeau.

Simon interrumpió y reflexionó unos segundos, preocupado, mirando a Eléa.

Luego se volvió a Labeau.

- ¿Usted cree?

- Tengo miedo... - dijo Labeau.

Eléa, ansiosa, repitió su pregunta:

- ¿He dormido durante cuánto tiempo?... ¿Comprenden mi pregunta?... Deseo saber durante cuánto tiempo he dormido... Deseo saber...

- Nosotros la comprendemos - dijo Simon.

Ella calló.

- Ha dormido...

Labeau lo interrumpió nuevamente:

- ¡No estoy de acuerdo!

Puso la mano sobre su micrófono para que sus palabras no llegaran a la Traductora, ni la traducción a los oídos de Eléa.

- Le va a dar usted un shock terrible. Es mejor decírselo poco a poco...

Simon estaba sombrío. Fruncía el entrecejo con aire testarudo.

- No estoy en contra de los shocks - dijo cerrando él también su micrófono con la mano. En psicoterapia se prefiere el shock que limpia, a la mentira que envenena. Y creo que ahora está fuerte...

- Deseo saber - volvió a empezar Eléa.

Simon se volvió hacia ella. Le dijo brutalmente:

- Usted ha dormido 900.000 años.

Ella lo miró con estupefacción. Simon no le dejó el tiempo de reaccionar.

- Le podrá parecer extraordinario. A nosotros también. Es la verdad, sin embargo. La enfermera le leerá el informe de nuestra Expedición que la ha encontrado a usted en el fondo del continente helado, y el de los laboratorios, que han medido con diversos métodos el tiempo que ha pasado allí...

hablaba con un tono indiferente, escolar, militar, y la voz de la Traductora se calcaba sobre la suya, calma, indiferente, en el fondo del oído de Eléa.

- Esta cantidad de tiempo no tiene medida común con la duración de la vida de un hombre, y aun de una civilización. No queda nada del mundo en que usted ha vivido. Ni aun su recuerdo. Es como si hubiese sido transportada al otro extremo del Universo. Debe aceptar esa idea, aceptar los hechos, aceptar el mundo donde se ha despertado, y donde no tiene sino amigos...

Pero ella ya no oía. Estaba separada. Separada de la voz en su oído, de ese rostro que le hablaba, de esas caras que la miraban, de ese mundo que la acogía. Todo eso se alejaba, se borraba, desaparecía. No le quedaba más que la abominable certidumbre, pues ella sabía que no le habían mentido, la certidumbre del abismo a través del cual había sido proyectada, lejos de todo lo que era su propia vida. Lejos de...

- ¡Paikan!...

Aullando su nombre, se irguió sobre la cama, desnuda, salvaje, soberbia y alargada como un animal perseguido a muerte. Las enfermeras y Simon trataron de retenerla. Ella se les escapó, saltó de la cama aullando:

- ¡Paikan!...

Corrió hacia la puerta pasando entre los médicos. Zabrec, que trató de cercarla, recibió su codo en la cara y la soltó escupiendo sangre; Hoover fue Ianzado contra el tabique; Forster recibió, sobre su brazo tendido hacia ella, un puñetazo tan duro que creyó tener un hueso roto.

Ella abrió la puerta y salió.

Los periodistas que seguían la escena, sobre la pantalla de la Sala de Conferencias, se precipitaron en la Avenida Amundsen. Vieron la puerta de la enfermería abrirse bruscamente, y Eléa correr como una loca, como un antílope que el león va alcanzar, hacia adelante, derecho hacia ellos. Ellos le interceptaron el paso y llegó sin verlos. Gritaba una palabra que no comprendían. Los fogonazos dobles de los flash de laser, brotaron de toda la línea de fotógrafos. Ella pasó al través, volteando a tres hombres con sus aparatos. Corría hacia la salida. Llegó a ésta antes de que la hubieran alcanzado, en el momento que la puerta corrediza se abría para dejar entrar una oruga de abastecimiento conducida por un chofer arropado desde los pies hasta la coronilla.

Afuera había una tempestad blanca, una ventisca de 200 kilómetros por hora.

Loca de angustia, ciega, desnuda, ella se hundía en el filo del viento, cortante como cuchillas. Éste penetraba en su carne aullando de alegría, la levantaba, y se la llevaba en sus brazos hacia la muerte. Ella se debatió, se levantó, golpeó el viento con sus puños y su cabeza, lo rechazó de su pecho gritando más fuerte que éste. La tormenta le entró por la boca y le devolvió el grito en su garganta.

Se cayó.

La recogieron un segundo después y se la llevaron.

- Yo se lo había prevenido - dijo Labeau a Simon, con una severidad que atemperaba la satisfacción de haber tenido razón.

Simon, sombrío, miraba a las enfermeras restregar, friccionar a Eléa inconsciente. Murmuró:

- Paikan...

- Debe estar enamorada - dijo Leonova.

Hoover rió burlonamente.

- ¡Un hombre del cual se separó hace 900.000 años!

- Ella se separó ayer... - dijo Simon-. El sueño no tiene duración... y durante la corta noche, la eternidad se ha alzado entre ellos.

- Desgraciada... - murmuró Leonova.

- Yo no podía saber - dijo Simon en voz baja.

- Mi hijo - expresó Labeau-, en medicina, lo que no se puede saber, se debe suponer...

Yo lo sabía.

Miraba tus labios. Los he visto temblar de amor al paso de su nombre.

Entonces he querido separarte de él, en seguida, brutalmente, que tú sepas que estaba todo terminado desde el fondo de los tiempos, que no quedaba nada de él, ni aun un grano de tierra en alguna parte mil veces arrastrada por las mareas y los vientos, nada más de él y nada más del resto, nada de nada... Que tus recuerdos estaban sacados del vacío, de la nada. Que detrás de ti no había más que tinieblas, y que la luz, la esperanza, la vida estaban aquí en nuestro presente, con nosotros.

He cortado detrás de ti con un hacha.

Te he hecho sufrir.

Pero fuiste tú, la primera, pronunciando su nombre, quien me habías triturado el corazón.

Los médicos temían por lo menos una neumonía congeladuras. No tuvo nada, ni tos, ni fiebre, ni el menor enrojecimiento de la piel.

Cuando recobró el conocimiento, se vio que había aguantado el shock y dominado todas sus emociones. Ya no había sobre su rostro más que la expresión petrificada de una indiferencia total, parecida a la del condenado a perpetuidad, en el momento que entra a su celda de la cual sabe que no saldrá jamás. Ella sabía que le habían dicho la verdad. Quiso sin embargo tener las pruebas. Pidió oír el informe de la Expedición. Pero cuando la enfermera empezó a leer, hizo un gesto con la mano para alejarla y dijo:

- Simon...

Simon no estaba en el cuarto.

Después de su brutal intervención que había estado a punto de terminar tan mal, los reanimadores lo consideraron peligroso, y le prohibieron de ocuparse más de Eléa.

- Simon... Simon... - repetía ella.

Lo buscaba con la mirada en la pieza, por todos lados. Desde que había abierto los ojos lo había visto siempre cerca suyo y estaba habituada a su cara, a su voz, a las preocupaciones de sus

gestos. Y era él quien le había dicho la verdad. En este mundo desconocido, al final de este viaje pavoroso, él era un elemento ya un poco familiar, un apoyo para su mano sobre la ribera.

- Simon...

- Creo que sería mejor ir a buscarlo - dijo Moissov.

Vino, y comenzó a leer. Luego descartó el papel y contó. Cuando llegó al descubrimiento de la pareja en hibernación, ella levantó una mano para que se callara, y dijo:

- Yo soy Eléa, él es Coban. Es el más grande sabio de Gondawa. Sabe todo. Gondawa es nuestro país.

Ella calló un instante, después agregó en una voz muy baja que a la Traductora le costó trabajo oír:

- Hubiese querido morir en Gondawa...

Durante el desmayo de Eléa, Hoover, sin el menor escrúpulo había manipuleado la comida-máquina. Era también de los que la habían visto funcionar sobre la pantalla, ansioso de saber a partir de qué materias primas fabricaba esas diferentes clases de alimentos que, en sólo unos cuartos de hora habían dado a Eléa, medio muerta, la fuerza para precipitarse hacia la tormenta.

Sobre la superficie lisa de la esfera y del cilindro, no había más que una toma posible, un solo punto de mando y de manipulación, el botón blanco de la cima.

Bajo la mirada horrorizada de Leonova, Hoover lo había apretado, dado vuelta a la izquierda, a la derecha, tirado para arriba, dado vuelta para la derecha, para la izquierda... Y lo que esperaba se había producido; el casquete de la media esfera se había levantado con el botón, como una campana para queso, descubriendo el interior de la máquina.

Ésta, colocada sobre una pequeña mesa quirúrgica, entregó sus misterios a los ojos de todos, y con este hecho se volvió aún más misteriosa. Pues todo el interior de la media esfera estaba ocupado por un mecanismo incomprensible, que no se parecía a ningún otro montaje mecánico o electrónico, pero más bien hacía pensar en un boceto en metal del sistema nervioso, y no había lugar en ninguna parte para la menor materia prima, ya fuese en pedazos, en granos, en polvo o en líquido. Hoover levantó la máquina, la sacudió, la miró bajo todos sus ángulos, hizo pasar la luz al través del enmarañamiento inmóvil de sus filetes de oro y de acero, se la pasó a Leonova y a Rochefoux que la miraron a su vez de todas las maneras en que es posible mirar un objeto material, abierto como un despertador sin su caja. No había en ninguna parte rastros de sales minerales, azúcar, pimienta, carne o pescado y ni siquiera sitio para éstos. Visible, lógica, absurda y evidentemente, esta máquina fabricaba los elementos partiendo de la nada... y continuaba fabricándolos...

Hoover, habiendo colocado en su lugar el casquete hemisférico, hizo los mismos gestos que había visto hacer a Eléa, y obtuvo el mismo resultado: el pequeño cajón se abrió, y ofreció las esférulas comestibles. Esta vez eran verde pálido. Hoover titubeó un instante, luego tomó el tenedor de oro, pinchó una esfera, y se la metió en la boca. Esperaba una sorpresa extraordinaria. Quedó decepcionado. No tenía mayormente gusto. No era ni particularmente agradable. Hacía

pensar en leche cuajada en la cual hubiesen mojado limaduras de hierro. Le ofreció a Leonova para probar, ella rehusó.

- Haría mejor - le dijo- en darlas a analizar.

Era el buen sentido científico que hablaba por su boca. Envueltas en una hoja de plástico, las esférulas salieron para el laboratorio de análisis.

Hubo un primer resultado, que no dio más que banalidades. Había proteínas, cuerpos grasos, glucosas, toda una gama de sales minerales, vitaminas, y oligoelementos envueltos en moléculas que se parecían a las del almidón.

Luego hubo una rectificación. Un análisis más exhaustivo permitió encontrar unas moléculas enormes casi semejantes a células.

Después vino una segunda rectificación; ¡esas moléculas se reproducían!

Entonces, a partir de la nada, la comida-máquina fabricaba no solamente materia nutritiva, sino materia análoga a la materia viva.

Era increíble, era difícil de admitir.

En cuanto EIéa aceptó de contestar a las preguntas, ellos se atropellaron unos a otros para saber el porqué y el cómo.

- ¿Cómo funciona la comida-máquina?

- ¿Usted lo ha visto?

- ¿Pero en el interior?

- En el interior fabrica el alimento.

- ¿Pero lo fabrica con qué?

- Con el Todo.

- El Todo, ¿Qué es el Todo?

- Usted lo sabe... Es lo que lo ha fabricado a usted también.

- El Todo... el Todo... ¿No hay otro nombre para el Todo?

Eléa pronunció tres palabras.

Voz impersonal de la traductora:

- Las palabras que acaban de ser pronunciadas sobre el canal once no figuran en el vocabulario que me ha sido inyectado. Sin embargo, por analogía, creo poder proponer la traducción aproximativa siguiente: la energía universal. 0 quizá: la esencia universal. 0: la vida

Librodot

universal. Pero esas dos proposiciones me parecen un poco abstractas. La primera es sin duda la más cerca del sentido original. Se precisaría, para ser justo, incluir también las otras dos.

¡La energía!... ¡La máquina fabricaba materia a partir de la energías. Esto era imposible de admitir, ni aun de realizar en el estado actual de los conocimientos científicos y de la técnica. ¿Pero era preciso movilizar una cantidad fabulosa de electricidad para obtener qué? Una partícula invisible, inasequible y que se esfumaba en seguida de aparecer.

Esta especie de medio melón, que tenía aspecto de un juguete de niño un poco ridículo, sacaba, ahora de la nada, con la más perfecta sencillez, la alimentación en tanta cantidad como se le pedía.

Labeau tuvo que calmar la impaciencia de los sabios, cuyas preguntas cabalgaban en el cerebro de la Traductora.

- ¿Conoce el mecanismo de su funcionamiento?

- No, Coban sabe.

- Por lo menos, ¿conoce usted el principio?

- Su funcionamiento está basado sobre la ecuación universal de Zoran...

Ella buscaba con los ojos algo, para mejor explicar lo que quería decir.

Vio a Hoover que tomaba notas sobre las márgenes de un diario. Tendió la mano. Hoover le dio el diario y el bolígrafo. Leonova, rápidamente, reemplazó el diario por un bloc de papel en blanco.

Con la mano izquierda Eléa trató de dibujar, de trazar algo. No lo conseguía. Se exasperaba. Tiró el bolígrafo, pidió a la enfermera:

- Déme su... su...

Imitaba el gesto que le había visto varias veces, de pasarse el lápiz de rouge sobre los labios. Sorprendida, la enfermera se lo dio.

Entonces con un trazo graso, con soltura, Eléa dibujó obre el papel un elemento de espiral, que cortaba una s recta y que contenía dos rasgos breves. Le tendió el papel a Hoover.

- Esta es la ecuación de Zoran. Se lee de dos modos.

Se lee con la, palabras de todo el mundo y se lee en términos de matemáticas universales.

- ¿Puede usted leerla? - preguntó Leonova.

- Puedo leerla en las palabras de todo el mundo.. Se lee así: "Lo que no existe, existe".

- ¿Y de la otra manera?

No lo sé. Coban sabe.

Como ellos habían tomado ese compromiso, los sabios de EPI habían comunicado a todos aquellos que en todas las naciones del mundo eran capaces de saber y comprender, cuanto ellos sabían y esperaban saber. La lengua gonda estaba ya en estudio en numerosas universidades, y la humanidad entera sabía que estaba en la víspera de una conmoción sensacional. Un hombre dormido, y que iba a despertar, explicaría la ecuación de Zoran que permitía extraer del seno de la energía universal, lo necesario para vestir a los que estaban desnudos y alimentar a los que tenían hambre. Se acabarían los conflictos atroces por las materias primas, se acabaría la guerra del petróleo, y las batallas por las llanuras fértiles. El Todo iba a dar todo, gracias a la ecuación de Zoran. Un hombre que dormía iba a despertarse e indicar lo que había que hacer para que la miseria y el hambre y el sufrimiento de los hombres desapareciera para siempre.

Iba a suceder mañana. La sala de operaciones estaba reconstruida, los últimos aparatos acababan de llegar en reemplazo de los que fueron destruidos. El equipo de técnicos se atareaba por ponerlos en su lugar y conectarlos. La segunda operación iba a poder comenzar.

La tormenta se había calmado. El viento soplaba aún, pero a esas latitudes, 150 kms es una brisa amistosa. Era en medio de la noche, el cielo despejado, estaba color azul pizarra. El sol rojo reptaba sobre el horizonte. Enormes estrellas, aguzadas por el viento, tachonaban el cielo.

Dos hombres que habían trabajado hasta tarde en la Esfera, salieron del ascensor. Eran Brivaux y su asistente. Estaban extenuados. Tenían prisa para ir a acostarse y dormir. Habían sido los últimos en subir. Ya no quedaba nadie abajo. Brivaux cerró la puerta del ascensor con llave. Salieron de la construcción de paredes de nieve y se hundieron en el viento, vociferando imprecaciones.

En el edificio vacío y negro, una mancha redonda de luz se encendió. Detrás de la pila de cajones de donde se habían sacado los últimos aparatos llegados, un hombre en cuclillas se enderezó castañeteando los dientes. En su mano la lámpara eléctrica temblaba. Estaba ahí desde hacía más de una hora, acechando la subida de los técnicos, y a pesar de su vestimenta polar, estaba transido de frío hasta los huesos.

Fue al ascensor, sacó de un bolsillo un manojo de llaves y comenzó a probarlas una por una. La cosa no marchaba, temblaba demasiado. Se sacó los guantes y sopló sobre sus dedos entumecidos, se golpeó el torso con los brazos, dio unos saltos in situ. La sangre le volvía a circular. Empezó de nuevo sus ensayos. Por fin dio con la llave. Entró en el ascensor y tocó el botón de bajada.

En la enfermería, Simon miraba dormir a Eléa. No la dejaba más. En cuanto se alejaba, ella lo reclamaba.

A la indiferencia glacial en la cual se había encerrado, se sumaba, cuando él no estaba allí, una ansiedad física de la cual exigía ser inmediatamente liberada.

Él estaba allí, ella podía dormir. La enfermera de guardia dormía bien, sobre una de las camas plegadizas. Desde una lámpara azul, encima de la puerta bajaba una luz muy suave. En esta casi noche apenas luminosa, Simon miraba dormir a Eléa. Sus brazos descansaban, distendidos, sobre la cobija. Había concluido por aceptar ponerse un pijama de franela, muy feo pero confortable. Su respiración era calma y lenta, su rostro grave. Simon se inclinó, acercó sus labios a la afinada mano de dedos largos, casi hasta tocarla, pero no fue más lejos y se enderezó.

Librodot

Luego se dirigió a la cama desocupada, se acostó, se tapó con una cobija, suspiró de felicidad, y se durmió.

El hombre había entrado en la sala de reanimación. Fue derecho hacia un pequeño placard metálico y lo abrió. Sobre un estante se encontraban legajos. Los hojeó apartando al pasar algunas páginas que fotografió con un. aparato que llevaba al hombro, y puso todo en su sitio. Luego se dirigió hacia el receptor de la TV de vigilancia. Su pantalla mostraba permanentemente el interior del Huevo. La nueva cámara, sensible a los infrarrojos, eliminaba la bruma. Vio claramente al hombre en su bloque helio casi intacto, y el zócalo que había sostenido a Eléa. El costado del zócalo estaba siempre abierto, y sobre los estantes reposaban todavía algunos objetos que Eléa no había reclamado.

El hombre accionó los botones de telemando de la cámara. Obtuvo el zócalo abierto en primer plano, accionó la palanca de ascenso, y reconoció por fin, en primer plano, lo que buscaba: el arma.

Sonrió de satisfacción, y se dispuso a bajar dentro del Huevo. Sabía que reinaba allí un frío peligroso. No había podido procurarse una escafandra de astronauta; tendría que proceder muy rápidamente. Salió de la sala de operaciones. Alrededor suyo, el interior de la Esfera, débilmente iluminado por algunas lamparitas eléctricas, se parecía al esqueleto de un pájaro gigante surrealista, medio sumergido en la noche del inconsciente. Para ahuyentar el maleficio del silencio total, el hombre, voluntariamente, tosió, El ruido de su tos llenó la Esfera como un fogonazo, se desgarró en los festones de las vigas y de los arbotantes, dio contra el cascarón y volvió hacia él en millares de trozos de ruidos quebrados, agudos, agresivos.

Hundió bruscamente el gorro sobre sus orejas, se envolvió el cuello en una bufanda gruesa, se puso los guantes forrados mientras bajaba por la escalera de oro.

Un dispositivo eléctrico permitía soliviar la puerta del Huevo. Apretó el botón. La puerta se levantó como una caparazón. Él se deslizó al interior. La puerta ya se cerraba detrás suyo.

Fue sorprendido por la bruma que la cámara infrarroja no le había mostrado. Estaba coloreada de un azul irreal, por la luz que subía del motormóvil, a través del suelo trasparente y la capa de nieve pulverizada y azul. Linterna en mano, precedido por un círculo de luz blanca opaca, bajó con precaución la escalera. Sintió, a medida que bajaba, un frío atroz congelarle los tobillos, las pantorrillas, las rodillas, los muslos, el vientre, el pecho, la garganta, el cráneo...

Había que proceder rápido, rápido. Su pie derecho alcanzó el suelo bajo la nieve. Después el otro. Dio un paso hacia la izquierda e inspiró por la primera vez. Sus pulmones se congelaron en un bloque, trasformado en piedra. Quiso gritar, abrió la boca. Su lengua se heló, sus dientes estallaron. El interior de sus ojos se dilató y se volvió sólido, empujando los iris hacia afuera como hongos. Aún tuvo tiempo, antes de morir, de sentir la garra del frío triturarle los testículos y congelarle el cerebro. Su linterna se apagó. Todo se volvió silencio. Él cayó hacia adelante, en la nieve azul. Tocando el suelo, su nariz se quebró. El polvo de nieve, un instante levantado en una ligera nube luminosa, volvió a caer, y lo cubrió.

Por la mañana, el cameraman que se marchaba bostezando al receptor de la Sala de Operaciones, se asombró de encontrar sobre la pantalla, en vez del plano general del Huevo, un primer plano del arma.

- ¡Hay un hijo de puta que descompuso mi aparato! - dijo-. ¡Son otra vez esos electricistas! ¡Les voy a plantar unas frescas cuando bajen, los cabrones!

Mientras protestaba manipuleaba los comandos para volver la imagen al plano general. Es así como vio entrar por la parte inferior de la pantalla, una mano enguantada que salía de la nieve con los dedos separados.

Cuando los hombres con cascos, revestidos de la escafandra espacial, sacaron el cadáver fuera de su mortaja blanca de nieve fina, a pesar de sus precauciones, su brazo derecho levantado con la mano abierta como una señal, se rompió. Con la vestimenta que lo envolvía, cayó como una rama seca, y aún se rompió en cuatro pedazos.

- Lamento mucho - dijo Rochefoux a los periodistas y fotógrafos reunidos en la Sala de Conferencias- de tener que participarles la muerte trágica de vuestro camarada Juan Fernández, fotógrafo de La Nación, de Buenos Aires.

- Se ha introducido clandestinamente dentro del Huevo, sin duda para tomar fotografías de Coban, y el frío lo ha muerto antes de que haya tenido tiempo de dar tres pasos. Es una muerte atroz. No me cansaré de recomendarles que sean prudentes. No le ocultamos nada. Nuestro mayor deseo es, al contrario, que sepan todo y que lo difundan por todos lados. Les ruego no tomen más semejantes iniciativas, que no solamente son muy peligrosas para ustedes, sino que comprometen gravemente el éxito de las operaciones delicadas cuyo resultado puede trasformar enteramente la suerte de la humanidad.

Pero un telegrama de La Nación trasmitido por Trio hizo saber que ese diario ignoraba todo de Juan Fernández, y que nunca había integrado su personal.

Entonces recordaron el testimonio del cameraman, que había visto en primer plano el arma. Se registró el cuarto de Fernández. Encontraron tres aparatos de fotografía, uno americano, uno checo y otro japonés; una emisora de radio alemana, un revólver italiano.

Los responsables de EPI y los reanimadores se reunieron lejos de la curiosidad de los periodistas. Estaban consternados.

- Es uno de esos cretinos de los servidos secretos dijo Moissov-. ¿De qué servicio secreto? No lo sé, ustedes tampoco. Sin duda nunca lo sabremos. Tienen en común la estupidez y la ineficacia. Gastan una ingeniosidad prodigiosa para resultados que no superan el volumen de la caca de una mosca. La única cosa que logran es la catástrofe. Tenemos que protegemos de esos roñosos.

- Son mierda - dijo Hoover en francés.

- No es la misma palabra en ruso - dijo Moissov-, pero es la misma materia. Desgraciadamente, voy a verme obligado a usar palabras menos expresivas, y más vagas, y que no me gustan mucho porque son muy pretenciosas. Pero hay que hablar con las palabras que se tienen...

- Vaya, vaya no más - dijo Hoover-, no tantas historias. Este pequeño macabeo nos enmierda a todos de la misma manera...

- Soy médico - continuó Moissov-. Ustedes, ustedes son... ustedes son qué...

- La química y la electrónica... ¿cómo puede esto jodemos? Hay de todo acá.

- Sí - contestó Moissov-. Sin embargo, somos todos iguales... Tenemos una cosa en común que es más fuerte que nuestras diferencias: es la necesidad de conocer. Los literatos llaman eso el amor a la ciencia. Yo lo llamo curiosidad. Cuando está acompañada por la inteligencia, es la mayor virtud del hombre. Pertenecemos a todas las disciplinas científicas, a todas las naciones, a todas las ideologías. A ustedes no les gusta que yo sea un ruso comunista. A mí no me gusta que ustedes sean pequeños capitalistas, imperialistas lamentables y estúpidos, adheridos a la goma de un pasado social en vías de podrirse. Pero yo sé, y ustedes saben que todo eso está superado por la curiosidad. Ustedes y yo queremos saber. Queremos conocer el Universo con todos sus secretos, los más grandes y los más pequeños. Y ya sabemos por lo menos una cosa, es que el hombre es maravilloso, que los hombres son dignos de lástima y que cada uno por nuestro lado, en nuestro trozo de conocimientos y nuestro nacionalismo miserable, sólo es para la humanidad para quien trabajamos. Lo que hay por conocer aquí es fantástico. Y lo que podemos sacar para el bien de la humanidad es inimaginable. Pero si dejamos intervenir nuestras naciones, con su idiotez secular, sus generales, sus ministros y sus espías, ¡todo estará jodido!

- Se - dijo Hoover- que sigue los cursos marxistas de la tarde... Siempre tienen un discurso a mano. Pero, por cierto, usted tiene razón. Es mi hermano, Tú eres mi hermanita - dijo pegándole una palmada sobre las nalgas a Leonova.

- Usted es un chancho gordo, innoble - contestó ella.

- Permitan a Europa - dijo Rochefoux sonriendo, hacer oír su voz. Tenemos oro. El que hemos recortado perforando el cascarón de la Esfera. Cerca de 20 toneladas. Con eso podemos comprar armas y mercenarios.

Shanga, el africano, se levantó enérgicamente.

- ¡Estoy en contra de los mercenarios! - dijo.

- Yo también - agregó el alemán Henckel-. No por las mismas razones. Pienso solamente que están minados por cochinos espías. Nosotros debemos organizar nuestra policía y nuestra defensa. Quiero decir la defensa de lo que se encuentra en la Esfera. El arma y, sobre todo, Coban. Mientras esté en estado de congelamiento no corre peligro alguno. Pero las operaciones de reanimación van a comenzar. La tentación será grande de secuestrarlo antes de que hayamos podido comunicar sus conocimientos a todos. No hay una nación que no haga lo imposible por asegurarse la exclusividad de lo que contenga esa cabeza. Los Estados Unidos, por ejemplo...

- Por cierto, por cierto - dijo Hoover. - La U.R.S.S...

Leonova saltó:

- ¡La U.R.S.S.! ¡Siempre la U.R.S.S.! ¡China también! ¡Alemania! ¡Inglaterra! ¡Francia!...

- ¡Ah, eso! - dijo Rochefoux, sonriendo-. Hasta Suiza.

- Metralletas, revólveres, minas - expresó Lukos-, yo puedo encontrar.

- Yo también - asintió Henckel.

Salieron ese mismo día para Europa. Les acoplaron a Shanga y Garret, el asistente de Hoover. Se convino que no se separarían jamás, Así la lealtad de cada uno de ellos - de la cual cada nadie dudaba- estaría garantizada por la presencia de los otros.

Con algunos revólveres y fusiles de caza que se encontraban ya en la base, se organizó un turno de guardia de día y de noche cerca del ascensor y el cuarto de Eléa. Dos hombres, técnicos o sabios, montaban guardia a la vez. Un "occidental" y un "oriental". Estas medidas fueron decididas por unanimidad, sin discusión. Dada la enormidad de lo que estaba en juego, nadie, a pesar de no dudar del otro, osaba tenerle confianza a nadie, ni aun a sí mismo.

El huevo.

Dos reflectores iluminan la bruma.

La manga de aire está dirigida al bloque de Coban. Aquél se ahueca, se deforma, se absorbe, desaparece como un halo que se borra.

En la sala de trabajo, los reanimadores atraviesan uno por uno la cámara de esterilización, se ponen su guardapolvo y guantes asépticos, atan sus botas de género de algodón.

Simon no está con ellos. Está junto a Eléa, en la Sala de Conferencias. Sentado solo con ella sobre el podio. Delante suyo, sobre la mesa, el revólver que le han confiado. Su mirada vigila sin cesar a los asistentes. Está pronto a defender a Eléa contra cualquiera.

Delante de ella están expuestos diversos objetos del zócalo, que ella ha pedido. Está calma, inmóvil. Los bucles de sus cabellos castaños con reflejos de oro, son como un mar apacible. Se ha puesto la "ropa" encontrada en el zócalo. Ha colocado sobre sus caderas cuatro rectángulos doradillos de este material sedoso que se parece a un género fino, fluido, pero que tiene caída. Le llegan hasta las rodilla y cuando camina, descubren la piel y la recubren, como alas, como el agua movediza bajo el sol. Ha enrollado alrededor de su busto una banda larga del mismo color, que moldea su talle y sus hombros y deja adivinar bajo el género los senos libres como pájaros.

Todo esto se sujeta por un nudo, una hebilla, una pasada por arriba y por debajo, por un milagro. Es a la vez muy complicado y simple, y tan natural que se podría pensar que Eléa hubo nacido con ella, y que todos y todas los que la han visto entrar y sentarse, tienen la horrible impresión de estar vestidos con bolsas de harina.

Ella ha accedido a contestar a todas las preguntas. Es la primera de las sesiones de trabajo destinadas a informar a los hombres de hoy sobre los hombres de anteayer.

El rostro de Eléa es helado, sus ojos parecen puertas abiertas sobre la noche. Calla. Su silencio se ha extendido a toda la concurrencia y se prolonga.

Hoover carraspeo ruidosamente..

- Brrreuff - dice-. Y bueno, ¿si comenzáramos?... Lo mejor sería empezar por el comienzo... Si usted nos dijera primero quién es, su edad, su oficio, su situación de familia, etc... En pocas palabras...

Mil metros más abajo, el hombre desnudo ha perdido su caparazón trasparente y alcanzado una temperatura que permite que se le transporte. En la bruma brillante, cuatro hombres embutidos en rojo, botas, cascos esféricos en plástico, lentamente se acercan a él y se colocan de ambos lados del zócalo.

En la puerta del Huevo, dos hombres vigilan metralleta en mano. Los cuatro hombres en la bruma se agachan, deslizan bajo el hombre desnudo sus manos enguantadas de piel, de cuero y de amianto, y esperan.

Delante de la pantalla del puesto en la sala de trabajo, Forster, atento, mira la imagen de ellos. Están listos. Él manda.

- Be careful Softly... One, two, three... Up.

En cuatro idiomas diferentes, la orden llega al mismo tiempo a los hombres, que se enderezan lentamente.

Un resplandor azul, fulgurante, mil veces más potente que la luz de los reflectores, estalla bajo sus pies, les quema los ojos, llena el Huevo como una explosión, se escapa por la puerta abierta, invade la Esfera, sube dentro del Pozo como si fuera un géiser... Luego se apaga.

No había ningún ruido. No era más que una luz. Sobre el suelo del Huevo, la nieve ya no era azul. El motor que desde la eternidad fabricaba el frío para mantener intactos los dos seres vivos que le habían sido confiados, en el mismo segundo que le han quitado su razón de ser, se ha detenido, se ha desintegrado.

- Yo soy Eléa - dijo Eléa-. Mi número es 3-19-07-91. Y he aquí mi llave... Muestra su mano derecha, los dedos replegados, el mayor separado y curvado, para hacer resaltar el chatón de su anillo, en forma de pira. mide truncada. Parece titubear, luego pregunta:

- ¿Usted no tiene llave?

- ¡Claro que si!... - contesta Simon-. Pero me temo que no sea la misma cosa...

Saca de su bolsillo un manojo, lo sacude y lo coloca frente a Eléa. Ella lo mira sin tocarlo, con una especie de inquietud mezclada de incomprensión, luego hace un gesto que, a los ojos de todos significa "al fin y al cabo qué me importa" y prosigue:

- Nací en el refugio de la Quinta Profundidad, dos años después de la tercera guerra.

- ¿Qué? Dijo Leonova.

- ¿Qué guerra?

- ¿Entre quién y quién?

- ¿Dónde estaba su país?

- ¿Quién era el enemigo?

Las preguntas estallan de todos los puntos de la sala.

Simon se yergue, furioso. Eléa se pone las manos sobre las orejas, hace una mueca de dolor, y se arranca el audífono.

- ¡Perfecto! ¡Está muy bien! ¡Lo habéis logrado! - dice Simon.

Le tiende la mano abierta a Eléa, quien posa en ella el audífono. Le hace señas a Leonova:

- Venga - le dice.

Leonova sube sobre el podio. Toma un gran globo terrestre posado sobre el piso y lo coloca sobre la mesa.

- Saben bien que Eléa no sabe manipulear el aislador - les dice Simon a los sabios.

- ¡Ella recibe todas sus preguntas a la vez! ¡Ustedes no saben! ¡Lo habíamos previsto! Si no pueden respetar un poco la disciplina, estaré obligado, como médico responsable, de prohibir estas sesiones!... Les pido que dejen a la señora Leonova hablar por todos ustedes, y hacer la primeras preguntas. Luego otro tomará su lugar, y así sucesivamente. ¿De acuerdo?

- Tienes razón, muchacho - dijo Hoover-. Anda, anda, que hable por nosotros la querida paloma...

Simon se volvió hacia Eléa, en su mano abierta, le tiende el audífono. Eléa se queda un instante inmóvil, luego toma el audífono y lo desliza dentro de la oreja.

El hombre está tendido sobre la mesa de operaciones. se halla aún desnudo. Los médicos, los técnicos con máscaras se afanan en torno suyo y, fijan sobre él electrodos, brazaletes, brazales, canilleras, todos los contactos que lo conectan con los apara tos. Almohadones son colocados bajo el brazo derecho a medio levantar, todavía rígido como hierro, y en cuya mano el dedo mayor lleva el mismo anillo que Eléa. Van Houcke, con precauciones de niñera, envuelve en paquetes de algodón el precioso sexo erguido oblicuamente. A pesar de sus precauciones, ha roto una mecha de pelo crespo. Dice imprecaciones en holandés. La Traductora chilla.

- No importa - expresa Zabrec-, eso, eso volverá a crecer. Mientras que el resto...

- ¡Miren! - hace notar de repente Moissov. Muestra un punto sobre la pared abdominal.

- ¡Y ahí!...

El pecho...

- ¡Y ahí!

El bíceps izquierdo...

- ¡Mierda! - dice Labeau.

Eléa mira el globo terráqueo, y lo hace girar, perpleja. Se diría que no lo reconoce. Sin duda las convenciones geográficas de su tiempo no eran las mismas que las nuestras. Quizá no comprenda lo que representan los océanos azules, en los mapas de su época, figuraban por

ejemplo en rojo o blanco... Puede ser que el norte estuviera abajo en vez de arriba, o a la izquierda o, a la derecha?

Eléa vacila, reflexiona, tiende el brazo, hace girar el globo, y sobre su cara se adivina que por fin lo reconoce, y que ella también ve la diferencia...

Toma el globo por el pie y lo hace oscilar.

- Así - dice-. Era así...

A pesar de sus promesas, los sabios no pueden retener exclamaciones ahogadas. Lanson ha dirigido el enfoque de una cámara hacia el globo, y su imagen se inscribe ahora sobre la pantalla grande. El globo desequilibrado por Eléa tiene siempre su norte arriba y su sur abajo, pero están desplazados en aproximadamente 40 grados.

Olofsen, el geógrafo danés, impreca. Siempre había sostenido la teoría tan controvertida de un basculamiento del globo terrestre. Había traído pruebas múltiples que le habían sido refutadas una por una. Él lo ubicaba en épocas remotas en la historia - de la Tierra, y lo suponía menos importante. Pero estos no son sino detalles.

- ¡Tiene razón! No hacen falta más pruebas discutibles: ¡He aquí un testigo!

El dedo de Eléa se posó sobre el Continente Antártico y su voz dijo:

- Gondawa...

Sobre el globo que Leonova sostiene en la posición que Eléa le ha dado, Gondawa ocupa un lugar a medio camino entre el Polo y el Ecuador, en plena zona templada caliente, casi tropical. Eso es lo que explica esa flora exuberante, esos pájaros de fuego encontrados en el hielo. Un cataclismo brutal ha hecho girar la tierra sobre un eje ecuatorial, trastornando los climas en pocas horas, quizá en pocos minutos, quemando lo que era frío, helando lo que era caliente, y sumergiendo los continentes bajo las aguas de enormes océanos arrancados a su inercia.

- Enisorai... Enisorai... - dijo Eléa.

Busca en el globo algo que no encuentra...

- Enisorai... Enisorai...

Hace girar el globo entre las manos de Leonova. La imagen grande del globo gira, proyectada sobre la pantalla.

- Enisorai, es el Enemigo,...

Toda la sala mira la pantalla grande girar la imagen donde Eléa busca y no encuentra.

- Enisorai... Enisorai... ¡Ah!

La imagen se detiene. Las dos Américas ocupan la pantalla. Pero el vuelco del globo terráqueo las ha colocado en una extraña posición. Se han inclinado, la del norte hacia abajo, la del sur hacia arriba.

- ¡Ahí! - dice Eléa...- Ahí falta...

Su mano aparece en la imagen sosteniendo un trazador que Simon le ha dado. El fieltro del trazador se posa en la extremidad del Canadá, pasa por Terra-Nova, dejando tras suyo un largo trazo rojo que avanza hasta el medio del Atlántico y va a unirse, mediante una línea quebrada, a la América del Sur en la punta más avanzada del Brasil. Luego Eléa cubre de plumeado rojo todo el espacio comprendido entre su trazo y las costas. Llenando el inmenso golfo que separa las dos Américas, hace de éstas últimas un solo continente macizo cuyo vientre llena la mitad del Atlántico Norte. Deja caer el trazador, posa la mano sobre la gran América que acaba de crear, y dice:

- Enisorai...

Leonova ha posado el globo sobre la mesa. Un murmullo de excitación remueve nuevamente la sala. ¿Cómo es posible que una brecha semejante haya podido abrirse en ese continente? ¿Es el mismo cataclismo que ha provocado el hundimiento de Enisorai central y el vuelco de la Tierra?

A todas esas preguntas, Eléa contesta:

- No lo sé, Coban sabe... Coban temía... Es por que hizo construir el Refugio donde ustedes nos encontrado...

- Coban temía ¿qué?

- No sé... Coban sabe... Pero yo puedo mostrarles... extiende la mano hacia los objetos colocados delante suyo. Elige un círculo de oro, lo toma con las dos manos, lo levanta por encima de la cabeza y se lo calza. Aplica dos pequeñas plaquetas a sus sienes. Otra recubre su frente sobre los ojos. Toma un segundo círculo,

- Simon... - dice.

El se vuelve hacia ella. Eléa le coloca sobre la cabeza el segundo círculo, y con un movimiento del pulgar, baja la plaqueta frontal, que viene a cubrir los ojos del joven médico.

- Calma... - dice ella.

Apoya sus codos sobre la mesa, y coloca su cabeza entre las manos. La plaqueta frontal suya ha quedado levantada. Baja lentamente los párpados sobre sus ojos azulnoche.

Todas las miradas, todas las cámaras están enfocando a EIéa y Simon sentados uno junto al otro, ella acodada sobre su mesa, él erguido en su silla la espalda apoyada en el respaldo, los ojos tapados con la plaqueta de oro.

El silencio es tal que se oiría caer un copo de nieve.

Y de repente Simon tiene un sobresalto. Se le ve llevar las manos abiertas delante suyo, como para asegurarse de la realidad de alguna cosa. Se endereza lentamente, cuchichea algunas palabras que la Traductora repite también cuchicheando:

- Yo veo!... ¡Yo entiendo!...

Grita:

- ¡Veo! ¡Es el Apocalipsis! Una llanura inmensa quemada viva... vitrificada... ¡Ejércitos caen del cielo! Armas que vomitan muerte destruyen a éstos... ¡Caen más todavía!... ¡Como nubes de langostas! ¡Escarban la tierras! ¡Se hunden!... ¡La planicie se agrieta. Se parte en dos... de una punta a otra del horizonte!

¡El suelo se levanta y vuelve a caerá!... ¡Los ejércitos están destrozados! ¡Algo sale de la tierra... al... al... algo inmenso! ¡Una máquina... una máquina monstruosa, una planicie de vidrio y acero se separa de la tierra, se levanta, vuela, se desarrolla se dilata llena el cielo!... ¡Ah!... ¡Un rostro, un rostro me tapa el cielo!...

- ¡Está muy cerca de mí! ¡Se inclina sobre mí, me mira! Es una cara de hombre. Sus ojos están llenos de desesperación...

- ¡Paikan! - gime Eléa.

Su cabeza se desliza entre sus manos, su torso se tumba sobre la mesa. La visión desaparece en el cerebro de Simon.

Coban sabe.

Sabe lo mejor y lo peor.

Sabe qué es esta monstruosa máquina de guerra que llenaba el cielo.

Sabe cómo sacar de la nada todo lo que les falta a los hombres.

Coban sabe. ¿Pero podrá decir lo que sabe?

Los médicos han encontrado lesiones sobre casi toda la superficie de su torso y de sus brazos, muchos menos en Ia parte inferior del cuerpo. Han creído estar en presencia de congelamiento, el hombre habiendo soportado menos bien que la mujer el enfriamiento. Pero cuando le han sacado la máscara, han descubierto una cabeza trágica de la cual el cabello, las pestañas y las cejas habían sido quemados a ras de la piel. Por consiguiente, no eran rastros de congelamiento los que cubrían su epidermis y su cara, sino quemaduras. 0 quizás las dos cosas.

Le han preguntado a Eléa si ella sabía como había sido quemado. No lo sabía. Cuando se durmió, Coban estaba cerca de ella, en buena salud e intacto...

Los médicos lo han envuelto de pies a cabeza con apósitos antinecrosantes, que deben impedir a la piel destruirse cuando recupere su temperatura normal, y ayudarla a reconstruirse.

Coban sabe. Aún no es sino una momia fría envuelta en bandeletas amarillas. Dos tubos flexibles, trasparentes, deslizados dentro de las aletas de la nariz, salen de los apósitos. Hilos de

todos los colores surgen de espiras amarillas a lo largo de su cuerpo y lo conectan con Ios instrumentos. Lentamente, lentamente, los médicos continúan calentándolo.

La guarda del ascensor ha sido revestida con un dispositivo de trampa, en la escotilla de entrada de la Esfera. Lukos ha dispuesto allí dos minas electrónicas que ha traído de su misión y que ha perfeccionado. Nadie se puede acercar sin hacerlas estallar. Para entrar en la Esfera, hay que llegar a la parte inferior del Pozo, y presentarse a los hombres que están de guardia a la salida del ascensor. Ellos telefonean al interior, donde tres médicos y varios enfermeros y técnicos velan permanentemente sobre Coban. Uno de ellos baja un interruptor. La luz roja que guiña para señalar la trampa se apaga, las minas se vuelven inertes como plomo. Ya se puede bajar dentro de la Esfera.

- Coban sabe... ¿Piensa usted que este hombre representa un peligro para la humanidad, o piensa al contrario que le va a dar la posibilidad de hacer de la Tierra un nuevo Edén?

- Yo, el Edén, bueno... ¡uno no ha estado allí! ¡No se sabe si era tan formidables!...

- ¿Y usted, señor?

- Yo, ese tipo, usted sabe, es difícil de prever...

- ¿Y usted señora?

- ¡Yo lo encuentro apasionante! Este hombre y esta mujer que vienen de tan lejos y que se aman.

- ¿Usted cree que se aman?

- ¡Por supuesto!... ¡Ella repite todo el tiempo su nombre!... ¡Paikan! ¡Paikan!...

- Creo que hace algunas pequeñas confusiones, pero en todo caso, tiene razón, ¡es muy apasionante todo eso!...

- Y usted señor, ¿encuentra también que esto es apasionante?

- Yo no puedo decir nada, señor, soy extranjero...

Él señor y la señora Vignont, su hijo y su hija comen papas fritas con dulce en la mesa en forma de media luna delante de la pantalla. Es una receta de la cocina nutritiva.

- Es estúpido, hacer preguntas semejantes - dice la madre-. A pesar de que si se piensa...

- Ese tipo - dice la hija-, yo lo mandaba de vuelta al frigorífico. Nos las arreglamos bien sin él...

- ¡Y sin embargo!... - contesta la madre-. No se puede hacer eso.

Su voz es un poco ronca. Piensa en cierto detalle. Y su marido ya no es tan... Recuerdos le conmueven las entrañas. Una gran angustia le trae lágrimas a los ojos. Se suena la nariz.

Librodot

- Me parece que me he vuelto a agarrar la gripe, creo... La hija está en paz por ese lado. Tiene los amigotes de la Academia de Artes Decorativos que están quizá menos provistos que ese tipo, pero en cierto detalle casi valen tanto como él. En fin, no completamente... Pero ellos no están congelados...

- No se le puede volver a meter en la heladera - dice el padre-, después de tanto dinero como se ha gastado. Eso representa una inversión.

- Por mí, puede reventar - gruñe el hijo.

No dice lo mismo cuando piensa en Eléa desnuda sueña de noche, y cuando no duerme, es peor.

Eléa aceptó con indiferencia, que los sabios examinaran los dos círculos de oro. Brivaux había tratado de encontrarles un circuito, conexiones o alguna cosa. Nada.

Los dos círculos con sus plaquetas temporales fijas y la sin frontal movible estaban hechas de un metal macizo, ninguna especie de aparejo interior o exterior.

- No hay que engañarse - dijo Brivaux-, es electrónica molecular- ¡Este chirimbolo es tan complicado como una emisora y un receptor de TV reunidos, y tan simple como una aguja de tejer! Todo está en las moléculas ¡Es formidable! ¿Cómo creo yo que funciona? Así: cuando te pones el círculo alrededor de la cabeza éste recibe las ondas cerebrales de tu encéfalo. Las trasforma en ondas electromagnéticas, que emite, yo me pongo el otro chisme. La plaqueta bajada, funciona en sentido inverso. Recibe las ondas electromagnéticas que tú me has enviado, las trasforma en ondas cerebrales, y me las inyecta en el cerebro...

- ¿Me entiendes? A mi parecer, debería ser posible conectar esto sobre la TV...

- ¿Qué?

- No soy brujo... Pescar las ondas en el momento que son electromagnéticas, ampliarlas, inyectarlas en un receptor de TV. Eso daría seguramente algo. ¿Qué? Puede ser que una papilla... Puede ser que una sorpresa... Vamos a probar. Es posible o no lo es. De todas maneras, no es difícil. Brivaux y su equipo trabajaron apenas un medio día.

Luego su asistente, se colocó el casco emisor. Resultó a medio camino entre la sorpresa y la papilla. Imágenes, sin continuación ni cohesión, a veces sin formas precisas, una construcción mental tan inestable como la arena seca en las manos de un niño.

- No hay que tratar de "pensar" - dijo Eléa-. Pensar es muy difícil. Los pensamientos se hacen y se deshacen. ¿Quién los hace, quién los deshace? No el que piensa. Hay que acordarse. Memoria. La memoria solamente. El cerebro registra todo, aun si los sentidos no prestan atención. Hay que acordarse. Evocar una imagen precisa en un instante preciso. Y después dejar hacer, el resto sigue...

- ¡Vamos a comprobarlo dijo Brivaux-. ¡Pon eso sobre tu cabecita! - le explicó a Oidle, la secretaria de la oficina técnica que estenografiaba las peripecias de los ensayos-. Cierra los ojos y acuérdate de tu primer beso.

- ¡Oh, señor Brivaux!

- ¿Y qué? ¡No te hagas la beba!

Ella tenía cuarenta y cinco años y se parecía a un guardia inmóvil en vísperas de su jubilación. La habían elegido entre otras porque había hecho viajes a pie y era todavía jefa de exploradores. No le tenía miedo al mal tiempo.

- ¿Ahora, ya está?

- Si señor Brivaux

- ¡Vamos! ¡Cierra los ojos! ¡Acuérdate!

Hubo sobre la pantalla móvil una explosión roja.

Luego nada.

- ¡Cortocircuito! - dijo Goncelin.

- Demasiada emoción - opinó Eléa-. Hay que traer la imagen, pero olvidarse... Prueben de nuevo. Probaron. Y tuvieron éxito.

Para la segunda sesión de trabajo, además de Leonova y Hoover, Brivaux y su asistente se había instalado al lado de Eléa y Simon.

Brivaux estaba sentado junto a Eléa. Manipulaba un montaje complicado, no más grande que un cubo de margarina y que coronaba un ramillete de antenas más altas que un dedo meñique, y tan complejas como las antenas de los insectos. El montaje estaba conectado a un pupitre de control delante de Goncelin. Un cable salía del pupitre hacia la cabina de Lanson.

- La tercera guerra ha durado una hora - dijo Eléa-. Después Enisorai tuvo miedo. Nosotros también sin duda.

- Paramos. Hubieron 800 millones de muertos, la población era menos numerosa en Enisorai. La población de Gondawa y estaba bien protegida en los refugios. Pero en la superficie de nuestro continente no quedaba nada, y los sobrevivientes no podían volver a subir a causa de las radiaciones mortales.

- ¿Radiaciones? ¿Qué armas habían utilizado?

- Bombas terrestres.

- ¿Conoce usted su funcionamiento?

- No, Coban sabe.

- ¿Conoce su principio?

- Se fabricaban con un metal sacado de la tierra y que quemaba, destrozaba y envenenaba aun por mucho tiempo después de la explosión.

Voz impersonal de la traductora:

- "He traducido exactamente las palabras gonda, y ello da bien las palabras "bomba terrestre". Sin embargo, en adelante, reemplazaré este término por su equivalente "bomba atómica".

- Nací - dijo Eléa-, en la Quinta Profundidad. Subí a la superficie por la primera vez cuando tenía 7 años, al día siguiente de mi Designación. No podía subir hasta tanto no tuviera mi llave.

Hoover:

- ¿Pero en fin, qué es esta bendita llave? ¿Para qué le sirve?

voz impersonal de la traductora:

- No puedo traducir "bendita llave". La palabra "Bendita" tomada en este sentido especial no tiene equivalente en el vocabulario que me ha sido inyectado.

- Esta máquina es un verdadero vigilante - dijo Hoover.

La mano derecha de Eléa descansaba sobre la mesa, los dedos extendidos. Lanson dirigió la cámara 2 sobre la mano, con el "zoom" sacado a fondo, agrandando aún más la imagen del pupitre. La pequeña pirámide apareció sobre la pantalla grande, y la colmó. Era de oro, y en esta escala, se podía observar que su superficie era estriada y estaba recortada con surcos minúsculos y con hendiduras de formas irregulares y a veces extrañas.

- La llave es la clave de todo - dijo Eléa-. Está instituida cuando cada uno nace. Todas las llaves tienen la misma forma, pero son también tan diferentes como los individuos. La distribución interior de sus...

Voz impersonal de la traductora:

- La última palabra pronunciada no figura en el vocabulario que me ha sido inyectado. Pero encuentro en ella la misma consonante que...

- ¡Déjenos de joder! - dijo Hoover-. Diga lo que usted sabe, y para lo demás no nos haga más...

Él calló antes de decir la palabrota que le venía a los labios, y terminó más tranquilamente:

- ¡No nos haga transpirar más!

- Soy una traductora - contestó la Traductora-, no soy una Pitonisa.

Toda la sala rió a carcajadas. Hoover sonrió y se volvió hacia Lukos.

- Lo felicito, su hija tiene gracia, pero es un poco plantadora de frescas, ¿no?

- Es meticulosa, es su deber...

Eléa escuchaba sin tratar de comprender esas bromas de salvajes que jugaban con las palabras como los chicos con las piedritas de las playas subterráneas.

Que rieran, que lloraran, que se enojaran, todo eso le era igual. Le era indiferente también continuar hablando cuando se lo pedían. Explicó que la llave llevaba inscripto en su sustancia, todo el bagaje hereditario del individuo y sus características físicas y mentales: Era enviada al ordenador central que la clasificaba, y la modificaba cada seis meses, después de un nuevo examen del niño. A los siete años, el individuo era definitivo, la llave también. Entonces tenía lugar la Designación.

- La Designación, ¿qué es? - preguntó Leonova.

- El ordenador central posee todas las llaves, de todos los seres vivientes de Gondawa, y también de los muertos que han hecho a los vivos. Las que llevamos con nosotros no son sino copias. Todos los días, el ordenador compara entre ellas las llaves de siete años. Conoce todo de todos

Sabe lo que soy yo, y también lo que voy a ser. Encuentra entre los muchachos los que son y que serán, lo que conviene, lo que me hace falta, lo que necesito y lo que deseo.

Y entre esos varones encuentra aquel para quien yo soy y seré lo que le conviene, lo que le hace falta, lo que necesita y lo que desea. Entonces nos señala el uno al otro.

- El muchacho y yo, yo y el muchacho somos como una piedra que ha sido dividida en dos partes, y esparcida entre todas las piedras partidas del mundo. El ordenador ha vuelto a encontrar las dos mitades y las junta.

- Es racional - dice Leonova.

- Pequeño comentario de la pequeña hormiga - dijo Hoover.

- ¡Déjela seguir, pues! ¿Qué hacen con esos dos chicos?

Eléa indiferente, comenzó a hablar de nuevo, sin mirar a nadie.

- Los educan juntos. En la familia del uno y luego la del otro, después en una, después en la otra. Adquieren juntos los mismos gustos, las mismas costumbres. Aprenden juntos a tener las mismas alegrías. Conocen juntos como es el mundo, como es la mujer, como es el varón. Cuando viene el momento en que florecen los sexos, ellos los unen, y la piedra juntada se suelda y no hace más que uno.

- ¡Soberbio! - dijo Hoover-. ¿Y eso tiene éxito siempre? ¿Vuestro ordenador no se equivoca nunca?

- El ordenador no puede equivocarse. A veces un chico o una chica cambian, o se desarrollan de manera imprevista. Entonces los dos pedazos ya no son mitades, y caen aparte.

- ¿Ellos se separan?

- Sí.

- ¿Y todos los que se quedan juntos son felices?

Librodot

- Todo el mundo no es capaz de ser feliz. Hay parejas que simplemente no son desgraciadas. Las hay que son felices, y otras muy felices. Y hay algunas cuya Designación es un éxito absoluto, y su unión parece haber comenzado en el principio de la vida del mundo. Para esas, la palabra felicidad no basta.

- Son...

La voz impersonal de la Traductora declaró en todas las lenguas que conocía:

- No hay una palabra en su lengua para traducir la que acaba de ser pronunciada.

- Usted misma - preguntó Hoover-, era no- desgraciada, feliz, muy feliz o bien...

La voz de Eléa se heló, se hizo dura como un metal.

- Yo no era - dijo-, nosotros éramos...

Los detectores sumergidos a la altura de las costas de Alaska anunciaron al Estado Mayor americano que veintitrés submarinos atómicos de la flota polar rusa habían atravesado el estrecho de Behring, dirigiéndose al sur.

No hubo reacción americana.

Las redes de observación informaron al Estado Mayor ruso que la séptima flota americana de satélites estratégicos modificaba su órbita de espera y la inclinaba hacia el sur.

No hubo reacción rusa.

El portaaviones submarino europeo Neptuno I, en crucero a lo largo de las costas de Africa occidental, se sumergió y puso proa al sur.

Las ondas chinas se pusieron a aullar, revelando a la opinión mundial esas maniobras que todo el mundo aún ignoraba y denunciando la alianza de los imperialistas que navegaban de común acuerdo hacia el continente antártico, para destruir allí la más grande, esperanza de la humanidad.

Alianza no era la palabra exacta. Convenio hubiera sido más justo. Los gobiernos de los países ricos se habían puesto de acuerdo, fuera de las Naciones Unidas para proteger a pesar suyo a los sabios y su maravilloso y amenazador tesoro, contra una incursión posible del más poderoso de los países pobres, cuya población acababa de sobrepasar los mil millones. Y también de un país menos poderoso, menos armado y menos decidido. La misma Suiza, había digno Rochefoux, bromeando. No, seguro que no, Suiza no. Era la nación más rica: la paz la enriquecía, la guerra la enriquecía, y la amenaza de guerra o de paz la hacía más rica. Pero cualquier otra república hambrienta o cualquier tirano negro, árabe u oriental reinando por la fuerza sobre la miseria, podría atentar contra EPI un golpe de fuerza desesperado, apoderarse de Coban o matarlo.

El acuerdo secreto había descendido desde los gobiernos hasta los Estados Mayores. Un plan común había sido trazado. Las escuadras marinas, submarinas, aéreas y espaciales se dirigían hacia el círculo polar austral para constituir juntas, a la altura del punto 612, un bloque defensivo y, si fuera necesario, ofensivo.

Los generales y los almirantes pensaban con desprecio en esos sabios ridículos y sus pequeñas metralletas. Cada jefe de escuadra tenía por orden no dejar, a ningún precio, a este Coban escaparse hacia el vecino. ¿Para ello, acaso lo mejor no era estar ahí todos juntos y vigilarlo?

Había otras instrucciones más secretas, que no venían de los gobiernos ni de los Estados Mayores.

La energía universal, la energía que se toma de todas partes, que no cuesta nada, y que fabrica todo, era la ruina de los trusts del petróleo, del uranio, de todas las materias primas. Era el fin de los comerciantes, esas instrucciones más secretas, no eran los jefes de escuadras que las habían recibido, sino algunos hombres anónimos, perdidos entre la tripulación.

Ellos decían también que no había que dejar a Coban escaparse a lo del vecino.

Agregaban que no debía ir a ninguna parte.

- ¡Usted es un bruto! - dijo Simon a Hoover-. Absténgase de hacerle preguntas personales.

- Una sobre su felicidad, no creía...

- ¡Sí! Usted piensa pero a usted le gusta hacer daño...

- ¿Quiere tener la amabilidad de callarse? - exclamó Simon.

Se volvió hacia Eléa y le preguntó si deseaba continuar.

- Sí - contestó Eléa, con la indiferencia que le había vuelto-. Les voy a mostrar mi Designación. Esta ceremonia tiene lugar una vez por año, en Árbol y Espejo, en cada una de las profundidades. Yo he sido designada en la Quinta Profundidad, donde nací...

Tomó el círculo de oro posado frente a ella, lo levantó sobre su cabeza y se lo puso.

Lanson desconectó las cámaras, enganchó el cable del podio, y conectó el canal de sonido con la Traductora.

Eléa, la cabeza entre las manos, cerró los ojos.

Una ola violeta invadió la pantalla grande, expulsada y reemplazada por una llama anaranjada. Una imagen confusa e ilegible dejó de aparecer. Ondas la desgarraron. La pantalla se volvió rojo vivo y se puso a palpitar como un corazón enloquecido. Eléa no conseguía eliminar sus emociones. Se le vio enderezar el busto sin reabrir los ojos, inspirar profundamente y retomar su posición primera.

Bruscamente, sobre la pantalla, hubo una pareja de niños.

Se les veía de espaldas, y también de frente en un inmenso espejo que reflejaba un árbol. Entre el espejo y el árbol, y bajo este último y dentro del mismo, había una multitud. Y delante del espejo, a algunos metros los unos de los otros, cada cual de pie frente a su imagen, había una veintena de parejas de niños, con e torso desnudo, con coronas y pulseras de flores azules, vestidos con una falda corta azul y calzando sandalias. Y sobre cada uno de los tiernos dedos de

sus pies y en los lóbulos de sus orejas, estaba pegada, ligera y vellosa, una pluma de pájaro dorado.

La chicuela del primer plano, la más bella de todas, era Eléa, reconocible y sin embargo distinta. Distinta no tanto por razones de edad como por la paz y alegría que iluminaba su cara. El muchacho que estaba de pie cerca de ella la miraba, y ella lo miraba a él. Era rubio como el trigo maduro al sol. Sus cabellos lisos caían derechos alrededor de su rostro hasta los hombros delgados, donde los ya bien torneados músculos insinuaban su forma. Sus ojos color avellana miraban en el espejo los ojos azules de Eléa, y le sonreían.

Eléa adulta habló, y la Traductora tradujo:

- Cuando la designación es perfecta, en el momento que los dos niños se ven por primera vez, ellos se reconocen...

Eléa-niña miraba al chico y el chico la miraba a ella. Eran felices y bellos. Se reconocían como si siempre hubiesen caminado al encuentro el uno del otro, sin apuro y sin impaciencia, con la certeza de encontrarse. El momento del encuentro había venido, estaban el uno junto al otro y se miraban. Se descubrían, estaban tranquilos y maravillados.

Detrás de cada pareja de niños estaban las dos familias. Otros niños con sus familias esperaban detrás de éstos. El árbol tenía un tronco marrón, enorme y corto. Sus primeras ramas casi tocaban el suelo y las más, altas escondían el techo, si es que había tal cosa. El follaje espeso, de un verde estriado de rojo, hubiese podido ocultar un hombre de pies a cabeza. Un gran número de niños y de adultos descansaban, acostados o sentados sobre sus ramas, o sobre las hojas caídas en. el suelo. Los niños saltaban de rama en rama, como pájaros. Los adultos llevaban ropa de diversos colores, unos enteramente vestidos, otros -mujeres y hombres- solamente de las caderas hasta las rodillas. Algunos y algunas no llevaban más que una banda flexible alrededor de las caderas. Algunas mujeres estaban enteramente desnudas. Ningún hombre lo estaba. No todos los rostros eran bellos, pero todos los cuerpos eran armoniosos y sanos. Todos tenían, con poca variante, más o menos el mismo color de piel. Había un poco más de diversidad en los cabellos, que iban del color oro puro al rojizo y al castaño dorado. Parejas de adultos se tomaban de la mano.

Al final del espejo apareció un hombre ataviado con un vestido rojo que le llegaba hasta los pies. Se acercó a la pareja de niños, parecía llevar a cabo una corta ceremonia, luego los despidió asidos de la mano. Otros dos niños vinieron a reemplazarlos.

Más hombres de rojo vinieron desde el final del espejo hacia otras parejas de niños que esperaban y que se fueron unos instantes más tarde igualmente tomados de las manos.

Un hombre de rojo llegó del extremo del espejo y se acercó a Eléa. Ella lo miró en el espejo. Él le sonrió y se colocó detrás suyo, consultó una especie de disco que llevaba en la mano derecha y posó su mano izquierda sobre el hombro de Eléa.

- Tu madre te ha dado el nombre de Eléa - dijo-. Hoy has estado Designada. Tú nombre es 3-19-07-91. Repítelo.

- 3-19-07-91 - dijo Eléa-niña.

- Vas a recibir tu llave. Tiende la mano frente a ti.

Tendió la mano izquierda, abierta con la palma hacia arriba. La extremidad de sus dedos vino a tocar sobre el espejo la extremidad de la imagen de ellos.

- Soy. Eléa 3-19-07-91.

La imagen de la mano en el espejo palpitó y se abrió, descubriendo una luz ya apagada y al volver a cerrarse dejó caer un objeto en la palma tendida. Era un anillo. Un anillo para el dedo de un niño, coronado por una pirámide trunca cuyo volumen no excedía el tercio de la usada por Eléa adulta.

El hombre de rojo lo tomó y se lo pasó en el dedo mayor de la mano derecha.

- No te lo saques. Crecerá contigo. Crece con él.

Luego vino a colocarse por detrás del varón. Eléa miraba al hombre y al niño- muchacho con ojos inmensos, que contenían cada uno la mitad de la aurora... Su cara grave estaba iluminada por la confianza y el arrebato, Estaba igual a la planta nueva, henchida de juventud y de vida, que acaba de perforar la tierra oscura, y tiende hacia la luz, la confianza perfecta y tierna de su primera hoja.., con la certeza de que, pronto hoja tras hoja, ella alcanzará el cielo...

El hombre consultó su disco, pasó su mano izquierda sobre el hombro izquierdo del varón y dijo:

- Tu madre te ha dado el nombre de Paikan...

Una explosión roja rasgó la imagen e invadió la pantalla, ahogó el rostro de Eléa-niña, borró el cielo de sus ojos, su esperanza y su alegría. La pantalla se apagó. Sobre el podio, Eléa acababa de arrancar de su cabeza el círculo de oro.

- Seguimos sin saber para qué sirve esa jodida llave - refunfuñó Hoover.

He tratado de llamarte a nuestro mundo. A pesar de que has aceptado colaborar con nosotros, y quizá aún a causa de ello, yo te vela cada día retroceder un poco más hacia tu pasado, hacia un abismo. No habla pasarela para salvar el precipicio. No habla nada más detrás de ti que la muerte.

He hecho traer del cabo, para ti, cerezas y duraznos.

He hecho traer un cordero del cual nuestro chef ha sacado para ti costillas acompañadas de algunas hojas de lechuga romana, tiernas como recién arrancadas. Has mirado las costillitas con horror. Me has dicho:

- ¿Es un pedazo cortado de un animal?

No habla pensado en eso. Hasta ese día, una costillita no era más que una costillita.

Contesté un poco molesto:

- Si.

Tú has mirado la carne, la ensalada, las frutas. Me has dicho:

- ¡Ustedes son animales!... ¡Comen pasto!... ¡Comen árboles!...

Traté de sonreír. Contesté:

- Somos bárbaros...

Te he hecho traer rosas.

Tú has creído que eso también lo comíamos...

La llave era la clave de todo, había dicho Eléa.

Los sabios y los periodistas amontonados en la Sala de Conferencias pudieron darse cuenta de ello en el curso de las sesiones siguientes. Eléa adquiriendo poco a poco el dominio de sus emociones, pudo contarles y mostrarles su vida y la de Paikan, la vida de una pareja de niños trasformándose en una pareja de adultos y ocupando su lugar en la sociedad.

Después de la guerra de una hora, el pueblo de Gondawa había quedado enterrado. Los refugios habían demostrado su eficacia. A pesar del tratado de Lampa, nadie se atrevía a creer que la guerra nunca más recomenzaría. La sensatez aconsejaba quedarse en el refugio y vivir en él. La superficie estaba devastada. Era necesario reconstruir todo. La sensatez aconsejaba reconstruir el refugio.

El subsuelo fue cavado más aún en profundidad y en extensión. Su acondicionamiento englobó las cavernas naturales, los lagos y los ríos naturales. La utilización de la energía universal permitía aprovechar un poder sin límites y que era aprovechable bajo todas las formas. Se utilizó para recrear bajo tierra una vegetación más rica y más bella que la que había sido destruida arriba.

En una luz semejante a la luz del día, las ciudades enterradas se convirtieron en ramilletes de flores, en zarzales, en bosques. Especies nuevas fueron creadas, creciendo a una velocidad tal que hacía visible el desarrollo de una planta o un árbol. Máquinas muelles y silenciosas se desplazaban hacia abajo y en todas las direcciones haciendo desaparecer delante suyo, la tierra y la roca. Las máquinas reptaban sobre el suelo, sobre las bóvedas y las paredes, dejándolas pulidas y más duras que el acero.

La superficie no era más que una tapa, pero se sacó partido de ella.

Cada parcela intacta fue salvaguardada, cuidada, acondicionada en centro de diversiones. Ahí, si se trataba de un pedazo de bosque, se repoblaba de animales: en otro sitio, se veía un curso de agua cuyas riberas estaban preservadas, un valle, una playa sobre los océanos. Se levantaron construcciones para jugar y arriesgarse a la vida exterior que la nueva generación consideraba una aventura.

Debajo, la vida se ordenaba y se desarrollaba en la razón y la alegría. Las usinas silenciosas y sin residuos fabricaban todo lo que los hombres necesitaban. La llave era la base del sistema de distribución.

Todo ser viviente de Gondawa recibía cada año una parte igual de crédito, calculada según Ia producción total de las usinas silenciosas. Este crédito estaba inscripto en su cuenta, administrado por el ordenador central. Era ampliamente suficiente como para permitirle vivir y aprovechar todo lo que la sociedad podía ofrecerle. Cada vez que un Gonda deseaba algo nuevo, ropa, un viaje, objetos, pagaba con su llave. Doblaba el dedo mayor, hundía su llave en un emplazamiento previsto a este efecto y en su cuenta en el ordenador central en seguida se le descontaba el valor del servicio solicitado.

Algunos ciudadanos, de una calidad excepcional como era Coban, director de la Universidad, recibían un crédito suplementario. Pero no les servía prácticamente para nada, pues sólo un pequeño número de Gondas conseguía agotar su crédito anual. Para evitar la acumulación de las posibilidades de pago entre las mismas manos, lo que quedaba de créditos era automáticamente anulado al fin de cada año. No había pobres, no había ricos, no había más que ciudadanos que podían obtener todos los bienes que deseaban. El sistema de la llave permitía distribuir la riqueza nacional respetando al mismo tiempo la igualdad de derecho de los Gondas, y la desigualdad de sus naturalezas, cada cual gastando su crédito según sus gustos y sus necesidades.

Una vez construidas y puestas en marcha, las usinas funcionaban sin mano de obra y con cerebro propio.

No eximían a los hombres de todo trabajo, pues si ellas aseguraban la producción, quedaban por desempeñar las tareas de la mano y de la inteligencia. Cada Gonda debía trabajar media jornada cada cinco, este tiempo, pudiendo ser repartido en fragmentos. Si lo deseaba, podía trabajar más. Podía si quería trabajar menos o nada. El trabajo no era remunerado. El que elegía trabajar menos, veía su crédito disminuido en proporción. Al que elegía de no trabajar, le quedaba con qué subsistir y ofrecerse un mínimum de superfluos.

Las usinas estaban ubicadas en el fondo de las ciudades, en su profundidad mayor. Estaban unidas, adosadas, conectadas entre sí. Cada usina era una parte de toda la usina, que se ramificaba sin cesar en brotes de nuevas usinas y que reabsorbían aquellas que ya no satisfacían.

Los objetos que fabricaban las usinas no eran productos de ensambladura, sino de síntesis. La materia prima era la misma en todas: la Energía universal.

La fabricación de un objeto en el interior de la máquina inmóvil se parecía a la creación del organismo increíblemente complejo de un niño en el interior de una mujer, a partir de ese casi nada que es un óvulo fecundado. Pero, en las máquinas, no había casi, no había nada y a partir de esa nada subía hacia la ciudad subterránea, en un chorro múltiple, diverso e ininterrumpido, todo lo que era menester para las necesidades y los placeres de la vida. Lo que no existe, existe.

La llave tenía otro uso, igualmente importante: ¡impedía la fecundación!. Para concebir un niño, el hombre y la mujer debían quitarse el anillo. Si uno de los dos lo guardaba, la fecundación era igualmente imposible. El niño no podía nacer si no era deseado por los dos.

A partir del gran día de la Designación, el momento en que lo recibía, un Gonda no se sacaba nunca su anillo. Y todo a lo largo de sus días, él le procuraba cuanto necesitaba, o cuanto deseaba. Era la llave de su vida y cuando ésta se terminaba, el anillo quedaba en su dedo en el momento en que lo deslizaban en la máquina inmóvil que devolvía a los muertos a la Energía universal. Lo que no existe, existe.

Así que, el instante en que los dos esposos se quitaban el anillo antes de juntarse para hacer un niño, estaba bañado de una emoción excepcional. Se sentían más que desnudos, como si se hubiesen quitado el cuero de su piel al mismo tiempo que el anillo. De pies a cabeza se tocaban en carne viva. Entraban en comunión total. Él penetraba en ella y ella se fundía en él. Para sus dos cuerpos el espacio se volvía el mismo. El niño estaba concebido en una única alegría.

La llave bastaba para mantener la población de Gondawa a un nivel constante. Enisorai no tenía llave y no la quería. Enisorai pululaba. Enisorai conocía la ecuación de Zoran y sabía utilizar la Energía universal, pero se servía de ella para la proliferación y no para el equilibrio. Gondawa se organizaba, Enisorai se multiplicaba. Gondawa era un lago, Enisorai un río. Gondawa era la sensatez, Enisorai el poderío. Este poderío no podía hacer sino expandirse y ejercerse más allá de sí mismo. Eran los aparatos de Enisorai que se habían posado los primeros en la Luna. Gondawa lo había seguido rápidamente, para no dejarse anular. Por razones balísticas, la faz este de la Luna convenía perfectamente al despegue de los aparatos de exploración hacia el sistema solar. Enisorai construyó allá una base, Gondawa también. La tercera guerra estalló en ese sitio, por un incidente entre las guarniciones de las dos bases. Enisorai quería ser el único en la Luna.

El miedo puso fin a la guerra. El tratado de Lampa dividió la Luna en tres zonas, una "gonda", una "enisor" y una "internacional". Ésta se encontraba situada al este. Las dos naciones se habían puesto de acuerdo para construir allí una base de despegue común.

Los otros pueblos no tenían un pedazo de Luna. A ellos no les importaba. Recibían de Enisorai o de Gondawa promesas de protección y máquinas estáticas que proveían a sus necesidades. Los más hábiles recibían de ambos. También habían recibido de ambos muchas bombas durante la tercera guerra. Pero menos que Gondawa y mucho menos que Enisorai.

Enisorai tenía una población demasiado numerosa como para poder ponerla al reparo, pero su fecundidad, en una generación, había reemplazado a los muertos. Por el tratado de Lampa, Enisorai y Gondawa se habían comprometido a no usar nunca más las "bombas terrestres". Las que quedaban fueron mandadas al espacio, en órbita alrededor del Sol. Las dos naciones, por otra parte, habían asumido el compromiso de no fabricar armas que sobrepasaran en fuerza destructivo a aquella que habla sido colocada fuera de la ley.

Pero un formidable poderío de expansión inflaba a Enisorai. Ésta se puso a fabricar armas individuales utilizando la energía universal. Cada una de estas armas tenía una fuerza de choque limitada, pero nada podía resistir a su multiplicación. Y cada día crecía el número de sus ejércitos. El río impetuoso de la vida en expansión llenaba de nuevo su lecho, pronto a desbordar. Entonces el Gran Consejo de Gondawa decidió sacrificar la ciudad del medio, Gonda 1. Fue evacuada y reabsorbida y, en su emplazamiento subterráneo, las máquinas se pusieron a trabajar. Y el Consejo Director de Gondawa hizo saber al Consejo de Gobierno de Enisorai que si una nueva guerra estallaba, sería la última.

Así en una sesión tras otra, por los recuerdos directos de Eléa, proyectados sobre la pantalla, y por las múltiples preguntas que se le hacían, los sabios de EPI aprendían a conocer este mundo desaparecido, que había resuelto ciertos problemas que preocupaban tanto al nuestro, pero que parecían arrastrados como él de manera ineludible hacia los enfrentamientos que sin embargo nada razonable justificaban, y que todo podía permitir impedir.

Librodot

Muy pronto se hizo evidente que no se podían entregar directamente a la TV pública los recuerdos de Eléa, en su totalidad. Era necesario hacer una elección entre las imágenes que proyectaba, porque Eléa evocaba sin el menor reparo los momentos íntimos de su vida con Paikan. Por una parte, asociaba a la belleza de Paikan y a la suya, y a su unión, altivez, gozo y no vergüenza; y por otra parte, ella parecía revivir de más en más sus recuerdos para sí misma, sin preocuparse de los asistentes que escrutaban todos los detalles. Además, los hombres de hoy eran tan diferentes de ella, tan atrasados, tan extraños en sus pensamientos y su comportamiento, que le parecían casi tan lejanos y "ausentes" como animales u objetos.

Ella evocaba los momentos más importantes de su existencia, los más felices, los más dramáticos, para revivirlos una segunda vez. Se entregaba interminablemente a su memoria, como a una droga de resurrección, y sólo a veces las ondas rojas de la emoción conseguían arrancarla de allí. Y los sabios descubrieron poco a poco, alrededor de ella y de Paikan, el mundo fabuloso de Gondawa.

Sobre su caballo blanco de pelo largo, delgado como un lebrel, Eléa galopaba hacia el Bosque Salvado. Huía de Paikan, huía riendo para tener la dicha de dejarse alcanzar.

Paikan había elegido un caballo azul porque sus ojos tenían el color de los de Eléa. Galopaba justo detrás de ella, y la alcanzaba poco a poco, y hacía durar el gozo. Su caballo tendió sus ollares azules hacia la larga cola blanca que flotaba en el viento de la carrera. La extremidad de los largos pelos sedosos penetró en las delicadas aletas del hocico. El caballo azul sacudió su larga cabeza, ganó más terreno, mordió a boca llena la llama de pelos blancos, y tiró para un costado.

El caballo blanco saltó, relinchó, corcoveó, coceó. Eléa lo tenía agarrado por el pelo de la crin y lo apretaba con sus muslos robustos. Se reía, saltaba, bailaba con él...

Paikan acarició al caballo azul y le hizo soltar prenda. Entraron al paso en el bosque, el blanco y el azul, al lado uno del otro, calmados, traviesos, mirándose de reojo. Sus jinetes estaban tomados de la mano. Los árboles inmensos, sobrevivientes de la tercera guerra, levantaban en enormes columnas sus troncos acorazados de escamas marrones. A partir del suelo, parecían titubear, esbozando una ligera curva perezosa, pero no era más que un impulso para lanzarse vertiginosamente en un salto vertical y absurdo hacia la luz que sus propias hojas rechazaban. Muy alto, sus palmas entrelazadas tejían un techo que el viento agitaba sin cesar, perforando agujeros de sol, que en seguida volvían a tapar con un ruido lejano como de una multitud en marcha. Los helechos rastreros cubrían el suelo con una alfombra áspera. las ciervas oceladas lo rascaban con su casco para descubrir las hojas más tiernas que levantaban con la punta de los labios y arrancaban con una brusca torsión del cuello. El aire caliente olía a resina y hongos. Eléa y Paikan llegaron al borde del lago. Se deslizaron de sus caballos y éstos se volvieron al bosque, al galope, persiguiéndose como colegiales. Había un poco de gente en la playa. Una enorme tortuga extenuada, fisurada, gastada sobre todos los bordes de su caparazón, arrastraba su pesada masa sobre la arena, con un niño desnudo sentado en su lomo.

A lo lejos, sobre la otra orilla, que la guerra había devastado, se abría el gran orificio de la Boca. Se vela surgir de ésta o bajar hacia ella a manojos de burbujas de todos los colores. Eran los aparatos de desplazamiento a corta y larga distancia que emergían de Gonda 7 por las chimeneas de partida, o que volvían a ella. Algunos pasaban a baja altura por encima del lago, con un ruido de seda acariciada.

Librodot

Eléa y Paikan se dirigían hacia los ascensores que perforaban la arena, en la extremidad de la playa, como las puntas de un atado de espárragos gigantes.

- ¡Atención! - dijo una voz enorme.

Ésta parecía que venía, al mismo tiempo, del bosque, del lago y del cielo.

- Atención! ¡Escuchen! Todos los seres vivientes de Gondawa recibirán a partir de mañana, por vía del correo, el arma G y la semilla Negra. Sesiones de entrenamiento del arma G tendrán lugar en todos los centros de recreo de la Superficie y de las profundidades. Los seres vivientes que no asistan a ellas verán en su cuenta debitado un centavo por día a partir del decimoprimer día de la convocación. Escuchen, está terminado.

- Están locos - dijo Eléa.

El arma G era para matar, la Semilla era para morir.

Ni Eléa ni Paikan tenían ganas ni de matar ni de morir.

Después de haber hecho los mismos estudios, habían elegido la misma carrera, la de Ingeniero del Tiempo, para poder vivir en la Superficie. Habitaban una Torre del Tiempo, encima de Gonda 7.

Para irse a casa, hubieran podido llamar un aparato. Prefirieron volver por la ciudad. Eligieron un ascensor para dos cuyo cono verde brillaba suavemente por encima de la arena. Hundieron cada uno su llave en la palanca de comando, y el ascensor se abrió como una fruta madura. Penetraron en su tibieza rosada. El cono verde desapareció dentro del suelo que se cerró encima suyo. Salieron en la primera Profundidad de Gonda 7. Se sirvieron nuevamente de sus llaves para abrir las puertas trasparentes de un acceso a la 12º avenida. Era una vía de transporte. Sus múltiples pistas de pasto con flores se desplazaban a una velocidad creciente del exterior hacia el medio. Árboles bajos servían de asientos, y tendían el apoyo de sus ramas a los viajeros que preferían quedar de pie. Vuelos de pájaros amarillos, semejantes a gaviotas, luchaban en velocidad con la pista central, silbando de placer.

Eléa y Paikan salieron de la Avenida de la Bifurcación del Lago y tomaron el sendero que conducía al ascensor de su Torre. Un arroyuelo nacido en la bifurcación corría a lo largo del sendero.

Pequeños mamíferos rubios, con vientre blanco, no más grandes, que gatos de tres meses, vagaban por el pasto y se escondían detrás de las matas para acechar a los pescados. Tenían la cola corta y chata, y una bolsa ventral de donde salía a veces una cabecita pequeña con ojos dulces y maliciosos, que mordisqueaba una espina de pescado. Soplando, ss-ss-ss-ss, vinieron a jugar entre los pies de Eléa y Paikan. Vivazmente se apartaban cuando el borde de una sandalia estaba a punto de pisarles una pata o la cola.

Gonda 7 había sido cavada bajo las ruinas de la Gonda 7 de la superficie. De la antigua ciudad no quedaban más que gigantescos escombros encima de los cuales se erguía la Torre del Tiempo como una flor en medio de los cascotes. En el tope de su largo tallo se abrían los pétalos de la terraza circular, con sus árboles, su césped, su piscina y su muelle de atraque ubicado al reparo del viento, que en este lugar, soplaba del oeste.

Rodeado por la terraza, el departamento se abría sobre ella por todos los costados, medios tabiques curvos, redondos más o menos altos interrumpidos, lo dividían en piezas redondas, ovoides, irregulares, íntimas y sin embargo no separadas. Por encima del departamento la cúpula-observatorio coronaba la Torre con un círculo trasparente apenas ahumado de azul.

El ascensor desembocaba en la pieza del centro, cerca de la fuente baja. Al entrar, Eléa abrió con un gesto la puerta de espejos. El departamento se unificó con la terraza, y la brisa ligera de la tarde lo visitó. Algas multicolores se balanceaban en las corrientes tibias de la piscina. Eléa se despojó de la ropa y se deslizó en el agua. Una multitud de pescados agujas, negros y rojos, vinieron a picotearle la piel, luego, reconociéndola, desaparecieron en un tremolar.

En la cúpula, Paikan echó un vistazo para asegurarse de que todo andaba bien. No había aparejo complicado, era la cúpula misma que constituía el instrumento, obedeciendo a los gestos y al contacto de las manos de Paikan, y trabajando sin él cuando se lo ordenaba. Todo andaba bien, el cielo estaba azul, la cúpula ronroneaba suavemente. Paikan se desvistió y se reunió con Eléa en la piscina. Al verlo ella rió y se zambulló. Él volvió a encontrar detrás de los velos irisados de un pez indolente, que los miraba con un redondo ojo rojo.

Paikan levantó los brazos y se deslizó detrás suyo. Eléa se apoyó contra él, sentada, flotante, ligera. Paikan la apretó contra su vientre, se impulsó hacia arriba y su deseo erguido la penetró. Reaparecieron en la superficie como un solo cuerpo. Él estaba detrás de ella y él estaba en ella, ella acurrucada y apoyada contra él. Paikan la apretó con un brazo contra su pecho, y la puso de costado como él, mientras que con su brazo izquierdo se puso a nadar. Cada tracción lo empujaba en ella, y los acercaba hacia la playa de arena. Eléa estaba pasiva como un rezago cálido. Llegaron al borde y se posaron, a medias fuera del agua.

Ella sintió su hombro y su cadera hundirse en la arena. Sentía a Paikan adentro y afuera de su cuerpo. Él la tenía cercada, encerrada, sitiada, había entrado como el conquistador deseado delante del cual se abre la puerta exterior y las puertas profundas. Y él recorría lenta, suave, largamente todos sus secretos.

Bajo su mejilla y su oreja, ella sentía el agua tibia y la arena bajar y subir, bajar y subir. El agua venía a acariciar la comisura de su boca entreabierta. Los pescados aguja temblaban a lo largo de su muslo sumergido.

En el cielo donde la noche comenzaba, algunas estrellas se encendían. Paikan ya casi no se movía. Estaba en ella como un árbol liso, duro, palpitante y suave, un árbol de carne bien amado, siempre ahí, vuelto más fuerte, más suave, más tibio y de pronto ardiente, inmenso, encendido rojo, quemando su vientre entero, toda su carne y sus huesos inflamados hasta el cielo. Ella apretó con sus manos las manos cerradas que rodeaban sus senos y gimió largamente en la noche que venía.

Una inmensa paz reemplazó la luz. Eléa se volvió a encontrar alrededor de Paikan. Él seguía estando en ella, duro y suave. Ella descansó sobre él como un pájaro que se duerme. Muy lentamente, muy suavemente, él comenzó a prepararle un nuevo goce.

Ellos dormían sobre el pasto de su cuarto, tan fino y suave como el vello del vientre de una gata. Una cobija blanca, apenas posada sobre ellos, sin peso, tibia, adoptaba su forma y su temperatura a las necesidades de su quietud. Eléa se despertó un momento, buscó la mano abierta

Librodot

de Paikan y arrebujó en ella su puñito cerrado. La mano de Paikan se cerró sobre éste. Eléa suspiró de felicidad y se volvió a dormir.

Los aullidos de las sirenas de alerta los hizo ponerse de pie con un salto, espantados.

- ¿Qué sucede? ¡No es posible! - dijo Eléa.

Paikan hundió su llave en la placa de la imagen. Frente a ellos, la pared se encendió y se cavó. El rostro familiar del locutor de pelo colorado apareció en ella.

-.. Alerta general. Un satélite no registrado se dirige hacia Gondawa sin contestar a las preguntas de identificación. Va a penetrar en el espacio territorial. Si continúa sin responder, nuestro dispositivo de defensa va a entrar en acción. Todos los seres vivientes que se encuentren afuera deben dirigirse inmediatamente a las ciudades. Apaguen todas sus luces. Nuestras emisiones de la superficie están suspendidas. Escuchen, está terminado.

La imagen en la pared se acható, vino a pegarse en la superficie y se apagó.

- ¿Hay que bajar? - preguntó Eléa.

- No, ven...

Tomó la cobija, envolvió a Eléa y la llevó a la terraza.

Se deslizaron entre las hojas bajas de las palmeras de seda y fueron a apoyarse en la elevada rampa de la borda.

El cielo estaba oscuro, sin luna. Las innumerables estrellas brillaban en el firmamento con un destello perfecto. Los focos luminosos de los aparatos de vuelo, multicolores, pareciendo más o menos grandes según su altitud, modificaban su ruta y parecían aspirados por una corriente que los llevaba todos en la misma dirección, la de la Boca.

En el suelo, la alerta había despertado a los habitantes de la casa de recreo, amarrados en la planicie, o entre las ruinas, en los límites del agua y del servicio. Sus cáscaras traslúcidas posaban sobre la noche la luz de sus formas: pescado de, oro, flor azul, huevo rojo, huso verde, esfera, estrella, poliedro gota...

Algunas estaban levantando vuelo y tomando el camino de la Boca. Las otras se apagaron rápidamente. Una serpiente blanca quedó encendida alumbrando una pared destrozada.

- ¿Qué esperan esos para apagar?

- De todas maneras es inútil... Si es un arma ofensiva, tiene muchas otras maneras de encontrar su objetivo.

- ¿Crees que es una?

- Sola, es poco probable...

Delante de ellos, de repente, un trazo luminoso subió desde el horizonte. Luego dos, después tres, cuatro.

- ¡Están tirando!... - dijo Paikan.

Los dos miraron al cielo donde ya nada aparecía más que la indiferencia de las estrellas al fondo del infinito.

Eléa se estremeció, abrió la cobija y apretó a Paikan contra ella. Muy arriba, hubo bruscamente una nueva estrella gigante, que se destrozó y se expandió en una cortina lenta de luz rosa, ionizada,

- ¡Y ahí está!... No podían errarle...

- ¿Qué piensas que era?

- No lo sé... Reconocimiento, quizá... o bien simplemente un desgraciado carguero cuyas sirenas estaban atascadas... En todo caso, era, ya no es más.

Las sirenas los sobresaltaron de nuevo. Uno no se acostumbra a ese horrible ruido. Anunciaban el final de la alerta. Las luces de las casas de recreo se encendieron unas tras otra.. A lo lejos un vuelo de aparatos se elevó de la Boca como un manojo de chispas.

Sobre la pared del cuarto, la imagen renació y cavó el muro. Eléa y Paikan deseaban tener noticias, pero después de esta intrusión del absurdo y del horror en la dulzura de la noche, ésta les parecía tan frágil, tan preciosa, que no querían dejarla. Paikan hundió su llave en la placa de la rampa. La imagen dejó la pared del cuarto y salió. Paikan la dirigió dando vuelta la placa móvil, y la instaló en el follaje de la palmera de seda. Se sentó en el pasto, de espaldas a la rampa, Eléa apretada contra él. La brisa del oeste, apenas fresca, daba vueltas alrededor de la Torre y venía a bailar sus caras. Las hojas sedosas temblaban y flotaban en el viento liviano. La imagen era luminosa y estable en sus tres dimensiones y colores, el locutor de pelo colorado hablaba con gravedad, pero no se entendía una sola palabra de las que pronunciaba. Un cubo negro nació en el fondo de la imagen, invadió todo el haz receptor y borró al locutor. El rostro nervioso de un hombre muy joven apareció en el cubo. Sus ojos marrones encendidos de pasión, sus cabellos lacios, casi negros, no caían más abajo que sus orejas.

- ¡Un estudiante! - dijo Eléa.

Hablaba con vehemencia.

-.. ¡La Paz! ¡Conservemos la Paz! ¡Nada justifica la guerras jamás! ¡Pero nunca sería más atroz y absurda que hoy, en el momento en que los hombres están a punto de ganar la batalla contra la muerte! ¿Vamos a masacramos por los prados floridos de la Luna? ¿Por los rebaños de Marte y sus pastores negros? ¡Absurdo! ¡Absurdo! ¡Hay otros caminos hacia la estrellas! ¡Dejen a los Enisores mordisquear el espacio! ¡No comerán todo! Déjenlos pelear contra el infinito ¡Llevamos aquí una batalla mucho más importante!

¿Por qué el Consejo Director nos deja en la ignorancia de los trabajos de Coban? Se los digo, en nombre de aquellos que desde años atrás trabajaban a su lado: ¡Ha ganado! ¡Está hecho! En el laboratorio 17 de la Universidad, bajo la campana 42, una mosca vive desde hace 545 días ¡Su tiempo normal de vida es de 40 días! ¡Vive, y es joven, es soberbia! Hace un año y medio ha bebido la primera gota experimental del suero universal de Coban. Dejen trabajar a Coban. Su suero está a punto. Las máquinas van a poderlo fabricar pronto. No envejecerán más. La muerte

estará infinitamente lejos. Salvo si os matan. ¡Salvo si hay una guerra! ¡Exijan del Consejo Director que rehuse la guerras, que declare la Paz a Enisorai! ¡Que dejen trabajar a Coban¡Que él...

En un abrir y cerrar de ojos, su imagen se redujo al tamaño de una avellana, y desapareció. El hombre de pelo rojo fue en su lugar, primero un fantasma trasparente, luego una imagen firme.

-.. disculpen esta emisión pirata...

El cubo negro lo absorbió totalmente, revelando de nuevo al joven vehemente

-...bombardeos en órbita lejana, ¡pero han inventado algo peor!, El Consejo Director puede decirnos ¿qué arma monstruosa ocupa el emplazamiento de Gonda 1? ¡Los Enisores son hombres como nosotros! Qué quedará dé nuestras esperanzas y de nuestras vidas, si ésta...

El cubo se volvió negro nuevamente, se aplastó en sus dos dimensiones y el busto del locutor tomó su lugar... presidente del Consejo Director os habla.

El presidente Lokan apareció. Su rostro magro estaba grave Y triste. Su cabellera blanca cala hasta sus hombros, estando el izquierdo desnudo. Su boca fina, sus ojos de un azul muy claro hicieron un esfuerzo para sonreír mientras pronunciaba palabras tranquilizadoras. Sí, había habido incidentes sobre la zona internacional de la Luna, sí, los dispositivos de defensa del Continente habían destruido un satélite sospechoso, sí, el Consejo Director tuvo que tomar medidas, pero nada de todo esto era verdaderamente grave. Nadie deseaba más la paz que los hombres que tenían por misión dirigir los destinos de Gondawa. Se haría todo para preservarla.

- Coban es mi amigo, casi mi hijo. Estoy al corriente de sus trabajos. El Consejo espera el resultado de sus experiencias sobre el hombre para ordenar, si ellas son positivas, la construcción de la máquina que fabricará el suero universal. Es una inmensa esperanza, pero ella no debe apartarnos de nuestra vigilancia. En cuanto a lo que ocupa el emplazamiento de Gonda 1, Enisorai lo sabe, y les diré solamente esto: es un arma tan aterradora, que su sola existencia debe garantizamos la paz.

Paikan posó su mano sobre la placa de mando y la imagen se apagó. Amanecía. Un pájaro parecido a un mirlo, pero cuyo plumaje era azul y la cola crespa, se puso a silbar desde lo alto del árbol de seda. De todos los árboles de la terraza y de sus arbustos en flor, pájaros de todos los colores le contestaron. Para ellos, no había angustia, ni en el día, ni en la noche.

No había cazadores en Gondawa.

Los prados floridos de la Luna... Los rebaños de Marte y sus pastores negros...

Los sabios de EPI pidieron explicaciones, Eléa había ido a la Luna en viaje de placer con Paikan. Ella se las pudo mostrar. Ellos vieron los "prados floridos", y los bosques de árboles finos, frágiles, con delgados troncos interminables, desarrollándose en espigas o matas que los hacían parecer inmensas gramíneas.

Vieron a Eléa y Paikan, descendidos del avión que los había llevado con otros viajeros, actuar como niños con la débil gravedad. Tomaban su empuje con algunos pasos gigantes,

saltaban juntos agarrados de la mano, atravesaban los ríos de un solo salto liviano, se elevaban a la cima de las colinas o arriba de los árboles, se posaban sobre sus espigas cubiertas de granos de polen gruesos como naranjas, se sacudían para hacerlos volar en nubes multicolores, se dejaban caer como una lluvia de copos.

Todos los viajeros hacían lo mismo, y el navío parecía haber desembarcado una carga de mariposas fugaces que se alejaban de él en todas las direcciones, se posaban aquí y allá, en la campiña verde, bajo un cielo azul profundo.

A pesar del poco esfuerzo que necesitaban, estos juegos cesaban muy rápidamente pues el aire enrarecido les traía sofocación. Los viajeros calmaban su corazón sentándose al borde de los arroyos, o caminando hacia el horizonte que parecía siempre tan cercano, tan fácil de alcanzar y que huía como todo horizonte que se respeta.

Pero su proximidad y su curvatura visible procuraba a los paseantes una sensación que las dimensiones de la Tierra no les permitía experimentar: la sensación a la vez excitante y pavorosa de caminar sobre una bola perdida en el infinito.

Los sabios no vieron en ninguna parte, en esas imágenes, el resto de algún cráter, ni grande ni pequeño...

Eléa no conocía Marte, donde no se habían posado hasta ahora más que navíos de exploradores y militares. Pero ella había visto "pastores negros". ¡Y había reconocido a uno, aun acá, en el EPI!

La primera vez que se había encontrado con Shanga, el africano, había manifestado su sorpresa, y lo había señalado con palabras de las cuales la Traductora dio la interpretación siguiente: "El pastor venido del Noveno Planeta". Fue preciso un largo diálogo para comprender, primero, la costumbre Gonda de contar los planetas no a partir del Sol, sino partiendo del exterior del sistema solar. Luego, que el susodicho sistema no comprendía para ellos nueve planetas sino doce, o sea tres planetas más allá del maléfico y ya tan lejano Plutón. Esta noticia lanzó a los astrónomos del mundo entero en abismos de cálculos, de vanas observaciones y de discusiones agrias. Que esos planetas existiesen o no, el noveno, en todo caso, en la cabeza de Eléa, era Marte. Ella afirmaba que estaba habitado por una raza de hombres de piel negra, de quien los navíos gondas y enisores habían traído varias familias. Antes de eso no existía sobre la tierra ningún hombre de color negro.

Shanga quedó muy impresionado, y con él todos los negros del mundo, que conocieron rápidamente la noticia. ¡Raza desdichada, su vagabundeo no había comenzado con los mercaderes de esclavos! Ya, en el fondo de los tiempos, los antepasados de los desgraciados arrancados del África, habían sido ellos mismos arrancados de su patria del cielo. ¿Cuándo pues se acabarían sus infortunios? Los negros americanos se juntaban en las iglesias y cantaban: "¡Señor, haced cesar mis tribulaciones! ¡Señor, llévame de nuevo a mi patria celestial! Una nueva nostalgia nacía en el gran corazón colectivo de la raza negra".

Después de haberse alimentado y bailado, Eléa y Paikan subieron por la pequeña rampa interior de la Cúpula de trabajo. Arriba de la tableta horizontal en semicírculo que se extendía todo a lo largo de la pared trasparente, haces de ondas mostraban imágenes de nubes diversas, en evolución. Uno de ellos inquietó a Paikan. Después de consultar con Eléa llamó a la Central del Tiempo. Una nueva imagen se encendió por encima de la tableta. Era el rostro de su jefe de

servicio, Mikan. Parecía cansado. Sus largos cabellos grises estaban sin brillo, y sus ojos enrojecidos. Saludó.

- ¿Usted estaba en casa, anoche?

- Sí.

- ¿Vio eso?... Me trae muy tristes recuerdos. Es cierto que ustedes no habían nacido ninguno de los dos. No se puede sin embargo dejarles hacer lo que les dé la gana, a esos cochinos ¿Por qué me llamó? ¿Alguna cosa?

- Una turbulencia. Mire...

Paikan alzó tres dedos e hizo un gesto. Una imagen desapareció, enviada a la Central del Tiempo.

- Veo... - dijo Mikan-. No me gusta eso... si la dejamos, va a mezclar todo nuestro dispositivo. ¿Qué posibilidades tiene usted en ese sector?

- La puedo derivar, o borrarla.

- Ande, borre, borre, no me gusta eso...

la imagen de Mikan desapareció. La Torre del Tiempo de Gonda 7 y de todas las semejantes mantenían por encima del continente una red de condiciones meteorológicas controladas, cuyo objeto era de reconstruir el clima trastornado por la guerra, para permitir a la vegetación renacer.

Un sistema automático aseguraba el mantenimiento de las condiciones previstas. Era raro que Paikan y Eléa tuviesen que intervenir. En su ausencia, otra Torre hubiese hecho lo necesario para destruir de raíz este pequeño ciclón perturbador.

Una casa de recreo en forma de cono azul pálido se desvió a la altura de la cúpula y fue a posarse cerca de la autorruta destrozada, cuyas doce pistas arrancadas, se dilataban en un ramillete tendido hacia el cielo. No se habían reparado las autorrutas. Las usinas no fabricaban más vehículos rodantes o rastreros. Los transportes de bajo tierra, pistas, avenidas o ascensores, eran todos colectivos, y los de la superficie todos aéreos. Podían sobrevolar el suelo a sólo algunos centímetros o a alturas considerables, a cualquier velocidad y posarse en cualquier parte.

Las parejas de la generación posterior a la guerra que utilizaban las casas de recreo no aprovechaban mucho sus posibilidades. No se animaban a aventurarse lejos de las Bocas más de lo que harían si fueran jóvenes marsupiales lejos de la bolsa materna. Es por eso que se veían tales concentraciones de casas móviles en los bordes o aun en medio de las ruinas de las ciudades antiguas, que recubrían generalmente a las ciudades subterráneas. Los Gondas de más edad, que guardaban el recuerdo de la vida exterior, recorrían el continente en todos los sentidos, a la búsqueda de restos de la superficie, aún vivos, y volvían a enterrarse con la visión del horror de los espacios vitrificados, y el desgarrante pesar del mundo desaparecido.

Eléa miró si habla llegado el correo. La caja trasparente contenía dos armas G con su cinturón y dos esferas minúsculas que debían contener cada una una Semilla Negra. Había además tres plaquetas correo: dos de ellas de color rojo, el color de las comunicaciones oficiales.

Librodot

Abrió la caja con su llave, tomó con repugnancia las armas y las Semillas, y las posó sobre una mesa.

- ¿Vienes a oír el correo? - le dijo a Paikan.

Éste dejó a la Cúpula continuar su trabajo sola y se acercó.

Tomó las placas rojas, frunciendo el ceño. Una llevaba su nombre y el sello del Ministerio de Defensa, la otra el nombre de Eléa y el sello de la Universidad.

- ¿Qué es esto? - preguntó.

Pero Eléa ya había introducido en la ranura del lector la plaqueta verde sobre la cual había reconocido el retrato de su madre. La cara de esta última se materializó por encima del platillo-lector. Era un rostro apenas más viejo que el de Eléa y al cual se parecía mucho, sólo que menos interesante.

- Escucha, Eléa - dijo ella-, espero que estés bien,

- Yo igualmente. Parto para Gonda 41, y estoy sin noticias de tu hermano. Ha sido movilizado en plena noche para conducir un convoy de tropas a la Luna, y no ha dado señales de vida desde hace ocho días. Naturalmente que todo eso son historias de militares. No pueden desplazar una hormiga sin hacer un misterio de mamuth. Pero Anea está sola con su bebé, y ella se inquieta. ¡Podrían haber esperado un poco todavía antes de sacarse las llaves! Hace apenas diez años que han sido designados. Procuren no imitarlos, tienen bastante tiempo para ello, ¡no es precisamente el momento para fabricar hijos! ¡En. fin, es así, qué se le va a hacer, voy para allá. Les daré noticias. Ocúpate un poco de tu padre, no me puede acompañar, está movilizado en su trabajo. ¡Creo que el Consejo y los militares están locos! En fin, así es, uno no puede remediarlo: anda a verlo y presta atención a lo que come, cuando está solo toca comida-máquina de cualquier manera, no presta atención a nada, es un niño. Escucha, Eléa, he terminado.

- ¡Forkan movilizado! ¡Tu padre también! ¡Es increíble! ¿Qué preparan?

Nerviosamente, Paikan hundió una de las tabletas rojas en el lector. El emblema de la Defensa apareció por encima del platillo: un erizo hecho bola, cuyas púas lanzaban llamas.

- Escuche, Paikan - dijo una voz con indiferencia...

Era una orden de movilización sobre el lugar de su trabajo.

La segunda tableta roja introducida en el lector materializó por encima del platillo el emblema de la Universidad, que era el signo de la ecuación de Zoran.

- Escuche, Eléa - dijo una voz grave-, soy Coban.

- ¡Coban!

Su rostro apareció en el lugar de la ecuación de Zoran. Todos los seres vivientes de Gondawa lo conocían. Era el hombre más célebre del Continente. Les había dado a sus compatriotas el Suero 3, que los volvía refractarios a todas las enfermedades, y el Suero 7. que les permitía recuperar rápidamente sus fuerzas después de cualquier esfuerzo que hubieran

hecho, tanto, que el equivalente de la palabra cansancio estaba en vías de desaparecer del idioma gonda.

En su cara delgada de mejillas hundidas, sus grandes ojos brillaban con la llama del amor universal. Este hombre no pensaba sino en los otros hombres y más allá de los hombres en la Vida misma, en sus maravillas, y en sus horrores, contra los cuales él luchaba permanentemente, con toda su inteligencia y con todas sus fuerzas.

- Escuche, Eléa - dijo, soy Coban, He querido informarla personalmente, que a pedido mío, usted está afectada, en caso de movilización- total, a un puesto especial en la Universidad, cerca mío. No la conozco y deseo conocerla. Le ruego presentarse al Laboratorio 51, lo más pronto posible. Dé su nombre y su número. y la introducirán enseguida adonde estoy. Escuche, Eléa, la espero.

EIéa y Paikan se miraron sin comprender, Había en ese mensaje dos elementos contradictorios: "Usted está afectada por pedido mío" y "yo no la conozco..." Había sobre todo la amenaza de estar movilizados en puestos alejados el uno del otro. No se habían separado nunca desde su designación. No podían encarar semejante posibilidad. Les parecía inimaginable.

- Iré contigo a ver a Coban - dijo Paikan-. Si tiene verdaderamente necesidad de ti, le pediré que me tome a mí igualmente. En la Torre cualquiera puede reemplazarme.

Era simple, era posible si Coban lo quería. La Universidad era el primer poder del Estado. Ningún poder administrativo o militar podía mandar sobre ella. Poseía su presupuesto autónomo, su guardia independiente, sus propias emisoras y no tenía que rendir cuentas a nadie. En cuanto a Coban, a pesar de que no ocupaba ningún puesto político, el Consejo Director de Gondawa no tomaba ninguna decisión grave sin consultarlo. Y si tenía necesidad de Eléa, Paikan, que había recibido exactamente la misma educación y los mismos conocimientos, podía también serle útil.

De todas maneras, nada apuraba, la idea misma de la guerra era una monstruosidad absurda, no había que dejarse contagiar por la nerviosidad oficial. Todos esos burócratas encerrados en sus palacios subterráneos habían perdido el sentimiento de las realidades.

- Deberían subir más a menudo a ver todo esto... - dijo Eléa.

El sol de la mañana alumbraba el caos de ruinas dominado al oeste por la masa enorme del estadio demolido y destrozado. Al este, la autorruta torcida se hundía en la planicie de reflejos vítreos, sobre la cual ni una brizna de hierba había conseguido crecer.

Paikan puso su brazo alrededor de los hombros de Eléa y la atrajo hacia sí.

- Vamos al bosque - dijo.

Hundió su llave en la placa de comunicación, llamó al parking de la Profundidad y pidió un taxi. Unos minutos más tarde, una burbuja trasparente venía a posarse sobre la pista. Pasando frente a la mesa, Paikan tomó las dos armas y sus cinturones.

Volvió sobre sus pasos para informar a la Central del Tiempo sobre su ausencia y decir a dónde iba. No podía ahora ausentarse sin avisar, estaba movilizado.

- ¿Noticed? They're all left handed!... - dijo Hoover.

Hablaba en voz baja a Leonova, tapando su micrófono con la mano. Leonova comprendía muy bien el inglés.

Era cierto. Ello le saltaba a la vista ahora que Hoover se lo había dicho. Se sentía avergonzada de no haberse apercibido por sí sola. Todos los Gondas eran zurdos. Las armas encontradas en el zócalo de Eléa, y en el de Coban que había sido abierto a su vez, eran en forma de guantes para la mano izquierda.

Y la imagen en la pantalla grande en este momento, mostraba a Eléa y Paikan entrenándose entre otros Gondas al uso de arreas semejantes. Todos tiraban con la mano izquierda a blancos de metal, de diversas formas, que surgían bruscamente del suelo y que resonaban bajo el impacto de los golpes de energía. Era un ejercicio de destreza, pero sobre todo de control. Según la presión ejercida por los tres dedos doblados, el arma G. podía curvar una brizna de pasto o pulverizar una roca, destrozar un adversario, o simplemente matarlo.

Un blanco ovalado se erguía de pronto a diez pasos de Paikan. Era azul, lo que significaba que había que tirar con un mínimum de poderío. En un relámpago, Paikan hundió su mano izquierda en el arma sujeta a su cintura por una placa magnética, la arrancó, levantó el brazo y tiró. El blanco suspiró como una cuerda de arpa apenas rozada y se escamoteó.

Paikan se puso a reír. Se habla reconciliado con el arma. Este ejercicio era un juego agradable.

Un blanco rojo le fue propuesto casi en seguida, al mismo tiempo que uno verde se erguía a la izquierda de Eléa. Ella tiró efectuando un cuarto de vuelta. Paikan sorprendido, tuvo justo el tiempo de tirar antes que los blancos desaparecieran. El rojo resonó como un trueno, el verde como una campana. De todos lados los blancos surgían del terreno y recibían golpes violentos, papirotazos o caricias. El claro en el bosque cantaba como un enorme xilófono bajo el martillo de un loco.

Un aparato de la Universidad sobrevoló el claro del bosque, maniobrando un poco sobre el mismo sitio y luego se posó detrás de los tiradores. Era un aparato rápido. Se parecía a la punta de una lanza coronada por un fuselaje trasparente estampado con la ecuación de Zoran.

Dos guardias universitarios bajaron de él, con pectoral y faldón verdes, el arma G sobre el lado izquierdo del vientre, una granada S sobre la cadera izquierda, la máscara nasal colgando como collar. Llevaban el peinado de guerra los cabellos trenzados hacia atrás, sujetos por una horquilla magnética contra el casco cónico de anchos bordes. Iban de un grupo al otro, interrogando a los tiradores que los miraban con sorpresa e inquietud; no habían visto nunca guardias verdes tan bien armados.

Los dos guardias buscaban a alguien. Cuando estuvieron cerca de Eléa:

- Buscamos a Eléa 3-19-07-91 - dijeron.

Habían estado en la Torre, y encontrándola vacía se habían informado en la Central del Tiempo. Coban quería ver a Eléa sin demora.

- Voy con ella - dijo Paikan,

Los guardias no tenían la consigna de oponerse. El aparato atravesó el lago como una flecha hasta la Boca, y bajó verticalmente en la chimenea verde de la Universidad. Disminuyó la velocidad en la desembocadura del techo del Parking, se acercó al suelo en la pista central tomó una vecinal y se presentó delante de la puerta de los laboratorios que se abrieron y cerraron detrás de él.

Las calles y los edificios de la Universidad se destacaban por su sencillez sobre la exuberancia vegetal del resto de la ciudad. Acá, las paredes estaban desnudas, las bóvedas sin una flor o una hoja. Ni un ornamento sobre las puertas trapezoidales, ni el más mínimo arroyuelo en el suelo de la calle blanca donde el aparato seguía su curso, ni un pájaro en el aire, ni una cervatilla sorprendida en un recodo, ni una mariposa, ni un conejo blanco. Era la severidad del conocimiento abstracto. Las pistas de transporte tenían asientos fabricados y rampas metálicas.

Eléa y Paikan fueron sorprendidos por la actividad anormal que reinaba en la calle debajo de ellos. Guardias de verde en uniforme de guerra, los cabellos trenzados y con cascos en la cabeza, se desplazaban en plena pista, sin asombrarse de ver pasar por encima de sus cabezas este aparato al cual la calle, normalmente le estaba vedada. Señales de color palpitaban encima de las puertas, llamadas de nombres y de números resonaban, ayudantes de laboratorio, vestidos color salmón se apuraban en los corredores, sus largos cabellos envueltos en mantillas herméticas. No era el barrio de los Estudios, pero el de los Trabajos e Investigaciones. Ningún estudiante arrastraba por ahí sus pies desnudos y sus cabellos cortos.

El aparato se posó sobre la punta de una encrucijada en forma de estrella. Uno de los guardias condujo a Eléa al laboratorio 51. Paikan los siguió. Fueron introducidos en una pieza vacía en medio de la cual, un hombre vestido de color salmón, de pie, esperaba. La ecuación de Zoran, sellada en rojo sobre el lado derecho de su pecho lo designaba como jefe de laboratorio.

- ¿Usted es Eléa? - preguntó él.

- Soy Eléa.

- ¿Y usted?

- Paikan.

- ¿Quién es Paikan?

- Soy de Eléa - dijo Paikan.

- Soy de Paikan - dijo Eléa.

El hombre reflexionó un momento.

- Paikan no ha sido convocado - dijo-. Coban quiere ver a Eléa.

- Yo quiero ver a Coban - contestó Paikan.

- Le voy a hacer saber que está usted acá. Va a esperar.

- Acompaño a Eléa - dijo Paikan.

Librodot

- Yo soy de Paikan - dijo Eléa.

Hubo un silencio, luego el hombre prosiguió:

- Le voy a avisar a Coban... Antes de verlo, Eléa debe pasar un test general. Aquí está la cabina...

Abrió una puerta traslúcido. Eléa reconoció la cabina standard en la cual todos los seres vivientes de Gondawa se encerraban, al menos una vez por año, para conocer su evolución fisiológica y modificar, si era el caso, su actividad y su alimentación.

- ¿Es necesario? - preguntó ella.

- Es necesario.

Eléa entró en la cabina y se sentó sobre la silla.

La puerta se cerré nuevamente, los instrumentos se iluminaron alrededor suyo, relámpagos de color brotaron frente a su cara, los analizadores ronronearon, el sintetizador restalló. Estaba terminado. Ella se levantó y empujó la puerta. Ésta permaneció cerrada. Sorprendida empujó más fuerte, sin resultado.

Llamé, inquieta:

- ¡Paikan!

Del otro lado de la puerta, Paikan gritó:

- ¡Eléa!

Trató nuevamente de abrir, ella adivinaba que había una cosa terrible en esta puerta cerrada. Gritó:

- ¡Paikan, la puerta!

Él se precipitó. Ella vio su silueta aplastarse contra el panel traslúcido. La cabina se estremeció, sus instrumentos destrozados cayeron al suelo, pero la puerta no cedió.

Detrás de la espalda de Eléa, el tabique de la cabina se abrió.

- Venga, Eléa - dijo la voz de Coban.

Dos mujeres estaban sentadas frente a Coban. Una era Eléa, otra, morena, muy bella, de formas más llenas, más opulenta. Eléa era el equilibrio en la medida perfecta, la otra era el desequilibrio que da el impulso hacia la riqueza. Mientras que Eléa protestaba, reclamaba a Paikan, exigía de reunirse con él, la otra había callado, mirándola con calma y simpatía.

- Espere, Eléa - dijo Coban-, espere a saber.

Llevaba el vestido severo de los ayudantes de laboratorio, pero la ecuación de Zoran, sobre su pecho, estaba impresa en blanco. Caminaba de arriba abajo; los pies desnudos como un

estudiante, entre sus mesas- pupitres y la red de alvéolos que contenía varias decenas de millares de bobinas de lectura.

Eléa calló, demasiado positiva para emperrarse en un esfuerzo inútil. Escuchó.

- Usted no sabe - dijo Coban-, lo que ocupa el emplazamiento de Gonda l. Se lo voy a decir. Es el Arma Solar. A pesar de mis protestas, el Consejo está decidido a utilizarlo si Enisorai nos ataca. Y Enisorai está decidido a atacamos para destruir el Arma Solar antes de que la utilicemos. Dada su complejidad y la enormidad de sus dimensiones, se necesitará casi medio día entre la iniciación del proceso de arranque y el momento en que el Arma saldrá de su alojamiento. Es durante este medio día que se jugará la suerte del mundo. Pues si el Arma levanta vuelo pega, será como si el Sol mismo cayera sobre Enisorai, Enisorai se quemará, se fundirá, chorreara... Pero la tierra entera sufrirá el choque de rebote. ¿Qué quedará de nosotros después de algunos segundos? ¿Qué quedará de la vida?..

Coban calló. Su mirada trágica pasaba por encima de las dos mujeres. Murmuró:

- Quizá nada... nada más...

Comenzó de nuevo su paseo de animal prisionero que busca en vano una salida.

- Y si los Enisores consiguen impedir la salida del Arma - dijo-, la destruirán, y a nosotros también. Son diez veces más numerosos que nosotros y más agresivos. No podemos resistir a su multitud. Nuestra única defensa contra ellos era de inspirarles miedo, ¡pero les hemos dado demasiado miedo!

- Nos van a atacar con todos sus recursos, y si ganan, no dejarán nada de una raza y de una civilización capaz de fabricar el Arma Solar. Es por ello que la Semilla negra ha sido distribuida a los habitantes de Gondawa. Para que los prisioneros elijan, si ellos lo desean, morir por su propia mano antes que sobre las hogueras de Enisorai...

Eléa se irguió, combativo.

- ¡Es absurdo! ¡Es horroroso! ¡Es inmundo! ¡Se debe poder impedir esta guerras! ¿Por qué no hace usted algo en vez de gemir? ¡Sabotée el Arma! ¡Vaya a Enisorai! ¡Lo escucharán!

¡Usted es Coban!

Coban se paró frente a ella, la miró gravemente, con satisfacción.

- Usted ha sido bien elegida - dijo.

- ¿Elegida por quién? ¿Elegida para qué?

No contestó a estas preguntas, sino a la precedente.

- Yo hago algo. Tengo emisarios en Enisorai que han tomado contacto con los sabios del Distrito del Conocimiento. Ellos comprenden los riesgos de la guerra. Si pueden tomar el poder, la paz está salva. Pero queda poco tiempo. Tengo cita con el presidente Lokan. Voy a tratar de convencer al Consejo de renunciar al Arma Solar, y de hacerlo saber a Enisorai. Desgraciadamente tengo en contra mío a los militares, que no piensan más que en la destrucción

del enemigo, y el ministro Mozran, que ha construido el arma y que tiene deseos de verla funcionar, si fracaso, he hecho también otra cosa. y es por ello que han sido elegidas ustedes dos, y otras tres mujeres de Gondawa quiero salvar la vida.

- ¿La vida de quién?

- ¡La vida, no más la vida!... si el arma solar funciona durante algunos segundos más de lo previsto, la tierra estará estremecida a un punto tal que los océanos saldrán de sus fosas, los continentes se partirán, la atmósfera alcanzará el calor del acero fundido y quemará todo hasta en las profundidades del suelo. No se sabe, no se sabe dónde se detendrán los desastres. A causa de su poderío aterrador, Mozran no ha podido jamás probar el Arma, aun en una escala reducida. No se sabe, pero se puede predecir lo peor. Lo que he hecho...

- Escuche, Coban - dijo una voz-, ¿quiere saber las noticias?

- Si - contestó Coban.

- ¡Helas aquí! Las tropas enisoras en guarnición sobre la Luna han invadido la zona internacional. Un convoy militar salido de Gonda 3 hacia nuestra zona lunar ha sido interceptado por fuerzas enisoras antes de alunizar.

Ha destruido una parte de los asaltantes. La batalla continúa. Nuestros servicios de observación lejana tienen la prueba que Enisorai ha hecho volver sus bombas nucleares puestas en órbita alrededor de Sol, y las ha dirigido hacia Marte y la Luna. Escuche, Coban, está terminado.

- He comenzado... - dijo Coban.

- Yo quiero volver junto a Paikan - dijo Eléa-. Usted no me deja otra esperanza más que morir, o morir. Quiero morir con él.

- Yo hago algo - dijo Coban.

- He construido un refugio que resistirá a todo. Lo he hecho guarnecer de semillas de toda clase de plantas de óvulos fecundados de toda clase de animales e incubadoras para desarrollarlos, de diez mil bobinas de conocimientos de máquinas silenciosas, de útiles, de muebles, de todas las muestras de nuestra civilización, de todo lo que hace falta para hacer renacer otra semejante. Y en el centro colocaré a un hombre y una mujer. El ordenador ha elegido cinco mujeres, por su equilibrio psíquico y físico, por su salud y belleza perfecta. Han recibido los números de 15 al 5 por orden de perfección. La número 1 murió anteayer en un accidente. La número 4, está en viaje a Enisorai, no puede volver. La número 5 habita Gonda 62. La he mandado buscar también. Temo que no llegue aquí a tiempo. La número 2 es usted, Lona, la número 3 es usted, Eléa".

Callo un segundo, tuvo una especie de sonrisa cansada, se volvió a Lona, y continuó:

- Naturalmente, no habrá más que una mujer en el Refugio. Será usted, Lona vivirá...

Lona se levantó, pero antes de que tuviese tiempo de hablar, una voz se le adelantó:

- Escuche, Coban, aquí están los test de Lona número 2. Todas las condiciones exigidas, presentes al máximum, pero metabolismo en evolución y hormono-equilibrio trastocado; Lona número 2 está encinta de dos semanas.

- ¿Lo sabía usted? - preguntó Coban.

- No - dijo Lona-, pero lo esperaba. Nos habíamos sacado las llaves la tercera noche de primavera.

- Lo siento por usted - dijo Coban separando las manos-. Esto la elimina. El hombre y la mujer colocados en el Refugio estarán colocados en hibernación en el frío absoluto. Es posible que su embarazo dañe el éxito de la operación. No puedo tomar ese riesgo. Vuélvase a su casa. Le pido guardar secreto durante un día sobre lo que he dicho, aun con vuestro Designado. En un día, todo se habrá producido.

- Me callaré - contestó Lona.

- La creo - dijo Coban-. El ordenador la ha definido así; sólida, lenta, muda, defensiva, implacable.

Hizo una señal a los dos guardias de verde que estaban cerca de la puerta. Se apartaron para dejar salir a Lona. Él se dio vuelta hacia Eléa.

- Será entonces usted - le dijo.

Eléa se sintió convertirse en un bloque de piedra. Luego su circulación se restableció con violencia, y su cara enrojeció. Se esforzó por conservar la calma. Oyó de nuevo a Coban:

- El ordenador la ha definido aquí: equilibrada, rápida, obstinada, ofensiva, eficaz.

Ella se sintió de nuevo capaz de hablar. Atacó:

- ¿Por qué no dejó entrar a Paikan? No iré sin él a vuestro Refugio.

- El ordenador ha elegido las mujeres por su belleza y su salud, y por supuesto también por su inteligencia. Ha elegido los hombres por su salud y su inteligencia, pero ante todo por sus conocimientos. Es preciso que el hombre que vuelva a salir del Refugio dentro de algunos años, puede ser que dentro de un siglo o dos, sea capaz de comprender todo lo que está impreso sobre las bobinas, y aún, si fuera posible, saber más que ellas. Su papel no será solamente el de hacer hijos. El hombre que ha sido elegido debe ser capaz de hacer renacer el mundo. Paikan es inteligente, pero sus conocimientos son limitados. No sabría ni aún interpretar la ecuación de Zoran.

- Entonces, ¿quién es el hombre?

- El ordenador ha elegido cinco, como para las mujeres.

- ¿Quién es el número uno?

- Soy yo - dijo Coban.

Librodot

- Enisorai, era ya usted - dijo Leonova a Hoover-. Ustedes eran ya los americanos puercos, los imperialistas tratando de tragarse al mundo entero y sus accesorios.

- Mi encanto - dijo Hoover-, nosotros, americanos de hoy día, no somos más que europeos desplazados, vuestros primitos de viaje... Me gustaría que Eléa nos muestre un poco cómo era la jeta de los primeros ocupantes de América. Hasta ahora no hemos visto más que Gondas. En la próxima sesión, le pediremos a Eléa que nos muestre a Enisores.

Eléa le mostró a Enisores. Ella había ido con Paikan en viaje a Diédohu, la capital de Enisorai central, para la fiesta de la Nube. Sacó para ellos las imágenes de su memoria.

Llegaron con Eléa en un aparato de larga distancia. En el horizonte, una cadena de montañas gigantescas escalaban el cielo. Cuando estuvieron más cerca, vieron que la montaña y la ciudad no hacían más que uno.

Construida en enormes bloques de piedra, la ciudad se acercaba a la montaña, la recubría, la sobrepasaba, tomaba apoyo sobre ella para proyectar hacia lo alto su lanza terminal: el monolito del Templo, cuya cúspide se perdía en una nube eterna.

Vieron a los Enisores trabajar y divertirse. Las necesidades de la población eran tan considerables y su crecimiento tan rápido, que, aun en ese día de la Fiesta de la Nube, no podían parar de edificar. Sin cesar, incansablemente como hormigas, los constructores agrandaban la ciudad, tallaban calles, escaleras y plazas en los flancos todavía vírgenes de la montaña, edificaban murallas, casas y palacios. No utilizaban más herramientas que sus manos. Llevaban sobre el pecho, colgada de un collar de oro, la efigie de la serpiente llama, símbolo enisor de la energía universal. No era solamente un símbolo, sino sobre todo un trasformador. Le daba al que lo usaba, el poder de dominar muy sencillamente con sus manos todas las fuerzas naturales.

Sobre la pantalla grande, los sabios de EPI, vieron los constructores enisores levantar sin esfuerzo bloques rocosos que debían pesar toneladas, posarlos unos sobre otros, ajustarlos entre sí, darles forma, modificarlos, centrarlos con el filo de la mano, alisarlos con la palma, como si fuera masilla. Entre las manos de los constructores, la materia se tomaba imponderable, maleable, dócil. En cuanto dejaban de tocarla, la piedra recobraba su dureza y su masa de piedra.

Los extranjeros invitados a la Fiesta de la Nube no estaban autorizados a aterrizar. Sus máquinas debían quedarse en la estación aérea en las inmediaciones de Diédohu. Sus filas curvas en distintas alturas componían en el cielo como las gradas multicolores de un extraño circo colocado sobre el vacío. Frente a ellos se levantaba el Templo, cuya flecha, construida de un solo bloque de piedra, más alto que los rascacielos de la América contemporánea, hundía su punta en la Nube. Una escalera monumental tallada en su masa, la circundaba en espiral. Sobre esta escalera, desde hacía horas, una muchedumbre subía hacia la cúspide del Templo. Subía lentamente, con su propia gravedad pesando sobre sus músculos, mientras que en todos los otros lugares, en las calles y las escaleras de la ciudad, los enisores se desplazaban con una soltura y una velocidad que revelaba su dominio de la gravedad. La muchedumbre de la escalera, componía, por el conjunto colorido de sus vestimentas, la efigie de la serpiente-IIama. La cabeza de la serpiente ondulaba sobre la escalera, a la izquierda, a: la derecha, y seguía subiendo. Su cuerpo continuaba enrollándose en los escalones alrededor de la Flecha. Debía componerse de varios centenares de miles de personas, quizá su número pasaba del millón.

Librodot

Por las aberturas del aparato entraba la música que ritmaba los movimientos de la serpiente. Era una especie de lento jadeo que parecía emanar de la montaña y de la ciudad, y que la muchedumbre, la de la Flecha, la de las escaleras y de las calles, la que subía, la que miraba, la que trabajaba, acompañaba con profundos sonidos de su garganta, manteniendo la boca cerrada.

Cuando la cabeza de la serpiente alcanzó la Nube, el sol se hundía detrás de la montaña: la cabeza de la serpiente entró en la Nube con el crepúsculo. La noche cayó en pocos minutos. Reflectores, instalados en toda la ciudad, iluminaron la Flecha y el gentío que la rodeaba. El ritmo de la música y el canto se aceleró y la flecha comenzó a moverse, a menos que fuera la Nube. Se vio a la Flecha hundirse en la Nube o la Nube hundirse sobre la Flecha, retirarse, volver a comenzar, de más en más rápidamente, como por un inmenso acoplamiento de la Tierra y del Cielo.

El jadeo de la música se aceleró, aumentó de potencia, golpeaba los aparatos estacionados en el cielo como olas y dislocaba sus alineamientos. En el suelo todos los trabajadores abandonaban su trabajo. En los palacios, en las casas, en las calles, sobre las plazas los hombres se acercaban a las mujeres y las mujeres a los hombres, por casualidad, simplemente porque eran los más cercanos a ellos, y sin saber si eran bellos o feos, viejos o jóvenes o quienes eran, se agarraban y se abrazaban, se acostaban ahí mismo en el lugar en que se encontraban, entraban juntos en el ritmo único que sacudía a la montaña y a la ciudad. La Flecha penetró entera en la Nube, hasta su base. La montaña se resquebrajó, la ciudad se solivió, liberada de su peso, pronta a hundirse en el cielo hasta el infinito. La Nube llameó. Estalló en truenos de cataclismos, luego se apagó y se retiró. La ciudad pesó de nuevo sobre la Montaña. La Flecha estaba desnuda. No había ya nadie sobre la gran escalera de piedra. Todas las parejas acostadas se desunían y se separaban. Hombres y mujeres se levantaban alelados y se separaban. Otros se dormían sobre el mismo lugar. Durante algunos instantes de una brevedad sofocante, habían participado todos juntos del mismo placer cósmico. Cada uno de ellos había sido toda la Tierra, cada uno de ellas el Cielo. Era así una vez por año, en todas las ciudades de Enisorai. Durante el resto de los días y las noches, los hombres enisores no se acercaban a las mujeres.

Los sabios de EPI interrogaron a Eléa. ¿Qué se había hecho toda la multitud de la escalera?

- La Flecha se dio a la Nube - dijo Eléa-. La Nube se dio a la Energía Universal. Todos los y las que la componían eran voluntarios. Habían sido elegidos desde su infancia, sea porque presentaran alguna deficiencia de la mente o del cuerpo, aún ínfima, sea, al contrario, porque eran más inteligentes, más fuertes, más bellos que la medianía de los enisores. Criados en función de ese sacrificio, habían aprendido a desearlo con todo su cuerpo y todo su espíritu. Tenían derecho a sustraerse a ello, pero un número muy pequeño usaba de ese derecho. Así, la raza enisora se mantenía en una calidad de nivel constante. Pero ese sacrificio, sin embargo, no bastaba para compensar la natalidad que provocaba. Durante la fiesta de la Nube, eran concebidos veinte veces más enisores que los que perecían sobre todas las Flechas del Continente.

- Pero - dijo Hoover-, todas esas buenas mujeres debían parir todas el mismo día.

- No - contestó Eléa-, el tiempo de la gestación, en Enisorai, variaba de una a tres estaciones, según el deseo de la madre y según su edad. Como usted lo habrá visto

no había Designación, por lo tanto nada de parejas, nada de familias. Los hombres y las mujeres vivían mezclados, en estado de igualdad absoluta de derechos y de deberes, en los

Palacios comunes o en las casas individuales, como lo deseaban. Los niños eran criados por el Estado. No conocían a su madre, y por supuesto, menos a su padre.

A pesar de que el aparato se mantuviese lejos por encima de la muchedumbre a través de su ventana más próxima, los sabios habían podido ver en detalle un gran número de caras de enisores. Tenían todos el pelo negro y lacio, los ojos oblicuos, los pómulos salientes, la nariz aguileña arriba y aplastada abajo. Eran indiscutiblemente los antepasados comunes de los mayas, los aztecas, y los otros indios de América, y quizá también de los japoneses y los chinos, y de todas las razas mongoloides.

- ¡Ahí están, vuestros imperialistas! - dijo Hoover a Leonova.

Suspiró, luego agregó:

- Espero que nos guardarán menos rencor ahora, por haber tratado un poco duramente a sus descendientes.

- No es la vida lo que usted quiere salvar, sino la suya - dijo Eléa-. Y ha hecho buscar por el Ordenador las cinco mujeres más bellas del continente, para elegir la que lo acompañará.

- Mire - dijo Coban con una gravedad triste-, a la que hubiese elegido de salvar conmigo si hubiese creído tener el derecho de hacerlo...

Activó un haz de ondas. Encima de la mesa apareció la imagen de una niñta que se parecía extraordinariamente a Coban. De rodillas sobre un cuadro de césped cerca del lago de la Novena Profundidad, ella acariciaba un cervatillo de ojos pintados. Largos cabellos negros como de varoncito caían sobre sus hombros desnudos. Sus brazos gráciles se anudaban alrededor del cuello del animal que le mordisqueaba las orejas.

- Es Doa, mi hija - dijo Coban-, tiene doce años, y está sola. - Todas las chicas de su edad tienen desde hace tiempo un compañero. Pero ella está sola... Porque es como yo, una no-designada. El ordenador no ha podido encontrarme una compañera que me hubiese soportado y que no me hubiese irritado por la lentitud de su espíritu. Una cierta vivacidad de las facultades mentales condena a la soledad. He vivido algunos período, con viudas, con separadas. con no-designadas también. La madre de Doa era una de ellas. Su inteligencia era grande, pero su carácter atroz. El Ordenador no ha querido agobiar a ningún hombre con ella. A causa de su inteligencia, y de su belleza le pedí que me hiciera un niño. Aceptó con la condición de quedarse al lado mío para criarla. Lo creí posible. Nos hemos sacado nuestras llaves. Algunos días después tuvimos que separamos. Era bastante inteligente para comprender que no podía encontrar la felicidad al lado de nadie, ni aun de su criatura. Cuando nació, ella me la envió.

Era Doa...

"Doa, a su vez, ha recibido del Ordenador una respuesta negativa. Su carácter es muy dulce, pero su inteligencia es superior a la mía. No encontrará su igual en ninguna parte. Si vive...

La voz de Coban se ahogó. Borró la imagen.

- ¿No cree usted que amo a Doa por lo menos tanto como usted quiere a Paikan? ¿No cree que si yo obedeciese a motivos egoístas, es a ella a quien encerraría en el Refugio? ¿O que me quedaría, cerca de ella abandonando con alegría mi lugar al número 2? Pero conozco al número 2, sé lo que valen sus conocimientos y lo que valen los míos. El Ordenador ha tenido razón de designarme. No se trata ya de amor, ni de sentimientos ni de nosotros mismos. Estamos frente a un deber que nos sobrepasa. Tenemos, usted y yo, que preservar la vida universal rehacer el mundo.

- Escúcheme bien Coban - dijo Eléa-, me importa poco del mundo, de la vida, de la de los hombres y de la del universo. Sin Paikan, no hay más universo, no hay más vida. Deme a Paikan en el Refugio, y yo os bendeciré hasta el fondo de la Eternidad.

- No puedo - respondió Coban.

- Deme a Paikan! ¡Quédese junto a su hija! ¡No la deje morir sola, abandonada por usted!

- No puedo - dijo Coban a media voz.

Su rostro expresaba a la vez su resolución y su infinita tristeza. Este hombre estaba al final de un combate que lo dejaba destrozado, pero su resolución estaba tomada, una vez por todas, No había podido construir un Refugio más grande. El gobierno, totalmente absorbido por Gonda 1 y el monstruo colosal que se agazapaba en él, se había desinteresado del proyecto de Coban, lo había dejado proceder pero se había rehusado a ayudarlo. Era la Universidad sola la que había hecho el Refugio. Esta fabricación, este alumbramiento había movilizado todo su poder energético, todos los recursos de sus máquinas, de sus laboratorios y de sus créditos. Era el fruto único de una planta enorme. No contendría más que dos semillas, una tercera lo condenaría a perecer. Aún pequeña. Aún Doa. No podía cobijar más que a un hombre y una mujer.

- ¡Entonces tome otra mujer! - gritó Eléa-. ¡Hay millones!

- No - dijo Coban-, no hay millones, había cinco, y no queda más que usted... El Ordenador la ha elegido porque es excepcional. ¡No, no otra mujer, y no otro hombre, es usted y yo! No hablemos más, le ruego, está decidido.

- Usted y yo - dijo Eléa.

- Usted y yo - contestó Coban.

- Lo odio - dijo Eléa.

- Yo no la amo - contestó Coban-. Eso importa poco.

- Escuche, Coban - dijo una voz-, el presidente Lokan quiere hablarle y verlo.

- Lo escucho y lo miro - dijo Coban.

La imagen de Lokan surgió en un rincón de la pieza. Coban la desplazó, para que hiciera frente, del otro lado de la mesa. Lokan parecía agobiado por la angustia.

- Escuche, Coban - dijo-. ¿Dónde están sus enviados para tomar contacto con los hombres del Distrito del Conocimiento de Enisor?

- Espero un informe de un momento a otro.

- ¡No se puede esperar más! ¡No se puede! Los enisores bombardean nuestras guarniciones de Marte y de la Luna con bombas nucleares. Las nuestras están en marcha y vamos a retrucarles. Pero, por atroz que sea, aún no es nada. El ejército de invasión enisor esta saliendo de sus montañas huecas y emplazándose en sus bases de partida. ¡Dentro de algunas horas, va a caer sobre Gondawa! ¡Al primer despegue señalado por nuestros satélites, yo desencadeno la puesta en marcha del Arma Solar! ¡Pero soy como usted, Coban, le tengo miedo a este horror! ¡Puede ser que haya todavía tiempo de salvar la Paz! El gobierno enisor sabe que el envío de su ejército significará la muerte de su pueblo. Pero, o le importa poco, o bien espera destruir el Arma antes de su despegues ¡Kutiyu está loco! ¡Solamente la gente del Distrito puede ensayar de convencerlo, o de derrocarlos! ¡No hay más que la mitad de un instante para perder, Coban! ¡Le suplico trate de entrar en contacto con ellos!

- No puedo alcanzarlos directamente. Voy a llamar a Partao, en Lamoss.

La imagen del presidente se borró. Coban hundió su llave en una placa.

- Oigan - dijo-, quiero ver y oír a Partao, en Lamoss,

- Partao en Lamoss - dijo una voz-. Llamo.

Coban explicó a Eléa:

- Lamoss es el único país que quedará neutral en este conflicto. Por una vez no tendrá mucho tiempo para aprovechar de ello... Partao es el jefe de la Universidad Lamo. Es él, mi contacto con la gente del Distrito.

Partao apareció y le dijo a Coban que se había puesto en contacto con Soutaku en el Distrito.

- Ya no puede hacer nada... está desamparado. Lo va a llamar directamente.

Una imagen macilenta se encendió al lado de la de Partao. Era Soutaku.. en toga y gorro redondo de profesor. Tenía el aire de un trastornado, hablaba haciendo gestos, se golpeaba el pecho y mostraba con un dedo tenso a alguna cosa o alguien a lo lejos. No se oía una palabra de lo que decía, superficies de colores cambiantes cortaban su imagen en trozos, temblaban, se juntaban, se separaban. Luego desapareció.

- No puedo decirle nada más - dijo Partao-. ¿Quizá buena suerte?...

- Esta vez - contestó Coban-, no habrá suerte para nadie.

Llamó a Lokan y lo puso al corriente. Lokan le pidió que fuera a juntarse con él al Consejo que iba a reunirse.

- Vengo - contestó Coban.

Se volvió hacia Eléa, que había asistido a la escena sin decir una palabra, sin hacer un gesto.

- Ya está - dijo con voz glacial-, ahora sabe adonde estamos. No hay lugar para los sentimientos. Entraremos esta noche en el Refugio. Mis asistentes la van a preparar. Recibirá, entre otros cuidados, la única dosis existente del suero universal. Ha sido sintetizado, molécula por molécula, en mi laboratorio personal, desde hace seis meses. La dosis precedente, soy yo quien la ha probado. Estoy listo, si por milagro no sucediese nada, habrá obtenido de ser la primera en disfrutar de la juventud eterna. En ese caso le prometo que la dosis siguiente será para Paikan. El suero le permitirá pasar sin inconvenientes al través del frío absoluto. La voy a confiar a mis hombres.

Eléa se levantó y corrió hacia la puerta. Golpeó a un guardia en la sien, con un golpe terrible de su mano izquierda cerrada. El hombre cayó. El otro asió la muñeca de Eléa y se la sujetó fuertemente en la espalda.

- ¡Lárguela! - gritó Coban-. ¡Les prohibo de tocarla! Les haga lo que les haga.

El guardia la soltó. Ella se precipitó hacia la puerta. Pero ésta no se abrió.

- Eléa - dijo- Coban-, si usted acepta el tratamiento sin debatirse, sin tratar de huir le autorizaré a volver a ver a Paikan antes de entrar en el Refugio. Ha sido llevado a la Torre y está informado de lo que ha sido de usted. Espera noticias suyas. Le he prometido que la volvería a ver. Si usted protesta, si se debate, corre el riesgo de comprometer su preparación, la hago anestesiar, y no lo volverá a ver jamás.

Eléa lo miró un momento en silencio, respiró profundamente para retomar el control de sus nervios.

- Puede hacer venir a sus hombres, no me moveré más. Coban apoyó sobre una placa. Una parte del tabique se corrió, descubriendo un laboratorio ocupado por guardias y ayudantes de laboratoristas entre los cuales Eléa reconoció al jefe del laboratorio que los habla recibido.

El hombre le indicó una silla frente a él.

- Venga - dijo.

Eléa se adelantó hacia el laboratorio. Antes de dejar el escritorio de Coban, se volvió hacia él.

- Lo odio - dijo ella.

- Cuando salgamos del Refugio sobre la Tierra muerta - le contestó Coban-, no habrá ni odio ni amor. No habrá más que nuestro trabajo...

Ese día Hoi-To había bajado dentro del Huevo con el material fotográfico que acababa de recibir del Japón, en particular reflectores con luz coherente por medio de los cuales esperaba poder iluminar la Sala del Motor, al través de la loza trasparente, y fotografiarlo.

Al pararse el motor del frío se había apagado, y la Sala por encima de la loza era ahora un bloque de oscuridad. La temperatura había subido rápidamente, la nieve y la escarcha se habían fundido, el agua había sido aspirada, la pared y el suelo secados con aire caliente.

Mientras que, los ayudantes colgaban los reflectores en trípodes bajos, Hoi-To, maquinalmente miraba alrededor suyo. La superficie de la pared le pareció extraña. No estaba pulida, tampoco era mate, sino como tornasolada. Pasó sobre ella sus dedos sensibles, luego las uñas. Éstas rechinaron.

Hizo dirigir un reflector sobre la pared, una luz rajante; miró con una lupa, improvisó una especie de microscopio con un teleobjetivo y lentejuelas. No le quedó más duda: la superficie de la pared estaba grabada con innumerables estrías, Y cada una de esas estrías era una línea de escritura gonda. Las bobinas de lectura, en la sala de los alvéolos habían estado descompuestas por el tiempo, pero la pared del Huevo, enteramente impresa con signos microscópicos, representaba el equivalente de una biblioteca considerable.

Hoi-To tomó inmediatamente algunos clisés, con ampliación máxima, en diferentes puntos de la pared, alejados los unos de los otros. Una hora más tarde él los proyectaba sobre la pantalla grande. Lukos, muy excitado, identificó los fragmentos del relato histórico y de los tratados científicos, una página de diccionario, un poema, un diálogo que era quizá una pieza de teatro o una discusión filosófica.

La pared del Huevo parecía ser una verdadera enciclopedia de los conocimientos de Gondawa.

Uno de los clisés proyectado constaba de numerosos signos aislados, en los cuales Lukos reconoció símbolos matemáticos. Rodeaban al símbolo de la ecuación de Zoran.

Eléa se despertó acostada sobre una alfombra de piel. Descansaba sobre un lecho suave y tibio posado sobre la nada, ella flotaba en un estado de relajación total.

Había sido examinada de pies a cabeza, pesada casi a la precisión de una célula, alimentada, dada de beber, masajeada, compensada, acunada hasta no ser más que un cuerpo con el peso exactamente buscado, y de una pasividad perfecta.

Luego Coban que había vuelto, le había explicado el mecanismo de cierre y de abertura del Refugio, al mismo tiempo que le administraba él mismo, en forma de humo para respirar, de aceite sobre su lengua, de neblina en sus ojos, de largas modulaciones de infrasonidos sobre las sienes los diversos elementos del suero universal. Ella había sentido una energía nueva, luminosa, invadir todo su cuerpo, limpiarlo de sus últimos repliegues de lasitud, llenarla hasta la piel con un impulso igual al de los bosques en la primavera. Se habla sentido ponerse dura como un árbol, fuerte como un toro, en equilibrio como un lago. La fuerza, el equilibrio y la paz la hablan conducido irresistiblemente al sueño.

Se había dormido en el sillón del laboratorio, acababa de abrir los ojos sobre esta alfombra, en una pieza redonda y desnuda. La única puerta se encontraba frente. a ella. Delante de la puerta un guardia vestido de verde, sentado sobre un cubo, la miraba. Tenía agarrados con la punta de los dedos un objeto en vidrio hecho de delgados tubos estrelazados en volutas complicadas. Los tubos frágiles estaban llenos de un líquido verde.

- Puesto que ya no duerme - dijo el guardia-, le prevengo: si usted trata de salir a la fuerza, abro los dedos, esto se cae y se destroza, y usted duerme como una piedra.

Librodot

Ella no respondió. Ella lo miraba. Movilizaba todos los recursos de su inteligencia hacia un solo objetivo, salir y reunirse con Paikan.

El guardia era grande, ancho de hombros, corpulento. Sus cabellos trenzados tenían color de bronce nuevo. Estaba en cabeza y sin armas. Su pescuezo era casi tan ancho como su cara maciza. Constituía un serio obstáculo frente a la única puerta. Al final de su brazo musculoso, en su mano ruda, tenía este objeto infinitamente frágil, obstáculo aún más serio.

- Escuche, Eléa -dijo una voz-, Paikan pide verla y hablarle. Nosotros se lo permitimos.

La imagen de Paikan se alzó entre ella y el guardia. Eléa saltó sobre sus pies.

- ¡Eléa!

- ¡Paikan!

Estaba de pie en la cúpula de trabajo. Ella veía cerca de él un fragmento de la tableta y la imagen de una nube.

- ¡Eléa! ¿Dónde estás? ¿Dónde vas? ¿Por qué me dejas?

- ¡He rehusado, Paikan! ¡Soy tuya! ¡No soy de ellos! ¡Coban me ha obligado! ¡Me retienen!

- ¡Vengo a buscarte! ¡Destrozaré todo! ¡Los mataré! Blandió su mano izquierda, hundida en el arma.

- ¡Tú no puedes! ¡No sabes dónde estoy!

- Yo tampoco lo sé! ¡Espérame, volveré a ti! ¡Por todos los medios!

- Te creo, te espero - dijo Paikan.

La imagen desapareció.

El guardia siempre sentado miraba a Eléa. De pie en el centro de la pieza redonda, ella lo miraba y lo evaluaba.

Dio un paso hacia él. Él agarró la máscara que tenía colgada del cuello y se la colocó sobre la nariz.

- ¡Cuidado! - dijo con voz gangosa.

Movió con precaución, el entrelazamiento frágil de los tubos de vidrio.

- Te conozco - dijo ella.

La miró con sorpresa.

- Tú y tus semejantes los conozco. Son simples, son valientes. Hacen lo que les mandan, no se les explica nada.

Ella hizo deslizarse el extremo de la cinta azul que le envolvía el busto, y comenzó o desenrollaría.

- Coban no te ha dicho que vas a morir...

El guardia esbozó una sonrisa. Era guardia, estaba en las Profundidades, no creía en su propia muerte.

- Va a haber una guerra y no quedarán sobrevivientes. Tú sabes que digo la verdad, vas a morir. Ustedes van a morir todos, excepto Coban y yo.

El guardia supo que esta mujer no mentía. No era de las que se rebajan a mentir, cualquiera sean las circunstancias. Pero debía estar equivocada, hay siempre sobrevivientes. Los otros se mueren, yo no.

Ahora su talle estaba desnudo, y ella comenzaba a desatar la banda en diagonal de la cintura al hombro.

- Todo el mundo va a morir en Gondawa. Coban lo sabe. Ha construido un Refugio que nada puede destruir, para encerrarse. Ha encargado al Ordenador de elegir la mujer que encerrará con él. Esa mujer soy yo. ¿Sabes por qué el Ordenador me ha elegido entre millones? Porque soy la más bella. Tú no has visto más que mi cara. Mira...

Ella desnudó su seno derecho. El guardia miró esta carne maravillosa, esta flor y esta fruta, y sintió el ruido de la sangre golpeando en sus oídos.

- ¿Me deseas? - dijo Eléa.

Continuaba lentamente de descubrir su busto. Su seno izquierdo estaba todavía rodeado a medias por el género.

- Sé qué clase de mujer te ha elegido el Ordenador. Pesa tres veces mi peso.

- Una mujer como yo no has visto nunca...

La banda entera se deslizó al suelo, descubriendo el seno izquierdo. Eléa dejó colgar sus brazos a lo largo de su cuerpo, las palmas de la mano medio vueltas hacia adelante, los brazos un poco separados, ofreciendo su busto desnudo, el esplendor de sus senos proporcionados, llenos, suaves, gloriosos.

- Antes de morir, ¿me deseas?

Levantó la mano izquierda, y de un solo movimiento hizo caer la vestimenta que le cubría las caderas.

El guardia se levantó, dejó sobre el cubo el temible, frágil, amenazador objeto de vidrio, se arrancó la máscara y la túnica. Conjunto perfecto de músculos equilibrados y poderosos, su torso desnudo era magnífico.

- ¿Tú eres de Paikan? - dijo.

- Le he prometido: por todos los medios.

- Te abriré la puerta y te conduciré afuera. Él se sacó el faldón. Estaban de pie, desnudos uno frente al otro. Ella retrocedió lentamente, y cuando tuvo la alfombra bajo sus pies se puso de cuclillas y se acostó. Él se acercó, poderoso y pesado, precedido por un deseo soberbio. Él se acostó sobre ella y ella se abrió.

Ella lo sintió presentarse, anudó sus pies en las caderas de él y lo aplastó sobre ella. Él entró como una biela. Ella tuvo un espasmo de horror.

- ¡Soy de Paikan! - dijo.

Ella le hundió sus dos pulgares a la vez en las carótidas. Él se sofocó y se retorció. Pero ella era fuerte como diez hombres, y lo tenía sujeto con sus pies anudados, con sus rodillas, con sus codos, y sus dedos hundidos en sus cabellos trenzados. Y sus pulgares inexorables, endurecidos como el acero por la voluntad de matarlo, privaba a su cerebro de la menor gota de sangre.

Fue una lucha salvaje. Enlazados, anudados el uno al otro y en el otro, rodaban por el suelo en todas las direcciones. Las manos del hombre se aferraban a las manos de Eléa y tiraban, trataban de arrancar la muerte de su cuello. Y su bajo vientre quería vivir todavía, vivir todavía un poco, vivir lo suficiente como para ir hasta el final de su placer. Sus brazos y su torso luchaban por sobrevivir, y sus caderas y sus muslos luchaban, se apresuraban para ganarle de mano a, la muerte en velocidad, para gozar, gozar antes de morir.

Una Convulsión terrible lo puso tieso. Se hundió hasta el fondo de la muerte enganchada alrededor suyo y vació en un goce fulgurante, interminablemente toda su vida. La lucha terminó. Eléa esperó que el hombre se volviese ante ella pasivo y pesado como una bestia muerta. Entonces retiró sus pulgares hundidos en la carne blanda. Las uñas estaban llenas de sangre. Abrió sus piernas crispadas y se deslizó fuera del peso del hombre. Ella jadeaba de asco. Hubiese querido darse vuelta como un guante y lavar todo el interior de sí misma hasta los cabellos. Recogió la túnica del guardia, se restregó la cara, el pecho, el vientre, la tiró sucia, y se vistió rápidamente.

Se aplicó la máscara sobre la nariz, tomó la frágil construcción de vidrio y con precaución empujó la puerta. Ésta se abrió.

Ella daba sobre el laboratorio donde Eléa había recibido la preparación. El jefe y los dos ayudantes de laboratorio estaban inclinados sobre una mesa. Un guardia armado estaba, le pie frente a una puerta. Fue el primero en ver a Eléa. Dijo:

- ¡Cuidado!

Levantó la mano para ponerse su máscara.

Ella tiró el objeto de vidrio a sus pies. Se quebró sin ruido. Instantáneamente, la pieza se llenó de una bruma verde. El guardia y los tres hombres en vestidura color salmón se desplomaron sobre sí mismos.

Lea fue hacia la puerta y tomó las armas del guardia.

No soy un adolescente romántico. No soy una bestia congestionada gobernada por su estómago y su sexo. Soy razonablemente razonable, sentimental y sensual y capaz de dominar mis emociones e instintos. He podido soportar rápidamente la visión de tu vida, la mas íntima, he podido ver este bruto acostarse sobre ti, entrar en las maravillas de tu cuerpo. Lo que me ha trastornado es lo que he leído sobre tu rostro.

Hubieses podido no matar a ese hombre. Te había dicho que te acompañaría afuera. No puede ser que mintiera, pero no era para asegurar tu huida que lo has muerto, es porque estaba en tu vientre y no lo podías soportar. Lo has muerto por amor a Paikan. Amor. Esa palabra que la traductora utiliza porque no encuentra el equivalente del vuestro, no existe en vuestra lengua. Después de que te he visto vivir al lado de Paikan, he comprendido que era una palabra insuficiente. Nosotros decimos "la amo", lo decimos de la mujer pero también de la fruta que comemos, de la corbata que hemos elegido, y la mujer lo dice de su lápiz labial. Dice de su amante "es mío"... tú dices lo contrario: "yo soy de Paikan" y Paikan dice: "soy de Eléa". Tú eres de él, tú eres parte de ¿conseguiré alguna vez desligarte? Trato de interesarte en nuestro mundo, te he hecho escuchar Mozart y Bach, te he mostrado fotografías de París, Nueva York, de Brasilia, te he hablado de la historia de los hombres, de la que conocemos y es nuestro pasado, tan breve al lado de la duración inmensa de tu sueño. Fue, en vano.

Escuchas, miras, pero nada te interesa. Estás detrás de un muro. No tocas nuestro tiempo. Tú pasado te ha seguido en el consciente y en el subconsciente de tu memoria. No piensas mas que en sumergirte en él, en volverlo a encontrar, en revivirlo. El presente para ti es él.

Un aparato veloz de la Universidad se había posado sobre la pista de aterrizaje de la Torre. Los guardias que habían bajado de él registraban el departamento y la cúpula. Sobre la terraza, cerca del árbol de seda, Coban hablaba con Paikan. Acababa de explicarle por qué tenía necesidad de Eléa, y anunciarle su evasión.

- ¡Ha destruido todo lo que le impedía pasar, hombres, puertas y paredes! He podido seguir su rastro como el de un proyectil hasta la calle, donde se ha tornado un transeúnte libre.

Los guardias interrumpieron a Coban para hacerle saber que Eléa no estaba ni en el departamento ni en la cúpula. Les ordenó registrar la terraza.

- Dudo mucho de que esté allí - le dijo a Paikan-. Ella sabía que yo venía derecho hacia aquí. Pero yo sé que ella no tiene más que un deseo: reunirse con usted. Vendrá o le haré saber dónde está, para que se junte con ella. Entonces la agarraremos de vuelta. Es inevitable. Pero vamos a perder mucho tiempo. Si ella lo llama, hágale comprender, dígale de volver a la Universidad...

- No - contestó Paikan.

Coban lo miró con gravedad y tristeza.

- Usted no es un genio, Paikan, pero es inteligente. Y usted es de Eléa.

- Soy de Eléa - dijo Paikan.

- Si ella entra en el refugio, vivirá. Si ella no entra, morirá. Ella es inteligente y resuelta. El Ordenador ha hecho una buena elección, acaba de probarlo. Puede ser que a pesar de nuestra

vigilancia consiga reunirse con usted. Entonces le toca a usted convencerla de que debe volver junto a mí. Conmigo vivirá; con usted morirá. En el Refugio, es la vida. Fuera del refugio, es la muerte dentro de algunos días, quizá algunas horas. ¿Qué prefiere? ¿Que viva sin usted, o que muera con usted?

Estremecido, torturado, furioso, Paikan gritó:

- ¿Por qué no elige otra mujer?

- Ya no es posible. Eléa ha recibido la única dosis disponible del suero universal. Sin ese suero, ningún organismo humano podría atravesar el frío absoluto sin sufrir graves daños, y quizá perecer.

Los guardias vinieron a decirle a Coban que Eléa no estaba en la terraza.

- Está en algún lado en esta proximidad, espera que nos hayamos ido - dijo-. La Torre quedará bajo vigilancia. Ustedes no se pueden reunir sin que lo sepamos. Pero si por milagro consiguieran hacerlo, acuérdese que tiene la elección entre su vida y su muerte...

Coban y los guardias volvieron al aparato que se elevó algunos centímetros por encima de la pista de aterrizaje, dio vuelta sobre el mismo lugar y se alejó con la máxima aceleración.

Paikan se acercó a la rampa y miró en el aire. Un aparato con la ecuación de Zoran estampada describía círculos lentos alrededor de la vertical de la Torre.

Paikan activó la pantalla de proximidad y la dirigió hacia las casas de recreo apoyadas en el suelo alrededor de la Torre.

Por todos lados vio caras de guardias que lo miraban al través de sus propias pantallas.

Entró en el departamento, abrió el ascensor. Un guardia estaba de pie en la cabina. Cerró la puerta, rabioso, y subió a la cúpula. Se plantó en medio de la pieza trasparente, miró al cielo puro donde el aparato de la Universidad seguía girando lentamente, levantó los brazos en cruz, los dedos separados, y empezó a hacer los gestos anunciadores de la tempestad.

Frente a él, bastante alto, una pequeña nube blanca inflada nació en el azul del cielo. Un poco por todos lados en el cielo de la Torre nacieron pequeñas nubecillas blancas encantadoras, que trasformaban el cielo en un gran prado florido. Rápidamente, se desarrollaron y se juntaron, no formaron más que una masa que se espesó y volvióse negra, y se puso a dar vueltas sobre sí misma bramando truenos prisioneros. El viento curvó los árboles de la terraza, alcanzó el suelo, aulló desgarrándose sobre las ruinas y sacudió las casas de recreo.

La cara del jefe de servicio apareció sobre la tableta. Parecía enloquecido.

- ¡Escuche Paikan ¿Qué sucede allí? ¿Qué es este tornado? ¿Qué está haciendo? ¿Se ha vuelto loco?

- No hago nada - dijo Paikan-. ¡La cúpula está bloqueada! ¡Envíeme el taller, pronto! ¡No es más que un tomado, pero se va a volver un ciclón! ¡Apúrese! El jefe de servicio escupió palabras desagradables y desapareció.

La nube que remolineaba se había vuelto verde, con bruscas iluminaciones interiores púrpuras o lilas. Un ruido aterrador, continuo, bajaba hacia la tierra, el ruido de mil truenos contenidos. Un haz de relámpagos perforó la superficie y golpeó el aparato de la Universidad, que desapareció en una llama.

En el estrépito que se oyó y que estremeció la Torre, Paikan bajó corriendo al departamento, y en la terraza se sumergió en la piscina.

Eléa estaba allí, hundida en la arena, la cara recubierto con la máscara y disimulada bajo las algas. Vio llegar a Paikan que le hacía señas. Surgió entonces de su escondite, y subió con él a la superficie. Trombas de agua caían de la nube, llevadas por un viento arremolinado que sacudía las casas de recreo sujetas a sus anclas. Una ráfaga se enrolló alrededor de la Torre y trató de arrancarla. La Torre gimió y resistió. El viento barrió el árbol de seda que subió descabellado, hacia la nube, y desapareció en un agujero negro.

Paikan había llevado con él a Eléa hasta la cúpula. La parte baja de la nube la acababa de alcanzar, y se rajaba sobre ella, mezcla de viento aullante, de bruma opaca, de lluvia y de granizo, iluminado por la sucesión de los relámpagos. Ellos acababan de hebillar el cinturón del arma cuando vieron llegar a los del taller, que pegaron sus narices contra un vidrio de la Cúpula. Paikan abrió. Dos reparadores saltaron adentro de la Torre, acompañados por los aullidos y los cañonazos del tornado.

- ¿Qué pasa? - preguntó uno de ellos, espantado.

En vez de contestar, Paikan hundió su mano en el arma, y tiró sobre el Alma de la Cúpula que retumbó, gimió y se aplastó. Agarró rápidamente a Eléa, la proyectó hacia el ángulo del avión taller, saltó detrás de ella y despegó en seguida, mientras que ella con mucho trabajo cerraba el vidrio cónico. El taller desapareció en la espesura de la nube.

Era un aparato pesado, lento, poco manuable, pero que no temía a ninguna especie de huracán. Paikan destrozó la emisora que señalaba constantemente la posición del aparato, giró en la nube que crepitaba alrededor de ellos, y se ubicó en el centro que se desplazaba hacia el oeste, siguiendo el impulso que le había sido dado. La Cúpula aniquilada, se precisaría la intervención de las otras Torres para modificar el curso del tomado y neutralizarlo. Esto le dejaba bastante tiempo para ejecutar el plan que Paikan proponía a Eléa:

La única solución para ellos era dejar Gondawa y alcanzar Lamoss, la nación neutra. Para ello, había que romperla pista, aterrizar, posarse, y tomar un aparato de larga distancia. No podía sacar uno sino del parking, en la ciudad subterránea.

Los aparatos de la Universidad no se atreverían a arriesgarse con un temporal semejante, por temor de ver perturbado su campo de no-gravedad, y de caer como piedras. Pero seguramente hacían una buena vigilancia todo alrededor. Había, pues, que alcanzar el emplazamiento de un ascensor quedándose disimulado por la nube, y protegido por la ronda del rayo.

Paikan hizo bajar a los del taller al límite inferior de la nube. El suelo, barrido por torrentes de lluvia, destellaba a apenas diez altos de hombre, bajo la luz de los relámpagos. Era la gran llanura vitrificada. Los últimos ascensores de Gonda 7 no debían estar lejos. Eléa vio surgir a

Librodot

uno en la bruma. Paikan depositó brutalmente a los del taller. Apena! llegados al suelo, salieron corriendo y apuntaron sobre él sus dos armas a la vez.

El viento aullante llevó su polvo.

Era un ascensor rápido que iba directamente a Ia 5º Profundidad. Eso no tenía mayor importancia, cada Profundidad tenia su parking. Tomaron la cabina de asistencia inmediata. Cuando el ascensor se abrió para dejarlos salir, estaban lavados, secos, peinados, cepillados. Habían pagado con su llave.

En la Avenida del Transporte la muchedumbre parecía a la vez nerviosa y alelada. Imágenes surgían por todos lados para dar las últimas noticias. Había que hundir su llave en la placa-sonido para oír las palabras. Apoyados en la ama elástica de un árbol, sobre la pista de gran velocidad, ellos vieron y oyeron al presidente Lokan hacer declaraciones tranquilizadoras. No, no era la guerra. Todavía no. El Consejo haría todo lo posible para evitarla. Pero a cada ser viviente de Gondawa le rogaban que no se alejara de su puesto de movilización. La nación podía tener necesidad de todos ellos de un momento a otro.

La mayor parte de los gondas, hombres y mujeres, llevan el arma en la cintura y, sin duda, disimulada en alguna parte de su persona, la Semilla negra.

Los pájaros que no conocían las noticias, los pájaros jugaban, silbando de placer. Eléa sonrió y levantó el brazo izquierdo a la vertical por encima de su cabeza, con el puño cerrado, y el índice horizontal. Un pájaro amarillo frenó en pleno vuelo y se posó sobre el dedo tendido. Eléa lo atrajo a la altura de su cara, y lo apoyó contra su mejilla. Era suave y caliente. Ella sentía su corazón latir tan rápidamente que se diría una vibración. Ella le cantó unas palabras de amistad. Él respondió con un silbido agudo, saltó del dedo de Eléa a su cabeza, le dio unos cuantos picotazos en el cabello, aleteó y se dejó llevar por un vuelo de pájaros que pasaba. Eléa posó su mano en la de Paikan.

Bajaron de la Avenida hasta el parking. Era un bosque en abanico. Las ramas de los árboles se juntaban por encima de las filas de aparatos estacionados.

Las pistas convergían hacia la rampa de la chimenea de partida. De la chimenea de llegada, que se abría en el centro del bosque, caían aparatos de todos los tamaños que seguían las pistas de retorno, para conseguir un refugio debajo de las hojas, como animales en reposo después de la carrera.

Paikan eligió uno de dos plazas veloz y de larga distancia, y se sentó en uno de los asientos, Eléa al lado suyo.

Hundió su llave en la placa dé comando, esperando para indicar su destino que la señal azul de la placa se pusiera a guiñar. La señal no se encendió.

- ¿Qué es lo que pasa?

Retiró su anillo de la placa y lo hundió de nuevo.

La señal no respondió.

- Prueba la tuya...

Eléa a su vez hundió la llave en el metal elástico, pero también sin éxito.

- Está averiado - dijo Paikan-. ¡Otro, pronto!...

En el momento que se levantaban para salir, el difusor del aparato se puso a hablar. La voz los petrificó. Era la de Coban.

- Eléa, Paikan, sabemos dónde están. No se muevan más. Los mando buscar. No pueden ir a ninguna parte, he hecho anular sus cuentas en el ordenador central, ya no obtendrán nada más con sus llaves, no les pueden servir para nada, solamente para delatarlos. ¿qué esperan aún? no se muevan, los mando buscar... no tuvieron necesidad de ponerse de acuerdo, saltaron fuera del aparato y se alejaron rápidamente. De la mano atravesaron una pista delante de las narices de un aparato que frenó en seco, y se internaron bajo los árboles. Millares de pájaros cantaban entre las hojas verdes o purpúreas, alrededor de las ramas luminosas. Los sonidos, silbantes, apenas audibles de los motores en ralentí, componían un ruido de fondo que apaciguaba e incitaba a no hacer nada, a esperar, a confundirse con la alegría de los pájaros y de las hojas.

En la luz verde y dorada, llegaron al final de una nueva fila de aparatos de larga distancia. El último acababa recién de tomar su lugar. Un viajero se apeó. Paikan levantó su arma y tiró con débil poderío. El hombre fue proyectado y arrojado al suelo, muerto. Paikan corrió hacia él, lo tomó por las axilas, lo arrastró debajo de una rama baja, se agachó sobre él. Le dio mucho trabajo arrancarle su llave. El hombre era gordo, su anillo estaba hundido en su carne. Tuvo que escupir sobre el dedo para conseguir hacerlo resbalar. Cuando el anillo cedió por fin, ya estaba listo para cortarle el dedo, la garganta, cualquier cosa, con tal de poder llevar a Eléa lejos de Coban y de la guerra.

Subieron en el aparato aún caliente, y Paikan hundió la llave en la placa de comando. En vez de la señal azul, fue una señal amarilla la que se puso a palpitar. La puerta del aparato se cerró con un portazo, y el difusor de a bordo se puso a aullar: "¡Llave robada! ¡Llave robada!" Al exterior de la máquina una bocina chillaba.

Paikan abrió la puerta. Saltaron afuera y se alejaron al reparo de los árboles. Detrás de ellos la bocina continuaba su llamado chirriante, y el difusor gritando: "¡Llave robada! ¡Llave robada!".

Los viajeros que se dirigían a los aparatos o salían de ellos prestaban poca atención al incidente. Preocupaciones más graves los hacían apurar el paso. Por encima de la entrada de las Trece Calles, una enorme imagen mostraba la batalla de la Luna. Los dos campos se bombardeaban con sus armas nucleares, erizándola de hongos, cavando gigantescos cráteres, fisurando sus continentes, vaporizando sus mares, dispersando su atmósfera en el vacío. Los transeúntes se paraban, miraban un instante, partían de nuevo más rápidamente. Cada familia tenía un aliado o un pariente en las guarniciones de la Luna o de Marte.

En el momento en que Eléa y Paikan se metían en la decimoprimera calle, la chimenea del parking dio paso a un racimo de aparatos de la Universidad, que se dirigían hacia todas las pistas y todas las entradas.

La decimoprimera calle estaba llena de una multitud febril. Grupos se aglomeraban frente a las imágenes oficiales que trasmitían las noticias de la Luna o la última declaración del

Librodot

Presidente. De tiempo en tiempo, alguien que no había oído sus palabras, hundía su llave en la placa-sonido, y Lokan pronunciaba una vez más las mismas palabras tranquilizadoras:

- Aún no es la guerra.

- ¿Qué les hace falta? - gritó un muchacho flaco con el torso desnudo y pelo corto-.

- Ya es la guerra si uno la acepta ¡Digan no con los estudiantes! ¡No a la guerras! ¡No! ¡No!

Su protesta no logró ningún eco. Las gentes cerca de él se alejaron, y se dispersaron solos o tomados de la mano. Tenían conciencia de que gritar no o sí, o cualquier otra cosa, ya no serviría para nada.

Eléa y Paikan se apuraban hacia la entrada del ascensor en común, esperando deslizarse entre la multitud para llegar a la superficie. Una vez afuera, algo se les ocurriría. No tenían tiempo de pensar ahora. Los guardias de verde aparecían ya al final de la calle. Formaban una barrera de tres en fondo todo a lo ancho de la ruta Y avanzaban verificando la identidad de cada uno. El gentío se inquietaba y se ponía nervioso.

- ¿Qué buscan?

- ¡Un espía!

- ¡Un enisor!

- ¡Hay un enisor en la Quinta Profundidad!

- ¡Todo un comando de enisores! ¡Saboteadores!

- ¡Atención! ¡Escuchen y miren!

La imagen de Coban acababa de surgir en medio de la calle. Se repetía cada cincuenta pasos, dominando la multitud y los árboles, repitiendo el mismo gesto y pronunciando las mismas palabras.

- Escuchen y miren. Soy Coban. Busco a Eléa- 319- 07- 01. He aquí su cara.

Un retrato de Eléa tomado unas horas antes en el laboratorio, saltó en el lugar de Coban. Eléa se volvió hacia Paikan y escondió su rostro en el pecho de éste.

- ¡No temas! - le dijo suavemente.

Le acarició la mejilla, deslizó una mano debajo de su brazo, desató la extremidad de la banda de su busto, le desnudó un hombro, y con la parte así suelta, le envolvió el cuello, el mentón, la frente y los cabellos. Era un arreglo que los hombres y las mujeres usaban a veces, que no llamaría la atención y que le dejaba pocas probabilidades de ser reconocida.

- Busco a esta mujer para salvarla. Si ustedes saben dónde está, señálenla. Pero no la toquen... ¡Escuche, Eléa! Sé que usted me oye. Señálese con su llave hundiéndola en cualquier placa. Señálese y no se mueva más. Escuchen y miren, busco a esta mujer: Eléa 3-19-07-91...

Librodot

Un hombre la ha reconocido. Es uno sin llave. La ha reconocido por sus ojos. No hay un azul tan azul en los ojos de ninguna otra mujer, ni en Gonda 7, ni quizá en todo el continente. El hombre está apoyado contra la pared, entre dos troncos trepadores, bajo las ramas de donde cuelgan las máquinas distribuidores de agua, de alimentos y de mil objetos necesarios o superfluos que se pueden obtener con su llave. Él no puede ya obtener nada. Es un paria, un sin llave, no tiene más cuenta, no puede vivir sino de la mendicidad. Tiende la mano, y la gente que viene a servirse en el bosque, de las máquinas multicolores, le dan el fondo de un cubilete, o un poco de comida que come o mete en su bolsa colgada de la cintura. Para esconder la vergonzosa desnudez de su dedo Sin anillo, usa alrededor de la falange de su dedo mayor una cinta negra.

Ha visto a Eléa acurrucarse contra Paikan y éste disimularle la cara. Pero cuando ella ha levantado la cabeza para mirar a Paikan, él le ha visto los ojos, y ha reconocido los ojos azules de la imagen.

Los guardias de verde se acercaban lentamente, inexorablemente. Cada persona interpelada hundía su llave en una placa fijada en la muñeca del guardia. Aquélla, de cada persona buscada, se quedaría hundida y fijada, haciéndola prisionera. Eléa y Paikan se alejaron. El sin llave los siguió.

No habían tomado nunca el ascensor común, frecuentado sobre todo por los menos bien designados, los que no se tomaban de la mano, y tenían necesidad de la compañía de los demás. Supieron que no lo tomarían tampoco ahora, las puertas giratorias no dejaban pasar más que una persona a la vez, con su llave hundida en la placa...

No tomarían este ascensor, ni ningún otro, ni las avenidas de transporte, ni comida, ni bebida. Nada. Ya no podían obtener ninguna cosa. Una imagen gigantesca de Eléa llenó bruscamente todo el ancho de la calle.

- La Universidad busca a esta mujer, Eléa 3-19-07-91. La busca para salvarla. Si la ven, no la agarren, no la toquen. Síganla y señálenla. La buscamos para salvarla. Escuche, Eléa, sé que usted me oye. señálese usted misma con su llave.

- ¡Ellos me miran! ¡Ellos me miran! - dijo Eléa.

- No - contestó Paikan-, no te pueden reconocer.

- La reconocerán por sus ojos, cualquiera que sea su disfraz. Miren los ojos de esta mujer. La buscamos para salvarla.

- ¡Baja los párpados! ¡Mira el suelo!

Una triple fila de guardias de verde desembocó en el cruce de la decimoprimera calle y la transversal, y se adelantó al encuentro de los otros. No había más escapatoria. Paikan echó una mirada desesperada alrededor suyo.

- Miren bien los ojos de esta mujer...

Cada uno de los ojos era grande como un árbol, y el azul del iris era una puerta abierta en el cielo de la noche. Las lentejuelas de oro brillaban en ellos como fuegos. La imagen giraba lentamente para que cada uno pudiera verla de frente y de perfil.

Agobiada por esta presencia desmesurada de ella misma, Eléa bajaba la cabeza, crispaba su mano sobre la mano de Paikan que la arrastraba hacia las puertas de la Avenida con la esperanza de poder escabullirse por la salida.

La imagen impalpable les cerraba el camino. Llegaron muy cerquita de ella. Eléa paró y levantó la cabeza. Desde lo alto de su cara gigantesca, sus ojos inmensos la miraban en los ojos.

- Ven... - dijo suavemente Paikan.

La atrajo hacia él, y ella se puso nuevamente a caminar: una niebla temblorosa de mil colores la envolvió, habían entrado dentro de la imagen. Emergieron de ella, frente a las puertas de acceso a la Avenida. Los batientes de la salida se abrieron bruscamente bajó la presión de una multitud de estudiantes que corrían. Muchachos y muchachas todos tenían el torso desnudo, extremadamente flaco. Las muchachas se habían pintado sobre cada seno una gran X roja, para negar su femineidad. No había más varones ni mujeres, no había más que rebeldes. Desde el comienzo de su campaña, ellos ayunaban un día sobre dos, y el segundo día no comían más que la ración energética. Se habían vuelto duros, y livianos como flechas.

Corrían acompasando la palabra "Pao" que significa "no" en las dos lenguas gonda. Paikan y EIéa se sumergieron entre ellos a contra corriente, para llegar a los batientes de la puerta antes de que se cerrase.

- ¡Pao!... ¡Pao!... ¡Pao!... ¡Pao!...

Los estudiantes los atropellaban y los arrastraban, y ellos volvían a correr hacia adelante apartando la multitud como una estrave. Los estudiantes se golpean contra ellos, se deslizaban a la derecha y a la izquierda, parecían no verlos, alucinados por el hambre y por su grito repetido.

- ¡Pao!... ¡Pao!... ¡Pao!... ¡Pao!...

Alcanzaron por fin la puerta. Pero un bloque la llenó y desbordó, empujándolos hacia atrás. Era una compañía de guardias de blanco de la policía del Consejo, codo contra codo, la mano izquierda armada.

Fría, eficaz, sin emoción, la Policía Blanca no se mostraba sino para proceder.

Sus miembros eran elegidos por el Ordenador antes de la edad de la Designación. No recibían llave, no tenían cuenta de crédito, estaban educados y entrenados en un campamento especial debajo de la Novena Profundidad, justo debajo del complejo de las máquinas estáticas. No subían nunca a la Superficie, rara vez por encima de las máquinas. Su universo era el del Gran Lago Salvaje, cuyas aguas se perdían en las tinieblas de una caverna inexplorable. Sobre sus riberas minerales, ellos libraban sin cesar batallas despiadadas los unos contra los otros. Peleaban, dormían, comían, peleaban, dormían, comían. La alimentación que recibían trasformaba su energía sexual desaprovechada en actividad de combate. Cuando el Consejo los necesitaba, los mandaba en cantidad más o menos importante donde la urgencia se hacía sentir, como un organismo moviliza sus fagocitos contra un forúnculo, y todo volvía a la normalidad. Estaban cubiertos de pies a cabeza, con una malla de material blanco parecido a cuero, que no dejaba libre más que la nariz y los ojos. Nadie había sabido nunca cuál era el largo de su pelo. Llevaban dos armas G, igualmente de color blanco, una en la mano izquierda, la otra sobre el

vientre del lado derecho. Eran los únicas que podían hacer fuego con las dos manos. El Consejo los había lanzado en la ciudad para liquidar la revuelta de los estudiantes.

- ¡Pao!... ¡Pao!... ¡Pao!... ¡Pao!...

El bloque de guardias blancos seguía saliendo, compacto, desde los batientes de la Avenida, y avanzaba hacia los estudiantes cuyos faldones multicolores remolineaban en la calle, subiéndose a los árboles. La multitud sintiendo venir el choque, disparaba hacia todas las salidas posibles. Bloqueada por los guardias verdes en la dos extremidades de la calle, ella refluía hacia las entradas de los ascensores de la Avenida. Una imagen nueva del Presidente surgió de la bóveda, horizontal, larga como la calle, extendida sobre la muchedumbre, y habló.

Una imagen parlante sin llave era tan extraordinario que todo el mundo paró y escuchó. Hasta los guardias.

- Escuchen y miren... Les informo que el Consejo ha decidido enviar al Consejero de la Amistad Internacional a Lamoss, rogando al gobierno enisor enviar allí su ministro equivalente. Nuestro objeto es tratar de limitar la guerra a los territorios exteriores, e impedir que se extienda a la Tierra. ¡La Paz todavía puede ser salvada!... Todos los seres vivientes de las categorías de 1 a 26 deben dirigirse inmediatamente a su emplazamiento de movilización.

La imagen diose vuelta completamente y empezó de nuevo su discurso.

- ¡Escuchen y miren!... les informo...

- ¡Pao!... ¡Pao!... ¡Pao!... ¡Pao!...

Los estudiantes habían formado una pirámide. En la cúspide, una muchacha con los senos rayados, ardiente de fe, gritaba, con los brazos en cruz:

- ¡Pao!... ¡Pao!... ¡No lo escuchen! ¡No vayan a sus emplazamientos! ¡Rechacen la guerra, cualquiera que sea! ¡Digan No! ¡Obliguen al Consejo a declarar la Paz! ¡Sígannos!...

Un guardia blanco tiró. La muchacha desapareció en la mejilla de la imagen de Eléa.

- Buscamos a esta mujer...

Los guardias arremetieron tirando.

- ¡Pao!... ¡Pao!... ¡Pao!... ¡Pao!...

La pirámide voló en pedazos que eran muchachos y muchachas.

Paikan quiso hundir su mano en el arma, pero ya no estaba en su cintura. La había perdido, sin duda en el momento en que había creído colocarla en su lugar, saltando del aparato. La masa blanca compacta de los guardias iba a alcanzarlos, la multitud huía, los estudiantes pegaban su grito de rebeldía. Paikan aplastó a Eléa contra el suelo y se tiró sobre ella. Un guardia blanco los alcanzó corriendo a grandes zancadas. Paikan le agarró al vuelo la punta de un pie y lo dio vuelta con un golpe seco. El tobillo se rompió, El guardia cayó sin gritar. Paikan le hundió su rodilla sobre las vértebras cervicales y tiró, con sus dos manos, la cabeza hacia atrás. Las vértebras se quebraron. Paikan levantó la mano izquierda inerte, armada, y plegó a fondo los dedos

enguantados en el arma. Un puñado de guardias voló y se aplastó contra la pared, y la pared pulverizada desapareció en una nube... Por detrás de la brecha abierta, las pistas de la Avenida desfilaban. La muchedumbre, Paikan y Eléa en medio de ella, se precipitaron allí, gritando. Paikan llevaba el arma del muerto. Los guardias blancos, indiferentes, continuaban con calma, su tarea de exterminio.

Abandonaron la Avenida en el Círculo del Parking. El Parking era la única esperanza, la única salida. Paikan había pensado en otra manera de procurarse un aparato. Pero había que llegar a él...

En el centro del Círculo se levantaban doce troncos de un Árbol Rojo. Unidos en su base, se evadían en corolas, se juntaban por sus ramas comunes como niños que hacen una ronda. Muy alto, sus hojas purpúreas ocultaban la bóveda, y se estremecían bajo la multitud de patas y de los cantos y alas de pájaros escondidos. Alrededor de su pie común daba vuelta un arroyuelo, en el fondo del cual pequeñas tortugas luminosas levantaban con sus cabezas chatas cantos rodados casi trasparentes, para buscar gusanos y larvas. Ella se arrodilló al borde del arroyuelo. Tomó agua con sus manos y hundió allí si, boca. La escupió con horror.

- Viene del lago de la Profundidad - dijo Paikan- Tú bien lo sabes...

Ella lo sabía pero tenía sed. Esta maravillosa agua clara era amarga, salada, pútrida y tibia. Era imbebible, aun en el minuto de la muerte. Paikan levantó suavemente a Eléa y la apretó contra él. Tenía sed y tenía hambre; estaba más afectado que ella, porque no tenía el sostén del suero universal. De las ramas encima de ellos colgaban mil máquinas que les proponían en, cambiantes colores, bebidas, alimentos, juegos, placer, necesidad. Sabía que no tenía ni el recurso de romper una u otra, pues en interior no había nada. Cada una fabricaba lo que tenla que fabricar, a partir de la nada. Con la llave.

- Ven - dijo Paikan con dulzura.

Agarrados de la mano, se acercaron a la entrada del Parking. Tres filas de guardias verdes formaban barrera. En cada calle que terminaba en el Círculo, una fila triple avanzaba, rechazando delante suyo multitudes nerviosas y de más en más densas.

Paikan hundió su mano en el arma, la despegó de su cintura, se volvió hacia la entrada del Parking y levantó el antebrazo.

- ¡No! - dijo Eléa-. Tienen granadas.

Cada guardia llevaba en la cintura una granada trasparente, frágil, llena de líquido verde. Bastaba que una sola se rompiese para que toda la muchedumbre fuese dormida inmediatamente. Eléa llevaba alrededor del cuello la máscara que ya le había servido en la Universidad y en las profundidades de la piscina, pero Paikan no tenía ninguna.

- Puedo quedarme dos minutos sin respirar - dijo Paikan-. Pon tu máscara. Y cuando haya tirado, lánzate.

Una imagen de Eléa se iluminó bruscamente en medio del Árbol Rojo y la voz de Coban se elevó:

- No podrán dejar la ciudad. Todas las salidas están vigiladas... Eléa, donde sea que esté, usted me oye. Señálese con su llave. Paikan, piense en ella y no en usted mismo. Conmigo es la vida, con usted es la muerte. Sálvela.

- ¡Tira! - dijo Eléa.

Él respiró a fondo y tiró con mediana potencia.

Los guardias se desplomaron. Algunas granadas se quebraron. Una bruma verde llenó de golpe el Círculo hasta la bóveda. La muchedumbre cayó de rodillas, se tumbó, y quedó tendida. Del techo de hojas de doce árboles, decenas de miles de pájaros cayeron como copos de todos colores, troquelados por la bruma. Ya Paikan tiraba de Eléa corriendo hacia el Parking. Él corría, dando zancadas sobre los cuerpos tendidos, y renovaba poco apoco el aire que llenaba sus pulmones. Tropezó contra una rodilla plegada, hizo "iha!", inspiró a pesar suyo, se durmió como un bloque, y llevado por el envión, hundió la cabeza adelante en un vientre acostado.

Eléa lo dio vuelta, lo tomó debajo de los brazos y se puso a arrastrarlo.

- ¡No llegará a hacerlo sola! - dijo una voz gangosa.

Cerca de ella estaba parado el sin llave, la cara tapada con una máscara modelo viejo, emparchada y sujeta por ligaduras de emergencia. Se agachó y tomó los pies de Paikan.

- Por aquí - dijo.

Condujo a Eléa y su fardo hacia la pared, en un recodo entre dos troncos separadores. Posó a Paikan y miró alrededor suyo. No había un solo ser viviente de pie al alcance de la vista. Sacó de su forja una varilla de hierro forjada, la hundió en un agujero de la pared, dio vuelta y empujó. El panel del muro entre los dos troncos se abrió como una puerta.

- ¡Pronto! ¡Pronto!...

Un aparato de la Universidad aterrizaba a la entrada del Parking. Levantaron a Paikan y entraron en el agujero negro.

El despertar era tan brusco como la caída en el sueño. En cuanto fue sustraído a la influencia de la bruma verde, Paikan abrió los ojos y vio la cara de Eléa. Estaba v

arrodillada cerca de él, tenía su mano derecha entre las suyas, y lo miraba con angustia.

Viéndolo despertar, suspiró de felicidad, le sonrió, abandonó su mano y se apartó para que él pudiese ver alrededor suyo.

Él miró y no vio más que gris. Paredes grises, el suelo gris, la bóveda gris. Y, frente a él, la escalera gris. Suficientemente ancha para dar salida a una muchedumbre, subía desierta, vacía, desnuda, interminablemente, en el gris y el silencio, y desaparecía.

Sobre la izquierda, otra escalera, igualmente ancha y vacía, bajaba enrollándose en el gris que la absorbía. Tramos más angostos y corredores en pendiente cavaban las paredes en todas las direcciones, hacia abajo, hacia arriba. Una capa de tierra cubría uniformemente el suelo, las paredes y las bóvedas.

- ¡La escalera - dijo Paikan-. La había olvidado!

- Todo el mundo la ha olvidado - contestó el sin llave.

Paikan se levantó y miró al hombre. También él era gris. Su vestimenta y su pelo eran grises, y su piel de un rosa gris.

- ¿Es usted el que me ha traído acá?

- Sí, con ella... ¿Es a ella que buscan, no es cierto?

Hablaba a media voz, sin brillo, sin timbre.

- Sí, es a mí - dijo Eléa.

- No pensarán en seguida en la escalera. Nadie la usa desde hace mucho tiempo. Las puertas han sido clausuradas y disimuladas. Les dará trabajo encontrarlas.

Tres hombres surgieron en silencio de un corredor en declive. Viendo el grupo, se pararon unos instantes, luego se acercaron, miraron a Eléa y Paikan y se fueron sin pronunciar una palabra, por los escalones principales, hacia arriba. Eran un poco de gris moviéndose en el gris inmóvil. Se hacían de menos en menos visibles, de más en más pequeños hacia lo alto, gris sobre gris, indiscernibles. Se les descubría de golpe, porque uno de ellos, en vez de continuar derecho, había dado un paso hacia el costado, punto gris que se movía sobre el gris; después, nada más que el gris que no se movía. Sus pies sobre los escalones habían aplastado la tierra sin desplazarla. Ella se volvía a inflar lentamente detrás de ellos, borrando la huella de sus pies, de su paso, de su vida.

La tierra no era polvorienta, sino afelpada, compacta, sólida. Especie de alfombra aireada, frágil, estable, era el forro de este revés del mundo.

- Si usted quiere subir hasta la Superficie - dijo el hombre, con su voz que era justo - apenas justo- lo suficientemente fuerte para que se le oyese, hay 30.000 escalones. Necesitará un día o dos.

Paikan contestó ahogando instintivamente la voz. El silencio era como un papel secante en el cual se temen oír las palabras, hundirse y desaparecer.

- Lo que queremos es llegar al Parking - dijo.

- El de la Quinta Profundidad está lleno de guardias. Habría que subir o bajar de una Profundidad. Bajar será más fácil...

El sin llave metió la mano en su alforja, sacó dos esférulas de comida y se las tendió. Mientras que las dejaban disolver en sus bocas, limpió, con el filo de la mano, la tierra que acolchaba a una especie de cilindro que bordeaba, a la altura de un hombre, el largo de la pared, y hundió en él dos veces una cuchilla. Un doble chorro de agua empezó a correr

Eléa con la boca abierta, se precipitó bajo la delgada columna trasparente. Se ahogó, tosió, estornudó, rió de felicidad. Paikan bebía dentro de sus dos manos ahuecadas. Apenas habían

apagado su sed, cuando el doble chorro disminuyó y se secó: el conducto de agua había reparado su escape.

- Beberán nuevamente agua más lejos - dijo el hombre-. Apurémonos, hay que bajar 300 escalones para llegar a la Sexta Profundidad.

Tomó la escalera de la derecha. Ellos lo siguieron. Él casi corría sobre los escalones, con una seguridad nacida de su larga práctica con la escalera y su vestimenta de tierra. Atravesó un estrecho rellano, tomó una escalera perpendicular, luego otra, otra y otra. Daba vueltas a la izquierda, a la derecha, bifurcaba, zigzagueaba. sin titubear, cayendo y bajando de piso en piso, siempre más abajo.

De la mano, Eléa y Paikan bajaban detrás de él, se sumergían en la espesura gris. A veces encontraban, cruzaban o pasaban a otros sin llaves silenciosos, que se desplazaban sin prisa, solos o por pequeños grupos. El complejo de la escalera era su universo. Este cuerpo abandonado, vaciado, este esqueleto hueco, vivía por su presencia furtiva. Habían practicado aberturas clandestinas, vuelto a abrir puertas desconocidas por las cuales se escurrían en el mundo del ruido y del color, justo el tiempo necesario para procurarse lo indispensable, por la mendicidad o la rapiña. Luego volvían al interior del gris, del cual habían tomado más o menos el colorido. la tierra del suelo ahogaba el ruido de los pasos, la de la pared el de las palabras. El silencio que los rodeaba entraba en ellos y los hacía callar.

Aturdidos, corriendo, saltando escalones, Eléa y Paikan seguían a su guía que arremetía hacia adelante. Les explicaba todo, con algunas palabras, trozos de frases, apenas habladas, como cuchicheadas. Hablaba del hambre cuando la gente del color no quería dar. Entonces estaban reducidos a comer "pájaros redondos". Mostró uno que huía delante de ellos. Era grande como un puño, era gris, no tenía alas.

Para atravesar un rellano, corrió a toda velocidad sobre sus patas flacas. Llegado arriba de los escalones, se precipitó, ocultó su cabeza y sus patas bajo las plumas, y rodó, rebotó, como una pelota hasta abajo.

Vieron varios que rascaban el huelo, y extirpaban con la punta del pico unos gusanos grasosos verde gris, que cavaban su galería en el espesor de la tierra y se nutrían de ella.

Eléa conservaba sus fuerzas y su aliento, pero Paikan tuvo que detenerse. Descansaron unos minutos, sentados al pie de un tramo de escalera. En un recodo del rellano, ardía una pequeña llama. Tres sombras silenciosas en cuclillas cocinaban "pájaros- redondos", que tenían agarrados por las patas sobre un fuego de bastara. El horrible olor de la carne asada llegó hasta él y dio náuseas a Paikan.

- Sigamos - dijo.

En el momento que se levantaban, grandes golpes resonaron en una de las paredes. Las tres sombras silenciosas se fugaron llevando sus presas medio crudas. Un fragmento del muro voló en pedazos.

- ¡Rápido! - dijo el sin llave-. ¡Es una antigua puerta, la han encontrado!...

Los empujó delante suyo hacia arriba. Volvieron a subir el tramo de escalones de cuatro en cuatro. Sobre el descanso, el panel de la pared se desmoronó y los guardias de verde entraron.

Los tres fugitivos corrían a toda velocidad por un corredor en pendiente, expulsando delante suyo una bandada de "pájaros- redondos" que rodaban, sacaban sus patas, para acelerar su velocidad, y se lanzaban de nuevo, de más en más rápidamente, sin un piar de espanto, redondos, rodantes, silenciosos y grises.

En el fondo del corredor, delante suyo, la voz de Coban se elevó. Estaba ahogada, descarnada por los fieltros de tierra, parecía muy próxima y venía, extenuada, del fondo del mundo.

- Escuche Eléa, sabemos dónde está. No se mueva más, nos reunimos con usted. No se mueva más, el tiempo apremia...

El ruido del sordo pisotear de los guardias venía hacía ellos, detrás suyo, por encima de ellos. El sin llave paró.

- Están por todos lados - dijo.

Paikan hundió la mano en el arma.

- ¡Espere! - dijo el hombre.

Se arrodilló, hizo un agujero con las manos en la alfombra de tierra, pegó su oreja contra el suelo y escuchó.

Se levantó de un salto.

- ¡Sí! - dijo-. Tire acá.

Al venir a refugiarse detrás de Paikan, mostraba el suelo desnudo.

Paikan tiró. El suelo tembló. Panes de tierra rasgados volaron por el aire.

- ¡Más fuerte!

Paikan tiró de nuevo. El suelo se abrió rugiendo.

- ¡Salte!

El sin llave dio el ejemplo y saltó en el abismo desde donde subía un ruido de agua. Saltaron detrás suyo y cayeron en el agua amarga y tibia. Una correntada muy fuerte los llevó. Eléa subió a la superficie y busco a Paikan. El agua era ligeramente fosforescente, más brillante en los remolinos y los torbellinos. Vio la cara de Paikan que emergía. Sus cabellos brillaban con una luz verde. Él le sonrió y le tendió la mano. El techo en declive se hundía en la corriente, que se desagotaba por un sifón. En el centro del torbellino apareció una bola brillante: la cabeza del sin llave, levantó la mano e hizo señas de que se zambullía y desapareció Eléa y Paikan comenzaron a arremolinarse y fueron aspirados por la profundidad. De la mano, las piernas flojas, sin peso, se hundían en el enorme espesor de un músculo de agua palpitante y tibia. Caían a una velocidad fantástica, giraban extendidos alrededor de sus manos juntas, daban virajes que

Librodot

los tiraban contra paredes afelpadas de millares de raicillas, emergían en lo alto de una curva, respiraban, y volvían a partir, aspirados, arrastrados, siempre más abajo. El agua tenía un gusto de podredumbre y sales químicas. Era la corriente grande surgida de la Primera Profundidad. A la salida del lago, atravesaba una máquina estática, que le agregaba la alimentación requerida por las plantas. Bajaba luego de piso en piso, dentro de los muros y dentro de los suelos, y bañaba las raíces de toda la vegetación enterrada.

Una caída vertical se terminaba por un amplio viraje y una vuelta a subir, que los proyectaba en medio de un géiser de burbujas fosforescentes. Encontraron el aire en la superficie de un lago, que fluía lentamente hacia un portal sombrío. Una multitud de columnas torcidas, las unas gruesas como diez hombres, otras delgadas como la muñeca de una mujer, bajaban del techo y se hundían en el agua donde se ramificaban y se desarrollaban.

Era un pueblo de raíces relucientes.

Sobre una de ellas, torvo, estaba sentado el sin llave. Les gritó:

- ¡Suban! ¡Rápido!

Eléa se izó hasta una lazada casi horizontal, y arrastró a Paikan, sobre quien pesaba ya el cansancio. El agua relucía y chorreaba sobre las largas serpientes vegetales con un ruido acariciante. Desde el portal sombrío llegaba de vez en cuando el rumor sordo de un remolino. Una luz pálida subía desde el agua, se deslizaba entre las raíces, fría, viscosa, verde. De todas partes del lago, puntos luminosos, de un rosa vivo, acudían hacia los remolinos que dejaban los tres fugitivos. Hubo por debajo suyo, muy pronto, una ebullición de luz rosa frenética. De vez en cuando, algunas de esas gotas vivas saltaban fuera del agua como chispas, trataban de adherirse a las piernas desnudas que colgaban fuera de su alcance. Eran pescados minúsculos, casi cortados en dos por su boca abierta.

- Los pescados amargos - dijo el sin llave-. Si le toman el gusto a usted, acaban con todo, hasta los mismos huesos.

Eléa se estremeció.

- ¿Pero habitualmente qué comen?

- Raíces muertas, todos los desechos que lleva la corriente. Son limpiadores. Y cuando no hay otra cosa, se comen entre ellos.

Se volvió hacia Paikan, golpeó con el puño el techo que tocaba con la cabeza, y dijo:

- ¡Parking!...

Las raíces que se bañaban en el lago eran las del bosque de la Sexta Profundidad.

Paikan levantó su arma y tiró entre dos hileras de raíces. Una porción del techo saltó. Por la brecha, un árbol gigante se derrumbó lentamente. Sus ramas arrastraban un aparato en el cual se agitaban dos siluetas claras. Se cayó en el lago, y el árbol inclinado lo hundió y lo mantuvo en el agua. Era una a lancha motor de la policía del Consejo, ocupada por guardias blancos. En un relámpago rosa, los millones de pescados lenticulares se precipitaron sobre ellos y los atacaron

Librodot

por la porción descubierta de su cara, se hundieron por sus ojos al interior de su cabeza, y por la nariz dentro de su pecho y de su vientre. El aparato se llenó de agua roja.

Seguidos del sin llave, Eléa y Paikan treparon a lo largo de las raíces y de las ramas, y pusieron pie sobre el suelo del Parking. Los estudiantes libraban contra los guardias blancos una batalla sin esperanza. Habían encontrado, en un aparato de carga bloqueado por la guerra, barras y bolas de oro que debían servir para edificar sobre la Luna máquinas estáticas. Con éstas bombardeaban a los policías, corriendo y disimulándose detrás de los árboles y los aparatos. Eran armas irrisorias. A veces una de ellas daba en el blanco y rajaba un cráneo con un rayo de oro, pero la mayoría no alcanzaba su objetivo.

Las filas de los policías penetraban entre los árboles como serpientes blancas y tiraban al bulto. Agarraban a les estudiantes en plena carrera y los arrojaban, dislocados, entre los troncos o entre el follaje.

Las ramas crujían y caían aparatos estallaban en pedazos. Todos los pájaros del Parking habían abandonado el bosque y daban vueltas bajo la bóveda en una ronda enloquecida, erizada de piares de espanto. Atravesaban la imagen del Consejero Militar, con el pelo negro trenzado, que anunciaba la negativa del gobierno enisor de enviar un ministro a Lamoss. Ordenaba a todos los seres vivientes de Gondawa a dirigirse a sus puestos de movilización. La imagen siniestra del hombre flaco se apagaba, y reaparecía un poco más lejos, recomenzando su anuncio.

Por encima de la entrada de las Doce- Calles, daba vueltas una imagen de Eléa, un cuarto de vuelta a la izquierda, a la derecha, a la izquierda, a la derecha...

- La Universidad busca a esta mujer, Eléa 3-19-07-91. Ustedes la reconocerán por los ojos. La buscamos para salvarla. Eléa, identifíquese con su llave...

Al extremo de una pista, cerca de la chimenea de despegue, una pequeña cantidad de gente había bloqueado un aparato de forma oblonga, inusitado en Gondawa. Un ciudadano de Lamoss, que lo ocupaba, fue extraído de él con violencia. Gritaba que no era enisor, que no era un espía, que no era un enemigo. Pero la multitud no comprendía la lengua lamoss. Ella veía la vestimenta extraña, el pelo cortado al ras, la cara de color claro, y gritaba: "Espía". "A la muerte". Comenzó a golpear. Algunos estudiantes volaron a auxiliar al hombre. Los guardias blancos los siguieron. El lamoss despedazado, desgarrado, en jirones, hecho papilla bajo los pies de la muchedumbre rabiosa. Los estudiantes furiosos aullaban contra el horror y la imbecilidad. La muchedumbre gritaba: "¡Estudiantes! ¡Espías! ¡Vendidos a la muerte!". La muchedumbre arranca, rasga los faldones de los estudiantes y las estudiantes, les arrancan los pelos, las orejas, los ojos, los sexos, los guardias blancos tiran, barren con todo el montón, todo el rincón, todo el mundo.

El sin llave tuvo una sonrisa triste, hizo un gesto amistoso a sus dos compañeros, y se alejó en dirección de las Doce-Calles. Eléa y Paikan se apresuraron en llegar a una zona más tranquila del Parking. La segunda fila de aparatos de larga distancia estaba casi desierta, apacible. Un aparato que acababa de llegar se ubicaba en su sitio. Paró, se posó, su puerta se abrió, un hombre apareció. En el momento de bajar se detuvo, sorprendido, para escuchar los gritos de violencia y los choques sordos de las armas. Los árboles le impedían ver, pero el tumulto llegaba hasta él. Saltó a tierra.

- ¿Qué pasa? - preguntó a Paikan.

Librodot

Éste, por toda respuesta, levantó hacia él su mano izquierda enguantada con el arma blanca, y con la mano derecha le arrancó su arma, que tiró a lo lejos.

- ¡Vuélvase a subir! ¡Pronto!

Comprendiendo de menos en menos, el hombre obedeció. Paikan le hizo sentarse, le tomó la mano y hundió su llave en la placa elástica...

Interminable espera de un instante de silencio. Luego bruscamente el indicador luminoso palpitó. Paikan dio un profundo suspiro y con su mano derecha cerró la boca del hombre.

- ¿Destino? - preguntó el difusor. - Lamoss, primer parking.

Hubo un corto ronroneo seguido de un ruido "clap".

- Crédito suficiente. Destino registrado, retire su llave. Partida...

Paikan arrancó al hombre de su asiento y lo arrojó fuera, gritándole agradecimiento y disculpas. Ya la puerta se cerraba bruscamente, el aparato decoraba, giraba sobre sí mismo, y alcanzaba la pista. Se dirigió hacia la rampa de salida.

El difusor de a bordo hablé:

- La Universidad busca a Eléa 3-19-07-91, Eléa identifíquese con su llave!...

La chimenea de partida aspiró al aparato que brotó hacia arriba. Salió de la Boca y subió en la noche exterior.

Desde que vivían en la superficie, Eléa y Paikan habían perdido la costumbre de la luz perpetua de las ciudades enterradas. Era de día cuando dejaron el Parking, y pensaban encontrar el día en el exterior. Pero la Tierra y el Sol habían continuado su carrera y la noche había llegado con sus pueblos de estrellas. Se acostaron uno junto al otro sobre el lecho del aparato, y de la mano, sin decir una palabra, se dejaron invadir por la dulzura y el silencio infinitos. Ascendían en la noche y la paz, hacia un cielo estrellado; se olvidaban de la Tierra y de sus horrores absurdos. Estaban juntos, estaban bien, cada instante de felicidad era una eternidad.

Se pusieron los círculos de oro de los cuales estaba provisto el lecho, y los dos bajaron la placa frontal. Tenían tanto la costumbre de comunicarse así, que cada uno podía recibir del otro el contenido de su memoria, al mismo tiempo que sin necesidad de pensar, le participaba lo que contenía la suya. El intercambio se efectuaba constantemente.

Se ponían los círculos, cerraban los ojos, bajaban la placa, y en seguida no tenían más que una sola memoria, un solo pasado. Cada uno evocaba los recuerdos del otro como si fueran propios. Ya no eran más dos seres que creen conocerse y se equivocan, sino un solo ser sin rastros de sombra, solidario y sólido frente al mundo. Así Paikan supo sobre todo el proyecto del Refugio, y de cada instante vivido por Eléa entre el momento en que los habían separado y en el que se habían vuelto a juntar. Así supo cómo había recobrado su libertad. Informado por ella misma, sufrió por Eléa, sin reproche y sin celos. No había lugar entre los dos para sentimientos de ese orden, pues cada uno conociendo el otro, lo comprendía completamente.

Librodot

Se sacaron al mismo tiempo los círculos de oro y se sonrieron, en una comunión total, una felicidad perfecta de estar juntos, de no ser más que uno en su mutuo conocimiento, y dos para compartirla y multiplicar sus goces. Como dos manos de un mismo cuerpo que acarician el mismo objeto, como dos ojos que dan al mundo su profundidad.

El difusor de a bordo habló:

- Estamos alcanzando el nivel 17. vamos a comenzar el vuelo horizontal hacia Lamoss. Marcha autorizada: velocidad 9 a 17. ¿Qué velocidad desean ustedes?

- El máximum - dijo Paikan.

- Máximum, velocidad 17, registrada. Atención a la aceleración.

A pesar del aviso, el desplazamiento horizontal apretó a Eléa contra el fuselaje, e hizo rodar a Paikan por encima de ella. Ésta se puso a reír, tomó con sus dos manos sus largos cabellos rubios todavía húmedos, le mordisqueó la nariz, las mejillas, los labios.

No pensaban más en sus infortunios, en las amenazas, en la guerra. Volaban hacia un abra de paz. Quizá momentáneo, precario, ilusorio, y donde los múltiples problemas se presentarían, en todo caso, para ellos. Pero estas preocupaciones eran para mañana, para después. Vivir las desgracias de antemano, es soportarlas dos veces. El momento presente era de alegría, no había que emponzoñarlo.

Fue cortado bruscamente por el alarido de las sirenas de alerta en el difusor,

Helados, se enderezaron. Una señal roja guiñaba en la plaqueta de mando...

- Alerta general - decía el difusor. Todos los vuelos están anulados. Volvemos al Parking por el camino más corto. Deben dirigirse inmediatamente a sus emplazamientos de movilización..

El aparato viró y comenzó, una bajada vertiginosa en oblicuo. En el suelo, al través del fuselaje trasparente, se veía el ballet enloquecido de las casas de recreo acercarse a una velocidad en aumento, y el embudo de la Boca aspirar las burbujas luminosas que revoloteaban por encima de ella, esperando su turno.

El aparato disminuyó de velocidad y vino a tomar su lugar en la ronda. Todos los aparatos de la superficie habían recibido la orden de volverse. Casas o máquinas, eran millares en dar vueltas por encima de, la Boca que aspiraba los más cercanos. La ronda cubría todo el lago y el bosque.

- Nos llevan de vuelta a la Ciudad, a la trampa - dijo Eléa-. hay que saltar.

Estaban en ese momento sobrevolando el lago a velocidad reducida, a una altura razonable para poder dar un salto. Pero las puertas estaban bloqueadas durante el vuelo. Ya abandonaban el lago, y sobrevolaban la masa compacta de los árboles. Paikan tiró de la placa de mando. El aparato sé encabritó e inició una subida, volvió a bajar, subió balanceándose, perdiendo altura cada vez más, a la manera de una hoja de otoño que cae. Pasó rozando la cima del bosque, subió nuevamente, bajó y destrozó la copa de un tronco gigante coronado de palmeras. Se quedó plantado allí como una manzana sobre un lápiz.

Estaban acostados el uno junto al otro al borde del lago, sobre el pasto que bajaba hasta la arena. La mano de Eléa estaba en la de Paikan. Sus ojos grandes abiertos miraban la noche límpida. La Boca había absorbido los últimos rezagados, el cielo no ofrecía ya nada más que sus estrellas. No veían otra cosa, y continuaban en medio de ellas, en la inmensa paz indiferente del espacio su viaje de esperanza interrumpido.

Frente a ellos, al ras del lago, la Luna se levantaba en su cuarto menguante. Estaba hinchada, como envuelta en algodón, deformada, rojiza. Fulguraciones purpúreas iluminaban sin cesar su parte sombría. Ella brillaba a veces toda entera con un breve resplandor semejante al del Sol. Era la imagen silenciosa de la destrucción de un mundo, propuesta a los hombres por los hombres.

Aquí mismo, antes del fin de la noche...

Sin moverse más, sin mirarse, enlazaron sus dedos y sus palmas una contra la otra, estrechamente.

Detrás suyo, en el bosque, un caballo relinchó suavemente, como para quejarse. Un pájaro, molestado en su sueño, pió y se volvió a dormir. Un aire liviano pasé sobre sus caras.

- Podríamos partir a caballo... - Murmuró Paikan.

- Para ir ¿adónde?... Ya nada es posible, ya... Se acabó...

Sonreía en la noche. Estaba con él. Cualquier cosa que pasara, le pasarla a él con ella, a ella con él.

Hubo un relincho más próximo, y el ruido blando de pisadas de caballo sobre el pasto. Se levantaron. El caballo, blanco a la luz de la luna, vino hasta ellos, paró y meneó la cabeza.

Ella hundió su mano en sus largos pelos, y lo sintió temblar.

- Tiene miedo - dijo Eléa. - Tiene razón...

Ella vio la silueta de su brazo extendido dar la vuelta del horizonte.

En todas las direcciones, la noche se iluminaba con fulgores breves, como tormentas lejanas.

La batalla... en Gonda 17... Gonda 41.... Han debido desembarcar por todos lados.

Un retumbar sordo comenzaba a seguir a los relámpagos. Llegaba ininterrumpido por toda la circunferencia del círculo del cual ellos eran el centro. Hacía sensible el suelo bajo los pies.

Despertó a los animales del bosque. Los pájaros volaban, se enloquecían por encontrar la noche, trataban de volver a su nido, se golpeaban contra las ramas y las hojas. Las ciervas oceladas del bosque salieron y vinieron a agruparse alrededor de la pareja humana. Hubo también un caballo azul invisible en la noche, y los pequeños osos lentos en los árboles con su chaleco claro, y los, conejos negros de orejas cortas, cuya cola blanca se agitaba a ras del suelo.

- Antes del fin de la noche - dijo Paikan-, ya no quedará nada vivo acá, ni un animal, ni una brizna de pasto, Y los que se creen protegidos allí abajo, tienen solamente una prórroga de algunos días, puede ser que de algunas horas.

- Quiero que entres en el Refugio. Quiero que vivas.

- ¿Vivir?... ¿Sin ti?...

Ella se apoyó contra él y levantó la cabeza. El veía la noche de sus ojos reflejar las estrellas.

- No estaré sola en el Refugio. Estará Coban. ¿Piensas en ello?

Él sacudió la cabeza como para rechazar esta imagen.

- Cuando nos hayamos despertado, yo deberé hacerle hijos. Yo que todavía no los he tenido de ti, yo que esperaba... Este hombre, dentro de mí, incesantemente, para sembrarme sus hijos, ¿no te importa?

Él la estrechó bruscamente contra sí, luego reaccionó, se esforzó por calmarse.

- Estaré muerto... desde hace mucho tiempo... desde esta noche...

Una voz inmensa y descarnada salió del bosque. Los pájaros se volaron, golpeándose en su vuelo contra todos los obstáculos de la noche. Todos los difusores trasmitían la voz de Coban. Ésta se mezclaba y se superponía a sí misma, vibraba y se esparcía sobre la superficie de las aguas. El caballo azul levantó la cabeza hacia el cielo y lanzó un grito como una trompeta.

- Eléa, Eléa, escuche, Eléa... Sé que ustedes están en el exterior... Usted está en peligro... El ejército de invasión aterriza sin parar... Ocupará pronto toda la Superficie... Identifíquese en un ascensor con su llave, ven iremos a buscarla allí donde sea que se encuentre... No tarde más... Escuche, Paikan, ¡piense en ella!... Eléa, Eléa, éste es mi último llamado. Antes de que termine la noche, el Refugio se cerrará, con usted o sin usted.

Luego fue el silencio.

- Soy de Paikan - dijo Eléa con una voz baja, grave.

Ella se colgó de su pescuezo.

Él puso sus brazos alrededor de ella, la levantó y la acostó sobre el blando colchón de pasto, entre los animales. Éstos se apartaron formando círculo alrededor de ellos. Llegaban otros del bosque, todos los caballos blancos, los azules, los negros, más pequeños, que no se distinguían bajo la luna. Y las lentas tortugas salían del agua para juntarse a ellos. La luz de los horizontes palpitaba alrededor suyo en las extremidades del mundo. Estaban solos junto a la muralla viviente de los animales que los protegían y los tranquilizaban. Él deslizó su mano bajo la banda que cubría el pecho de Eléa e hizo florecer un seno entre dos bucles. Posé sobre él su palma redondeada y lo acarició con un gemido de felicidad, de amor, de respeto, de admiración, de ternura, con un agradecimiento infinito hacia la vida que había creado tanta belleza perfecta y se la había dado para que él supiera que era bella.

Y ahora, era la última vez.

Posó sobre él su boca entreabierta, y sintió la suave punta volverse firme entre sus labios.

- Soy tuya... - murmuró Eléa.

Él liberó el otro seno y lo estrechó tiernamente, luego desató la vestidura de las caderas. Su mano corrió a lo largo de las mismas, a lo largo de los muslos y de todas las pendientes que la llevaban al mismo punto, a la punta del bosque corto dorado, al nacimiento del valle cerrado.

Eléa resistía al deseo de abrirse. Era la última vez. Había que eternizar cada impaciencia y cada liberación. Ella entreabrió justo para dejar a la mano el lugar para deslizarse, para buscar, para encontrar, la punta de la punta y del valle, la confluencia de todas las pendientes, protegido, escondido, cubierto, ah... ¡descubierto! el centro ardiente de sus goces.

Ella ¿gimió y posó a su vez las manos sobre Paikan.

El horizonte retumbó. Un resplandor verde convirtió en verde un tropel de caballos blancos, que brincaban sin desplazarse, asustados.

Eléa no veía ya nada. Paikan veía a Eléa, la miraba con sus ojos, con sus manos, con sus labios, se llenaba la cabeza con su carne y con su belleza y con el goce que la recorría, la hacía estremecer, le arrancaba suspiros y gritos. Ella cesó de acariciarlo. Sus manos sin fuerza cayeron sobre él. Los ojos cerrados, los brazos caídos, ella no pesaba más, no pensaba más, era el pasto y el lago y el cielo, era un río y un sol de felicidad. Pero aún no eran más que las olas antes de la ola única, la gran ruta luminosa múltiple hacia la única cumbre, el maravilloso camino que ella no había nunca recorrido tan largamente, que él dibujaba y redibujaba con sus manos y sus labios sobre todos los tesoros que ella le daba. Y lamentaba no tener más manos, más labios para hacerle por todos lados más goces a la vez. Y él le agradecía en su corazón de ser tan bella y tan feliz.

De un solo golpe, el cielo todo entero volvióse rojo. El tropel rojo de caballos partió al galope hacia el bosque.

Eléa ardía. Jadeante, impaciente, ya no era posible, ella tomó en sus manos la cabeza de Paikan de suaves cabellos color de trigo, que ella no veía, que no podía ver más, lo atrajo a sí, su boca sobre la suya, luego sus manos bajaron y tomó el árbol amado, el árbol ofrecido, acercado y rehusado, y lo condujo a su valle abierto hasta su alma. Cuando él entró, ella tuvo un estertor, murió, se derritió, se desparramó por los bosques, sobre los lagos, sobre la carne de la tierra. Pero él estaba en ella Paikan la llamaba alrededor suyo, con largos llamados poderosos que la traían de vuelta de los extremos del mundo, Paikan, la llamaba, la atraía, la volvía a juntar, la endurecía, la apretaba hasta que el medio de su vientre atravesado de llamaradas estallase en un goce prodigioso, indecible, intolerable, divino, bien amado, ardiente, hasta la extremidad de la menor parcela de su cuerpo que la sobrepasaba.

Sus dos caras calmadas descansaban una contra la otra. La de Eléa estaba vuelta hacia el cielo rojo. La de Paikan bañaba en el pasto fresco. No quería aún retirarse de ella. Era la última vez. Pesaba sobre ella justo lo suficiente para tocarla y sentirla todo a lo largo de su piel. Cuando la dejara sería para siempre. No habría más mañana. Nada volvería a comenzar. Estuvo a punto

de dejarse llevar por la desesperación y ponerse a aullar contra la absurda, la atroz, la insoportable separación. El pensamiento de su muerte próxima lo apaciguó.

Una pesada detonación hizo temblar el suelo. Parte del bosque se incendió de un sólo golpe. Paikan levantó la cabeza y miró, en la luz danzante, la cara de Eléa, estaba bañada por una gran dulzura, la paz grande que conocen después del amor las mujeres que lo han recibido y dado en su plenitud. Ella descansaba sobre el pasto con todo su cuerpo enteramente distendido. Apenas respiraba. Estaba más allá de la vigilia y el sueño. Estaba bien por todos lados, y lo sabía. Sin abrir los ojos, preguntó muy suavemente:

- ¿Me miras?

Él respondió:

- Eres bella...

Lentamente, la boca y los ojos cerrados se convirtieron en una sonrisa.

El cielo palpitó y se fundió. En un aullido, una bandada de soldados enisores medio desnudos, pintados de sus asientos de hierro surgió en las alturas de la noche inflamada, y corrió oblicuamente, por encima del lago, hacia la Boca. De todas las chimeneas, las armas de defensa tiraron. El ejército aéreo fue asolado, dispersado, arrasado, devuelto hacia las estrellas en millares de cadáveres dislocados que recaían en el lago y el bosque. Los animales corrían en todos sentidos, se tiraban al agua, volvían a salir de ella, daban vueltas alrededor de la pareja, bailando de enloquecimiento. Una serie de explosiones aterradoras levantó el bosque incendiado y lo proyectó por doquier. Una rama antorcha cayó sobre una cierva que pegó un salto fantástico y se zambulló. Los caballos en llamas galopaban y coceaban. Del cielo un nuevo ejército bajó aullando.

Paikan quiso irse de Eléa. Ella lo retuvo. Abrió los ojos. Lo miró. Ella estaba feliz.

- Vamos a morir juntos - dijo.

Él deslizó su mano en el arma abandonada sobre el pasto, se retiró, y se enderezó. Ella tuvo el tiempo de ver el arma apuntándole. Gritó:

- ¡Tú!

- Vas a vivir - le contestó.

Y tiró.

Lo que aconteció después, Eléa lo descubrió al mismo tiempo que los sabios de EPI. El arma la había abrumado, pero sus sentidos habían continuado recibiendo impresiones, y su memoria subconsciente atrapándolas.

Sus oídos habían escuchado, sus ojos entreabiertos habían visto, su cuerpo había sentido a Paikan ajustar alrededor suyo algunas vestimentas, tomar la en sus brazos y caminar hacia los ascensores en medio del infierno desencadenado. Había hundido su llave en la placa, pero la cabina no subía. Había gritado:

- ¡Coban! ¡Lo llamo! ¡Soy Paikan! Le traigo a Eléa...

Hubo un silencio, gritó de nuevo el nombre de Coban, el nombre de Eléa. Una señal verde se puso a palpitar encima de la puerta, y la voz de Coban sonó, borrada, cortada, a ratos ahogada, otras veces como el sonido de una lengua de acero:

-Tarde... bien tarde... enemigo... penetrado en Gonda 7... su grupo de ascensores aislado... voy a tratar baje... envío un comando atravesar el enemigo a su encuentro identifíquese... su anillo... todas las placas... repito envío...

La cabina del ascensor llegó y se abrió.

El suelo se levantó con una explosión aterradora, el techo del ascensor fue pulverizado, Eléa arrancada de los brazos de Paikan, el uno y el otro levantados, enrollados, arrojados al suelo. Y los ojos de Eléa, inconsciente, veían eI cielo rojo del cual bajaban sin cesar nubes de hombres rojos. Y sus oídos escuchaban el aullido que llenaba la noche en llamas.

Su cuerpo sintió la presencia de Paikan. Se había reunido con ella. La tocaba. Sus ojos vieron la cara angustiada esconder el cielo e inclinarse hacia ella. Vieron su frente, herida, sus cabellos rubios manchados de sangre. Pero su conciencia estaba ausente, y ella no resintió ninguna emoción. Sus oídos escucharon la voz de Paikan que hablaba para tranquilizarla:

- Eléa... Eléa... Estoy acá... Te voy a llevar... a... el Refugio... Vivirás...

La levantó y la cargó sobre su hombro.

El busto de Eléa colgaba en la espalda de Paikan, y sus ojos no vieron nada más. Su memoria no registró más que ruidos, y sensaciones difusas, profundas, que entran en el cuerpo por toda la superficie y el espesor de su carne, y que la consciencia ignora.

Paikan le hablaba, y ella oía su voz entre las explosiones y las crepitaciones del bosque que ardía.

- Te voy a llevar... Voy a bajar en el ascensor... por la escalera... Soy tuyo... No temas... Estoy contigo

Sobre la pantalla grande de la Sala del Consejo, no había más imágenes precisas. En la mesa del podio, Eléa con los ojos cerrados, la cabeza en sus manos, dejaba que su memoria liberara lo que había registrado. En los difusores estallaban estrépitos, explosiones, gritos horribles, el fragor de temblores de tierra. Sobre la pantalla, el circuito- imagen traducía los impulsos recibidos por los derrumbamientos de colores gigantescos, caídas interminables hacia un abismo sulfuroso, erupciones de tinieblas. Era el retorno de un mundo hecho pedazos hacia el caos que precedió todas las creaciones.

Y después hubo una sucesión de golpes sordos y afelpados- de más en más cerca, de más en más poderosos.

Eléa parecía molesta, incómoda. Abrió nuevamente los ojos y se arrancó el círculo de oro.

La pantalla se apagó.

Los golpes sordos continuaron. Y de repente fue la voz de Labeau:

- ¿Oyen? ¡Es su corazón!

Hablaba directamente de la sala de reanimación, por todos los difusores.

- ¡Hemos triunfado! ¡Vive! ¡Coban vive!

Hoover se levantó de un salto, gritó "¡Bravo!" y se puso a aplaudir. Todo el mundo lo imitó. Los viejos sabios y aun los más jóvenes, los hombres y algunas mujeres entre ellos, se aliviaban gesticulando con grandes gritos, del malestar que sentían de volverse a encontrar entre sí, a mirarse los unos a los otros, después de haber oído y visto juntos sobre la pantalla las escenas más íntimas evocadas por la memoria de Eléa. Simulaban no darle ninguna importancia, estar hastiados de todo, de considerarlo con un puro espíritu científico, o de tomarlo en broma. Pero cada uno estaba profundamente conmovido en su espíritu y su carne, y encontrándose de golpe nuevamente en el mundo de hoy, no se animaba más a mirar a su vecino quien también desviaba su mirada. Tenían vergüenza. Vergüenza de su pudor y vergüenza de su vergüenza. La maravillosa, la total inocencia de Eléa les mostraba hasta qué punto la civilización cristiana había - desde San Pablo y no después de Cristo- pervertido condenándolos, los goces más bellos que Dios haya dado al hombre. Se sentían todos, aun los más jóvenes, semejantes a pequeños viejecitos salaces, impotentes y mirones. El corazón de Coban, al despertarse, acababa de ahorrarles ese penoso momento de molestaba colectiva, en que la mitad de ellos enrojecía y la otra mitad palidecía.

El corazón de Coban latía, se detenía, volvía a comenzar, irregular, amenazado. Los electrodos de un estimulador, fijados sobre su pecho por medio de vendas, intervenían automáticamente cuando el paro se prolongaba, y la sorpresa de un choque eléctrico hacía volver a funcionar el corazón con el sobresalto.

Los médicos alrededor de la mesa de reanimación, tenían caras preocupadas. Bruscamente, lo que temían, se produjo. La respiración de Coban se volvió difícil, gorgoteante, y los vendajes sobre la boca se tiñeron de sangre ¡Suero! Acuéstenlo sobre el lado. ¡Coagulante! Sonda bucal...

Los pulmones sangraban.

Sin cesar un instante sus atentos cuidados, por encima del yacente que liberaban, manipulaban, aliviaban, los reanimadores tuvieron un conciliábulo.

Si la hemorragia no se detenía, es que las quemaduras del tejido pulmonar eran demasiado graves para cicatrizarse. En ese caso, había que abrir a Coban y reemplazarle los pulmones.

Objeciones:

Demora inevitable para hacer venir pulmones nuevos (tres pares, para más seguridad) del Banco Internacional órganos: llamada por radio, embalaje, transporte al avión, travesía Ginebra-Sydney, transborde, travesía Sydney-EPI: todo 20 horas.

- No se olvide los trámites militares de mierda... Los papeles de aduana...

- No me imagino que van a...

- Todo es posible. Calcule el doble de tiempo.

- Cuarenta horas.

Mantener a Coban con vida durante ese tiempo. Necesidad de sangre para transfusión. Test Sanguíneo de la sangre de Coban, inmediatamente. Grupo y subgrupo rojos, grupo y subgrupo blancos.

Un enfermero despejó, la mano y el pliegue del codo izquierdo.

Mismo problema para la operación: sangre en cantidad, prever el doble.

Otro problema para la operación: un equipo quirúrgico especialista en trasplante de órganos.

Moissov: Nosotros tenemos...

Forster: Nosotros podemos...

Zabrec: En nuestro país...

Labeau: Imposible. Demasiado riesgoso. Nada de manos nuevas. Sobre todo manos armadas de cuchillos. Operaremos nosotros mismos, en enlace de televisión con los equipos franceses, americanos y del Cabo. Nosotros podemos hacerlo.

Pulmón artificial para conectar en el circuito sanguíneo durante la operación. Hay uno en la enfermería.

- ¿Por qué no utilizar ese aparato en seguida? Dejar descansar los pulmones de Coban y permitirles cicatrizar.

- No se cicatrizarán si no reciben sangre. Deben continuar funcionando.

- Se curan o no se curan, hay que correr el albur.

Resultados de los tests sanguíneos: grupos y subgrupos desconocidos. La sangre analizada (Coban) coagula todas las sangres testigos.

- ¡Sorprendente!

- ¡Es una sangre fósil! ¡No olviden que este tipo es un fósil! ¡Vivo, pero fósil! Desde hace 900.000 años, la sangre ha evolucionado, mis hijos.

- No hay sangre, no hay operación. La situación está simplificada. 0 se cura o se muere.

- Está la muchacha.

- ¿Qué muchacha?

- Eléa... Puede ser que su sangre sirva.

- ¡Nunca suficiente para una operación!

- Habría que sangrarla a fondo, y eso no bastaría.

- Quizá. Ligando todo y muy rápido. Con el pulmón artificial en circuito en seguida...

- ¡No vamos sin embargo a asesinar a esta muchacha!

- Ella reaccionaría puede ser... Usted ha visto cómo se recupera...

- Es su alimento...

- 0 el suero universal..

- 0 los dos...

- Me opongo... Saben bien que ella no podría refabricar su sangre lo suficientemente pronto. Ustedes piden que se la sacrifique. ¡Yo me opongo!

- Es muy bella, es cierto, pero ante el cerebro de este tipo, ella no tiene nada que hacer.

- Linda o no linda, no es la cuestión: está viva. Somos médicos, no vampiros.

- Siempre se puede hacer el test de su sangre con la de Coban. Eso no nos compromete a nada. Tendremos sin duda necesidad de que nos dé un poco, si él continúa sangrando. Sin hablar de operación.

- De acuerdo, sobre eso de acuerdo, completamente de acuerdo.

El mismo día, Coban resucitado, Coban en peligro de muerte, la ecuación de Zoran explicada o perdida para siempre. Las multitudes más obtusas comprendieron que algo fabulosamente importante para ellas se estaba jugando cerca del Polo Sur, en el interior de un hombre que la muerte retenía de la mano.

- Traten de comprender lo que pasa en el interior de este hombre. El tejido de sus pulmones está quemado, en parte destruido. Para que pueda volver a respirar normalmente, a sobrevivir, y vivir, es necesario que lo que le queda de ese tejido regenere lo que ya no existe. Él duerme todavía. Comenzó a dormir hace 900.000 años y continúa. Pero la carne de su cuerpo está despierta, y se defiende. Y si él estuviese despierto, eso no cambiaría las cosas. No podría hacer nada más. No es él quien manda. Su cuerpo no lo necesita. Las células del tejido pulmonar, las maravillosas pequeñas usinas vivientes están fabricando a toda velocidad nuevas usinas que se les asemejan, para reemplazar a aquellas que el frío o la llama han destruido. Al mismo tiempo, hacen su trabajo ordinario, múltiple, increíblemente complejo, en los dominios químicos, físicos, electrónicos, vitales. Ellas reciben, eligen, trasforman, destruyen, retienen, rechazan, reservan, dosifican, obedecen, ordenan, coordinan con una seguridad y una inteligencia pasmosa. Cada una de ellas sabe más que mil ingenieros, médicos y arquitectos. Son las células comunes de un cuerpo viviente. Nosotros estamos construidos por eso, millares de misterios, millares de complejos microscópicos obstinados en su tarea fantásticamente complicada. ¿Quién las manda a esas maravillosas pequeñas células? ¿Es usted Vignont?

- ¡Oh!, señor...

Librodot

- No las de Coban, Vignont, sino las suyas. Las de vuestro hígado, ¿es usted quien les ordena hacer su trabajo de hígado?

- No, señor.

- ¿Entonces, quién las manda? ¿Quién les ordena hacer lo que tienen que hacer? ¿Quién las ha construido como era necesario para que ellas puedan hacerlo? ¿Quién las ha puesto cada una en su lugar, en vuestro hígado. en vuestro pequeño cerebro, en la retina de vuestros ojos? ¿Quién? ¡Conteste, Vignont, conteste!

- No lo sé, señor.

- ¿No sabe?

- No, señor.

- Yo tampoco Vignont. ¿Y qué sabe aparte de eso?

- Estee...

- No sabe nada, Vignont...

- No, señor.

- Dígame "no sé nada".

- No sé nada, señor.

- ¡Bravo! Mire a los otros, se ríen, hacen burla, creen saber alguna cosa. ¿Qué saben Vignont?

- No sé, señor.

- No saben nada, Vignont. ¿Qué dibujo hay en el pizarrón, lo reconoce usted?

- Si, señor.

- ¿Qué es? Dígales.

- Es la ecuación de Zoban, señor.

- Escúchelos reír, esos idiotas, porque se ha equivocado con una consonante. ¿Cree que saben más que usted? ¿Cree que la saben leer?

- No señor.

- Y sin embargo se sienten orgullosos de sí mismos, se ríen, hacen burla, se creen inteligentes, lo toman a usted por un idiota.

- ¿Es usted idiota Vignont?

- Me importa un comino, señor.

Librodot

- Muy bien, Vignont. Pero no es cierto. Usted está inquieto. Se dice: "puede que sea idiota". Yo lo tranquilizo: ¡No es idiota. Está hecho de las mismas pequeñas células que el hombre cuyo pulmón está sangrando en el punto 612, exactamente las mismas con las cuales estaba hecho Zoran, el hombre que encontró la clave del campo universal. Millares de pequeñas células inteligentes en sumo grado. Exactamente las mismas que las mías, señor Vignont, y las mías son catedráticas en filosofía. ¿Se da cuenta de que usted no es un idiota?

Ahí tiene, ese es el idiota: Julio Jaime Ardillon, el primero desde el sexto grado, ¡gran cabeza! Cree que sabe algo, cree que es inteligente. ¿Usted es inteligente, señor Ardillon?

- Bueno... yo...

- Sí, lo piensa. Usted cree que yo bromeo y que en realidad pienso que usted es inteligente. No, señor Ardillon, creo y sé que es idiota. ¿Sabe leer la ecuación de Zoran?

- No, señor.

- Y si supiese leerla, ¿sabría lo que significa?

- Creo que sí, señor.

- ¡Usted cree!... ¡Usted cree!... ¡Qué suerte! ¡Es un Ardillon pensante! Tendría en el bolsillo la clave del universo, la clave del bien y del mal, la llave de la vida y de la muerte. ¿Qué haría usted, señor Ardillon pensante?

- Estee...

- Ahí está, señor Ardillon, ahí está...

- General, ¿oyó las noticias?

- Sí, señor presidente.

- Este, ¿Co... cómo?

- Coban... Coban, lo han despertado.

- Lo han despertado.

- ¿Quizá vayan a poder salvarlo?

- Puede ser...

- ¡Están locos!

- Están locos...

- ¿Este chirimbolo de ecuación, usted comprende algo?

- Yo, usted sabe las ecuaciones...

- ¡Aun en el C. N. R. S. no la comprenden!

- ¡Nada!...

- ¡Pero es peor que la Bomba!

- Peor...

- Por otro lado, quizá tenga algo de bueno...

- Puede ser...

- Pero aun esto bueno, también puede tener algo de malo.

- Malo, malo...

- ¡Piense en la China!

- Pienso en ella.

- ¡Póngase en su lugar!

- Es un poco grande...

- ¡Haga un esfuerzo! ¿Qué pensaría usted? Pensaría: Otra vez son estos cochinos de Blancos que van a poner la mano sobre este trasto. En el momento que los íbamos a igualar, quizá pasarlos, van a tener nuevamente mil años de ventaja. No debe ser. No tiene que ser. " Eso es lo que pensaría si usted fuera a la China".

- Evidentemente..,. ¿Cree que van a sabotear?

- Sabotear, quitar, atacar, masacrar, no sé nada. Quizá nada. ¿Cómo saber con los chinos?

- Como saber...

- ¿Cómo, como saber? Es su profesión, la de saber. Usted dirige los S.R. Los S.R. son los servicios de información. ¡Nos olvidamos demasiado!

- ¡Usted es el primero! ¡Vigile a la China, general! ¡Vigile a la China! Es de ahí que vendrá...

La fuerza internacional aeronaval estacionada al norte de la Tierra Adelaida se desplegó en las tres dimensiones en forma de escudo, y quedó en estado de alerta veinticuatro horas sobre veinticuatro.

Tenía ojos en el aire y por encima del aire, y oídos hasta el fondo del océano.

Cuando los ojos de Eléa vieron de nuevo, el presidente Lokan estaba de pie en el centro de la imagen. A la izquierda, en el borde de la vista del ojo izquierdo, se encontraba Coban que miraba a Lokan y lo escuchaba. Y a la derecha, la mitad de la cara de Paikan se inclinaba hacia ella.

Lokan parecía sumergido en cansancio y pesimismo.

- Han tomado todas las ciudades del Centro - decía-, y Gonda 7 hasta la Segunda Profundidad... Nada los para. Matamos, matamos, sus pérdidas son fantásticas... Pero su número es inimaginable... Llegan olas y olas sin cesar... Ahora, todas sus fuerzas convergen hacia Gonda 7, para destruir el Consejo y la Universidad y hacia el Arma Solar para impedirle de ser lanzada. Hemos hecho saltar todas las avenidas que llevan hacia el Arma, pero cavan por todos lados, por millones su pequeño túnel. No puedo acelerar el despegue. Sinceramente, no puedo decir si conseguiremos detenerlos por suficiente tiempo, o si llegarán al Arma antes de que haya sido disparada.

- ¡Lo deseo! - dijo Coban-. ¡Si tenemos que ser destruidos, por lo menos que el resto viva! ¿Quiénes somos nosotros para condenar a muerte a la Tierra entera?

- Usted es pesimista, Coban, no será tan terrible...

- ¡Será peor que todo lo que se imagina, y usted bien lo sabe!...

- Ya no sé nada, no imagino nada, ya no pienso nada. He hecho lo que tenla que hacer como responsable de Gondawa, y ahora nadie puede parar, ni saber lo que va a pasar... Estoy extenuado...

- ¡Es el peso de la Tierra muerta que lo aplasta!

- ¡Es fácil decirlo, Coban! Son fáciles las bellas frases cuando uno está lejos de la acción... Cuídese bien, Coban, ellos acaban de lanzar un nuevo ejército sobre Gonda 7. Nos van a atacar con furor. No puedo hacer nada por usted, tengo necesidad de todos los refuerzos de que dispongo. Usted tiene su guardia...

- Está en pleno combate - dijo Coban-. Nosotros los mantenemos.

- Adiós, Coban, yo...

Lokan desapareció. No era sino una imagen. Coban se colocó en el centro de la visión y se acercó a Eléa. Hizo una señal a alguien que ella no veía.

- Escuche, Eléa, si me oye, no esté asustada - dijo-. Vamos a hacerle beber un líquido de paz, que hará dormir no solamente su espíritu, sino cada parcela de su cuerpo, a fin de que ni una célula se estremezca cuando el frío la tome.

- Estoy cerca tuyo - dijo Paikan.

El cuerpo de Eléa sintió que le introducían un tubo flexible en la boca, la garganta y el estómago y que le hacían fluir un líquido. Su rebelión fue tal que le devolvieron la conciencia. Retomó el conocimiento. Quiso sentarse y protestar, pero de repente ya no tuvo más necesidad de ello. Ella estaba bien, todo estaba bien. Maravillosamente. No tenía ni ganas de hablar. No era necesario. Cada uno debía comprenderla como ella comprendía a cada cual y todo.

- ¿Se siente bien? - preguntó Coban.

Ella ni lo miró. Sabía que él sabía.

- Se va a dormir, totalmente, muy suavemente. No será un sueño largo. Aun si duerme durante algunos siglos, no será más largo que una noche.

- Una noche, una dulce noche de sueño, de reposo...

- ¿Has oído? Nada más que una noche... Y cuando te despiertes yo estaré muerto desde hace tanto tiempo que ya no tendrás pena... Estoy contigo. Estoy cerca de ti.

- Desnúdela y lávela - dijo Coban a sus asistentes.

Paikan rugió.

- ¡No la toquen!

Él se inclinó sobre ella y le quitó los jirones de vestimenta que todavía le quedaban. Luego derramó sobre ella agua tibia, la lavó suavemente, con las precauciones de una madre hacia su recién nacido. Ella sentía sobre su persona las manos amadas, estaba feliz.

- Paikan, soy tuya, dormir...

Veía toda la sala alrededor suyo, estrecha, de techo bajo, con una pared de oro convexa, perforada por una puerta redonda. Ella oía el ruido de la batalla que se acercaba en el espesor de la tierra. Todo eso estaba bien. La imagen ensangrentada del jefe de los guardias apareció. Había perdido su casco y la mitad de la piel de la cabeza. El hueso sangraba.

- Han perforado la Tercera Profundidad... Están subiendo hacia el Refugio...

- ¡Defienda el Refugio! ¡Traiga de vuelta todas sus fuerzas alrededor de él! ¡Abandone todo el resto!

El guardia verde y rojo desapareció. La tierra temblaba.

- Paikan, llévela, venga conmigo.

- Ven, Eléa, ven, te llevo, estás en mis brazos. Soy yo quien te lleva. Vas a dormir. Estoy contigo.

Ella no quería dormir, no todavía, no completamente, todo era suave alrededor suyo, todo estaba bien en los brazos de Paikan...

En sus brazos bajó una escalera de oro y franqueó una puerta igualmente de oro. Todavía algunos escalones.

- Acuéstela aquí, la cabeza hacia mí - dijo Coban-. Los brazos sobre el pecho. Bien... Escuche Moissov, ¿me oye usted?

- Lo oigo.

- Mándeme la imagen de Gonda 1. Quiero estar informado hasta el final.

- Se la envío.

La bóveda del Refugio se volvió una llanura inmensa. Del cielo de fuego caían guerreros rojos. En su multitud vertical el choque de las armas de defensa cavaban enormes agujeros, pero del cielo surgían otros y otros y otros. Llegados al suelo eran barridos por los fuegos cruzados de las armas enterradas, los nuevos cadáveres iban a reunirse con la multitud danzante de los muertos sacudidos sin cesar por el choque de las armas. Los sobrevivientes se hundían inmediatamente en el suelo, de cuclillas en el asiento que les abría un Pasaje.

El suelo se defendía, explotaba, se levantaba en abanicos, proyectaba entre los desechos de su propia carne a sus agresores dislocados.

Eléa pensaba que todo eso estaba bien. Todo estaba maravillosamente bien... bien... bien...

- Se está durmiendo - dijo Coban-. Le voy a poner la máscara. Dígale adiós.

Ella vio la llanura abrirse de una punta a la otra del horizonte, rechazando hacia sus bordes los montones de muertos y de vivos con las rocas y la tierra. Una maravillosa y gigantesca flor de metal y de vidrio surgió de la tierra abierta y subió hasta el cielo. El ejército que cala desde las nubes fue apartado y rechazado como polvo. La flor fantástica se elevó y se abrió, desplegó alrededor suyo pétalos de todos los colores, descubriendo su centro, su corazón más trasparente que el agua más clara. Ella llenaba el cielo, en el cual continuaba subiendo y comenzaba a girar despacito, luego ligero, ligero, de más en más rápidamente... Estaba maravillosamente bien, estoy bien, bien. Me voy a dormir.

El rostro de Paikan borró la flor y el cielo. Él la miraba. Era hermoso. Paikan. No hay más que él.

- Soy de Paikan.

- Eléa... Soy tuyo... Vas a dormir... Estoy contigo...

Ella cerró los ojos y sintió la máscara posarse sobre su cara. El tubo respiratorio se apoyó sobre sus labios, los, abrió y entró en su boca. Oyó entonces la voz de Paikan...

- ¡No se la doy, Coban! ¡Se la he traído, pero no se la doy! ¡No es suya! No será nunca suya... Eléa, mi vida, sé paciente... Nada más que una noche... Estoy contigo por toda la eternidad.

Ella no oyó nada más. No sintió nada más. Su conciencia estaba sumergida, sus sentidos se anularon. Su subconsciente se hundió. Ella no fue más que una bruma luminosa, dorada, liviana, sin forma y sin fronteras. que se apagó...

Eléa se había quitado el círculo de oro. La mirada fija perdida en el infinito, más allá del presente, silenciosa, como una estatua de piedra, ofrecía un rostro de una fuerza trágica tal, que nadie se animaba a moverse, decir una palabra, romper el silencio con una tos o un crujir de silla.

Fue Simon el que se levantó. Se colocó tras ella, puso las manos sobre sus hombros y le dijo suavemente:

- Eléa...

Ella no se movió. Él repitió:

- Eléa...

Simon sintió los hombros estremecerse bajo sus manos.

- Eléa, venga...

La calidez de su voz, el calor de sus manos atravesaron las fronteras del horror.

- A descansar...

Ella se levantó, se volvió hacia él y lo miró como si fuera el único ser viviente entre los muertos... Él le tendió las manos. Ella miré esa mano tendida, titubeó un instante, luego puso en ella la suya... Una mano... La única mano del mundo, el único auxilio.

Simon cerró lentamente sus dedos alrededor de la palma colocada en la suya, luego se puso a caminar y se llevó a Eléa.

De la mano, bajaron del podio, atravesaron juntos la sala, su silencio y sus miradas. Henckel, sentado en la última fila, se levantó y les abrió la puerta.

En cuanto hubieron salido, las voces se elevaron, la algarabía llenó la sala, las discusiones nacieron en todos los rincones.

Cada uno había reconocido en las últimas imágenes la escena que había sido trasmitida a Simon cuando se encasquetó el círculo receptor. Y cada uno adivinaba lo que debía haber pasado después: Paikan saliendo del Refugio, Coban bebiendo el licor de la paz, desvistiéndose y acostándose sobre su zócalo, bajando sobre su cara la máscara de oro, el Refugio cerrándose, el motor del frío poniéndose a funcionar.

Durante ese tiempo el Arma Solar, siguiendo su curso aéreo, alcanzaba el cenit de Enisorai y entraba en acción ¿Cuál había sido exactamente su efecto? No se podían hacer más que conjeturas. "Como si el Sol mismo se posara sobre Enisorai...", había dicho Coban. Sin duda un rayo de una temperatura fantástica, fundiendo la tierra y las rocas, licuando los montes y las ciudades, socavando el continente hasta sus raíces, cortándolo en trozos, tras tomándolo, dándolo vuelta como una carreta de infierno, y sumergiéndolo en las aguas.

Y lo que había temido Coban se había producido: el choque había sido tan violento que había repercutido sobre toda la masa de la Tierra. Ésta había perdido el equilibrio de su rotación y se enloqueció como un trompo derribado, antes de volver a encontrar un nuevo equilibrio sobre bases distintas. Sus cambios de giro habían rajado la corteza, provocado en todas partes sismos y erupciones. proyectado fuera de sus fosas oceánicas las aguas inertes cuya masa fantástica había sumergido y devastado las tierras. Había que ver, sin duda, en este acontecimiento el origen del mito del diluvio que se encuentra hoy en día, en las tradiciones de los pueblos en todas partes del mundo. Las aguas se habían retirado, pero no en todos lados. Gondawa se encontraba colocada, por el nuevo equilibrio de la Tierra, alrededor del nuevo Polo Sur. El hielo había embargado e inmovilizado a las aguas del ras de marea que barrían el continente. Y, sobre esa explanada, los años, los siglos, los milenios habían acumulado fantásticos espesores de nieve trasformados a su vez en hielo por su propio peso.

Librodot

Eso, Coban lo había previsto. Su refugio debía abrirse cuando las circunstancias hubieran hecho que la vida en la superficie, fuera nuevamente posible. El motor del frío debía detenerse, la máscara debía devolver la respiración y el calor a los dos yacentes, la perforadora abrirles un camino hacia el aire y el sol. Pero las circunstancias nunca se habían vuelto favorables. El Refugio se quedó como una semilla perdida en el fondo del frío, y no hubiera germinado nunca sino por obra de la casualidad y la curiosidad de los exploradores.

Hoover se levantó.

- Propongo - dijo-, que rindamos homenaje, en una declaración solemne, a la intuición, la inteligencia y la obstinación de nuestros amigos de las Expediciones Polares Francesas, que han sabido no solamente interpretar los datos inhabituales de sus sondas y sacar las conclusiones que ustedes saben, sino también sacudir la indiferencia y la inercia de las naciones hasta que se unieran y nos enviaran aquí.

La asamblea se levantó y aprobó a Hoover con aclamaciones.

- También - dijo Leonova-, hay que rendir homenaje al genio de Coban y a su pesimismo que, conjugados, le han hecho construir un refugio a prueba de la eternidad,

- 0. K., hermanita - contestó Hoover-. Pero fue demasiado pesimista. Fue Lokan quien tenía razón. El Arma Solar no ha destruido toda la vida terrestre. ¡Puesto que estamos aquí! Han habido sobrevivientes vegetales, animales, hombres. Sin duda muy pocos, pero era suficiente para que todo volviera a comenzar. Las casas, las fábricas, los motores, la energía en botella, todos los benditos chirimbolos de los cuales vivían habían sido destrozados, aniquilados. ¡Los sobrevivientes cayeron de traste en la tierras! ¡Completamente desnudos! ¿Cuántos eran? Quizá algunas docenas, dispersados en los cinco continentes. ¡Más desnudos que los gusanos porque ya no sabían hacer nada! Tenían manos que no sabían utilizar ¿Qué sé hacer yo con mis manos, señor Hoover, cabezón? ¿Además de encender mi cigarrillo y pegarles en el trasero a las chicas? Nada. Cero. Si tuviera que agarrar un conejo corriendo para poder comer, ¿ve qué cuadro sería? ¿Qué haría si estuviese en el lugar de los sobrevivientes? Comería insectos y frutas cuando fuera la estación de ellas, y animales muertos cuando tuviera la suerte de encontrarlos. Eso es lo que han hecho. A eso han caído. Más abajo que los hombres primitivos que habían comenzado todo antes de ellos, más abajo que los animales. Con su civilización desaparecida, se han encontrado como caracoles a los cuales un pillete hubiera roto y arrancado la caparazón para ver cómo están hechos por dentro. Mire, caracoles deben haber consumido bastantes, eso es más fácil. Espero que habría muchos caracoles. ¿A usted le gustan los caracoles, hermanita? Han vuelto a empezar desde el peldaño más bajo de la escalera, y han vuelto a hacer toda la subida, se han caído a mitad de camino y han comenzado otra vez, y vuelto a caer, y obstinados y testarudos, la cabeza erguida, volvían a recomenzar a subir, y yo iré hacia arriba, ¡y más alto aún! ¡Hasta las estrellas! ¡Y así están! ¡Helos aquí! ¡Somos nosotros! Han repoblado el mundo, y son tan idiotas como antes, aprontándose para hacer volar de nuevo el boliche. ¿No es lindo eso? ¡Ese es el hombre!

Fue un gran día de exaltación y de sol.

Afuera, en la superficie, la velocidad del viento había bajado a su mínima, no más de ciento veinte kilómetros por hora, con momentos de calma casi total, inverosímiles, de benignidad inesperada. Desencadenaba sus furores muy alto en el cielo, lo limpiaba de la más pequeña nube, de la más ínfima pizca de bruma, lo hacia brillar de un azul intenso, todo nuevo, alegre. Y la nieve y el hielo estaban casi tan azules como él.

En la Sala del Consejo, la asamblea hervía. Leonova había propuesto a Ios sabios de prestar el juramento solemne de consagrar sus vidas a luchar contra la guerra y la estupidez, y sus más feroces formas, la estupidez política y la estupidez nacionalista.

- Abrázame, hermanita roja - había dicho Hoover.

Y agreguemos, la estupidez ideológica.

Y la había apretado contra su panza. Ella habla llorado. Los sabios, de pie, Ios brazos extendidos, habían jurado en todos los idiomas, y la Traductora había multiplicado sus juramentos.

Hoi-To entonces había puesto a sus colegas al corriente de los trabajos del equipo que integraba Lukos, y que trazaba el relevamiento fotográfico de Ios textos grabados en la pared del Refugio. Acababa de terminar el relevamiento de un texto descubierto desde el primer día, cuyo título habla encontrado y traducido: "Tratado de las leyes Universales", y que parecía ser la explicación de la ecuación de Zoran. Frente a su importancia, Lukos iba a encargarse él mismo de proyectar los dos clisés fotográficos en la pantalla analizadora de la Traductora.

Era una noticia de extraordinaria importancia. Aun si Coban sucumbía, se podía esperar comprender algún día el Tratado y descifrar la ecuación.

Heath se levantó y pidió la palabra.

- Soy inglés - dijo-, y feliz de serlo. Pienso que no sería completamente un hombre si no fuera inglés.

Hubieron risas y unos abucheos.

Heath continuó sin sonreír:

- Ciertos continentales piensan que consideramos a todos los que no han nacido en la isla Inglaterra como monos apenas bajados del cocotero. Los que piensan así exageran... ligeramente...

Esta vez las risas dominaron el ambiente.

- Es porque soy inglés, feliz de haber nacido en la isla Inglaterra, que puedo permitirme de haceros la propuesta siguiente: escribamos, nosotros también, un tratado, o mejor dicho una declaración de la Ley Universal. La ley del hombre universal. Sin demagogia, sin bla-bla, como dicen los franceses, sin palabras huecas, sin frases majestuosas. Está la Declaración de la O.N.U. No es más que mierda solemne. Todo el mundo se ríe de ella. No hay un hombre entre cien mil que conozca su existencia. Nuestra Declaración deberá golpear el corazón de todos los hombres vivientes. No tendrá más que un párrafo, quizá una frase. Habrá que buscar bien, para poner las menos palabras posibles. Dirá simplemente algo así: "Yo, hombre, soy inglés o patagónico y feliz de serlo, pero soy ante todo un hombre vivo, no quiero matar, y no quiero que me maten. Rechazo la guerra, sea cuales fueran sus razones". Eso es todo.

Se volvió a sentar y llenó su pipa con tabaco holandés.

- ¡Viva Inglaterra! - gritó Hoover.

Los sabios reían, se abrazaban, se palmeaban la espalda.

Evoli, el físico italiano sollozaba. Henckel, el alemán metódico, propuso nombrar una comisión encargada de redactar el texto de la Declaración del Hombre Universal.

En el momento en que las voces comenzaban a proponer nombres, la de Labeau surgió de todos los difusores.

Anunciaba que los pulmones de Coban habían cesado de sangrar. El hombre estaba muy débil y todavía inconsciente, su corazón latiendo irregularmente, pero ahora se podía esperar salvarlo.

Era verdaderamente un gran día. Hoover le preguntó a Hoi-To, si sabía dentro de cuánto tiempo Lukos habría terminado de inyectar en la Traductora, las fotos del Tratado de las Leyes Universales.

- Dentro de algunas horas - dijo Hoi-To.

- Entonces dentro de algunas horas, podremos saber, en diecisiete idiomas diferentes, lo que significa la ecuación de Zoran.

- No lo creo - contestó Hoi-To esbozando una sonrisa-. Conoceremos el texto de enlace, el raciocinio y el comentario, pero el significado de los símbolos matemáticos y físicos se nos escapará, como se le escapa a la Traductora. Sin la ayuda de Coban, se necesitaría un cierto tiempo para volver a encontrar el sentido. Pero evidentemente se llegaría, y sin duda, bastante pronto, gracias a los ordenadores.

- Propongo - dijo Hoover-, de anunciar por Trio que daremos mañana una comunicación al mundo entero. Y de prevenir a las universidades y centros de investigación. que tendrán que registrar un largo texto científico del cual trasmitiremos las imágenes en inglés y francés, con los símbolos originales en lengua gonda. Esta difusión general de un tratado que conduce a la comprensión de la ecuación de Zoran hará, de un solo golpe, imposible la exclusividad de su conocimiento. Se habrá vuelto, en algunos instantes, el bien común de todos los investigadores del mundo entero. En ese mismo momento, desaparecerán las amenazas de destrucción y de secuestro que pesan sobre Coban, y podremos invitar a esa repugnante asamblea de chatarra militar flotante y volante que nos vigila, so pretexto de protegemos, a dispersarse y volverse a sus lares.

La propuesta de Hoover fue adoptada por aclamación. Fue un día grande, una larga jornada sin noche y sin nubes, con un sol dorado que paseaba su optimismo todo alrededor del horizonte. A la hora en que se eclipsaba detrás de la montaña de hielo, los sabios y los técnicos prolongaron su euforia en el bar y en el restaurante de EPI 2. La provisión le champagne y de vodka de la base, mermó esa noche seriamente.

Y el scotch y el bourbon, el aquavita y el schlivovitz derramaron su ración de optimismo en la caldera borboteante de la alegría general.

- Hermanita - dijo Hoover a Leonova-, soy un enorme solterón asqueroso, y usted es un horrible cerebro marxista flacuchón... No le diré que la amo porque sería abominablemente

ridículo. Pero si aceptara ser mi mujer, le prometo perder mi panza y que llegaría hasta el extremo de leer el "Capital".

- Es usted odioso - dijo Leonova sollozando sobre su hombro-, usted es atroz...

Ella había bebido champagne. No tenía costumbre de hacerlo.

Simon no se había sumado a la alegría general. Había acompañado a Eléa hasta la enfermería y se había quedado con ella. Al entrar al cuarto, ella se había dirigido derecho a la comida-máquina, había tomado ligeramente tres teclas blancas, y obtenido una esférula de un rojo sangre que había ingerido en seguida, acompañándola con un vaso de agua. Luego, con su indiferencia habitual a la presencia ajena, se había desvestido, completamente desnuda, se había dedicado a su toilette, y se había acostado en la misma forma, ya medio dormida, sin duda bajo el efecto de la esférula roja. Desde que se sacó el círculo de oro, Eléa no pronunció ninguna palabra.

La enfermera había seguido el último episodio del recuerdo, en la Sala de Conferencias. La miró con lástima. El rostro de la joven mujer dormida, quedaba petrificado en una gravedad trágica que parecía más allá de todos los sufrimientos...

- Pobrecita. - dijo la enfermera-. Sería mejor que le pusiese su pijamas. Corre el riesgo de enfriarse.

- No la toque, duerme, está en paz - contestó Simon a media voz-. Tápela bien, y vigílela. Yo voy a dormir un poco, a media noche me haré cargo de la guardia. Despiérteme...

Reguló el termostato para aumentar ligeramente la temperatura del cuarto, y se acostó todo vestido sobre su estrecha cama. Pero en cuanto cerró los ojos, las imágenes comenzaron a desfilar bajo sus párpados. Eléa y Paikan. Eléa desnuda, el cielo de fuego, el entrevero de soldados muertos, Eléa desnuda, Eléa sin Paikan, el suelo destrozado, la llanura partida, el Arma en el cielo, Eléa, Eléa...

Se levantó bruscamente, consciente de que no se podría dormir. ¿Somnífero? La comida-máquina estaba allí, sobre la mesita, al alcance de su mano. Tocó ligeramente las tres teclas blancas. El cajón se abrió, ofreciéndole una esférula roja.

La enfermera con desaprobación lo miraba proceder.

- ¿Va a comer eso? ¡Puede ser que sea veneno! No respondió. Si era veneno Eléa lo había tomado, y si Eléa se moría, él ya no tendría deseos de vivir. Pero no creía que fuese veneno. Tomó la esférula entre el índice y el pulgar y se la puso en la boca. Estalló bajo sus dientes como una cereza sin carozo. Le pareció que todo el interior de su boca, de su nariz, de su garganta estaban salpicados con una suavidad ofensiva. No era dulce de gusto, no tenía ningún gusto, era como terciopelo líquido, era un contacto, una sensación de una suavidad infinita, que se expandía y penetraba en el interior de su carne, atravesaba las mejillas y el cuello para llegar hasta la piel, invadía el interior de su cabeza, y cuando la tragó, le bajó por todo el cuerpo y lo colmó. Se volvió a acostar suavemente. No estaba con sueño. Le parecía que podría caminar hasta el Himalaya y escalarlo a brincos.

La enfermera lo sacudió:

- ¡Doctor! ¡Pronto! ¡Levántese pronto!

- ¿Qué? ¿Qué pasa?

Miró el reloj luminoso. Marcaba las 23 horas 17 minutos.

- ¡Yo le había dicho que era veneno! ¡Beba esto rápido!

- Él rechazó el vaso que le tendía. Nunca se había sentido tan bien, eufórico, descansando como si hubiese dormido diez horas.

- Entonces, si no es veneno, ¿qué le pasa a ella?

- Eléa, Eléa.

Se había despertado, los ojos completamente abiertos, la mirada fija, las mandíbulas crispadas. Accesos bruscos de temblores le sacudían todo el cuerpo, Simon la destapó y le tocó los músculos de los brazos y de los muslos. Estaban crispados, tensos, tetanizados. Le pasó la mano frente a los ojos que no parpadearon. Encontró su pulso con dificultad bajo los músculos endurecidos de la muñeca. Lo sintió fuerte, acelerado.

- ¿Qué es, doctor? ¿Qué tiene?

- Nada - dijo con dulzura Simon, volviendo a subirle las cobijas-. Nada... Más que desesperación...

- Pobrecita... ¿Qué podríamos hacer?

- Nada - contestó Simon-, nada...

Había conservado la mano helada de Eléa entre las suyas. Se puso a acariciarla, a masajearla suavemente, a masajear el brazo endurecido subiendo hasta el hombro.

- Lo voy a ayudar - dijo la enfermera.

Dio la vuelta de la cama, y tomó la otra mano de Eléa. El brazo de ésta tuvo un sobresalto de regresión.

- Déjela. Déjela conmigo. Déjenos. Vaya a dormir a su cuarto...

- ¿Está seguro?

- Sí... Déjenos...

La enfermera juntó sus pertenencias y salió lanzando a Simon una larga mirada sospechosa. Él no se apercibió de ello. Contemplaba a Eléa, su rostro petrificado, sus ojos fijos, en los cuales la luz brillaba sobre dos lagos de lágrimas inmóviles.

- Eléa... - dijo con voz muy queda-, Eléa... Eléa... Estoy con usted...

Pensó bruscamente que no era su voz la que ola sino la voz extraña de la Traductora.. La voz de él, que le llegaba por el otro oído, no era más que un ruido confuso, extraño, que su atención se esforzaba en eliminar.

Con precaución, le quitó el audífono de la oreja. Su micro- emisora había quedado enganchada a su ropa colocada en la silla. Se sacó el suyo, pinchado al pullover y lo metió en el fondo de su bolsillo. Ahora no había más máquina, más voz ajena entre ella y él.

- Eléa... Estoy con usted... sólo con usted... por la primera vez... quizá la última... Y usted no me comprende... Entonces se lo puedo decir... Eléa mi amor... mi bienamada... te quiero... mi amor, amor... quisiera estar cerca tuyo... sobre ti... en ti suavemente... tranquilizarte, calentarte y calmarte, consolarte, te quiero... no soy más que un bárbaro... un salvaje atrasado como animales y pasto y árbol... no te tendré jamás pero te amo te amo... Eléa, mi amor... eres bella tú eres el pájaro, la fruta, la flor, el viento del cielo, nunca te tendré... lo sé..., pero te amo...

Las palabras de Simon se posaban sobre ella, sobre su cara, sus brazos, sus senos desnudados, se posaban sobre ella como pétalos tibios, como una nieve de calor. Sentía en su mano la de ella que se suavizaba, veía su cara ya no tensa, su pecho levantarse más pausadamente, más profundamente. Vio sus párpados bajarse muy lentamente sobre los ojos trágicos, y las lágrimas por fin fluir.

- Eléa, Eléa, mi amor... vuelve del mal... vuelve del dolor... vuelve, Ia vida está acá, te quiero.... eres bella, nada hay más bello que tú... el niño desnudo, la nube... el color, la cervatilla... la ola, la hoja... la rosa que se abre... el olor de la pesca y de todo el mar... Nada es tan hermoso como tú... el sol de primavera sobre nuestras margaritas silvestres... el cachorro de león... las frutas redondas, las frutas maduras al sol, las frutas tibias del sol... nada es tan hermoso como tú, Eléa, Eléa, mi amor, mi bienamada...

Sintió la mano de Lea estrechar la suya, vio su otra mano levantarse, posarse sobre la sábana, tocarlo, agarrarlo y con un gesto inhabitual, con un gesto increíble, traerlo hacía ella y cubrir sus senos desnudos.

Él calló.

Ella habló.

Dijo en francés:

- Simon, te comprendo...

Hubo un corto silencio. Luego agregó:

- Soy de Paikan...

De sus ojos cerrados, las lágrimas continuaban corriendo.

Tú me comprendes, tú habías comprendido, quizá no todas las palabras, pero las suficientes para saber cuánto, cuánto te amaba. Te amo, amor, amor, esas palabras no tienen sentido en tu idioma, pero tú las habías comprendido, sabías lo que querían decir, lo que yo te quería decir, y si no te habían traído el olvido y la paz, te habían dado, llevado, posado sobre ti bastante calor para permitirte llorar.

Habías comprendido. ¿Cómo era posible? Yo no había contado, ninguno de nosotros había contado con las facultades excepcionales de tu inteligencia. Nos creemos en la cumbre del progreso humano, ¡somos los más evolucionados!, ¡los más agudos!, ¡los más capaces! El brillante resultado extremo de la evolución. Después de nosotros, puede ser, que haya, que haya sin duda algo mejor, pero antes de nosotros, vamos, ¡no es posible! A pesar de todas las realizaciones de Gondawa que tú nos habías mostrado, no nos podía venir al espíritu que ustedes fuesen superiores. Su éxito no podía ser sino accidental. Ustedes nos eran inferiores porque estaban antes.

Esta convicción de que el ser humano en cuanto a especie se mejora con el tiempo, viene sin duda de una confusión inconsciente con el hombre en cuanto individuo. El hombre es primero un niño antes de ser un adulto. Nosotros, hombres de hoy, somos adultos, los que vivían antes que nosotros no podían ser sino niños.

Pero sería quizá bueno, sería quizá el momento de preguntarse si la perfección no está en la infancia, si el adulto no es sino un niño que ya ha comenzado a podrirse...

Ustedes, en las infancias del hombre, ustedes nuevos, ustedes puros, ustedes no gastados, no cansados, no destrozados, no estragados, no agobiados, ustedes, ¿qué no podrían hacer con su inteligencia?

Desde hacia semanas escuchabas por un oído las frases del idioma desconocido, el mío, por mi voz que te hablaba todo el día de la mañana a la noche cerca de en cuanto no dormías y aun cuando dormías, Porque las labras que te decía eran una manera de estar contigo, mas cerca de ti, mi amor, mi bienamada.

Y por el otro oído escuchabas las mismas frases traducidas, el sentido de esas palabras te llegaba sin cesar al mismo tiempo que las palabras, y tu maravillosa inteligencia consciente, subconsciente, no lo sé, comparaba, clasificaba, traducía, comprendía.Tú me comprendías...

Yo también, yo también mi amor, había comprendido y sabía...

Tú eras de Paikan...

Lukos había terminado. La Traductora había tragado, asimilado y traducido en diecisiete idiomas distintos el texto del Tratado de Zoran. Pero, obedeciendo a los impulsos dados por Lukos por decisión del Consejo, guardaba las traducciones en su memoria, para imprimirlas o difundirlas más tarde, cuando se le pidiera. Solamente había inscripto en un film magnético las imágenes de las traducciones inglesa y francesa. Los filmes esperaban en un armario el momento de la difusión mundial.

La hora se acercaba. Los periodistas pidieron visitar a la Traductora para poder describir a sus lectores y oyentes la maravilla que había descifrado los secretos de la más vieja ciencia humana. En ausencia de Lukos, que continuaba dentro del Huevo con Hoi-To, el relevamiento fotográfico de los textos grabados, fue su adjunto el ingeniero Mourad, que los guió en los meandros de la máquina. Hoover había querido acompañarlos, y Leonova acompañaba a Hoover. Por momentos, él tomaba su mano menuda en la suya enorme, o bien era ella quien enganchaba sus frágiles dedos en los enormes dedos. Y avanzaban así, de la mano, como dos amantes de Gondawa.

- Aquí está - dijo Mourad- el dispositivo que permite inscribir las imágenes sobre los films. Sobre esta pantalla las líneas de los textos aparecen en caracteres luminosos. Esta cámara TV los ve, los analiza y los trasforma en señales electromagnéticas que inscribe sobre un film. Como ustedes ven, es muy simple, es el viejo sistema del magnetoscopio. Lo que es menos sencillo, es la manera como se las arregla la Traductora para fabricar los caracteres luminosos. Es...

Como Mourad no hablaba más que el turco y el japonés, Hoover había distribuido a los periodistas unos audífonos, para permitirles a cada uno oír las explicaciones en su propio idioma. Y Louis Deville oyó en francés:... es... mierda! ¿Qué es?

En un centésimo de segundo admiró que la Traductora tuviese un conocimiento tan íntimo del idioma francés, y resolvió preguntarle a Mourad cuál era el término turco correspondiente. Debía ser sonoro y pintoresco. Un segundo más tarde, ya no pensaba más en esas futilidades. Veía a Mourad hablarle al oído a Hoover, Hoover hacerle señas de que no comprendía, Mourad tirarle de la manga y mostrarle algo detrás de la cámara registradora TV. Alguna cosa que Hoover comprendió en seguida y que los periodistas más cercanos, que miraban al mismo tiempo que él, no comprendían.

Hoover se volvió hacia ellos.

- Señores, tengo necesidad de hablar en privado con el ingeniero Mourad. No lo puedo hacer sino por intermedio de la Traductora. No deseo que oigan nuestra conversación. Les ruego entregarme sus audífonos, y tengan a bien salir de la habitación.

Fue una explosión de protestas, una tormenta verbal en el seno de la reina del verbo. ¿Cortar la fuente de información justo en el momento en que quizá se produjera algo sensacional? ¡Ni pensarlo! ¡jamás en la vida! ¿Por quiénes nos tomarían?

Hoover se puso violeta de furor. Vociferó:

- ¡Ustedes me hacen perder tiempo! ¡Cada segundo tiene a lo mejor una importancia fantástica! ¡Si me siguen discutiendo, los embarco en un jet y los mando todos de vuelta a Sydney! ¡Devuélvanme eso!

Tendió las manos ahuecadas.

Por el estado en que estaba, él, el bonachón, comprendieron que el asunto era grave.

- Les prometo tenerlos al corriente, en cuanto sepa.

Desfilaron todos frente a él y le entregaron las conchas multicolores todavía tibias del calor de sus cabezas. Leonova cerró la puerta sobre el último, y se volvió vivamente hacia Hoover.

- ¿Qué es? ¿Qué pasa?

Los dos hombres ya estaban inclinados sobre las entrañas de la cámara y discutían rápidamente en términos técnicos.

- ¡Sabotaje! - dijo Hoover-. ¡La cámara ha sido toqueteada! ¿Ve este hilo ahí?, no es el del magnetoscopio. ¡Ha sido agregado!...

Adherido al del magnetoscopio, se confundía con él, y el hilo clandestino penetraba al mismo tiempo que el otro, en el agujero del tabique metálico.

Pronto Mourad destornilló cuatro tornillos de cabeza cruzada, y tiró hacia él la placa de aluminio pulido. Las entrañas del magnetoscopio aparecieron. Vieron en seguida el objeto insólito: una valija de tamaño mediano, en imitación de cuero, banal, color tabaco. El hilo suplementario entraba y otro salía de ésta, subía en un rincón, perforaba el techo, se juntaba, sin duda, por algún artificio astuto, a una masa metálica exterior que debía servir de antena.

- ¿Qué? - preguntó Leonova, lamentando no ser más que una antropóloga ignorante de todas las técnicas.

- Una emisora - dijo Hoover.

Estaban abriendo la valija. Ésta reveló un admirable dispositivo de circuitos, de tubos y de semiconductores. No era una emisora común de radio, sino una verdadera estación emisora de televisión, una obra maestra de miniaturización.

Con un golpe de vista, Hoover reconoció las piezas japonesas, checas, alemanas, americanas, francesas, y admiraba a pesar suyo la extraordinaria disposición que había hecho caber en tan poco espacio una eficacia semejante. El hombre que había confeccionado esta emisora era un genio. No la había conectado sobre el circuito eléctrico general. Una pila y un trasformador le daban la potencia necesaria. Eso limitaba su duración y su alcance. No debía poder ser captado más allá de un radio de un millar de kilómetros.

Hoover explicó todo eso rápidamente a Leonova. Probó la pila. Estaba casi vacía. La emisora ya había funcionado. Incontestablemente ésta había expedido hacia un receptor situado sobre el continente ártico, o cerca de sus costas, las imágenes de la traducción inglesa o francesa, o quizá de las dos.

Era absurdo. ¿Por qué procurarse clandestinamente traducciones, puesto que iban a ser difundidas en el mundo entero, dentro de algunas horas?

La lógica conducía a una respuesta aterradora:

Si un grupo o una nación esperaba asegurarse la exclusividad de la ecuación de Zoran, él o ella debía hacer lo posible, para impedir que quien fuese, llegara a conocer el tratado de las Leyes Universales o cualquier otra explicación de la fórmula. Para eso, quienes habían instalado la emisora, y expedido hacia lo desconocido las imágenes del tratado debían igualmente, y de inmediato destruir los films magnéticos sobre los cuales el texto grabado había sido registrado; destruir el texto grabado mismo; destruir las memorias de la Traductora que guardaba las diecisiete traducciones.

y matar a Coban.

- ¡Santo Dios! - dijo Hoover-. ¿Dónde están los films?

Mourad los condujo rápidamente hacia la Sala de los archivos, abrió un armario de aluminio, agarró una de esas cajas en forma de galleta que desde la invención del cinematógrafo sirven de receptáculo y de depósito para los films de toda clase, y que son voluminosas,

incómodas, ridículas, pero que no han sido nunca mejoradas. Tuvo, como se tiene siempre, mucha dificultad en abrirla, se rompió una guía, maldijo en turco, y dijo más malas palabras una segunda vez cuando consiguió abrirla y vio el contenido: era una papilla barrosa de donde salían fumarolas.

Habían volcado ácido en todas las cajas. Films originales y magnéticos no eran más que una pasta maloliente que empezaba a chorrear por todos los agujeros de las cajas, cuyo metal había sido también atacado por el ácido y destruido.

- ¡Nombre de Dios! - dijo Hoover una vez más en francés.

Prefería blasfemar en francés. Su conciencia de protestante americano se sentía menos molesta.

- ¿Las memorias? ¿Dónde están las memorias de esta puta máquina?

Era un largo corredor de treinta metros, cuya pared de la derecha era de hielo afelpado y el de la izquierda constituido por una reja metálica en la cual cada malla tenía la dimensión de un diezmilésimo de milímetro. Cada cruce era una célula de memoria. Había diez millones de billones. Esta realización de la técnica electrónica, a pesar de su capacidad prodigiosa, no era sin embargo más que un grano de arena al lado de un cerebro vivo. Su superioridad sobre el vivo era la velocidad. Pero su capacidad era lo finito al lado de lo infinito.

Al entrar, del primer golpe de vista descubrieron las incongruencias que habían sido agregadas a la obra maestra.

Cuatro discos, bastante parecidos a las cajas de guardar los filas. Cuatro minas iguales a las que defendían la entrada de la Esfera. Cuatro monstruosos horrores aplicados contra el tabique metálico, sujetos a él por su campo magnético, y que lo iban a pulverizar con toda la Traductora, si Se trataba de arrancarlos, o quizá simplemente acercarse a ellos.

- ¡Nombre de nombre, nombre de Dios! - dijo Hoover

- ¿Tiene usted un revólver?

Se dirigía a Mourad.

- No.

- ¡Leonova, déle el suyo!

- Pero...

- ¡Déselo! ¡Carajo! ¿Usted cree que es el momento de discutir?

- Leonova tendió su arma a Mourad.

- Cierre la puerta - dijo Hoover-. ¡Quédese delante, no deje entrar a nadie, y si insisten, tire.

- ¿Y si esto estalla? - Preguntó Mourad.

Librodot

- ¡Y bueno, estallará usted con todo! ¡No será el único!...

- ¿Dónde está ese idiota de Lukos?

- En el Huevo.

- Ven, hermanita...

La arrastró con la velocidad del viento que soplaba afuera. La tormenta se había declarado en el momento en que el sol estaba más alto en el horizonte. Nubes verdes lo habían tragado, luego el cielo. El viento se rasgaba contra todos los obstáculos, atrancaba la nieve del suelo para mezclarla a la que traía, y fabricar con ellas una escofina afilada, cortante. Se llevaba los desechos, las inmundicias, los cajones abandonados, los toneles llenos y vacíos, las antenas, los jeeps, arrasaba con todo.

El guardián de la puerta les impidió salir. Aventurarse afuera sin protección, era morir. El viento los iba a enceguecer, asfixiar, romper, llevar, hacerlos rodar hasta el final del frío y del blanco mortífero.

Hoover le arrancó al hombre su bonete y se lo hundió sobre la cabeza a Leonova, le sacó los anteojos, guantes, anorak, y envolvió a la delgada joven muchacha, la empujó sobre una plataforma eléctrica cargada de toneles de cerveza, y apuntó su revólver al guardián.

- ¡Abra!

El hombre, estupefacto, apoyó sobre el botón de abertura. La puerta se desplazó. El viento lanzó un clamor de nieve remolineante hasta el fondo del corredor. La plataforma paciente y lenta entró en la tormenta.

- ¡Pero usted no está protegido! - gritó la voz aguda de Leonova.

- Yo - tronó la voz de Hoover en la tormenta-, tengo mi panza.

Delante de ellos y detrás, todo era blanco. Todo blanco, a la izquierda, a la derecha, delante, abajo, encima. La plataforma se hundía en un océano blanco que se desplazaba aullando como mil automóviles de carrera. Hoover sintió la nieve plantificársele sobre las mejillas, petrificarle las orejas y la nariz. El edificio del ascensor estaba a treinta metros justo enfrente. Treinta veces el tiempo de perderse y de dejarse barrer por las fauces del viento. Había que mantener la plataforma sobre una trayectoria rectilíneo. Él no pensó más que en eso, olvidó sus mejillas y su nariz, la piel de su cráneo que empezaba a helarse bajo el pelo encasquetado de hielo. Treinta metros. El viento venía de la derecha y debía desviarlos. Hoover se afirmó contra viento y pensó de golpe que el aceite de su revólver iba a congelarse y lo encasquillarla por muchas horas.

- ¡Aférrese a la dirección! ¡Con las dos manos! ¡Ya está! ¡No se desvíe ni un milímetro! ¡Sujete fuerte!

Tomó con sus dos manos desnudas ya sin sensibilidad, las manos en guantadas de Leonova, las cerró sobre la barra de la dirección, encontró, palpando, el revólver en el estuche colgado de su cintura, lo sacó, consiguió abrir el cierre relámpago de su bragueta. Una horda de lobos le mordió el vientre. Introdujo el arma en su slip, quiso volver a cerrarlo la corredera del

cierre escapó de sus dedos entumecidos, la nieve bloqueó los eslabones, entró por la abertura. El frío alcanzó sus muslos, su sexo, hasta el arma que había querido cobijar en la parte más caliente de su persona. Se estrechó contra Leonova, la apretó contra su vientre, como defensa, como obstáculo, como escudo contra la tormenta. Rodeó a la muchacha con sus brazos, y puso las manos sobre las suyas alrededor de la barra de dirección. El viento trataba de arrancarlos de su trayectoria para tirarlos a lo lejos quién sabe dónde, lejos de todo. Lejos de todo, no eran kilómetros. Algunos metros bastaban para perderlos fuera del mundo, en la tormenta sin morada, sin límite, sin punto de referencia, cuyo paroxismo estaba en todos lados. Podían congelarse a diez pasos de una puerta.

La del edificio del ascensor quedaba aún invisible. Sin embargo estaba ahí, muy cerca, delante, oculta por el espesor de la nieve iracunda. ¿O no habían acertado y la plataforma estaba derivándose hacia el desierto mortal que comenzaba a cada paso?

Hoover tuvo de golpe la certidumbre de que habían dejado atrás su objetivo, y que si continuaban, tan poco como fuese, estaban perdidos. Pesó sobre las manos de Leonova y frenó a fondo, faz al viento.

El viento de frente se coló bajo la plataforma y la levantó. Los toneles de cerveza y la panza de Hoover la tiraron nuevamente al suelo. Leonova, enloquecida, largó la barra. Se sintió arrastrada y gritó. Hoover la apretó y la pegó contra él. La plataforma abandonada a sí misma hizo una vuelta en redondo, con la parte trasera al viento. Dos barriles de cerveza eyectados desaparecieron rondando en la tormenta blanca. El viento hundió sus hombros bajo el vehículo desamparado, lo levantó de nuevo y lo volteó. Hoover rodó sobre el hielo sin soltar a Leonova. Un barril de cerveza pasó a pocos centímetros de su cráneo. La plataforma volcada, desplazada, llevada, se fue como una hoja. El viento hizo rodar a Hoover y Leonova prendida de él. Chocaron brutalmente contra un obstáculo que resonó. Era una gran superficie roja vertical. Era la puerta del edificio del ascensor...

El ascensor estaba calefaccionado. La nieve y el hielo adheridos a los pliegues de su ropa se fundía. Leonova se sacó los guantes. Sus manos estaban tibias. Hoover soplaba sobre las suyas. Pero éstas quedaban inmóviles, lívidas. No sentía tampoco sus orejas ni su nariz. Y dentro de unos minutos había que actuar. No se sentía capaz de ello.

- Dése vuelta - dijo él.

- ¿Por qué?

- ¡Dése vuelta, gran Dios! ¡Siempre tiene que discutir! Ella se sonrojé de furia, estuvo a punto de rehusarse, luego obedeció apretando los dientes. Él también le dio la espalda, consiguió hundir sus dos manos dentro del slip, y aprisionar el revólver entre sus palmas y sacarlo para afuera. Se le escapó y cayó. Leonova tuvo un sobresalto.

Empujó hacia adentro los faldones de su camisa, agarró la corredera del cierre entre sus dos índices. Sabía que lo tenía apresado, pero no lo sentía. Tiró hacia arriba. Se le escapó. Volvió a comenzar, dos veces, diez veces, subiendo cada vez algunos eslabones más del cierre. Tuvo por fin un aspecto más presentable. Miró el indicador de bajada. Estaban a menos de 980. Estaban por llegar.

- Levante el revólver - dijo- yo no puedo.

Librodot

Ella se volvió hacia él, inquieta.

- ¿Sus manos...?

- ¡Después veremos mis manos! ¡No tenemos tiempo!... Levante ese chirimbolos... ¿Sabe usarlo?

- ¿Por quién me toma usted?

Manejaba el arma con soltura. Era una pistola de grueso calibre a repetición, un arma de asesino profesional.

- Sáquele el seguro.

- ¿Usted cree que...?

- No creo nada... Temo... Todo dependerá quizá de un décimo de segundo.

El ascensor frenó al llegar a los tres últimos metros y se paró. La puerta se abrió.

Eran Heath y Shanga que estaban de guardianes de las minas. Miraron estupefactos salir de la cabina a Hoover empapado, hirsuto, llevando al final de sus brazos las manos como paquetes inertes, y Leonova blandiendo una enorme pistola negra.

- What's the matter? - preguntó Heath.

- ¡No hay tiempo...! ¡Denme con la sala pronto! Heath había recuperado su flema. Llamó a la sala de recuperación.

- Mr. Hoover y Miss Leonova want to come in...

- ¡Esperen! - gritó Hoover.

Trató de tomar el combinado, pero su mano no era más que un paquete de algodón y el instrumento se le escapó. Leonova lo tomó y se lo tuvo sujeto frente a sus labios.

- ¡Alót Acá Hoover. ¿Quién me oye?

- Moissov escucha - respondió una voz en francés.

- ¡Conteste! ¿Vive Coban?

- ¡Si! Vive. Claro.

- ¡No lo pierda más de vista! ¡Vigile a todo el mundo! ¡Que cada cual vigile a su vecinos. Vigile a Coban! ¡alguien lo va a matar!...

- Pero...

- No puedo confiar en usted solo. Páseme a Forster.

El señor Hoover y la señorita Leonova quieren entrar.

Repitió su grito de alarma a Forster, luego a Labeau.

A cada uno le repetía:

- iAlguien va a matar a Coban! no deje acercarse a nadie. ¡no importa quién sea! agregó:

- ¿Qué está pasando en el Huevo? ¿Qué ve usted en la pantalla de vigilancia?

- Nada - dijo Labeau.

- ¿Nada? ¿Cómo nada?

- La cámara está averiada.

- ¿Averiada? ¡Pucha digo!, ¡Abra las minas! ¡Pronto! Leonova devolvió el receptor a Heath. El guiño rojo se apagó. El campo de minas estaba desconectado. Pero Hoover desconfiaba. Levantó la rodilla y le tendió su bota a Shanga con la soltura dada por veinte generaciones de esclavistas.

- Tira de mi bota, chico.

Shanga tuvo un sobresalto y retrocedió. Leonova se puso furiosa.

- ¡No es el momento de sentirse negro! - gritó ella.

Dejó el revólver, tomó la bota con sus dos manos y tiró.

Ya no buscaba comprender, tenía total confianza en Hoover, y sabía hasta qué punto. Cada fracción ínfima de su tiempo era esencial.

- Gracias, hermanita. ¡Acuéstense todos!

Dio el ejemplo. Shanga, asustado, lo imitó en seguida. Heath también, con el aire de no hacerlo. Leonova, de rodillas tenía todavía la bota en la mano.

- Tírala en el agujero...

El agujero era la abertura de la escalera que reunía el fondo del Pozo a la Esfera. Las minas estaban en la escalera, debajo de los escalones. Leonova arrojó la bota. No sucedió nada.

- Vamos a ir. Sácame la otra, y sácate las tuyas. Debemos ser silenciosos como la nieve. Heath, usted no debe dejar entrar más a nadie, ¿oye? Nadie.

- ¿Pero qué...?

- Dentro de un momento...

Los brazos separados del cuerpo, para que sus manos doloridas no tocaran nada, penetraban ya en la escalera, con Leonova detrás de él...

En el Huevo, había un hombre acostado y un hombre de pie. El hombre acostado tenla un cuchillo clavado en el pecho y su sangre formaba en el suelo una pequeña laguna en forma de

Librodot

burbuja de dibujos animados. El hombre de pie tenla un casco de soldador que ocultaba su rostro y pesaba sobre sus hombros. Tenla agarrado con las dos manos el tubo del plaser, y dirigía el extremo de la llama sobre la pared grabada. El oro se fundía y chorreaba.

Leonova tenía el revólver en su mano derecha. Temió de no tenerlo bastante sólidamente sujeto. Le agregó la mano izquierda, y tiró.

Sus tres primeras balas arrancaron el plaser de la manos del hombre y la cuarta le destrozó la muñeca, casi cortándole la mano. El choque lo echó por tierra, la llama del plaser le asó un pie. Aulló. Hoover se precipitó, y con el codo cortó la corriente.El hombre del cuchillo en el pecho era Hói-To.

El hombre con el casco de soldador era Lukos. Hoover y Leonova lo habían reconocido en cuanto lo habían visto. No habla dos hombres de esa estatura en EPI. De una patada, Hoover le hizo saltar el casco, descubriendo una cara sudorosa con los ojos en blanco. Bajo el efecto del horrible dolor de su pie reducido a cenizas, el coloso se había desvanecido.

- ¡Simon, usted que es su amigo, pruebe!...

Simon intentó. Se inclinó sobre Lukos acostado en su cuarto de la enfermería, y le suplicó que le dijera cómo desconectar las minas pegadas a las memorias de la Traductora, y para quien habla hecho ese trabajo insensato, y si era él solo o tenla cómplices. Lukos no contestó.

Interrogado sin cesar por Hoover, Evoli, Henckel, Heath, Leonova, desde que había recuperado el conocimiento, había confirmado solamente que las minas explotarían si se las tocaba, y que explotarían lo mismo si no se las tocaba. Pero había rehusado decir dentro de cuánto tiempo, y rehusado toda respuesta a cualquier otra pregunta. Inclinado sobre él, Simon miraba esa cara inteligente, huesuda, esos ojos negros que lo miraban fijo sin temor, ni vergüenza, ni fanfarronería.

- ¿Por qué, Lukos? ¿Para quién has hecho eso?

Lukos lo miraba y no contestaba.

- ¿No es por dinero? ¿Tú no eres un fanático? ¿Entonces?...

Lukos no contestaba.

Simon evocaba la batalla contra el tiempo que habían librado juntos, que Lukos había dirigido, para comprender esas tres palabritas que permitirían salvar a Eléa. Ese trabajo extenuante, genial, esa abnegación totalmente desinteresada, era bien él, Lukos, quien los habla prodigado. ¿Cómo había podido, después, asesinar un hombre, y complotar contra la humanidad? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Para quién?

Lukos miraba a Simon y no contestaba.

- Perdemos el tiempo - dijo Hoover-. Déle una inyección de Pentotal. Dirá todo lo que sabe muy simpáticamente y sin sufrir.

Simon se enderezó. En el momento en que se iba a alejar, Lukos, con su mano sana, fuerte como la de cuatro hombres, le agarró el brazo, lo volcó sobre su cama, le arrancó el revólver

metido en la cintura, se lo apoyó contra su propia sien y tiró. El disparo salió oblicuamente. La parte superior de su cráneo se abrió y la mitad de su cerebro fue a formar una especie de abanico rosa, que se posó en óvalo esparcido sobre la pared. Lukos había encontrado el modo de callarse a pesar del Pentotal.

Los responsables de EPI, en el curso de una reunión dramática, decidieron, a pesar de su repugnancia, hacer un llamado a la Fuerza Internacional apostada a lo largo del las costas para buscar, capturar o destruir, a quien o a quienes habían podido recibir la emisión clandestina. A pesar de que los barcos más próximos estaban demasiado lejos para recibir las imágenes, era probable que fuera un elemento secreto, destacado de una de las flotas que se había acercado, a una distancia suficiente como para captar la emisión.

Probable. Pero no seguro. Un pequeño submarino o un anfibio mar-tierra habría podido introducirse entre las mallas de la red de vigilancia. Pero, aun si era un elemento de la Fuerza Internacional, sólo la Fuerza misma podía encontrarlo. Había que contar con las rivalidades nacionales que iban a aguzar el celo de las investigaciones, y de la vigilancia recíproca.

Rochefoux entabló con el almirante Huston, que era el de guardia, un diálogo por radio difícil y grotesco, por las interrupciones de la tormenta magnética que acompaña a la tormenta con sus voces burlonas. Huston terminó sin embargo por comprender, y alertó a toda la aviación y toda la flota. Pero la aviación no podía hacer nada en medio de esta furiosa papilla blanca. Los portaaviones estaban cubiertos con nieve, todas las superestructuras acolchadas con diez veces su espesor de hielo. Neptuno 1 se había puesto al reparo sumergiéndose. No era el caso para él de quedar en la superficie. Con angustia, Huston se dio cuenta de que no le quedaba otro medio de acción que la jauría de los submarinos soviéticos. ¡Si era para ellos que Lukos había trabajado, qué ironía resultaba mandarlos a la cacería! Y si era para nosotros, si Lukos era un agente del F.B.I., que el Pentágono ignoraba, ¿no era horrible lanzar los rusos contra gente que defendían al Occidente, y a la civilización?

¿Y si era para los chinos? ¿Para los hindúes? ¿Para los negros? ¿Para los judíos? ¿Para los turcos? Si era, si era...

Un militar, por alto que sea su grado, tiene siempre la paz espiritual de la disciplina. Huston cesó de hacerse preguntas a sí mismo, dejó de pensar, y aplicó el plan previsto. Despertó a su colega, el almirante ruso Voltov, y lo puso al corriente de la situación. Voltov no titubeó un segundo. En el instante dio las órdenes de alerta. Los veintitrés submarinos atómicos y sus ciento quince lanchas patrulleras a motor, hicieron rumbo al sur, se acercaron a las costas hasta el límite. de la imprudencia, y cubrieron cada metro de roca o de hielo sumergidos, con una red de ondas detectoras. Sobre mil quinientos kilómetros, ni la vibración de una sardina se les hubiera podido escapar.

Hubo un hueco en la tormenta. El viento soplaba con la misma fuerza, pero las nubes y la nieve desaparecieron en el fondo del cielo azul. Neptuno I recibió órdenes de entrar en acción. Subió a la superficie, el estrave frente a las olas. Los dos primeros helicópteros salidos de sus bodegas fueron lanzados al mar aun antes de haber abierto sus paletas. El almirante alemán Wentz que comandaba el Neptuno empleó su última arma: los dos aviones-cohete metidos en el fondo de sus tubos. Llevaban un rosario de bombas H miniaturas, y bajo sus narices, los dos ojos de una cámara estercoscópica emisora. Penetraron en el viento como balas. Sus cámaras mandaron hacia los receptores del Neptuno dos cintas continuadas de imágenes en colores y en relieve.

Todo el estado mayor del Neptuno estaba presente en la sala de observaciones. Huston y Voltov habían arriesgado la vida para venir, para ver, y vigilarse,

No mejor que cualquiera de los oficiales presentes, eran ellos capaces de reconocer las imágenes que desfilaban sobre la pantalla de izquierda o sobre la de la derecha, y de saber la diferencia entre un pájaro bobo emperador y una ballena encinta. Pero los detectores electrónicos, ellos sí eran capaces. Y de pronto, dos flechas blancas aparecieron sobre la pantalla derecha. Dos flechas en el ángulo derecho que convergían una hacia la otra, y designaban el mismo punto, y se desplazaban con él y con la imagen, de la izquierda a la derecha de la pantalla.

- ¡Paren! - gritó Wentz-. Agrandamiento máximo.

Sobre la mesa, delante de él, una pantalla horizontal se iluminó. Pegó su cara a la lupa estereoscópica. Vio una parcela de la costa venir hacia él, agrandarse, agrandarse. Vio en una caleta desgarrada, en el fondo de la bahía, bajo algunos metros de agua clara hirviente, un huso ovalado, demasiado regular en su forma y demasiado quieto para ser un pescado...

En el submarino minúsculo, los dos hombres pegados el uno contra el otro estaban impregnados por un olor húmedo de sudor y de orina. No habían previsto para ellos una vejiga receptora. No tenían más remedio que contenerse. No lo habían podido hacer, a causa de la tormenta que los bloqueaba desde hacía doce horas bajo cinco metros de agua. Para salir de la caleta, había que pasar por encima de un fondo que estaba a sólo dos metros de profundidad, llegar a la superficie y pasar muy justo. Con viento, era una maniobra desesperada, que tenía tantas probabilidades de éxito como una moneda tirada al aire de caer de canto. Aun arrebujado en lo más hondo de las irregularidades de la ribera, el pequeño submarino no estaba al reparo. Se golpeaba contra las rocas, raspaba el fondo, rechinaba, gemía. El precioso receptor que había registrado las confidencias de la Traductora ocupaba un tercio del volumen del sumergible. Los dos hombres, pies contra cabeza, uno en los controles sobre las palancas de mandos del aparato, el receptor, no tenían lugar ni para hacer un cuarto de vuelta sobre sí mismos. La sed les secaba la garganta, la transpiración empapaba sus mamelucos, las sales de la orina les ardían los muslos. El tanque de oxígeno silbaba bajito. No tenía depósito más que para dos horas. Decidieron salir de este atolladero, costara lo que costara.

En la sala de reanimación, los médicos y los enfermeros no se acercaban a Coban, sino de dos a la vez, cada uno vigilando al otro.

En el Huevo, los estragos causados por la llama del plaser eran considerables. El texto del Tratado había desaparecido casi completamente. Casi. Quedaban algunos jirones. Puede ser que lo suficiente como para proporcionar a un matemático genial con qué hacer surgir la luz que alumbraría la ecuación de Zoran. Puede ser. Puede ser que no.

No había aparato levanta- minas a bordo de ningún navío de la Fuerza Internacional. Un llamado lanzado por Trio, había alertado a los especialistas de los ejércitos ruso, americano y europeo. Tres jets arremetían hacia EPI, llevando los mejores levanta- minas militares. Venían del otro hemisferio, al máximum de su velocidad. No podrían aterrizar sobre la pista del EPI. Tenían que. detenerse en Sydney y confiar sus ocupantes a jets más chicos. Aun a estos últimos la tormenta les ocasionaba dificultades terribles. Podrían quizá posarse. Quizá no. ¿Y dentro de cuánto tiempo? Mucho tiempo. Demasiado tiempo.

El ingeniero jefe de la Pila atómica que proporcionaba la energía y la luz a la base, se llamaba Maxwell. Tenía treinta y un años y pelo gris. No bebía más que agua. Agua norteamericana que llegaba congelada en bloques de veinticinco libras: los Estados Unidos mandaban hielo al Polo, esterilizado, vitaminado, adicionado de flúor, de oligoelementos, y un rastro de euforizante. Maxwell y los otros americanos de EPI consumían una gran cantidad, como bebida y para lavarse los dientes. Para la higiene exterior, toleraban el agua del hielo polar fundido. Maxwell medía un metro noventa y nueve, y pesaba sesenta y nueve kilos netos. Se tenía muy erguido, y miraba a los demás humanos de arriba abajo al través de la parte inferior de sus anteojos bifocales, sin el menor desprecio. Se tomaba tanto más en cuenta su opinión, porque hablaba poco.

Vino a reunirse con Heath, que había acompañado a Lukos a Europa, para la compra de armas, y le preguntó despreocupadamente precisiones sobre la potencia explosiva de las minas pegadas a la Traductora. Heath no pudo afirmar nada, porque fue Lukos quien había cerrado trato con un comerciante belga. Pero Lukos había dicho que cada una de esas minas contenía tres kilos de P.N.K.

Maxwell emitió un ligero silbido, Conocía el nuevo explosivo americano. Mil veces, más poderoso que el T.N.T. Tres bombas igualan nueve kilos de P.N.K., igualan nueve toneladas de T.N.T. Una bomba de nueve toneladas explotando en la Traductora, ¿cuáles serían sus efectos sobre la Pila atómica vecina, a pesar de su espeso blindaje de hormigón y de algunas decenas de metros de hielo? En principio, detrás del escudo de hielo, el hormigón debe poder aguantar, pero hay una posibilidad de que la onda de choque quebrante la arquitectura de la pila, haga saltar las conexiones, provoque fisuras y escapes de líquido y de gas radioactivos, y quizá, entable una reacción incontrolada del uranio...

- Habría que evacuar EPI 2 y EPI 3 - dijo Maxwell sin levantar la voz. Aun sería prudente evacuar la base toda entera...

Unos minutos más tarde, las sirenas de alarma urgente, que nunca habían funcionado hasta ahora, aullaron en los tres EPI. Y todos los puestos telefónicos, todos los difusores, todos los audífonos en todos los idiomas pronunciaran las mismas palabras: "Evacuación urgente. Prepárense a evacuar inmediatamente".

Dar la orden, prepararse, evidentemente era otra cosa. Pero evacuar ¿cómo?

La tormenta azul continuaba. El cielo estaba claro como un ojo. El viento soplaba a 220 km por hora. Pero no llevaba más nieve que a ras del suelo.

Labeau, que había abandonado la sala de reanimación desde hacía apenas una hora, y acababa recién de dormirse, había sido sacado de su cama por Henckel, que lo puso al corriente de la situación. Hirsuto, extraviado de cansancio, telefoneó a la sala. Abajo, en la otra punta de la línea, Moissov maldecía en ruso y repetía en francés:

- ¡Imposible! ¡Usted bien lo sabe! ¿Qué me pide? ¡Es imposible!

SI, Labeau lo sabía bien. Evacuar a Coban. Imposible. Arrancarlo en su estado actual, al bloque de reanimación, era matarlo tan certeramente como cortarle la garganta.

Librodot

Mil metros de hielo lo ponían a salvo de toda explosión, pero si las instalaciones de la superficie estallaban, en diez minutos perecería.

Moissov y Labeau tuvieron los dos la misma idea. La misma palabra les vino a los labios al mismo tiempo: transfusión. Se podía intentar. La prueba de la sangre de Eléa había sido positiva.

Viendo que el estado de Coban se estabilizaba, luego mejoraba lentamente, los médicos habían reservado esta operación para el caso de una agravación brutal o de una necesidad urgente. Necesidad urgente, era el caso. Sí se ensayaba la operación inmediatamente, Coban podía, en algunos cuartos de hora, ser transportado.

- ¿Y si la Pila se enciende antes? - gritó Maxwell-. ¡Las minas pueden reventar en seguida, en algunos segundos!...

- ¡Y bueno, mierda, que estallen! - gritó Labeau-. Voy ver a la chica. Todavía falta que acepte...

Como los otros reanimadores, él estaba alojado en la enfermería. No tuvo más que dar algunos pasos para llegar al cuarto de Eléa...

La enfermera, aterrada, estaba haciendo su equipaje. Tres valijas abiertas sobre dos camas, cien objetos y ropa interior que ella agarraba, descartaba, dejaba caer, amontonaba, con sus manos temblorosas. Gimiendo.

Simon decía a Eléa:

- ¡Mucho mejor! Era monstruoso guardarla aquí. Por fin va a conocer nuestro mundo. No es solamente un paquete de hielo en nuestros tiempos de hoy. No pretendo que sea el Paraíso, pero...

- ¿El Paraíso?

- El Paraíso es..., demasiado largo, es demasiado difícil, y de todas maneras aún no es absolutamente seguro, y ciertamente que no es eso...

- No comprendo.

- Yo tampoco. Nadie. No piense más en ello. No la llevo al Paraíso. ¡París! ¡París! ¡La llevo! ¡Dirán lo que quieran, yo la llevo a París! Es, es...

No pensaba en el peligro. No creía en él. Sabia solamente que llevaba a Eléa lejos dé su tumba de hielo, hacia el mundo vivo. Tenía deseos de cantar. Hablaba de París con gestos, como un bailarín.

- Es... es... usted verá, es París... No hay flores sino en los negocios detrás de vidrios, pero hay también los vestidos, flores, los sombreros, flores, el jardín de las tiendas, en todos lados, flores de medias pantalones de nylon, impermeables, paraguas, amarillas, naranjas, azules, vestidos, un poco mucho, apasionadamente, jamás, nada, jamás, jamás, el más bello jardín del mundo para la mujer, ella entra, elige, ella misma es flor, flor florecida de otras flores, ¡es París la maravilla, es ahí que la llevo!...

Librodot

- No comprendo.

- No hay que comprender, hay que ver. París la curará. París la curará del pasado.

Fue en ese momento que entró Labeau.

¿Quiere - le preguntó a Eléa- aceptar de dar un poco de sangre a Coban? Solamente usted lo puede salvar. No es grave, no es doloroso. Si usted acepta, podremos transportarlo. Si rehusa, él perecerá. Es una intervención sin ninguna gravedad, que no le hará ningún mal.

Simon explotó. ¡Ni se discutía! ¡Él se oponía! ¡Era monstruoso! ¡Que reviente, Coban! Ni una gota de sangre, ni perder un minuto, Eléa iba a partir con el primer helicóptero, el primer jet, el primero no importa qué, el primero. Ya no debería estar allí, ella no volverá a bajar al Pozo, ustedes son monstruos, no tienen corazón, tripas, son unos carniceros, ustedes...

- Acepto - dijo Eléa.

Su cara era grave. Había reflexionado en unos segundos, pero su cerebro iba más ligero que un seso lento de hoy en día. Había pensado y había decidido. Aceptaba dar su sangre a Coban, el hombre que la habla separado de Paikan, y tirado al otro extremo de una eternidad en un mundo salvaje y frenético. Aceptaba.

Los dos hombres en el submarino de bolsillo, pies contra cabeza, la cabeza entre los pies del otro, pies sudorosos, pies malolientes, los dos hombres, entre ellos dos, un tejido metálico acolchado de gomapluma flexible, suave, elástica pero haciendo transpirar, transpirar horriblemente, los dos hombres bloqueados en su sudor, en su orina, la piel ardida, el interior de su nariz quemado por su olor, los dos hombres arriesgaban el todo por el todo. Si se quedaban allí, el tanque de oxígeno agotado, ya no podrían irse, no podrían sumergirse. Estaban presos, ni qué pensar, horrible, decir todo, confesar, monstruoso. Aún si me rehuso, pentotal. Aún sin pentotal, ellos miran, me hacen hablar, un tacazo sobre los dedos de los pies, yo grito, insulto, no puedo quedarme eternamente sin hablar, ellos escuchan, saben de dónde vengo, ellos saben.

Irse, hay que irse.

Dos horas de oxígeno. Cinco minutos mortales para atravesar la pasada. Queda una hora cincuenta y cinco minutos de inmersión. Es una oportunidad escasa, estrecha. El submarino grande nos traga. 0 el avión grande me rodea. Si ellos nos erran, quizá la tormenta se detenga y podamos continuar sobre la superficie. No hay alternativa. Partir...

Partieron. Una ola los tiró contra la roca. Volvieron a caer y rebotaron contra la roca de enfrente. Volvieron a caer contra el fondo. El choque fue tal, que el hombre que tenía la cabeza dada vuelta hacia la popa tuvo los cuatro incisivos inferiores rotos. Aulló de dolor, escupió sus dientes y sangre. El otro no oía nada. Dentro de sus anteojos receptores veía el horror desencadenado. El viento arrancaba la superficie del mar y la lanzaba, toda blanca, hacia el azul del cielo. En el momento en que recaía, crispó sus dos manos sobre el comando de aceleración. La parte de atrás del huso de acero abollado escupió un enorme chorro de fuego y saltó dentro de las olas propulsado al máximo de su propia energía.

Pero el chorro ya no era derecho. Los choques contra las rocas habían torcido la tobera de escape. El chorro se desviaba hacia la izquierda y rugía en tirabuzón. El submarino se puso a

retorcerse sobre sí mismo como una mecha, pegando a los dos hombres contra sus paredes, viró en cien grados, y se echó contra una muralla de hielo. Penetró en ella la profundidad de un metro. Se desmoronó sobre él y lo destrozó. El viento y el mar se llevaron en una espuma roja a los desechos de carne y metal. Las cámaras de los dos aviones cohete registraron y expidieron la imagen del choque y de la dispersión.

La base hormigueaba. Los sabios, los cocineros, los barrenderos, los enfermeros, las mucamas habían arrojado apresuradamente tus más preciadas pertenencias en las valijas distendidas, y huían de EPI 2 y 3. Los snowdogs los recogían a la salida de las construcciones y los transportaban hasta las entradas de EPI 1. En el corazón de la montaña de hielo, retornaban aliento, su corazón se calmaba, se sentían seguros. Se creían...

Maxwell sabía bien que no era cierto. Aun si la Pila no explotaba, si estaba solamente fisurada y m ponía a escupir sus líquidos y gases mortíferos, el viento los iba a llevar y embadurnar el paisaje hasta la montaña de hielo que los pararía en su carrera horizontal y se atiborraría con ellos. El viento, aquí, soplaba más o menos fuerte. Pero siempre soplaba en la misma dirección. Del centro del continente hacia el borde. De EPI 2 hacia EPI 3. Inexorablemente. Ya no iba salir nadie de las galerías de la montaña. Y rápidamente, las radiaciones entrarían por el sistema de ventilación que atrapaba el aire por medio de veintitrés chimeneas. Se daría el lujo de recoger al mismo tiempo todas las porquerías carcomidas y vomitadas por la Pila reventada.

Maxwell repitió con calma:

- ¡Es muy simple. Hay que evacuar...

- ¿Cómo? Ningún helicóptero podía salir al aire. Los Snowdogs, si acaso, podían penetrar en la tormenta. Había diecisiete de ellos.

- Había que guardar tres para Coban Eléa y los equipos de reanimadores.

- Más bien cuatro, irán apretados.

- Mejor, eso mantiene caliente.

- Quedan trece.

- Mal número.

- No seamos estúpidos.

- Trece o pongamos catorce, a diez personas por vehículo...

- ¡Pondremos veinte!

- Bueno, veinte. Veinte veces catorce, ¿hace... hace cuánto?

- Doscientos ochenta...

Librodot

- El efectivo de la base, desde el fin de los trabajos grandes, está reducido a mil setecientos cuarenta y nueve personas. ¿Eso hace cuántos viajes? Mil setecientos cuarenta y nueve dividido por doscientos ochenta...

- Siete u ocho, pongamos diez.

- Bueno, es factible. Se organiza un convoy, los snowdogs van a depositar sus pasajeros y vuelven a buscar otros...

- ¿Adónde van a depositar a sus pasajeros?

- ¿Como dónde?

- El refugio más cercano es la base Scott. A seiscientos kilómetros. Si no tienen dificultades, necesitarán dos semanas para llegar. Y si los depositan fuera del refugio, se congelarán en tres minutos. A menos que el viento se calme...

- Entonces?

- Entonces...

- ¡Esperar! ¡Esperar! cuando puede estallar...

- ¿Qué se sabe?.

- ¿Cómo qué se sabe?

- ¿Quién ha dicho que las minas iban a explotar, aun si no se las tocaba? Es Lukos. ¿Quién nos prueba que ha dicho la verdad? No explotarán quizá si no se las zarandea. ¡No las maltratemos! Y aun si revientan ¿quién nos asegura que la Pila sufrirá deterioros? Maxwell, ¿puede usted afirmarlo?

- Ciertamente que no. Afirmo solamente lo que temo. Y pienso que hay que evacuar.

- ¡Puede ser que no se mueva nada, su Pila! ¿Usted no puede hacer algo? ¿Protegerla más? ¿Quitar el uranio? ¿Vaciar los circuitos? ¿Hacer algo, pues?

Maxwell miró a Rochefoux, que le hacía esa pregunta, como si le hubiese pedido si podía, levantando las narices, sin moverse de su silla, escupir sobre la luna.

- Buenos... bueno... no puede, ya me lo imaginaba, una Pila es una Pila... Y bien, esperemos... La tregua... Los levanta minas... Los levanta minas van a llegar seguramente. Pero la calma...

- ¿Dónde están esos malditos levanta minas?

- El más cercano está a tres horas. Pero se posará ¿cómo?

- ¿Qué dice la oficina meteorológica?

Librodot

- La meteorológica, somos nosotros quienes le suministramos las informaciones para sus previsiones. Si le anunciamos que el viento se calma, ella nos dirá que hay una mejoría en el tiempo.

A lo largo del hombre envuelto, acostada contra él, Eléa esperaba, tranquila, lo! ojos cerrados. Su brazo izquierdo estaba desnudo, y el brazo del hombre tenía destapado algunos centímetros a la altura del pliegue del codo. Los cuatro centímetros al descubierto estaban marcados por placas rojas de quemaduras en vía de cicatrización.

Estaban todos ahí los seis reanimadores, sus asistentes, los enfermeros, los técnicos, y Simon. Nadie tuvo ni por un instante la idea de ir a ponerse a salvo en la montaña de hielo. Si las minas y la Pila estallaban, ¿qué le pasaría a la entrada del Pozo? ¿Podrían alguna vez volver a salir? Ni pensar en esto. Habían venido de todos los horizontes de la tierra para volver a la vida a este hombre y a esta mujer, habían tenido éxito con la mujer, tentaban con el hombre la operación de la última posibilidad dentro de los límites de un tiempo desconocido. Disponían quizá de algunas horas, quizá de algunos minutos, no lo sabían, no había que perder un segundo, y no comprometer nada apresurándose. Estaban todos ligados a Coban por los lazos del tiempo, para el éxito o para el fracaso, quizá la muerte.

- Cuidado, Eléa - dijo Forster-, relájese. La voy a pinchar un poco, no le va a doler.

Pasó sobre el pliegue del codo un algodón impregnado de éter, y hundió la aguja hueca en la vena hinchada por el torniquete. Eléa no se había estremecido. Forster quitó el torniquete. Moissov puso el transfusor en marcha. La sangre de Eléa, bermeja, casi dorada, apareció en el tubo de plástico. Simon tuvo un estremecimiento, y sintió su piel erizarse. Sus piernas se aflojaron, sus oídos zumbaron y todo lo que veía se volvió blanco. Hizo un enorme esfuerzo sobre al mismo, para quedarse de pie, y no desplomarse. Los colores retornaron a su vista, su corazón latió violentamente y recobró su ritmo.

El difusor anunció en francés:

- Acá Rochefoux. Una buena noticia: el viento disminuye. La velocidad de la última racha: doscientos ocho kilómetros por hora. ¿En qué están?

- Empezamos - dijo Labeau-. Coban va a recibir las primeras gotas de sangre en algunos segundos.

Al mismo tiempo que contestaba, despejaba las sienes del hombre momia, limpiaba con delicadeza la piel quemada, y le ceñía la cabeza con un círculo de oro. Le tendió el otro a Simon. Las quemaduras profundas del cuero cabelludo y de la nuca hacían difícil la aplicación de los electrodos del encefalograma, y aleatorias sus indicaciones. Los círculos de oro, con un médico en la recepción, podían reemplazarlo ventajosamente.

- En cuanto el cerebro vuelva a funcionar, usted lo sabrá - dijo Labeau-. El subconsciente se despertará antes que la conciencia, y bajo su forma más elemental, la más inmóvil: la memoria. El sueño predespertar no vendrá sino después. En seguida que usted tenga una imagen, dígalo.

Simon se sentó sobre la silla de hierro. Antes de bajar la placa frontal sobre sus párpados, miró a Eléa.

Librodot

Ella había abierto los ojos y lo miraba. Y había en su mirada como un mensaje, un calor, una comunicación que él no había visto nunca. Con... no lástima, sino compasión. Sí, era eso. La lástima puede ser indiferente, o aun acompañar al odio. La compasión reclama una especie de amor. Ella parecía querer reconfortarlo, decirle que no era grave, y que él se curaría de ello. ¿Por qué una mirada así en un momento semejante?

- ¿Entonces? - preguntó Labeau, bruscamente.

La última imagen que había recibido fue la de la mano de Eléa, bella como una flor, ligera como un pájaro, que se abría y se posaba sobre la comida-máquina puesta a su alcance, a fin de que ella pudiera extraer lo necesario para sostener sus fuerzas.

Y luego no hubo más nada que esa tiniebla interior de la visión anulada, que no es oscuridad, sino una luz eclipsada.

- ¿Entonces? - repitió Labeau.

- Nada - dijo Simon.

- El viento está a 190 - dijo el difusor-. Si calma un poco más aún, se va a comenzar la evacuación. ¿En qué están ustedes?

- Le agradeceríamos que no nos molestara más - dijo Moissov.

- Nada - dijo Simon

- ¿Corazón?

- Treinta y uno.

- ¿Temperatura?

- 34º 7.

- Nada - dijo Simon.

Un primer helicóptero levantó vuelo, cargado de mujeres. El viento no sobrepasaba los 150 km por hora y a veces bajaba a 120. Un helicóptero despegó de la base Scott para venir a buscar las pasajeras a medio camino. Los dos aparatos se dieron cita sobre un ventisquero, que se deslizaba en un valle bastante resguardado, perpendicular al viento. Pero la base Scott no podía servir sino de enlace. No estaba hecha para cobijar a una aglomeración. Todas las unidades de la Fuerza Internacional susceptibles de acercarse a las costas sin demasiado riesgo, se lanzaban hada el continente. Los portaaviones Americanos y el Neptuno soltaron verticalmente sus aviones que arremetieron hacia el EPI. Tres submarinos de carga rusos, porta- helicópteros, subieron a la superficie a lo largo de la base Scott. Un cuarto, en el momento que emergía, fue cortado en dos por la proa sumergida de un témpano. Su motor atómico revestido de cemento bajó lentamente hasta el limo tranquilo de las grandes profundidades. Algunos ahogados subieron a la superficie entre los desechos flotantes, fueron vapuleados por las olas, y volvieron a hundirse, repletos de agua.

- Corazón cuarenta y uno.

- Temperatura 35º 0.

- Nada - dijo Simon.

El primer equipo, de levanta minas se había posado en Sydney y vuelto a despegar. Eran los mejores, eran ingleses.

- Ya está - gritó Simon-. ¡Imágenes!

Oyó la voz furiosa de Moissov y en el otro oído la Traductora que le traducía de no gritar.. Ola al mismo tiempo, en el interior de su cabeza, nacido directamente en su cerebro sin intervención de los nervios acústicos, un tronar sordo, golpes, explosiones, voces apagadas, como envueltas en nieblas algodonosas.

Las imágenes que él veía eran imprecisas, difusas, que se deformaban constantemente, y parecían vistas al través de una cortina de agua color lechosa. Pero como él ya había visto esos lugares, los reconocía. Era el Refugio, el corazón del Refugio, el Huevo.

Trató de decir lo que veía en voz alta, pero moderada.

- No nos importa un carajo lo que usted ve - dijo Moissov-. Díganos simplemente: "No está nítido", "no está nítido", después "nítido" cuando lo sea. Y luego cállese hasta llegar al sueño. Cuando se ponga chiflado, delirante, ya no será la memoria pasiva, será la memoria enloquecida: el sueño. Sucederá justo antes del despertar. Señálelo, ¿Ha comprendido?

- Sí.

- Usted diga: "No está nítido", luego "nítido" y después "sueño". Es suficiente. ¿Comprendió?

- He comprendido - contestó Simon.

Y unos segundos más tarde, dijo:

- Nítido...

Veía, oía nítidamente. No comprendía, pues no había circuito de Traductora intercalado entre los dos círculos de oro, y los dos hombres que veía hablaban en gonda. Pero no tenía necesidad de comprender. Era claro, En el primer plano estaba Eléa desnuda acostarla sobre el zócalo con la máscara de oro colocada sobre su cara, y Paikan que se inclinaba hacia ella, y Coban que golpeaba el hombro de Paikan y le decía que ya era tiempo de irse. Y Paikan se volvía hacia Coban, y lo zarandeaba, lo empujaba lejos. Y se inclinaba suavemente sobre Eléa, y ponía suavemente sus labios sobre su mano, sobre sus dedos, pétalos alargados, descansados, dorados, pálidos, flores de lirio y de rosa y sobre la punta de los senos descansando apacibles, suaves bajo los labios como... ninguna maravilla en el mundo de las maravillas, fuera tan suave y tierno bajo sus Iabios... Luego posaba su mejilla sobre el vientre de seda por encima del césped de oro discreto, tan medido, tan perfecto... en el mundo de las maravillas ninguna maravilla era tan discreta y justa, en medida y en color, en su lugar y su suavidad, a la medida de su mano que posó, y de su mano que lo cubrió, arrellanó en su palma con la amistad de un cordero, de un niño. Entonces Paikan se puso a llorar, y sus lágrimas corrían sobre el vientre de oro y de seda, y

los golpes sordos de la guerra destrozaban la tierra alrededor del Refugio, entraban por la puerta abierta, llegaban hasta él, se posaban sobre él, y él no los oía.

Coban se volvió hacia Paikan, le habló y le mostró la escalera y la puerta y él no oía.

Coban lo asió por debajo de los brazos y lo levantó, mostrándole en el cielo del Huevo la imagen monstruosa del Arma. Ésta llenaba la negrura del espacio, y abría nuevas hileras de pétalos que cubrían las constelaciones. El estrépito de la guerra llenaba el Huevo como el tronar de un tornado. Era un ruido ininterrumpido, una asonada de furor continuo, que rodeaba el Huevo y la Esfera y llegaba hasta ellos a través de la tierra reducida a polvo de fuego.

Era hora, era hora, hora, de cerrar el Refugio. Coban empujaba a Paikan hacia la escalera de oro. Paikan lo golpeó sobre el brazo para desprenderse y se soltó. Levantó su Mano derecha a la altura de su pecho, y con el pulgar, hizo inclinar su anillo. La llave. La llave podía abrirse. La pirámide giraba alrededor de uno de sus lados. En la cabeza de Simon hubo un primer plano, el inmenso plano del anillo abierto. Y en la base despejada, en el pequeño receptáculo rectangular, vio una semilla negra. Una píldora. Negra. La Semilla Negra. La Semilla de muerte.

El primer plano fue barrido por un gesto de Coban. Coban empujaba a Paikan hacia la escalera. Su mano atropelló el codo de Paikan, la píldora saltó fuera de su alojamiento, se volvió enorme en la cabeza de Simon, llenó todo el campo de su visión interna, volvió a caer minúscula, imperceptible, perdida, y desapareció.

Paikan, a quien le habían robado Eléa, robado su propia muerte, Paikan al límite de la desesperación, estalló en un furor incontrolable, segó el aire con su mano como un hacha, y golpeó, luego golpeó con la otra mano, después con los dos puños, luego con la cabeza, y Coban se desplomó.

El tronar furioso de la guerra se volvió un aullido. Paikan levantó la cabeza. La puerta del Huevo estaba abierta, y en el tope de la escalera también lo estaba la de la Esfera. Más allá del agujero de oro, había llamaradas encendidas. Se combatía en el laboratorio. Era menester cerrar el Refugio, salvar a Eléa. Coban había explicado todo a Eléa sobre el funcionamiento del Refugio, y toda la memoria de Eléa había pasado a la de Paikan. Él sabía cómo cerrar la puerta de oro.

Voló por la escalera, ligero, furioso, gruñendo como un tigre. Cuando llegó a los últimos peldaños, vio a un guerrero enisor introducirse en la entrada de la puerta.

Tiró. El guerrero rojo lo vio y tiró casi al mismo tiempo. Se retrasó en una fracción infinitesimal de tiempo. Esta fracción agregada a cada día durante millares de siglos, no habría podido constituir un segundo más al final del año. Pero fue suficiente para salvar a Paikan. El arma del hombre rojo despedía una energía térmica pura, calor total. Pero cuando apoyó sobre el gatillo no era ya más que un trapo blando que volaba para atrás con su cuerpo destrozado. El aire alrededor de Paikan se volvió incandescente y en el mismo instante se apagó. Las pestañas, las cejas, los cabellos, la vestimenta de Paikan habían desaparecido. Un milésimo de segundo más y no habría quedado nada de él, ni aun un rastro de cenizas. El dolor de su piel todavía no había llegado a su cerebro, y ya golpeaba con el puño el accionamiento de la puerta. Después se desplomó sobre los escalones. El corredor perforado en los tres metros de oro, se cerró como un ojo de gallina que tuviese mil párpados simultáneos.

Simon vela y ola. Oyó la inmensa explosión provocada por el cierre de la puerta, que hizo volar los laboratorios y todos los alrededores del Refugio por kilómetros a la redonda, pulverizando a los agresores y los defensores y enterrándolos en una colada de rocas vitrificadas.

Oyó las voces de los técnicos y de los reanimadores que, de pronto, se ponían ansiosas:

- Corazón 40...

- Temperatura 34º,1

- ¿Presión arterial?

- 8-3, 8-2, 7-2, 6-1...

- Santo Dios, ¿que pasa? ¡Se viene abajo! ¡Se nos va! Era la voz de Labeau.

- Simon. ¿Siguen las imágenes?

- Sí.

- ¿Nítidas?

- Sí...

Veía nítidamente a Paikan volver a bajar en el Huevo, inclinarse sobre Coban, sacudirlo en vano, auscultar su corazón, comprender que éste se había detenido, que Coban estaba muerto.

Vela a Paikan mirar el cuerpo inerte, mirar a Eléa, levantar a Coban, llevarlo, tirarlo fuera del Huevo... Vela y comprendía, y sentía en su cabeza el horrible sufrimiento enviado por la piel quemada de Paikan. Veía a Paikan dé nuevo bajar los escalones, tambalearse hasta llegar al zócalo vacío y acostarse en él. Vio el relámpago verde iluminar el Huevo, y la puerta comenzar a bajar lentamente mientras que el anillo suspendido aparecía bajo el suelo trasparente.

Vio a Paikan, en un último esfuerzo, bajar sobre su rostro la máscara de metal.

Simon se arrancó el círculo de oro y gritó:

- ¡Eléa!

Moissov lo insultó en ruso.

Labeau, inquieto, furioso, preguntó:

- ¿Qué le ha dado a usted?

Simon no contestó. Veía...

Veía la mano de Eléa, bella como una flor, liviana como tan pájaro posada sobre la comida-máquina...

Con el anillo inclinado, la pirámide de oro tumbada sobre un costado, y la pequeña cavidad rectangular vacía. Ahí, en ese escondite debería haberse encontrado la Semilla Negra, la semilla

de la muerte. Ya no estaba allí. Eléa la había tragado, llevando a su boca las esférulas de alimento tomadas de la máquina.

Había tragado la Semilla Negra para envenenar a Coban, dándole su sangre envenenada.

Pero era a Paikan a quien estaba matando.

Podías oírme. Aún podías saber. Ya no tenías la fuerza de mantener tus párpados abiertos tus sienes se hundían, tus dedos se ponían blancos, tu mano resbalaba y caía de la comida-máquina, pero todavía estabas presente. Oías. Yo hubiese podido gritar la verdad, gritar el nombre de Paikan, hubieras sabido antes de morir que él estaba cerca de ti, que se morían juntos como tu lo habías deseado. Pero que pesadumbre atroz, sabiendo que ustedes podían vivir. Qué horror el saber que en el momento de despertarse de semejante sueño, él moría de tu sangre que hubiese podido salvarlo... Había gritado tu nombre, e iba a gritar: "Es Paikan", Pero vi tu llave abierta, el sudor sobre tus sienes, la muerte ya posada en ti, posada sobre él, la mano abominable de la desgracia ha cerrado mi boca...

Si hubiese hablado...

Si hubieses sabido que el hombre cerca de si era Paikan, ¿te habrías muerto en el espanto de la desesperación o podías acaso salvarte todavía tú y él contigo? ¿No conocías algún remedio, no podías fabricar con las teclas milagrosas de la comida máquina un antídoto que hubiera expulsado la muerte, fuera de vuestra sangre común, de vuestras venas empalmadas? ¿Pero te quedaba aún bastante fuerza? ¿Podías todavía mirarla?

Todo esto me lo he preguntado en algunos instantes, era un segundo tan breve y tan largo como el largo sueño cual te habíamos sacado. Y después, por fin he gritado de nuevo. Pero no he dicho, nombre de Paikan. He gritado hacia esos hombres que los veían morir a los dos y que no sabían el por qué, y se enloquecían. Les he gritado: "¡No ven que se ha envenenado!". Y los he insultado, he agarrado al más cerca mío, no se ya cuál era, lo he sacudido, le he pegado, no habían visto nada, te habían dejado hacerlo, eran unos imbéciles, asnos pretenciosos, cretinos, ciegos...

Y ellos no me comprendían. Me contestaban cada uno en su idioma, y yo no los comprendía. Labeau era el único, y arrancaba la aguja del brazo de Coban. Y él también gritaba, mostraba con el dedo, daba órdenes, y los otros no comprendían.

Alrededor de ti y de Paikan, inmóviles y en paz, había una locura de voces y de gestos, y un ballet de guardapolvos verdes, amarillos, azules.

Cada uno se dirigía a todos, gritaba, mostraba, hablaba y no comprendía.

La que comprendía a todos y a quienes todos comprendían no hablaba ya más en los oídos. Babel había recaído sobre nosotros. La Traductora acababa de explotar.

Moissov viendo a Labeau arrancar la aguja del brazo del hombre, creyó que se había enloquecido, o que lo quería matar. Lo apresé y golpeó. Labeau se defendía gritando: "¡Veneno, veneno!"

Simon, mostrando la llave abierta, la boca de Eléa decía: "¡Veneno, veneno!"

Librodot

Forster comprendió, gritó en inglés a Moissov arrancándole a Labeau maltrecho. Zabrec interrumpió el transfusor. La sangre de Eléa dejó de fluir sobre los apósitos de Paikan. Después de algunos minutos de confusión total, la verdad atravesó las barreras de los idiomas y de nuevo todos los objetivos convergieron hacia el mismo fin: salvar a Eléa, salvar al que todos menos Simon, creían ser Coban.

Pero ya habían ido demasiado lejos en su viaje, casi habían llegado al horizonte.

Simon tomó la mano desnuda de Eléa y la colocó en la mano del hombre vendado. Los otros miraban sorprendidos, pero nadie decía nada. El químico analizaba la sangre envenenada.

De la mano, Eléa y Paikan franquearon los últimos pasos. Sus dos corazones se detuvieron al mismo tiempo.

Cuando estuvo seguro de que Eléa no lo podía oír más, Simon mostró al hombre acostado y dijo:

- Paikan.

Fue en ese momento que las luces se apagaron. El difusor había comenzado a hablar en francés. Había dicho: "La Tra...". Y calló. La pantalla de TV que continuaba vigilando el interior del Huevo cerró su ojo gris, y todos los aparatos que ronroneaban, tableteaban, tremolaban, crepitaban, callaron.

A mil metros bajo el hielo, la oscuridad total y el silencio invadieron la sala. Los sobrevivientes, de pie, se petrificaron en el mismo sitio.

Para los dos seres acostados en medio de ellos, el silencio y la oscuridad ya no existían más. Pero para los vivos, las tinieblas que los envolvían de golpe en la tumba profunda eran el espesor palpable de la muerte. Cada uno ola el ruido de su propio corazón y la respiración de los demás, oía el mover de las telas, las exclamaciones contenidas, las palabras cuchicheadas, y por sobre todo la voz de Simon que había callado, pero que todos seguían oyendo:

Paikan...

Eléa y Paikan...

Su historia trágica se había prolongado hasta este minuto, en que la fatalidad embravecida los había golpeado por segunda vez. La noche los había vuelto a juntar en el fondo de la tumba de hielo y envolvía a los vivos y los muertos, los ligaba en un bloque de desgracia inevitable cuyo peso los hundiría juntos hasta el fondo de los siglos y de la tierra.

La luz volvió, pálida, amarilla, palpitante, se apagó de nuevo y se encendió nuevamente un poco más viva. Se miraron, se reconocieron, respiraron, pero sabían que ya no eran los mismos. Retornaban de un viaje que casi no había tenido duración, pero todos, ahora, eran hermanos de Orfeo.

- ¡La Traductora ha estallado! ¡Todo EPI está en el aire, la pared del hangar está abierta como una avenida! Era la voz de Brivaux que estaba de guardia en lo alto del ascensor.

- La electricidad ha fallado. La Pila debe haber recibido un choque. Los he empalmado con los acumuladores del Pozo. Harían bien de subir y rápido. Pero no cuenten con el ascensor, no hay bastante corriente, tendrán que aguantarse las escaleras. ¿En qué están con el tipo y la tipa? ¿Son transportables?

- Los dos tipos se han muerto - dijo Labeau con la calma de un hombre que acaba de perder en una catástrofe a su mujer, sus hijos, su fortuna y su fe.

- ¡Mierda! ¡Valía la pena haber hecho tantas cosas! ¡y bueno, piensen en ustedes! ¡Y muevan las tabas antes de que la Pila se ponga a bailar la bourrée!

Forster tradujo en inglés para los que no habían comprendido el francés. Los que no comprendían ni el uno ni el otro, entendieron los gestos. Y los que no habían comprendido nada, habían comprendido que había que salir del agujero. Forster desarmó definitivamente las minas de la entrada. Ya algunos técnicos subían hacia la abertura de la Esfera. Había tres enfermeras, una la asistente de Labeau, tenía cincuenta y tres años. Las otras dos, más jóvenes, llegarían sin duda arriba.

Los médicos no se resignaban a dejar a Eléa y Paikan. Moissov hizo un gesto de que se podrían llevar atados sobre las espaldas, y agregó algunas palabras en un horrible inglés que Forster interpretó como: "Por turnos". Mil metros de escaleras. Dos muertos.

- ¡La Pila está rajada! - gritó el difusor-, está partida, escupe y larga humo por todos lados. ¡Evacuamos en plena catástrofe! ¡Apúrense!

Ésta era la voz de Rochefoux.

- Al salir del Pozo, diríjanse hacia el sur, dénle la espalda al emplazamiento de EPI 2. El viento lleva las radiaciones en la otra dirección. Helicópteros os recogerán. Les dejo un equipo acá para esperarlos, pero si estalla antes de que ustedes hayan salido, no lo olviden: pleno sur. Voy a ocuparme de los demás. Hagan pronto...

Van Houcke habló en holandés y nadie lo entendió.

Entonces, repitió en francés que su opinión era que habla que dejarlos allí. Estaban muertos, no se podía hacer nada por ellos ni con ellos.

Y se dirigió hacia la puerta.

- Lo menos que podemos hacer - dijo Simon- es volver ponerlos donde los encontramos...

- Así lo pienso - dijo Labeau.

Se explicó en inglés con Forster y Moissov, que estuvieron de acuerdo. Primero colocaron a Paikan sobre su hombros, y le hicieron volver a bajar y recorrer el camino por el cual lo habían izado hacia sus esperanzas, depositándolo sobre su zócalo.

Luego fue el turno de Eléa, la llevaron entre cuatro, Labeau, Forster, Moissov y Simon. La depositaron sobre el otro zócalo, cerca del hombre con el cual habla dormido durante 900.000 años sin saberlo, y con el que, sin saberlo, se había hundido en un nuevo sueño que no tendría fin.

En el momento que ella pesó sobre el zócalo con todo su peso, un relámpago deslumbrante surgió bajó el suelo trasparente, invadió el Huevo y la Esfera, y alcanzó a los hombres y las mujeres prendidos de las escaleras. El aro suspendido retomó su curso inmóvil, el motor volvió a su tarea un instante interrumpida: Envolver en un frío mortal el fardo que le habla sino confiado y guardarlo al través de un tiempo interminable.

Rápidamente, pues, el frío ya los embargaba, Simon desenvolvió en parte la cabeza de Paikan, cortó y arrancó los apósitos, a fin de qué su cara estuviese descubierta al lado de la cara descubierta de Eléa.

El rostro liberado apareció, muy hermoso. Sus quemaduras ya casi no se veían. El suero universal llevado por la sangre de Eléa había curado su carne mientras el veneno le retiraba la vida. Eran el uno y el otro increíblemente bellos y estaban en paz. Una neblina helada invadía el Refugio. De la sala de reanimación llegaban trozos de la voz gangosa del difusor:

- Aló Aló... ¿Todavía hay alguien?... ¡Apúrense!...

No podían demorarse más. Simon salió el último, subió, los escalones de espaldas, apagó el reflector. Tuvo primeramente la impresión de una oscuridad profunda, luego sus ojos se acostumbraron a la luz azul que bañaba de nuevo el interior del Huevo, con su claridad nocturna. Una delgada funda trasparente empezaba a envolver los dos rostros desnudos. que brillaban como dos estrellas. Simon salió y cerró la puerta.

Un ininterrumpido ir y venir se efectuaba entre los Portaaviones, los submarinos, las bases más cercanas y los alrededores del EPI.

Sin cesar, los helicópteros se posaban, se reabastecían de combustible, volvían a salir. Un embudo despedazado, sucio con desechos de toda clase, brillante con pedazos de hielo, marcaba el emplazamiento del EPI 2.

Fumarolas salían dé éste, y el viento rabioso las recogía a ras del suelo y las llevaba hacia el norte.

Poco a poco, todo el personal fue evacuado, y el equipo del Pozo salió a su vez y fue recogido en su totalidad. La enfermera cincuentona había sido de las primeras en llegar arriba. Era flaca y trepaba como una cabra.

Hoover y Leonova se embarcaron con los reanimadores en el último vuelo del último helicóptero. Hoover, de pie frente a un ojo de buey estrechaba contra si a Leonova que temblaba de desesperación. Él miraba con horror la base devastada y rezongaba en voz baja:

- ¡Qué desastre, santo Dios, qué desastre.

Los siete miembros de la Comisión encargada de redactar la Declaración del Hombre Universal se encontraban repartidos en siete navíos distintos, y no tuvieron la ocasión de volverse a encontrar. No había la nadie más en tierra, y no había en el cielo sino aviones, a gran altura, prudentes, que daban vueltas a lo lejos conservando a EPI 2 en el campo visual de sus cámaras. El viento soplaba nuevamente en una tormenta furiosa, más fuerte a cada segundo. Barría los restos de la base, llevaba pedazos de muchas cosas, multicolores, hacia horizontes blancos, a distancias desconocidas.

La Pila estalló.

Las cámaras vieron el hongo gigantesco, apresado por el viento, torcido, inclinado, desgarrado, destripado hasta el rojo de su corazón de infierno, llevado en pedazos hacia el océano y las tierras Lejanas. Nueva Zelandia, Australia, todas las islas del Pacífico se encontraron amenazadas. Y en primer lugar la flota de la Fuerza Internacional. Los aviones volvieron a bordo, los submarinos se sumergieron, los barcos de superficie huyeron a plena marcha en dirección contraria al viento.

A bordo del Neptuno, Simon contó a los sabios y los periodistas que allí se encontraban, lo que había visto durante la transfusión, y cómo Paikan había tomado el sitio de Coban.

Todas las mujeres del mundo lloraron frente a las pantallas.

La familia Vignont, comía en su mesa en forma de media luna, mirando el hongo descabellado como la serpientes de las gorgonas que marcaba el fin de una aventura generosa. La señora Vignont había abierto una gran caja de ravioles con salsa de tomate, los había hecho calentar al baño maría y los sirvió en su caja misma para que se conservaran más calientes, decía ella, y en realidad porque así te andaba más ligero, no ensuciaba una fuente, y entre nos, la etiqueta le importaba un bledo. Después de la explosión, él puso la cara de un hombre que toma un aire melancólico para pronunciar palabras de pesar y luego pasa a otras noticias. Desgraciadamente no eran buenas. Sobre el frente de Manchuria había que temer. En Malasia una nueva ofensiva de... En Berlín el hambre debido al bloqueo... En el Pacífico las dos flotas... En Kuwait el incendio de los pozos... En el Cabo, los bombardeos de la aviación negra... En América del Sur... En el Mediano Oriente... Todos los gobiernos hacían lo imposible para evitar lo peor. Enviados especiales se cruzaban con mediadores en todas las alturas, en todas las direcciones. Se esperaba mucho. La juventud estaba inquieta más o menos en todas partes. No se sabía lo que quería. Ella tampoco seguramente. Los estudiantes, los obreros jóvenes, los campesinos jóvenes, y las bandas de más en más numerosas de jóvenes que no eran nada y que no querían ser nada, se reunían, se mezclaban, invadían las calles, las capitales, cortaban la circulación, cargaban sobre la policía gritando: ¡No! ¡No! ¡No! ¡No! En todos los idiomas, eso se expresa por una palabrita explosiva, fácil de gritar. Lo gritaban todos, sabían eso, sabían que no querían. No se advirtió exactamente cuáles fueron los que comenzaron a gritar el. "¡No!" de los estudiantes gondas

- ¡Pao! ¡Pao! ¡Pao! ¡Pao!, pero en unas horas toda la juventud del mundo lo gritaba, frente a todas las policías.

- ¡Pao! ¡Pao! ¡Pao! ¡Pao!

En Pekín, en Tokio, en Washington, en Moscú, en Praga, en Roma, en Argel, en el Cairo:

- ¡Pao! ¡Pao! ¡Pao! ¡Pao!

En Paris, bajo las ventanas de los Vignont:

- ¡Pao! ¡Pao! ¡Pao! ¡Pao!

- Esos jóvenes, yo los pondría a laburar... - dijo el padre.

Librodot

- El gobierno se esfuerza... - dijo la cara en la pantalla.

El hijo se levantó, tomó su plato y se lo tiró a la cara. Gritó:

- ¡Viejo idiota! ¡Ustedes son todos unos viejos idiotas! ¡Los han dejado reventar con sus idioteces!

La salsa chorreaba sobre la pantalla irrompible. La cara triste hablaba bajo la salsa de tomate.

El padre y la madre, sorprendidos, miraban a su hijo transfigurado. La hija no decía nada, no escuchaba nada, estaba absorbida por su vientre que no paraba de recordar la noche anterior pasada en un hotel de la calle Monge, con un español flaco. Todas esas palabras,

¿cuentan para algo? Su hermano gritaba:

- ¡Volveremos¡Los salvaremos ¡Encontraremos el antídoto! Yo, no soy más que un idiota, pero los hay que sabrán. ¡Se les sacará de la muerte! ¡No queremos muerte! ¡No queremos guerras ¡No queremos vuestras idioteces!

- ¡Pao! ¡Pao! ¡Pao! ¡Pao! gritaba la calle de más en más fuerte.

Y los silbatos de la policía, los estallidos blandos de las granadas lacrimógenas.

- ¡Yo soy zonzo pero no soy un idiota!

- Las manifestaciones... - dijo la cara.

Vignont hijo le tiró toda la caja de los ravioles y salió.

Dio un portazo gritando:

- ¡Pao! ¡Pao! ¡Pao! ¡Pao!

Lo oyeron en la escalera, luego se confundió con los demás.

- ¡Cómo es de estúpido este muchacho! - dijo el padre.

- ¡Qué buen mozo está! - dijo la madre.

FIN